
Cosas que hacer antes de quererte
PATRICIA A. MILLER
VERSÁTIL
romántica

Cosas que hacer antes de quererte

Patricia A. Miller

Ediciones Versátil



Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo: © 2024: Ediciones Versátil S.L. Calle Muntaner, 423, planta 2 08021 Barcelona www.ed-versatil.com

«Ríe y el mundo reirá contigo; llora y el mundo, dándote la espalda, te dejará llorar».
Charles Chaplin

Contents

Prólogo

Boston, Massachussets. Agosto de 2017.
No estaba furioso. Aunque apretara el teléfono como si quisiera romperlo en mil pedazos, no era furia lo que sentía. Era desilusión, vacío… Y cansancio, mucho cansancio. Tener que explicarle a un niño de ocho años por qué su madre no había venido a pasear con ellos en bote por la bahía era agotador.

—No, Diane, Adrien no lo entiende. Y yo tampoco. ¡Se lo prometiste! —exclamó Nathan en medio de la calle. Llevaba de la mano a su hijo, que lo seguía dando traspiés—. Pero no te preocupes. Tú sigue a lo tuyo. Está claro que en la vida de Diane McPherson solo hay sitio para Diane McPherson.

—No lo conviertas en un drama, Nathan. Me he disculpado, ¿no? La reunión se ha alargado, no podía irme sin más por un paseo en bote. Nos jugamos las municipales. ¡Es mi trabajo!

—¡Y nosotros tu familia!

—Una familia que puede permitirse pasear en bote gracias a *mi* trabajo.

«Ahí está», pensó Nathan. Había llegado el momento de los reproches.

Diane suspiró al otro lado de la línea, se había pasado y suavizó el tono.

—Pide *pizza* para cenar, ¿de acuerdo? Llegaré en cuarenta minutos, si no hay atasco a la entrada de East End. Iré todo lo rápido que pueda.

—No lo suficiente —murmuró Nathan, tan acostumbrado a sus excusas que todas le sonaban igual.

—Mañana os compensaré —dijo, conciliadora—. Me levantaré pronto, haré tortitas y volveremos a la bahía a ver si podemos alquilar otro bote. Seré toda vuestra, prometido.

Nathan puso los ojos en blanco y evitó dar voz a sus pensamientos. Las promesas incumplidas eran la especialidad de Diane, y no quería que Adrien se sintiera más defraudado con su madre. Era un niño muy listo y observador, y se daba perfecta cuenta de que la relación de sus padres no pasaba por un buen momento.

—Dile adiós a mamá, enano. —Nathan le puso el teléfono en la oreja y él le dio un manotazo. El móvil acabó sobre el asfalto de Pembroke Street y la llamada se cortó—. Vamos, Adrien, solo nos faltaría tener que comprar un móvil nuevo.

—¡Quiero montar en bote!

—Y yo, de verdad que me apetecía un montón, pero tendrá que ser

otro día. Puede que mañana.

Adrien frunció el ceño y se negó a dar un paso más. Nathan resopló agotado. Se acuclilló delante de su hijo y lo sujetó por las mejillas.

—Te diré lo que haremos: pediré una *pizza* con extra de queso y *pepperoni*, de las que te gustan, y veremos una peli de dibujos. Mamá ha dicho que tardará cuarenta minutos…

—Nunca tarda cuarenta minutos —refunfuñó el niño.

—Vale, sí, siempre se retrasa, pero seguro que llega a tiempo para comerse la *pizza* que tú le dejes.

—¡No dejaré nada! —exclamó, aún molesto. Pero el trato que le ofrecía su padre le cambió el humor—. ¿Y me contarás un cuento?

—¿También un cuento? No sé, no sé… —Nathan fingió pensárselo y se acarició el mentón con aire distraído—. ¿Qué me darás tú a cambio? No puedo darte *pizza*, peli y cuento sin recibir algo por tu parte.

Adrien le dedicó su sonrisa más amplia y se aferró a la mano de su padre, que reemprendió la marcha por las calles empedradas del barrio residencial donde vivían.

—Te daré un abrazo. ¡No! Dos abrazos. Y un beso de gnomo.

—¿Y te lavarás los dientes sin protestar? —lo azuzó Nathan.

—Jo, papi…

Cómo le gustaba cuando ponía esa voz de pequeñajo y usaba sus armas para convencerlo. Se lo hubiera comido a besos en medio de la calle.

Tal y como Adrien había pronosticado, Diane no llegó a la hora de cenar. La esperaron despiertos hasta que los créditos de la película llegaron a su fin, pero al cabo de un rato los párpados del niño se cerraron, cansados. Y cuando Nathan regresó al salón y se sentó en el sofá, frente a la puerta de entrada del apartamento, notó que el vaso de su paciencia rebosaba con aquella última gota.

La quería, Dios sabía que no había querido a nadie igual en su vida, pero no podían seguir así. Hacía algún tiempo que barajaba la idea de una separación temporal, la relación se había enfriado durante los últimos tres años, «desde el aborto», se recordó Nathan, y quizá le conviniera coger distancia para aclarar sus sentimientos hacia ella. No deseaba un enfrentamiento con Diane ni una guerra por la custodia del niño, pero sí un tiempo. Un mes, dos, seis… Lo que su mujer decidiera.

Esperó frente al televisor mientras hacían un repaso de la actualidad internacional en las noticias, trató de no darle más vueltas al tema pues, cuanto más se retrasaba ella, más frustrado se sentía él. Ya sabía la facilidad con la que Diane perdía la noción del tiempo, solo hacía falta que sonara su teléfono, y raro era el minuto en que ese maldito trasto estaba en silencio. Pero excusarla no aplacaba sus

sentimientos.

«Hoy no», se dijo.

Quizá porque tenía la esperanza de que fuera puntual por un día, quizá porque no quería pensar en que era el fin de su relación. Un fracaso, un matrimonio fallido, algo en común con su padre.

—Eso nunca —murmuró, consternado por sus propios pensamientos. Él no se parecía a su padre, era diametralmente opuesto a Lewis August Farley.

La hora de retraso se convirtió en dos, y en tres, y Nathan se fue a dormir con una sonrisa triste en los labios. A la mañana siguiente, ella le pediría disculpas, le contaría una historia acerca de algún cliente en apuros y probablemente tendrían sexo de reconciliación, pero sería la última vez.

Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

El timbre del apartamento sonó de madrugada y sobresaltó a Nathan, que miró a un lado y otro de la habitación, sentado en medio de la cama, sin saber si lo había soñado. Hasta que volvió a sonar.

Lo primero que se le pasó por la mente fue que Diane se había dejado las llaves, algo que ya había pasado. Se imaginó su expresión culpable y todas las excusas que le ofrecería para justificar la hora en que había llegado. Terminarían discutiendo, como siempre, y ya podía prepararse, porque, por una vez en su vida, no iba a ser cordial.

Echó un vistazo al pasar por el dormitorio de Adrien y comprobó que seguía dormido. Bien, lo último que necesitaba era que su hijo se despertara.

—¿Nathan Farley? —preguntó uno de los dos policías que encontró al abrir la puerta.

—Sí, soy yo. ¿Hay algún problema?

—Señor Farley, soy el agente Murray, y él es mi compañero, el agente Brown, de la Policía de Boston. —Nathan se aferró al marco de la puerta, expectante—. ¿Es usted el marido de Diane McPherson?

—Sí, es mi mujer. ¿Ha pasado algo?

—Señor Farley, su mujer ha tenido un accidente en la I-93 a la altura del puente de Southampton.

—¡Oh, joder! ¿Un accidente? —Se le formó un nudo en las tripas y se movió nervioso. Abrió un poco más la puerta y dejó que la pareja de agentes entrara en su salón—. ¿Está bien? ¿Está herida?

Los policías se miraron con indecisión y un gesto incómodo que no auguraba buenas noticias. Nathan se obligó a mantener la calma, pese a la ligera desesperación que empezó a sentir alrededor de su corazón, y cuando creyó que el silencio de aquellos hombres terminaría con sus nervios, el más joven respondió:

—Señor Farley, lamentamos comunicarle que su mujer no ha sobrevivido al accidente.

Y, en ese momento, todo su mundo se apagó.

1. April

IMPORTANTE. NO OLVIDAR:
- Comprar más pañuelos
- Llamar al técnico de la caldera
- Bufanda del alcalde: tintorería
- Estrangular al yerno de los McPherson
- Reunión vecinal. 8 p.m.

Stowe, Vermont. Enero de 2018.

Un estornudo, dos estornudos, tres estornudos… Un ojo pegado, la nariz hinchada, la boca seca y… ¡mierda! ¿Qué hora era? ¡El despertador no había sonado! ¡¿Por qué no había sonado?!

Me arrastré fuera de la cama y me llevé conmigo el edredón y la montaña de pañuelitos de papel que había usado durante la noche. Un odioso catarro había fulminado mis defensas y llevaba dos días fuera de combate. Pero el deber me llamaba. Dirigir, gestionar y ejecutar los encargos de mi propia empresa no me dejaba tiempo para remolonear.

—¿Por qué hace tanto frío?

Yo, April Marie Williamson, era la mejor organizadora de eventos del pueblo. Y la única. El ayuntamiento me iba a otorgar un reconocimiento por mi labor. ¡Era tan emocionante! Saldría en la prensa, me harían una entrevista de radio, me darían una placa en el Festival de la Calabaza y mi negocio tomaría impulso por fin. Las fiestas de cumpleaños y los almuerzos fúnebres daban para llenar la nevera, pero no eran el objetivo. Las bodas. Esa sí era mi meta. Como romántica empedernida, destacada integrante del Club de Lectura Suspiros y Amor y fan número uno de las comedias románticas de Hollywood, no podía prescindir del romanticismo en mi trabajo.

La empresa se llamaba Stowe Dreams Events. Mi madre decía que era poco original, pero para mí era el nombre perfecto. Fácil de pronunciar y de recordar, la S y la D encajaban perfectamente en el bonito logo del cartel y, estética aparte, se trataba de hacer realidad los sueños de la gente, de convertir un buen día en un día inolvidable.

El pitido de la cafetera y el timbre de la puerta sonaron al mismo tiempo en una cacofonía de ruidos muy molestos. Vertí leche en la taza y me serví dos cucharadas de azúcar.

«Mejor tres».

—¡Ya voy! —grazné con la voz ronca.

Abrí la puerta con mi mejor expresión acatarrada y… ¡Aaachís!, estornudé sobre la taza.

El alcalde Merryweather miró su bufanda de cuadros amarillos manchada de café y levantó la mano a modo de saludo.

—¡Ostras! Lo siento. Deje que se la limpie, será un minuto.

Tiré de él casi a la fuerza y cerré la puerta con un estudiado puntapié.

—April, tienes un aspecto horrible. ¿Y por qué hace tanto frío aquí dentro? ¿Tienes problemas con la caldera?

—Buenos días a usted también, alcalde —balbucí mientras mojaba una bayeta—. Sí, tengo problemas con la caldera. Se para cuando le da la gana.

—¿Y por qué no llamas a Anthony?

—¿Porque son las siete de la mañana? —le recordé con tonito irónico—. ¿A qué se debe una visita tan temprana? ¿Ahora se dedica a poner las calles?

Fitzgerald Merryweather resopló debajo de su elaborado bigote de estilo inglés en respuesta a mi descaro, se quitó el gorro de lana y la bufanda, y miró a su alrededor con aprobación, como siempre. Mi casa no era nada extraordinaria comparada con las maravillas históricas del pueblo, pero me había esforzado mucho para dejarla a mi gusto, y el resultado despertaba admiración.

—Si ha venido por la fiesta de cumpleaños de su mujer…

—No, de eso ya hablaremos en otro momento —me interrumpió. A continuación, metió la mano en el bolsillo interior de su anorak y sacó varios papeles doblados—. He venido por el servicio de canguros.

—¿No es usted mayorcito para que lo cuiden? —bromeé y tosí al mismo tiempo.

—No te rías, April. Esto es más serio de lo que parece.

El servicio de canguros era la salvación de las parejas jóvenes con niños y me sentía muy orgullosa de haberlo puesto en marcha. Tanto residentes como turistas podían hacer uso de él por un módico precio/hora. Mis *canguritas*, las chicas del último curso del instituto, eran maravillosas, dulces, amables y todas habían hecho un taller obligatorio de primeros auxilios. Fui la fundadora, la primera *cangurita* de Stowe, y tuve tanto éxito que el servicio se ganó un lugar privilegiado en la página principal de la web del ayuntamiento.

El alcalde Merryweather dejó tres hojas impresas sobre el mostrador de la cocina y las golpeó varias veces con un dedo.

—Esto, April, no se puede permitir.

—Venga, déjese de misterios y dígame qué ha pasado. El servicio de canguros es una máquina bien engrasada —le recordé mientras me empleaba a fondo con las manchas de leche de su bufanda supersuave —. Esta Navidad hemos batido un récord. Las cifras hablan por sí solas.

—Tienes quejas, April. Quejas sobre tu negocio.

—¡¿Qué?! —Al cuerno la bufanda. La tiré a un lado y atrapé los folios—. No puede ser.

—Tres quejas en un día, April —insistió.

Su costumbre de repetir mi nombre en cada frase me ponía tan nerviosita como su manía de rizarse las puntas del bigote con los dedos.

—¿Cómo es posible? ¿Y cuándo ha sucedido esto? Mamá se ha hecho cargo del servicio para que yo descansara. Estoy enferma, por si no se ha dado cuenta.

Fitzgerald chasqueó la lengua y tomó asiento en uno de los taburetes. Mi fuente de galletas con trocitos de chocolate llamó su atención, y aunque levantó una mano para servirse una, lo pensó mejor y apartó la mirada.

—Son de ayer. Las vi anoche a última hora. Van dirigidas a tu empresa, pero han puesto el correo del ayuntamiento en copia.

—¿Clientes insatisfechos? No tiene sentido.

—Un cliente en concreto.

Leí con atención lo que decían y mi nivel de indignación creció por momentos. El yerno de los McPherson estaba ofendido porque ninguna de mis chicas había cumplido con el servicio que él necesitaba. Ese hombre llegó a Stowe tres semanas atrás, dejó a su hijo abandonado con los abuelos y se largó a la ciudad, como si fuera demasiado bueno para relacionarse con la gente de pueblo. ¡Qué desfachatez!

—Mala organización, irresponsables, ¡¿peligrosas?! —leí, horrorizada—. Pero ¿qué se ha creído? Este hombre no está bien de la cabeza. Tres chicas estupendas, con experiencia, ¿y ninguna supo ocuparse de su hijo?

—Sabes quién es, ¿verdad?

—¡Claro que sé quién es! —Tosí de nuevo por culpa del esfuerzo. Ya no me dolía tanto el pecho, pero sonaba como una olla de caracoles—. Todo el mundo sabe quién es el yerno de los McPherson, aunque él no haya hecho nada por simpatizar con el pueblo. El niño, en cambio, es un encanto.

—Parece que tiene motivos para quejarse. ¿Tu madre no te ha dicho nada?

—Ni una palabra. Le habrá dado la misma importancia que yo: cero —concluí, y le devolví los papeles—. Son quejas absurdas y no voy prestarles atención.

—Pues deberías. —El alcalde me señaló con un dedo acusador—. No podemos dar un reconocimiento a un negocio que tiene malas críticas de los clientes. Es la política del ayuntamiento.

—¡¿Cómo?! ¿Me está diciendo que va a retirar mi nombramiento? ¡Alcalde! ¡Son quejas insignificantes!

—Son quejas, April. Y están registradas en el buzón del ayuntamiento. En cuanto mi secretaria abra la puerta del edificio, correrán como la pólvora.

—¡Pues no abra esa puerta!

—April…

Cerré los ojos un instante y me infundí calma.

«Ooom namo naraianaia —me dije—. Ooom Shanti Shanti Shanti. Ooom esto no sirve de nada».

Dos clases de yoga en casa de Danielle no eran suficientes para afrontar una crisis así.

—¿Y si hablo con él? ¿Y si consigo que las quite? —pregunté desesperada—. Necesito ese reconocimiento, por favor. Deje que lo solucione.

Lo pensó más de lo que cabía esperar, pero finalmente asintió y se puso en pie.

—Una semana, ¿de acuerdo? Tienes una semana para que desaparezcan o no podré hacer nada. Ya sabes que tu tía quiere que sea su joyería la que reciba el reconocimiento. Si se entera de que te he hecho el favor, me despellejará.

Mi tía Dorothy, la mujer del hermano de mi padre, era una oportunista. Su joyería no sería merecedora del nombramiento, aunque regalara oro a los turistas.

—Una semana. Está hecho. Y llevaré su bufanda a la tintorería, por las molestias. —Y porque mi intento de acabar con las manchas solo las había hecho más grandes. ¿De qué demonios estaba hecha?

—No es necesario, yo puedo…

—Yo me ocupo, cuente con ello.

Había llegado el momento de conocer cara a cara al yerno de los McPherson.

2. Nathan

No iba a permitir que pasara lo del día anterior. Necesitaba el trabajo, necesitaba que me consideraran una persona comprometida. Cambiar de fecha una reunión tan importante por no haber conseguido canguro era inaceptable.

Por desgracia, no había nadie que pudiera hacerse cargo de mi hijo. Mis suegros se habían ido a pasar unos días a Los Cayos, en Florida, y me habían dejado sin alternativas. Ginger dijo que podía confiar en el servicio SD si lo necesitaba y pegó la tarjetita en la puerta de la nevera con un imán. Percival me aseguró que las *canguritas* eran una maravilla, que no tendría problemas. Pero la impresión que me llevé fue muy contraria.

Además de tener un nombre absurdo, eran irresponsables.

Y no podía hacer nada. ¡Estaba solo! Tenía que ir a Boston a presentar una propuesta muy importante, una que, si salía bien, me cambiaría la vida, pero no podía llevarme a Adrien.

—¡El desayuno se enfría! —anuncié muy paciente.

Recibí un portazo como respuesta. Lo habitual desde que se habían marchado sus abuelos.

La decisión de enviar a Adrien a Stowe, Vermont, a casa de los padres de mi difunta esposa, fue desesperada. Tras el accidente de Diane vinieron meses muy duros. Tuve que asimilar que había perdido a mi mujer, que me había quedado solo con un niño, que no tenía empleo… La culpa me estaba destrozando. Yo la animé a ir más rápido para estar con nosotros y la perdí.

Creí que podría con todo, pero me equivoqué. Adrien ocupaba hasta el último segundo de mi tiempo, incluso cuando estaba en el colegio: hacer la compra, ir a la lavandería, limpiar la casa… Acabar el proyecto de arquitectura con el que debía impresionar a mis futuros jefes se convirtió en una misión imposible.

Una noche toqué fondo. Estaba tan desesperado por conseguir un poco de silencio para concentrarme que le grité. Le grité tanto que se asustó y lloró. Estaba perdiendo la cabeza y no sabía cómo remediarlo. No era mi estilo pedir ayuda.

Los McPherson se portaron fenomenal, atendieron mi llamada de socorro y me tendieron una mano que yo acepté sin dudar. No me sentía orgulloso de la decisión que había tomado, un buen padre no se separaría de su pequeño, pero no tenía otra opción.

«Si al menos Adrien colaborara un poco».

Era tan volátil… Se enfadaba con facilidad y cambiaba de opinión en un parpadeo. Me desafiaba, lo que me resultaba desconcertante.

Tenía ocho años. Siempre fue un niño muy despierto y observador, pero ¿hasta el punto de jugar conmigo?

Cuando estaba con sus abuelos no era así. Se portaba bien, se comía todo lo que le ponían en el plato, se acostaba pronto y hacía los deberes. Pero cuando estaba yo…

—¡Si no bajas ya, tendré que tirar el desayuno a la basura! —insistí mientras envolvía el sándwich de mantequilla de cacahuete que le había preparado para el almuerzo.

Mi suegra me regañaría por no haberle preparado algo más saludable, pero a mí me interesaba más ganar puntos con el enano, complacerlo para que se portara mejor, y los palitos de zanahoria no les resultan demasiado seductores a los niños.

Dejé mi segunda taza de café junto al portátil y los bocetos que había terminado la noche anterior. Me habían soplado que a los directivos de la empresa con la que debía reunirme les impresionaba el trabajo a mano, eran de la vieja escuela, y aunque llevaba todo digitalizado, me había propuesto sorprenderlos con unos cuantos dibujos a lápiz. Me sentía muy orgulloso.

—¡Adrien, el desayuno! —grité una vez más. Me planté en las escaleras con la vena del cuello a punto de explotar y maldije en voz alta—. ¡Adrien Farley, llegaremos tarde al colegio!

Oí sus pisadas arriba, pero ni rastro de él. ¿Por qué demonios tardaba tanto?

Abrí la puerta para recoger la prensa de la entrada y me encontré con una chica a punto de llamar. El gorro le cubría hasta la línea de los ojos, el pompón que llevaba en lo alto era ridículo y la bufanda le tapaba la boca. Un grueso anorak acolchado la protegía contra el frío. Sus botas de agua rosas con lunares blancos pisoteaban el envoltorio vacío de mi periódico, el mismo que ella sostenía bajo el brazo.

—Buenos días, señor Farley, ¿tiene un minuto?

La observé con una ceja levantada. Nadie me llamaba así. El señor Farley era mi padre y no me gustaba que se dirigieran a mí por mi apellido.

—¿Quién eres?

—Soy April Williamson, de Stowe Dreams.

Abrí mucho los ojos y me crucé de brazos.

—¿Una *cangurita*? ¿Ahora? No te necesito en este momento. Si no te importa, ese periódico es mío —señalé.

—¡Ah, sí! Es suyo, desde luego. —Prácticamente se lo arranqué de las manos—. No soy…

—Adiós. —Intenté cerrar la puerta, pero ella me lo impidió—. ¿Qué quieres? Ya te he dicho que no me interesan tus servicios ahora. Además, no volvería a recurrir a esa empresa ni loco.

—Pues es la única que hay —se defendió con insolencia.

Se retiró un poco la bufanda y descubrió unas mejillas arreboladas por el frío. Tenía la nariz colorada y los ojos brillantes. También se quitó el gorro y su melena se desparramó por los hombros. Ondas rubias que desprendían olor a ¿caramelo?

No era como las adolescentes del día anterior. De hecho, hacía un par de décadas que había dejado la adolescencia atrás.

—El alcalde Merryweather me ha hecho llegar tres quejas sobre el servicio de canguros. ¡Tres! Suyas —puntualizó con una vocecilla chillona—. ¿Podría explicarme por qué?

—Vale, ya entiendo. Eres «la jefa», ¿no?

—La misma. —Cuadró los hombros y asintió muy seria—. He venido a pedirle que las retire de inmediato.

—¿Retirarlas? Ni hablar. Están más que justificadas.

—¿Justificadas?

La invité a pasar con un movimiento de la mano, hacía un frío de mil demonios y necesitaba otro café con urgencia. Estaba seguro de que la charla no sería amistosa.

—¿Ve esto? —Saqué de la basura la bayeta que había tirado el día anterior y ella frunció los labios de una manera muy cómica—. Una de sus chicas la quemó mientras yo me afeitaba en el cuarto de baño. ¿Cómo no se dio cuenta de que se estaba quemando algo? ¡Yo se lo diré! Estaba mirando el móvil en lugar de prestar atención a lo que pasaba en la cocina.

—¿Y por qué debería prestar atención a lo que pasaba en la cocina? Vino para cuidar de su hijo, no para controlar un incendio.

—Pero es que mi hijo estaba en la cocina y ella, al parecer, en la luna.

—Un descuido lo puede tener cualquiera. Además, ¿por qué estaba la bayeta junto al fuego? ¿Y qué hacía el fuego encendido si usted se estaba afeitando?

Eran buenas preguntas para las que no tenía respuesta. El último que encendió el hornillo fui yo cuando recalenté el café, pero estaba seguro de haberlo apagado. ¿O no?

—¿Y qué hay de las otras dos? ¿También le quemaron una bayeta?

—No. La segunda se retrasó más de media hora. Era toda amabilidad, pero no tolero la impuntualidad, me parece una falta de compromiso y de organización.

—Qué raro —dudó—, Marlene vive aquí al lado, no tiene sentido que se retrasara tanto. ¿Está seguro de que fue más de media hora?

—Cuarenta y tres minutos, para ser exactos. —Golpeé la esfera del viejo reloj de mi abuelo con el dedo. Era una pieza única de una precisión increíble—. ¿Te parece suficiente motivo para la segunda queja?

April Williamson se mordió el labio, pensativa. Tenía una boca

amplia de labios finos y cortados por el frío, pero con un color natural que llamaba la atención. Lástima que solo sirvieran para decir sandeces.

—Lo que me parece es que tiene usted mucho tiempo libre para dedicarlo a mirar los defectos de los demás, señor Farley.

—¡No me llames así! —estallé. Ella abrió mucho los ojos y dio un paso atrás. Se había asustado—. No me llames así, por favor —repetí más sosegado—. Nathan, me llamo Nathan. Puedes tutearme, solo tengo treinta y cinco años.

No sé por qué le dije mi edad. De pronto, me sentí muy estúpido.

—Está bien Nathan de treinta y cinco años, ¿qué pasó con la tercera chica?

—La psicópata.

—¡No! Natasha es un amor de niña. ¿Cómo puedes decir eso?

—Llevaba una pistola en la mochila.

—¿Que llevaba quééé? ¡No! —exclamó.

—Tú no la viste, yo sí. Estoy en contra de las armas y todavía más en manos de una adolescente que se dispone a cuidar a mi hijo. Es peligroso y estoy seguro de que esa niña no tiene licencia, por lo que o se la han dado sus padres o la ha robado.

—Pero… pero… ¡No es posible!

La señorita Williamson sacó su teléfono móvil del pequeño bolsito que llevaba cruzado delante del pecho y buscó el número de la jovencita. Se alejó un par de pasos hacia el salón sin ser consciente de que nadie la había invitado a pasar a la siguiente estancia.

Habló en voz baja y se mordisqueó la uña del pulgar durante la conversación. Cinco minutos después la vi sonreír como si hubiera descubierto el secreto de la felicidad, y me dio mala espina.

—Caso resuelto —anunció—. ¡Era de juguete!

—Ya, claro.

—En serio, era de juguete. Están ensayando el musical de Bonnie y Clyde en el instituto. ¡Era una pistola de agua!

La miré fijamente. Sonaba sincera, pero me resistí a admitir que había sido un idiota exigente, maniático y quisquilloso.

—Bien, misterio aclarado, pues. Ahora, si me disculpa, tengo un hijo al que llevar al colegio. —Me acerqué al hueco de la escalera una vez más y voceé—: ¡Adrien, ya no hay más avisos, si tengo que subir, estarás castigado! Vamos a llegar tarde, por el amor de Dios.

—¿Tarde? ¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Al colegio.

April Williamson miró la pantalla de su teléfono móvil y contuvo un estornudo que se mezcló con una sonrisa pérfida.

—Son las ocho.

Yo miré mi reloj de muñeca.

—Querrás decir las nueve menos cuarto.

—No, quiero decir que son las ocho, las ocho de la mañana, las ocho en punto. —Me mostró el teléfono para demostrarlo—. Los niños no entran hasta las nueve.

—Pero… —dudé— mi reloj marca las…

Echó un descarado vistazo a mi muñeca y se rio con desfachatez.

—Esa antigualla lleva cuarenta y tres minutos de adelanto. Qué casualidad, ¿verdad? Cuarenta y tres.

—¡No es ninguna antigualla! —protesté. Puede que tuviera razón, pero ese reloj me había acompañado desde que tenía la edad de Adrien y no pensaba claudicar—. Da igual, será mejor que te vayas.

—¿Y las quejas?

Las pisadas de Adrien bajando las escaleras me libraron de responder. El niño aún llevaba puesto el pijama y se frotaba los ojos con fruición. Su pelo era una maraña de mechones rubios a los que les convendría un buen corte, por mucho que él no quisiera. Miré de nuevo el reloj, entrecerré los ojos y me pregunté si el pequeño diablillo no tendría algo que ver con el desajuste de la hora.

April estornudó de una forma muy poco femenina y mi hijo levantó la mirada de golpe.

—¡April! —gritó, y corrió a abrazarla por la cintura con más emoción de la que me había recibido a mí en las últimas visitas a Stowe—. ¿Qué haces aquí? ¿Vas a cuidarme tú? ¡Di que sí, por favor! ¡Por favor!

Me dolió el entusiasmo de Adrien. Su carita suplicante era la prueba de que yo no lo estaba haciendo bien. Pero ¿qué podía hacer? Necesitaba conseguir el empleo de Boston, necesitaba dedicarle tiempo a los bocetos y a los planos y a los números… Le había explicado a Adrien lo importante que era ese trabajo y él me aseguró que lo había entendido, pero no había sido así, y me estaba castigando por ello.

April Williamson se arrodilló delante de mi hijo y lo abrazó con ternura.

—No puedo cuidar de ti, cielo, tengo que trabajar, ¿recuerdas?

—Pero me quedaré muy quieto y no tocaré tus cosas, te lo prometo. ¿Me has traído galletas?

La risa de April sonó fresca y sincera hasta que un acceso de tos la interrumpió.

—No, no he traído galletas, pero lo haré la próxima vez. Y no me importa que toques mis cosas. Sabes que puedes venir a verme a la oficina cuando quieras, pero hoy tengo reuniones y asuntos fuera, y no puedo llevarte conmigo.

—Pero yo quiero que me cuides tú, por favor. Mis *abus* se han ido y no tengo a nadie.

—Esto… ¿Hola? Estoy aquí —dije con la poca dignidad que me quedaba.

Adrien me fulminó de reojo y me recordó tanto a su madre que por poco vuelco el café sobre los bocetos.

—¿Ves? Papá se encargará de ti cuando salgas del colegio y seguro que tiene unos planes estupendos para pasar la tarde contigo.

—Ejem… En realidad, no es posible —comenté con culpa—. Ayer no pude ir a Boston y tengo que ir hoy sin falta.

April arqueó una ceja, insolente, y le acarició el pelo a Adrien. El niño escondió su gesto de tristeza en el hombro de la señorita Williamson y me partió el alma.

—¿Y quién va a cuidar de tu hijo? Has dicho que no necesitabas canguro.

—No la necesito ahora.

—Pero sí luego.

—Exacto —susurré, avergonzado. Me estaba exponiendo a la voluntad del karma, pero no tenía otra alternativa—. Si pudieras conseguirme…

—Has dicho que no volverías a contratar mis servicios jamás —me recordó.

—Ya sé todo lo que he dicho —mascullé entre dientes—. Lamento haber sido tan…

—¿Capullo?

Adrien se tapó la boca al oír la palabra y ahogó una risa.

—Te agradecería que no utilizaras ese lenguaje delante de mi hijo.

—Tienes razón, lo lamento, ha sido un fallo por mi parte. ¿Ves lo fácil que es disculparse cuando metes la pata? Ahora te toca a ti.

Me cedió la palabra con un estudiado movimiento de la mano y me dieron ganas de estrangularla, y de reír, y de echarla de una patada en el culo. Pero esa mujer orgullosa era mi única opción.

—Siento lo que pasó ayer. Debí fijarme mejor —dije a regañadientes.

—Bien, acepto tus disculpas. Se las transmitiré a las chicas. En cuanto a las quejas, estaría bien que las retiraras. Eso estuvo tan feo como mi palabrota.

Adrien asintió, de acuerdo con April Williamson.

—Sí, sí, por supuesto. Lo haré. Pero consígueme una canguro, por favor.

Ella se quedó pensativa un segundo, le revolvió el pelo al niño una vez más y se puso en pie muy despacio. Me sorprendió que llevara a Adrien hasta la mesa de la cocina y le pusiera delante la taza de cacao que yo le había preparado. Y fue más sorprendente aún que mi hijo diera el primer trago sin rechistar.

—Vamos a ver a quién tenemos disponible para esta tarde.

Una llamada fallida, dos, tres… Mi nivel de desesperación crecía con cada una de ellas. Contactó con quince chicas, pero ninguna podía.

—¿Qué esperabas? Es viernes. Además, hay asamblea vecinal y los adultos aprovechan para ir a tomar algo luego.

Gruñí y me llevé las manos a la nuca con frustración. Clamé al cielo para que me ayudara a solucionar el entuerto y el cielo me envió una señal: April golpeó mi taza de café sin querer y volcó el contenido sobre los rollos de papel que contenían los dibujos de mi presentación.

—¡No, no, no, joder, no! —bramé—. ¡Me cago en…!

Adrien abrió los ojos como un pequeño búho. Me mordí la lengua, apreté los puños, tensé los tendones del cuello y estuve a punto de saltar sobre April Williamson.

—¡Ups! Lo siento —se disculpó mientras usaba la bayeta quemada para evitar que el líquido se derramara más—. ¿Era algo importante?

Volví a morderme la lengua más fuerte. No podía hablar. Si lo hacía, explotaría.

—Es el trabajo de papá. Papá dibuja edificios muy feos.

—No son feos —mascullé entre dientes. Le arrebaté la dichosa bayeta de un tirón y retiré los rollos de papel para que no se empaparan más—. Maldita sea… Tengo que presentarlos esta tarde.

—Siempre puedes secarlos. Menos mal que casi te habías acabado el café.

¿Se estaba riendo? ¿La mueca de sus labios era una burla? Sí, fue una burla, una que Adrien imitó y que los hizo reír a carcajadas.

Me había pasado toda la noche perfeccionando esos dibujos, no me podía creer que el maldito trabajo se hubiera ido a la mierda.

—Míralo por el lado bueno: si no hay bocetos, no tienes que ir a Boston. Y si no tienes que ir a Boston, no te hace falta canguro. Podrás cuidar tú mismo de Adrien y hacer lo que un padre y su hijo hagan un viernes por la noche.

«Lo que un padre y su hijo hagan un viernes por la noche».

¿Y qué se suponía que era eso?

Olvidé el trabajo por un instante. La carita de ilusión de Adrien me provocó un vuelco en el corazón.

—¿Podemos hacer palomitas y ver una peli de superhéroes? —preguntó con su vocecilla de inocencia.

—¡Oh! ¡Palomitas y superhéroes, un clásico! —aplaudió April, y volvió a toser con más intensidad.

Apreté la mandíbula. No me estaba ayudando.

De pronto, se me ocurrió una idea magistral. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—¡Lo harás tú! —dije con firmeza. April parpadeó, confundida—. Si cuidas de mi hijo esta tarde, retiraré una queja.

—¿Una? —graznó, a punto de un nuevo acceso de tos—. ¡Has dicho que retirarías las tres!

—He cambiado de opinión.

Conté con la aprobación de mi hijo, que me miraba feliz. Le guiñé un ojo y lo mandé arriba a vestirse con un movimiento de la cabeza.

La batalla era mía.

—¡No puedes cambiar de opinión! ¡No es justo!

—Tampoco es justo que me hayas destrozado el trabajo de toda la noche. No podré rehacerlos a tiempo y eso quiere decir que perderé puntos delante de las personas a las que debo impresionar para que me den el empleo. —Levanté el rollo de los dibujos para recalcar mi esfuerzo—. ¿Quieres que retire una queja? Cuida de Adrien mientras estoy en Boston.

—¿O si no?

Entrecerré los ojos igual que ella. Quería parecer amenazadora, pero la nariz colorada y la voz gangosa se cargaban el efecto. Estaba muy graciosa.

—O si no, pondré otra queja por invadir mi casa, por montar un escándalo y por destrozar mi trabajo como venganza por no querer retirar las quejas anteriores.

—¡Eso no es cierto! Ha sido un accidente.

—Yo creo que lo has hecho a propósito —la chinché—. Claro que podría considerar olvidar este episodio de ira incontrolada si tú…

—¿Me estás chantajeando?

—Sí. Es lo que pasa cuando estás desesperado —admití sin remordimientos—. ¿Qué me dices? ¿Palomitas y peli de superhéroes?

Ya era mía.

3. April

TAREAS QUE DEBERÍAN ESTAR HECHAS:
- Galletas
- Terminar lectura del club
- Alejar a Gael del yerno de los McPherson
- Borrar «esa» sonrisa de mi cabeza

Mi oficina se escondía en el 86 de la avenida Vermont, en la ruta 100, a escasos cincuenta pasos de la casa consistorial de Stowe. Y digo que se escondía porque Stowe Dreams Events no era más que una habitación a la que se accedía desde el interior de una cafetería. La cafetería, la habitación y la joyería que había al lado eran propiedad de mi tío, el hermano de mi padre.

Por suerte para mí, mi buena relación con él me había librado de pagar un alquiler por el espacio.

Por desgracia para mí, no pagar el alquiler implicaba soportar el mal carácter de mi querida tía Dorothy.

Atravesé la puerta de la cafetería como un vendaval y me dejé caer desmadejada en una silla frente a la barra. La bolsa de galletas caseras que llevaba en la mano crujió como protesta.

—Dime que tienes un café bien grande preparado, hoy necesito dosis extra —le lloriqueé a Emma, la dueña de la cafetería y una de mis mejores amigas desde el jardín de infancia.

—¿Un fin de semana movidito? —Me tendió el vaso de cartón extragrande y le lancé un beso. Ella se agenció una galleta y continuó construyendo una bonita pirámide de donuts de colores—. No te vi el viernes en la reunión del pueblo.

—Me surgió un problema de última hora y no pude ir.

«Un problema odioso que merecía una patada en el culo», pensé.

—Tampoco te perdiste demasiado. El alcalde anunció la construcción del centro social y ahora hay que votar en qué parte del pueblo quedaría mejor. Se pasaron cuarenta minutos discutiendo si al norte o al sur.

—Muy interesante —ironicé, y emití un suspiro de resignación. Era hora de ponerse a trabajar—. El deber me llama. Por cierto, el libro de esta semana es soporífero.

—Lo eligió Agnes.

—Ya, ya lo sé. Se enfadará, pero no pienso acabarlo para la reunión.

—Te pondrá un puntito rojo, como hace Beth con los niños —

bromeó—. O a lo mejor, una queja en el ayuntamiento.

—¡Emma! —Le lancé una cañita que cogí del mostrador—. No bromees con eso. Es un tema serio.

—Venga, April, todo el que te conoce sabe que esas quejas son absurdas, y ese tío, el yerno de los McPherson, es un amargado. Desde que llegó al pueblo no ha hecho nada por integrarse en la comunidad. El niño es un encanto, pero él…

—Qué me vas a contar… —mascullé, y di un trago al café. Estaba dulce y delicioso—. Ha prometido que las retirará.

—¿En serio? ¿Así, sin más? Qué considerado.

De considerado nada, era un patán, pero ese patán tenía una habilidad asombrosa para girar las tornas. Y yo tenía una habilidad más asombrosa aún para meterme en líos con ese hombre.

Cuidar de Adrien el viernes no estuvo mal, el enano era un angelito y ni siquiera me molestó cuando me dormí en el sofá viendo *Spiderman*. Las medicinas para el catarro me adormilaron y creo que manché de baba el cojín donde apoyé la cabeza.

Cuando Nathan regresó a casa, Adrien ya hacía una hora que dormía. Él no dijo demasiado, parecía tan abatido que no le pregunté qué tal le había ido la reunión. No es que me importaran sus problemas, no íbamos a ser amigos, pero transmitía desolación y yo no soportaba ver a la gente así. Bromeé con su aspecto de ejecutivo venido a menos, le conté lo divertida que había sido la tarde y me recordó, muy amablemente, que todavía tendría que cumplir con dos tardes más si quería librarme de las quejas.

A Emma le dio un ataque de risa cuando le conté la historia y hubiera seguido riendo de no haber sido por los clientes que esperaban sus desayunos.

Una hora más tarde, unos golpecitos en la puerta me sacaron de la lectura del nuevo listado de normas que el Mountain Resort había elaborado para la realización de eventos en sus instalaciones. Cameron Blevins, mi agente inmobiliario, con quien tuve una relación de seis meses a los diecisiete, asomó su perfecta cabellera oscura y me ofreció otro vaso de café gigante.

—¿Estás ocupada? —preguntó con un estudiado guiño. Dejó la bebida sobre el escritorio y se agenció un par de galletas, como tenía costumbre—. ¿Puedo llevarme algunas? A la gente le encanta ver un plato de repostería en las casas que vendo. Y el olor es…

—Que los lunes vengas a robarme galletas se ha convertido en una costumbre, ¿no te parece? Debería cobrártelas.

—Si me dijeras el ingrediente secreto…

—En tus sueños, Cam. —Le tendí la bolsa de papel que había llevado para él, pero la retiré antes de que pudiera rozarla—. ¿Sabemos algo de lo mío?

Compuso una mueca, una mirada esquiva y un gruñidito que no auguraba buenas noticias.

—¿Has vuelto a pintar las paredes de rosa? —Su escasa sutilidad para esquivar la respuesta me desanimó más todavía.

—Son blancas, Cam, ve a que te revisen la vista.

—¿Seguro?

—¡Aquí todo es blanco! Deja de darme largas, Cameron Blevins. ¿Qué hay de lo mío?

—¿Estás planificando la fiesta de cumpleaños de la mujer del alcalde? ¡Caray! Eso sí es un reto —comentó después de ojear las carpetas que había sobre la mesa.

Le arranqué el dossier de un tirón y le lancé una advertencia silenciosa.

—Si no tienes noticias, coge las galletas y lárgate.

—Tengo noticias, pero no te van a gustar —respondió al fin.

Dejé caer los hombros y me recosté contra el respaldo de la silla.

Cameron estaba negociando para mí la compra de un viejo granero a las afueras de Stowe. La propiedad pertenecía a un anciano fallecido hacía años, pero los herederos legales no se ponían de acuerdo y llevábamos meses tratando de convencerlos para que me la vendieran por un módico precio.

Ese granero era mi apuesta, mi billete ganador. Quería habilitarlo para organizar grandes celebraciones, un espacio de ensueño de techos altos, vigas de madera, lámparas de araña y gasas ondulantes. El ambiente perfecto para bailar un vals, para enamorarse, para ser feliz.

—Han subido el precio. —Abrí los ojos con estupefacción—. Dicen que, si tanto te interesa, no te importará pagar un poco más.

—¿Me tomas el pelo? ¡Pero si solo se salva la estructura! Tendré que reformar hasta las paredes. —Cameron se encogió de hombros y le dio un buen mordisco a una galleta—. Las tuberías están atascadas; la madera de las ventanas, podrida; y la instalación eléctrica es de la Guerra de Secesión, por el amor de Dios. Necesita obra, pintura, revisiones. ¡Tendré que contratar a alguien para que me haga el proyecto! ¿Y esas sanguijuelas aún quieren más dinero? ¿Se han creído que soy la Reserva Nacional?

—Podemos ir por las malas, ya te lo dije. Tengo un amigo ingeniero al que no le importaría hacer una inspección. Si les insinuamos que el sitio tiene carencias y que podría caerles una multa, tal vez…

—No, nada de chantajes. Déjame que le dé unas vueltas, algo se me ocurrirá. —Me quedé pensativa mientras él masticaba ruidosamente —. Por cierto, ¿cómo está Anne de la otitis? Tu mujer me dijo que había tenido mucha fiebre.

—Bien, bien, los niños de hoy son muy delicados, pero mi Annie es

una fiera, nada puede con ella. Es como su padre, fuerte y robusto. —Compuso un gesto de fuerza, se besó el bíceps por encima de la chaqueta y di gracias al cielo por haber dejado pasar ese tren—. No te preocupes por el granero, lo conseguiremos. Ya verás.

Recogió su bolsa de repostería y se encaminó hacia la puerta.

—Oye, una putada lo de las quejas esas, ¿no? —Resoplé. ¿Quedaba alguien en el pueblo por enterarse de mi desgracia?—. Ese tipo, Farley, es el que se casó con Diane McPherson, ¿verdad? Ella era de mi promoción. ¿No salía con…?

—Cameron, tengo trabajo.

—Bah, da igual. Es un gilipollas. No le dediques ni medio pensamiento.

Consiguió hacerme sonreír. No fue el novio perfecto, ni siquiera estaba segura de que fuera el marido perfecto para Ava, pero era un amigo sensacional, y tenía suerte de tenerlo en mi vida.

Me centré en los dos eventos que me habían encargado para las próximas semanas e hice mi lista de tareas. Hacía listas de todo: de comida, de utensilios, de ideas, de libros, de personas… Tenía una mente muy dispersa y hacía muchos años que me había habituado a escribirlo todo. No podía vivir sin ellas.

Una hora y dos cafés más tarde, un carraspeo en la puerta rompió de nuevo mi concentración.

—¿La hermana más maravillosa del mundo tiene un par de minutos para mí? —preguntó mi hermano, que irrumpió en la oficina desbordando energía y aroma a *after shave*.

—La hermana más maravillosa, y la única que tienes, está hasta arriba de trabajo. Pero como soy una hermana maravillosa y hace una semana que no sé nada de ti, te daré esos minutos. ¿Qué tal por Chicago?

Apoyé los codos en la mesa y la cabeza en las manos. No había terminado la lista de decoración y se me olvidarían la mitad de las cosas, pero Gael era mi debilidad. Y mis galletas eran la suya, a juzgar por cómo las miraba.

—Como siempre, mucho viento y mucho divorcio. Nada nuevo. ¿Y tú? —dijo con la boca llena. A veces me sorprendía que fuera un abogado respetable cuatro años mayor que yo—. He oído lo de las quejas. ¿No había nadie más en el pueblo con quien enemistarte? ¿Tenía que ser Nathan Farley?

—¡Ni que yo tuviera la culpa!

—¿Qué hace en el pueblo? ¿Va a quedarse?

—Ni idea. Los McPherson están de vacaciones y alguien tenía que cuidar del niño. Lo lógico es que fuera él. O una canguro.

«O yo», pensé, pero omití el dato. A Gael no le haría gracia saber que me había enredado para cuidar a Adrien.

—¿Sabes si Percival y Ginger le han contado algo de… ya sabes? —me preguntó en voz baja.

Estaba inquieto. A pesar de sus esfuerzos por disimularlo, se le oscurecía el azul de los ojos y le palpitaba una venita en la sien. Además, siempre se frotaba la nuca cuando algo le preocupaba, y no había dejado de hacerlo desde que había entrado por la puerta.

—No creo. Los McPherson son buenas personas. Ya no tiene sentido hablar del tema. Tú también deberías olvidarlo. Es lo mejor.

—¿Y qué harás con las quejas? Mamá dice que el alcalde podría retirar tu nombramiento. Eso sería un golpe duro. Creo que tía Dorothy ha puesto el *champagne* a enfriar, por si acaso.

—Las quitará, me lo prometió.

—¿A cambio de qué? —No respondí de inmediato—. April, ¿qué has hecho?

—¡Nada! —exclamé—. Hablé con él y llegamos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

El teléfono de la oficina sonó en ese instante y me apresuré a contestar. Al otro lado de la línea, como si lo hubiéramos invocado, Nathan Farley se aclaró la garganta.

—¿Qué tal te va mañana por la tarde? —preguntó sin rodeos.

—Como si tuviera elección —farfullé sin demasiada simpatía. Abrí la agenda y chequeé la lista de tareas. La limpieza de la casa tendría que esperar y mi rato de lectura también. Con un poco de suerte me daría tiempo a llegar a la cerveza de los martes con las chicas del club—. ¿A qué hora?

—Recoge a Adrien en el colegio. Yo no llegaré muy tarde.

—Ir a por tu hijo al colegio no es mi función.

Nathan rio o gruñó o emitió un sonido gutural que me erizó la piel.

—Ahora sí.

4. Nathan

No había luz en la planta baja cuando entré en casa. El silencio, bendito silencio, armonizaba con el crepitar de los troncos que April había encendido en la chimenea. El calor me reconfortó y el aroma dulce de los malvaviscos que dejaron en la alfombra me provocó un tremendo bienestar.

Hacía mucho tiempo que no experimentaba algo así.

La casa estaba recogida; los cojines del sofá, alineados; las mantas, dobladas; y no se veían cacharros ni platos en el fregadero. Hasta la ropa que había recogido de la lavandería después de llevar a Adrien al colegio estaba plegada. Lo único que se salía de lo habitual, además del orden, era la fuente de galletas con trocitos de chocolate que, por el calor que desprendían, estaban recién horneadas.

—Joder, qué buena —susurré al meterme un trocito en la boca.

¿Qué llevaban esas galletas? Jamás había probado algo tan delicioso.

La risilla de Adrien en el piso superior me animó a subir. Hablaban en susurros, tan bajito, que no identifiqué lo que April le estaba contando hasta que estuve en la puerta. Me demoré en la sombra, observando cómo ella ponía voces a los personajes de uno de los miles de cómics de Superman. «Diane nunca hizo nada parecido», pensé de pronto, y me sentí mal por comprarla con otra mujer. Pero ella no tenía paciencia, y en cuanto Adrien empezaba a preguntar detalles de la historia se desesperaba y apagaba la luz para que se durmiera.

Era lo mismo que había hecho yo desde que llegué al pueblo: desesperarme.

—¿Vas a ser mi canguro para siempre? —preguntó Adrien sin venir a cuento.

April apartó el cómic a un lado y le acarició el rostro con infinita ternura.

—No, solo hasta que tu papá esté un poco menos ocupado.

—Entonces serás mi canguro para siempre —afirmó el niño—. Papá está ocupado tooodos los días. Está tan ocupado que se le olvida que estoy aquí.

—No se le olvida, cariño. Nadie podría olvidarse de ti. Tu papá solo necesita tiempo para adaptarse al pueblo.

—Él no se quedará —musitó Adrien. Me estaba destrozando—. Cuando vuelvan mis *abus* se irá a Boston.

April chasqueó la lengua y tardó unos segundos en decir algo. La preciosa carita de mi pequeño se arrugó en una mueca triste y una lágrima le rodó por la mejilla.

«Cree que lo voy a dejar aquí». ¿Tan mal lo estaba haciendo?

—Estarás bien, estoy segura. Vendré a hacer galletas siempre que quieras y tú podrás visitarme en mi oficina y comer todas las que te apetezcan, ¿de acuerdo?

—¿Y me llevarás a patinar? Mi *abu* dice que ella no puede porque no sabe, y si se cae, puede romperse la cadera.

—Echaré un vistazo a mi agenda y me reservaré una tarde para ir a la pista, ¿te parece? —Adrien asintió con entusiasmo y se abrazó más a su osito de peluche—. Puedo recogerte en el colegio e ir a merendar chocolate caliente y bollos de calabaza.

—¡Y helado de fresa! ¡Y gofres con nata!

—¡Por supuesto! —exclamó April, que le seguía la corriente—. Y luego volveremos rodando cuesta abajo.

La risa me delató. April miró por encima del hombro y Adrien se incorporó en la cama.

—Mira quién anda espiando en las sombras. Está muy feo escuchar conversaciones ajenas, señor Farley —me reprendió como una maestra de escuela. Y lo de usar mi apellido… Lo había hecho a propósito—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Acabo de llegar —mentí.

Me senté al otro lado de la cama y arropé a Adrien, que permanecía extrañamente callado.

—¿Qué tal ha ido la tarde? ¿Lo has pasado bien?

—Hemos hecho galletas —dijo en voz baja. Había resentimiento en su voz y lamenté que la situación entre nosotros hubiera llegado a ese extremo—. Y hemos comido malvaviscos en la chimenea.

—Demasiados dulces para una sola tarde, ¿no crees?

Mis ojos miraban a Adrien, pero el reproche era para April.

—Si tú lo dices… —murmuró la señorita Williamson en un tono condescendiente que me puso de mal humor.

Nos despedimos del niño, que bostezaba de cansancio, y nos dirigimos al piso de abajo.

April se puso el anorak y todos los complementos que la protegían del frío de enero. Esa actitud me enfureció más, no entendía por qué, y dije cualquier cosa, lo más absurdo que se me pasó por la cabeza, lo que fuera con tal de descargar un poco de irritación.

—Tal vez debería poner otra queja por atiborrar a mi hijo de dulces. Estoy seguro de que no ha cenado nada saludable.

—Y yo estoy segura de que te diste un golpe en la cabeza al nacer. —Abrí mucho los ojos. Su respuesta me pilló desprevenido. Casi sonreí —. Ha cenado menestra de verduras. No he dejado que coma ninguna galleta porque estaban demasiado calientes, aunque por lo que veo alguien ha metido la mano y falta justo la que le gustaba a Adrien. Mañana le explicas por qué.

—Mierda…

—Ah, y solo nos hemos comido un malvavisco de postre —añadió con insolencia—. Un premio, porque Adrien ha hecho los deberes, ha practicado cálculo para el examen que tiene la semana que viene y me ha recitado diez veces el poema que tiene que presentar en clase de Lengua. Y todo sin protestar.

Se acomodó el gorro como punto final y abrió la puerta para marcharse. Un viento helado barrió la entrada y le arrebató los guantes que aún sostenía en la mano.

Nos agachamos a recogerlos al mismo tiempo y me fijé en la quemadura que tenía en la muñeca.

—¿Eso te lo has hecho aquí?

April apartó la mano, pero yo fui más rápido. Le sujeté los dedos y estudié de cerca la marca alargada que había empezado a hincharse y a formar una fea ampolla.

—No tiene importancia. —Intentó recuperar la mano, pero no la dejé. Su piel era muy suave y caliente. Las mías siempre estaban frías, salvo cuando dibujaba—. ¿O también vas a poner una queja por mi falta de habilidad con las bandejas del horno?

—Puede que lo haga —bromeé, y ella aprovechó para romper el contacto y ponerse los guantes.

—Bien, tú mismo. Buenas noches, Nathan.

—¿No vas a rogar un poco para que te quite la tercera queja sin hacer el trabajo? —la provoqué—. Estás perdiendo facultades.

Dio media vuelta y me encaró muy cerca.

—Lo que estoy perdiendo es la paciencia. Si fueras una persona honesta, habrías admitido que esas quejas son una basura infundada y las habrías retirado sin sacar partido de ello. Pero como no tienes ni medio pelo de buena persona, no voy a perder el tiempo pidiéndote nada. ¿Quieres que te ruegue algo? Está bien. Te ruego que seas el padre de ese niño y dejes de comportarte como si solo existieras tú en este mundo. Adrien te necesita y tú ni siquiera sabes darle los buenos días sin berrear como un borrego.

—No recuerdo haberte pedido opinión sobre la relación con mi hijo —dije con los dientes apretados y más dolido de lo que quería reconocer.

—Qué suerte que no sea una opinión, ¿verdad? —Ese descaro y esa respuesta fácil me hicieron hervir la sangre—. Buenas noches, *señor* Farley.

Dejar de mirarla a través de la ventana me supuso todo un reto y, cuando aparté la vista, sucedió algo insólito: se me escapó un bufido, y luego una carcajada, y luego otra más profunda y liberadora.

Y, de repente, me apeteció una galleta. Y luego otra, y otra más.

5. April

NO TE OLVIDES:
- Bizcocho para el club de lectura
- Club de lectura. 8 p.m.
- Programar lobotomía para mi cerebro

Agnes Howell, bibliotecaria y presidenta del club de lectura Suspiros y Amor, cerró con llave la puerta de la biblioteca municipal y ocupó su lugar en uno de los sillones que las chicas habían dispuesto en círculo para la sesión del viernes.

—¿Quién ha acabado el libro? —preguntó con las gafas en equilibrio sobre la punta de su nariz afilada. Solo Rosie, nuestra querida octogenaria, levantó la mano—. ¡Chicas! La norma es que hay que terminarlo.

—Yo he ido de cabeza estas dos semanas —alegó Beth, maestra de primaria. Era la profesora de Adrien—. Elliott ha tenido un par de crisis y la vuelta de las vacaciones de Navidad ha sido caótica.

Las chicas mostraron su preocupación e interrogaron a Beth acerca del estado del niño. Su hijo, de cinco añitos, sufría ataques de epilepsia.

—Yo me quedé en el capítulo diez, no he podido avanzar más. Entre el servicio de canguros y los exámenes… —se quejó Jenna, la más joven. Era una de mis *canguritas* en plantilla. Un amor.

—Ya ha leído más que yo —me susurró Danielle con una mueca. A veces me costaba entender cómo le quedaban energías al acabar el día. Tenía tres niños que eran tres demonios—. Por cierto, ¿dónde está Emma?

—Se le ha complicado la tarde —respondió Constance. Acababa de cumplir cuarenta años, pero no aparentaba ni la mitad—. ¡Atención! He traído provisiones.

Abrió su bolso extragrande y extrajo una botella.

—¡Tequila! ¡Genial! —grité—. He comido en Burlington con mi madre y necesito olvidarlo.

—¿Aún trata de emparejarte con todos los camareros? —preguntó Beth.

—Con todos, hasta con los casados. Es horrible. —Alcancé la bandeja que había llevado y la dejé sobre la mesa con un gesto muy teatral—. Yo he preparado un bizcocho de jengibre y calabaza.

Todas aplaudieron, menos Krista.

—Cariño, sabes que te quiero, ¿verdad? —Me cogió de la mano y

me la apretó a modo de ruego—. Si tú me quieres a mí, deja de preparar cosas tan ricas. Yo no tengo tu metabolismo.

—Pero el tequila bien que te lo bebes —señalé.

—¡El tequila no engorda! —exclamó ella, indignada.

—No, el tequila no engorda. ¡Engordas tú!

Rompimos a reír y brindamos con los vasitos de plástico que había dispuesto Constance. Hasta Agnes se permitió un poco de alcohol para sobrellevar la tediosa sesión del viernes. Rosie hipó al tragar, y su cara, de por sí arrugada por los años, se contrajo en una mueca de asco.

Tras dos chupitos de tequila, a Danielle se le soltó la lengua.

—Venga, que quede claro, ¿a todas nos ha parecido igual de soporífero el libro que eligió Agnes?

Hubo reacciones de todo tipo, desde la que asintió de acuerdo hasta la que evitó una respuesta directa. Sin embargo, la opinión fue unánime.

—¡No todos pueden contar historias que incluyen erotismo, sexo y finales felices! —se defendió Agnes.

—¿Y por qué no? —pregunté—. El club se llama Suspiros y Amor, no Bostezos y Ronquidos. Yo necesito algo que me retuerza las tripas cuando leo, intensidad y chispazos y ese cosquilleo tan potente que hace que me remueva en la cama.

—Es lo único que me remueve a mí en la cama —declaró Krista con hastío—. En invierno, a Anthony solo le va el misionero. Dice que hace mucho frío.

Danielle, Constance y Beth apoyaron el comentario de Krista y derivaron la conversación hacia las rarezas de sus maridos. Mientras, Rosie cabeceaba en su sillón, Jenna respondía mensajes de móvil y Agnes se servía otro chupito de tequila cuando creía que nadie la miraba.

A mí me dio la risa floja al observarlas. Hablar sobre los hábitos sexuales de mis amigas no era cosa de risa, más bien me incomodaba, pero el tequila ayudaba a pasar el trago porque, en el fondo, ellas tenían a alguien con quien compartir sus vidas y yo solo tenía… tenía… nada, salvo a un arquitecto que me chantajeaba con una sonrisa preciosa.

—¿Verdad, April?

—¿Qué? —Di un respingo en la butaca y tiré la mitad del vasito de tequila. Beth me miraba, interrogante—. No te he oído, estaba… estaba pensando en algo que… que dijo…

—Decía que los de romance histórico también tienen su punto, que no hace falta que sea contemporánea. ¿Cómo se llamaba ese que dijiste la última vez? El de la peli de Michelle Pfeiffer y Keanu Reeves.

—*Las amistades peligrosas* —respondí—, pero no sé si es lo que

todas buscamos.

—¿Y si leemos uno de escoceses? —propuso Jenna—. También es histórica y tienen esas cubiertas con hombres semidesnudos, con sus tartanes…

Suspiro. Suspiro. Suspiro.

Dos horas después abandonábamos la biblioteca. Teníamos las mejillas tan coloradas que los copos de nieve se fundían al contacto con nuestra piel. Rosie, Agnes y Jenna no se apuntaron a tomar algo, pero las demás, los viernes de club, éramos clientela fija del bar de Joe.

Estábamos enumerando las ventajas de haber elegido los *highlanders* de Jenna cuando un torbellino azul con un gorro verde manzana cruzó la calle directo a mi cintura.

—¡April! —gritó Adrien con una sonrisa deslumbrante.

—¡Hey, pequeñajo! ¿Qué haces tú…?

—¡Adrien, maldita sea! ¡Vuelve aquí! —bramó Nathan desde el otro lado. Atravesó la carretera en cuatro zancadas y zarandeó al niño, que se negaba a soltarme—. Que sea la última vez que sales corriendo sin mirar. ¡La última!

Sonó demasiado severo, pero tenía razón. Los coches no solían ir rápido en la avenida principal del pueblo —ningún coche iba rápido en Stowe—, pero podría haberle pasado algo.

—Tu padre tiene razón —le dije con cariño. Me agaché un poco para estar a su altura y le di un toquecito en la nariz—. Podría haberte arrollado un elefante en bicicleta.

—¡Eso! Tú ríete —protestó Nathan, a quien ignoré deliberadamente.

—¿A qué hora vendrás mañana? —quiso saber Adrien. Ante mi cara de «no sé de qué me hablas», aclaró—: Papá dice que mañana me quedaré contigo. ¿A qué hora vendrás?

—Tu papá no me ha dicho nada. Y yo ya he hecho planes para mañana —mentí.

¿Redactar listas y hacerme la manicura se consideraba un plan?

—Su papá no ha tenido tiempo de llamarte, pero ya que estás aquí…

—He dicho que tengo planes.

Me enderecé y me sacudí los copos de nieve que se me habían quedado pegados al abrigo. Las chicas nos observaban sin disimulo unos pasos más adelante.

—¿Tengo que recordarte que aún hay una queja pendiente? No querrás que manche tu impecable trayectoria como organizadora de cumpleaños infantiles.

«Gilipollas».

Pero no tenía opción. El alcalde me había dado una semana para

conseguir que retirara las quejas y se me estaba agotando el plazo.

—Está bien —me resigné—. Pero no me quedaré encerrada en esa casa un sábado por la tarde; saldremos por ahí, así que abriga bien a Adrien.

—Adrien sabe abrigarse solo —replicó.

—Bien, vale.

—Bien, vale —repitió Nathan con cierto tono de burla.

Una sonrisa de medio lado le asomó en los labios.

«Maldita sonrisa».

Minutos después, entramos al calor del bar de Joe y su ambiente ruidoso. Pedimos vino y patatas fritas, y nos sentamos en nuestra mesa de siempre.

—Hablo en nombre de todas las presentes cuando digo: ¿qué coño ha pasado ahí afuera? —exclamó Krista. Las demás rieron con la copa sobre los labios.

—Hay que reconocer que el tío alegra la vista —opinó Beth—. Todas las profesoras del colegio están locas por él.

—Es un capullo —declaré con desdén.

—Igual que su mujer —agregó Constance con un encogimiento de hombros.

—Su difunta mujer —puntualicé—. Yo no me acuerdo mucho de ella. ¿La conociste bien?

—Era de la promoción de mi hermana pequeña y de la de Krista. Luego se fue a estudiar fuera y se esforzó mucho por dejar de ser una paleta de pueblo.

—¡Eeeh! Nosotras no somos unas paletas de pueblo —protestó Danielle—. Beth es profesora, April una empresaria de éxito, tú manejas la oficina postal con un solo dedo y Krista y yo… somos madres.

—¡Buenas madres! —señaló Krista—, que es más de lo que se podía decir de Diane McPherson.

—Farley, era Diane Farley —la corregí.

—Lo que sea, la cuestión es que se creía por encima de los demás, y cuando venía al pueblo no se relacionaba con nadie.

Me removí incómoda en la silla. A pesar de no haber coincidido con Diane Farley en la adolescencia, sabía cosas de ella que darían para una noche entera de confidencias. Pero prometí olvidarlo. Hablar de los muertos no hacía bien a nadie.

Krista llamó nuestra atención con unos golpecitos en su copa y se retiró las gafas con aire interesante.

—Nos estamos desviando del tema. —Me señaló con una patata frita antes de metérsela en la boca, y tres pares de ojos más se entrecerraron para incomodarme—. ¿Hay algo que quieras contarnos sobre Nathan Farley?

—No sé lo que esperáis que diga, pero no flipéis, ¿de acuerdo? Puso tres quejas y quiero que las quite.

—¿Y por qué no las quita y ya está?

—Porque es idiota y porque le manché de café unos bocetos muy importantes. Se enfadó e hicimos un trato: tres días de canguro para Adrien, uno por cada queja.

—¿Y qué más da si ha puesto tres quejas? ¡Límpiate el culo con ellas! —exclamó Danielle. Constance levantó la copa para mostrarse de acuerdo—. En este pueblo nadie duda de lo bien que haces tu trabajo. ¡Si hasta te van a dar el reconocimiento del año!

—Pues ese es el problema. El alcalde me advirtió que no podía haber ni una mácula en mi trayectoria o algunos de los comerciantes se le tirarían encima.

—Esa es otra de las normas de este pueblo que no entiendo —comentó Beth.

—¿Y quién se le iba a tirar encima a Merryweather? No hay nadie como tú en este pueblo. —Le agradecí a Constance el cumplido. Significaba mucho para mí.

—Tía Dorothy, ¿verdad? —¡Premio para Danielle!—. Como detesto a esa mujer.

—¿Y eso es todo lo que ha pasado? —insistió Krista—. ¿No ha habido tropezones al salir de la ducha, choques involuntarios o encontronazos incómodos en medio del pasillo? ¡Oh, venga, April! Necesito que al menos una de nosotras tenga una vida emocionante.

—Y sexualmente apasionante —añadió Danielle.

—Y que nos lo cuente, aunque nos pongamos verdes de envidia —dijo Constance.

Miré a Beth a la espera de que aportara su granito de arena a aquella montaña de barbaridades, pero fue la única sensata del grupo.

—Nathan Farley debería dedicarle más tiempo a su hijo. Adrien no necesita una canguro, ni siquiera a sus abuelos, que bastante hacen. Necesita a su padre. —Era lo mismo que pensaba yo. Iba a darle la razón y a abrazarla por ser tan sensible cuando agregó—: Tal vez podrías ayudarlo a darse cuenta cuando dejéis de tiraros los trastos a la cabeza.

—¡No nos tiramos los…! ¡Ay, por favor! ¡Sois imposibles!

—Se queda sin argumentos —le dijo Constance a Danielle.

—Está a la defensiva —observó Krista.

—¡Yo no estoy a la defensiva, joder!

—Sí, sí lo estás —señaló Beth—. Y te has puesto como un tomate.

—¡Porque aquí hace el mismo calor que en el infierno! —Me abaniqué con la mano y por poco mando las copas al suelo sin querer—. No pasa nada con Nathan Farley. Mañana le haré de canguro a su hijo, él quitará la tercera queja y cada uno seguirá con su vida. Fin de

la historia.

—Si tú lo dices…

6. Nathan

Había que reconocer que la chica era puntual y que ponía mucho empeño en contentar a Adrien, pero sin consentirlo en exceso. Parecía tenerlo todo controlado.

Yo debería estar preparándome para irme o para sentarme delante del ordenador, cualquier cosa que diera credibilidad a mi necesidad de una canguro. Pero ver a April ir de un lado a otro de la casa con mi enano pegado a sus talones era mucho más entretenido que el AutoCAD o que dar vueltas al vecindario.

La verdad era que April solo estaba allí porque yo era un idiota orgulloso. No tenía que ir a Boston, no tenía que retocar ningún plano, no tenía nada que hacer. Simplemente, a ella se le daba mejor lidiar con los berrinches de Adrien que a mí.

—Bien, tenemos el gorro, la bufanda, los guantes, el abrigo, una mochila con agua y protector labial —enumeró por segunda vez. Adrien asentía a cada punto de la lista, sonriente, emocionado—. ¿Se nos olvida algo?

—¿La merienda? —le recordó el niño.

—No, en el Stowe Arena hacen unos gofres riquísimos —le respondió en confidencia.

Adrien aplaudió y dio saltitos de felicidad hasta que se dio cuenta de que yo lo observaba con atención. Le cambió la cara de repente, volvió la expresión triste y dirigió la mirada a sus botas de agua.

—¿Puedo comer gofres con April? —me preguntó con su vocecilla inocente.

Me sentí mal, muy mal. ¿Por qué actuaba así? ¿Por qué parecía el niño más feliz del mundo y al segundo siguiente se le ensombrecía el rostro? Busqué la respuesta en April, y ella movió la cabeza con impaciencia para que respondiera, para que le diera permiso.

—Claro que puedes comer gofres con April. —Adrien me miró sin demasiado convencimiento y una sonrisilla le tironeó de los labios.

—¡Genial! Asunto resuelto —decretó ella con una palmada al aire —. ¡Nos vamos a patinar!

De pronto, quedarme en casa me pareció desolador, fingir que tenía cosas mejores que hacer que cuidar de mi hijo ya no parecía tan buena idea. Su plan era mucho más apetecible y me dije: «¿Por qué no?».

—¿Sabéis? Creo que me apunto a comer gofres con vosotros —anuncié justo cuando se dirigían a la puerta.

Ambos me miraron como si acabara de brotarme una segunda cabeza.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que yo también voy, si me dejáis, claro.

—¡Sí, papi, sí! —se entusiasmó Adrien, que corrió al perchero a por mi anorak y mi bufanda.

April, sin embargo, puso los brazos en jarras y farfulló, molesta.

—A ver si lo entiendo: me obligas a venir para hacer de canguro y ahora resulta que quieres acompañarnos. ¿No tenías que hacer cosas importantes o ir a algún lado?

—He cambiado de opinión —respondí—. Cualquiera tiene derecho a cambiar de planes en el último momento, ¿no?

Los ojos de April, de un tono claro que aún no había podido calificar, se entrecerraron con suspicacia. Adiviné su siguiente jugada antes de que a ella misma se le pasara por la mente.

—Está bien —dijo, y soltó la mochila a sus pies—, en ese caso, cualquier persona tiene derecho a cambiar de opinión. No me necesitas, y si no me necesitas, puedo ir a hacer las cosas importantes que *yo* sí tenía que hacer.

Era tan predecible…

No me opuse a que se fuera, le dejé ese papel a Adrien.

—¡No! —gritó el niño—. No puedes irte. Íbamos a patinar y a comer gofres.

—Tu padre te llevará y pasaréis…

—¡No! —gritó de nuevo—. ¡No quiero! Tú eres mi canguro, es tu trabajo —exigió de muy malas formas.

—¡Adrien! Pídele disculpas a April —lo regañé, pero ella levantó una mano para que lo dejara estar.

Se acercó a él despacio y se agachó para estar a su altura. Me fascinaba verla hacer eso.

—Eh, campeón, mírame. —Puso un dedo en el mentón de Adrien, que le temblaba por la rabia, y lo obligó a levantar la cabeza—. Estar contigo no es un trabajo, ya lo sabes. Pero también sabes que tengo mucho que hacer y que no me gustaría que mis clientes se enfadaran conmigo.

—Pero yo quiero que vengas a patinar. Tú eres más divertida —murmuró.

Eso me dolió un poco. Antes de que Diane muriera, yo era la persona más divertida en la vida de Adrien.

«¿Qué te ha pasado, Nathan?».

Los dejé unos minutos a solas mientras me ponía un jersey y las botas. Cuando regresé al recibidor, Adrien negaba una y otra vez en actitud beligerante.

—¡Estoy listo! —anuncié—. ¡Vamos a por esos gofres!

Pero el niño siguió negando, los puños apretados, la naricilla arrugada, los ojos vidriosos, llenos de lágrimas sin derramar. Era culpa

mía, tendría que haberme quedado callado y haber dejado que se fueran.

—¡Está bien! —exclamó April con el fastidio que cabía esperar—. Andando, la pista nos espera.

Adrien dio un salto y se abrazó a su cintura. No quedaba rastro de su enfado ni de su congoja. Mi pequeño estratega se había salido con la suya y caminó hacia el coche en cuanto ella abrió la puerta.

—Gracias —le dije antes de que siguiera al niño.

—Esfuérzate para que no me arrepienta —respondió sin mirarme y fingió que alisaba una arruga de la manga del abrigo—. Ahora, además de quitar la queja, me debes una bien grande. Y otra cosa: no se admiten gruñidos ni discursos paternalistas, no puedes fruncir el ceño ni levantar la voz ni regañar a Adrien ni decirle lo que debe y no debe hacer —enumeró con los dedos.

—¿Algo más?

—Sí, esta tarde mando yo, y si no te gusta, no vengas. Seguro que encuentras algo entretenido que hacer.

No tenía ni idea de lo que eso implicaba, pero acepté.

El Stowe Arena era una de las atracciones más populares del pueblo. Además de ser la pista de los equipos de *hockey* locales, las tardes de los fines de semana funcionaba como punto de encuentro de las familias con niños, de los adolescentes y de cualquiera que quisiera disfrutar del patinaje sobre hielo.

Diane nunca me llevó allí, de hecho, evitábamos casi cualquier lugar de aquel magnífico pueblo en Vermont, pero los McPherson hablaban de la pista y de lo buena patinadora que era su hija a todas horas, y me gustó conocer por fin el sitio donde ella pasó tanto tiempo cuando era una niña. Familiarizarme con su pasado me permitía estar más cerca de ella.

—¿Vas a patinar? —me preguntó April en el mostrador del alquiler. Ella había llevado sus propios patines, unos muy gastados por el uso.

—No, no es lo mío.

—¿Has patinado alguna vez?

—Hace muchos años, cuando era un crío.

A uno de mis tutores le gustaba tanto patinar que repasábamos las lecciones mientras dábamos vueltas a una pista reservada solo para nosotros. Cuando fallaba las respuestas a sus preguntas, me obligaba a quitarme los guantes y a apoyar las manos en el hielo mientras repetía veinte veces la respuesta correcta. Desde entonces, odiaba patinar.

Pero ¿a quién le importaban mis traumas de la infancia? A April no, desde luego. Sacudió los rizos rubios de su melena, me miró los pies y pidió unos patines para Adrien y otros para mí.

—Estupendo, patina con tu hijo. No te irá mal hacer algo divertido.

Y tenía razón, al final resultó divertido. No así al principio, que fue más bien patético, porque pasé los primeros diez minutos con el culo pegado al hielo, incapaz de deslizarme con naturalidad y siendo el hazmerreír de April, de Adrien y de todo el que me prestó un poco de atención. Cuando consideraron que ya había hecho bastante el ridículo, Adrien hizo algo que me dejó sin palabras: me dio un beso en la mejilla y me ayudó a ponerme en pie.

—Yo te ayudo, papi.

Me fijé en nuestras manos unidas y luego en él, en mi pequeño, en lo convencido que parecía de poder salvarme de la situación. La sonrisa me dolió en la cara, como si llevara años sin ejercitar los músculos que la hacían amplia y sincera. April compuso una expresión que venía a significar algo como «¿a que no ha sido tan difícil?», y reanudó la marcha sobre sus patines.

—¡A ver si me alcanzáis!

Media hora después, con las mejillas congeladas y el corazón latiendo muy fuerte, nos dejamos caer en una mesa de la cafetería del Stowe Arena.

—¿Batido de chocolate y gofres para todos? —preguntó April ante la inminente llegada de la camarera.

—¡Sí! —respondió Adrien—. ¡Y nata! ¡Mucha nata!

—Yo prefiero un café sin gofre.

Me ignoró.

—Tres batidos de chocolate y tres gofres con sirope de chocolate y nata —ordenó April, ante mi cara de estupor—. Hoy mando yo, ¿recuerdas?

Me recosté contra el sillón y puse los ojos en blanco. Vale, mandaba ella, no iba a hacerme ningún mal dejarme llevar un poco.

Adrien se entretuvo pintando el cuadernillo para colorear que le habían regalado en la cafetería. Me sorprendió su gesto de concentración, asomaba la punta de la lengua cuando insistía en las partes más pequeñas del dibujo. Yo también lo hacía, y doblaba la cabeza a un lado para tener otra perspectiva de mi trabajo, como acababa de hacer él.

En cuanto llegó nuestra comanda, barrió los lápices y el cuaderno a un lado y se relamió con avidez.

—Demasiado azúcar para un niño —declaré, e hice amago de retirar el batido. De repente, recibí un fuerte golpe en la espinilla. April acababa de darme una patada—. ¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—Tú tienes tu batido, yo tengo el mío y Adrien tiene el suyo —me explicó como si fuera bobo—. Disfrutemos de la merienda.

Refunfuñé y me resistí a probar aquel festival de azúcar y calorías, pero verlos a ellos comer con tanto regocijo me empujó a probar. Solo un sorbo, uno pequeño…

«Joder, está cojonudo», pensé en cuanto lo noté en la lengua, y di un sorbo más grande.

—Bueno, ¿verdad? —me preguntó April con su cara de listilla.

—Pasable —mentí, el sabor del chocolate me hacía salivar en exceso.

Adrien se llevó un trozo de gofre a la boca y cerró los ojos para degustar el sabor dulce y empalagoso. Aún no había terminado de masticar cuando se zampó otro trozo más. El sirope de chocolate se le deslizó por la comisura y fue a parar a su jersey.

—¡Maldita sea, Adrien! ¿No puedes tener más cuidado?

April chasqueó la lengua y lo mandó a por servilletas. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, volvió a darme otra patada.

—¡Joder! Deja de pegarme.

—Y tú deja de tratar así a tu hijo. Los niños se manchan, es lo normal. —Abrí la boca para contraatacar, pero ella se me adelantó—. Y antes de que me digas que es tu hijo y que no tengo derecho a decirte cómo educarlo, recuerda nuestro trato.

—Pues este trato no me gusta.

—Pues haberte quedado tú con él.

—Entonces seguirías teniendo una bonita queja —le recordé, más divertido que nunca. April apretó los labios y entrecerró los ojos. Esas quejas eran su talón de Aquiles—. ¿Cómo era la norma? ¿Nada de ceños fruncidos? La estás incumpliendo, señorita Williamson.

—Li istís incimpliindi, siñiriti Williimsin —refunfuñó con sorna, y su actitud me robó una carcajada insólita que la enfureció más.

—¿Por qué te importan tanto esas quejas? La gente tiene derecho a estar descontenta con un servicio, y no te cierran el negocio por ello. Entiendo que te molesten, pero ¿de verdad son tan importantes?

—Lo son. Punto.

—¡Ah, no, señorita! Así no funciona el juego.

—No hay ningún juego. Tenemos un acuerdo y yo he cumplido mi parte. Cumple tú la tuya.

Me dejó más intrigado todavía y quise indagar, provocarla para que me contara qué escondía, porque era evidente que ocultaba algo. Pero la camarera trajo de vuelta a Adrien y desistí.

No tenía prisa, antes o después conseguiría la respuesta.

7. April

LOGROS A ALCANZAR (O NO):
- ¡Mountain Resort ya es mío! (casi)
- Aprender a tener la boca cerrada
- Regular mi temperatura:
¿Menopausia a los 32?

Veintitrés actividades diferentes planificadas con todo mi rigor y mi profesionalidad era cuanto podía ofrecer al Stowe Mountain Resort para febrero y marzo. Si aceptaban mi propuesta, serían dos meses de mucho trabajo en la estación de esquí. Si no, tendría que organizar todas las fiestas infantiles de cumpleaños del pueblo para cerrar el trimestre con un balance positivo.

Era una buena oportunidad para promocionar Stowe Dreams Events y, con suerte, aquel contrato también serviría para meter un pie en el resort, más cerca del gerente. Él era el encargado de organizar las lujosas bodas que se celebraban en otoño y primavera, y me interesaba tenerlo de mi lado.

—Con que aquí es donde creas la magia, ¿eh? —preguntó Nathan con tono jocoso desde la puerta de mi oficina.

Ni siquiera lo oí llamar.

Se tomó su tiempo para mirar a placer el reducido espacio y terminó sentado en una de las sillas delante de mi escritorio.

—Hola, April.

—No sé qué quieres, pero tengo trabajo.

Le señalé la puerta y lo ignoré, pero no funcionó. Se quedó ahí mirándome y conteniendo la sonrisa. Era demasiado alto para estar sentado en una silla tan coqueta, demasiado varonil para un lugar tan blanco, demasiado fastidioso para una mente dispersa como la mía que solo podía enumerar todas las virtudes de ese hombre. También sus defectos más encantadores.

Intenté concentrarme dos segundos y desistí en el tercero.

—¿Qué pasa? —Me recosté contra el respaldo de la butaca y crucé los brazos—. ¿Hoy no tienes reuniones ni planos con los que ocupar tu tiempo?

—No, la verdad es que no. Adrien está en el colegio, Percival y Ginger han vuelto a casa y he pensado que sería buena idea conocer un poco más el pueblo.

—Y has acabado aquí. ¡Qué suerte la mía!

—En realidad, iba a tomarme un café, pero he visto el cartel y me

he preguntado si te apetecería tomártelo conmigo.

—Es un detalle por tu parte, pero ya llevo tres cafés esta mañana. Uno más y no podré dormir en un mes.

—¿Y un té? ¿Una limonada? ¿Un batido de chocolate? —Rechacé el ofrecimiento de nuevo—. ¡Oh, venga, vamos, April! Almuerza conmigo, entonces.

—Ya tengo planes —mentí. Los ojos de Nathan volaron a la página abierta de mi agenda y la cerré de un manotazo—. Estoy ocupada.

—Sí, ya veo —comentó, pensativo. Guardó silencio, como si estuviera pensando qué decir o cómo, y me puso nerviosa—. Adrien lleva diez días preguntándome cuándo vamos a ir a patinar otra vez. Te ha cogido cariño.

—Es un buen chico, y ahora que han vuelto tus suegros estará más calmado. Y tú también —añadí. Mi comentario lo incomodó y me di cuenta de que, una vez más, estaba opinando sobre temas que no me concernían—. Puede venir a verme algún día cuando salga del colegio. Me gusta cuando Ginger lo deja aquí para comprar con más tranquilidad. Se porta muy bien.

—Se lo diré, seguro que le hace ilusión. —Tuvo un momento de indecisión al ponerse en pie para marcharse. Aquel titubeo y la forma de rascarse la nuca me parecieron encantadores—. Ya nos veremos en otro momento, señorita Williamson.

—Sí, claro. Adiós, y recuerdos a tus suegros. Espero que lo hayan pasado bien en Florida.

Nathan levantó la mano para despedirse y una fugaz sonrisa le curvó un lado de los labios. En cuanto se dio la vuelta, mis ojos fueron a parar a su trasero. ¡No! Su trasero se puso en mi campo de visión. ¡Fue inevitable! Tanto que rompí la punta del lápiz con el que había estado rayando el dossier de actividades de la estación de esquí.

—Oye, April —Nathan volvió sobre sus pasos, apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia mí—, ¿qué haces este sábado? Iba a llevar a Adrien a la fábrica de Ben & Jerry's, dicen que hay una degustación de helados que vale la pena probar. A lo mejor te gustaría venir.

—Lo siento, pero no puedo.

—Ni siquiera te has tomado unos segundos para pensarlo.

—No necesito unos segundos, mi mente funciona muy rápido. —Me puse un poco a la defensiva, no sabía qué esperar de ese hombre. A veces era amable, otras un idiota…—. El sábado tengo un día complicado.

—Ya, claro, tienes trabajo. —¿Parecía decepcionado?—. Bueno, tenía que intentarlo. Adrien no me lo perdonaría si no lo hubiera hecho. Ya nos veremos por ahí, entonces.

Mi madre decía que uno de mis mayores defectos, y el que más

dolores de cabeza me causaría en el futuro, era la empatía. Había personas que desarrollaban intolerancia a la lactosa; otras, al gluten, y yo tenía intolerancia a la tristeza, o una terrible incapacidad para defraudar a nadie, como señalaba mamá. Pensé en la situación de Nathan, en que hacía poco más de cinco meses que había perdido a su mujer, en que peleaba duro para conseguir un trabajo y poder hacerse cargo de su hijo. Y en ese niño sin su madre, tan falto de cariño, tan enfadado con la vida…

Me ablandé, mi lado de buena samaritana tomó el control de la situación y las palabras salieron sin permiso.

—¿Crees que a Adrien le gustaría un paseo en el SkyRide? —El telecabina hacía las delicias de los más pequeños. Nathan se dio la vuelta, esperanzado, y yo me sentí avergonzada por haber propuesto un plan tan absurdo—. Aunque si preferís ir a la fábrica de helados…

—¡Le encanta el SkyRide! No para de hablar de él cuando ve los anuncios por el pueblo. ¿Qué tienes en mente?

«Si tú supieras…».

—¿Yo? Sí, claro, en mente… —«Céntrate, April»—. Es que el sábado tengo que ir a la estación de esquí a una reunión muy importante, pero estoy libre para comer. Tal vez os gustaría venir, sería divertido.

Fingió pensarlo, como si no hubiera visto el brillo de sus ojos. Le gustaba la idea, pero aceptarla sin más lo hubiera hecho parecer desesperado. Lo estaba, no engañaba a nadie, desesperado por que alguien lo ayudara a llenar el tiempo libre con su hijo.

«Qué triste».

—Deja que se lo pregunte a Adrien cuando salga del colegio, pero ya puedes apuntarlo en tu apretada agenda.

8. Nathan

Adrien se pasó toda la semana contando los minutos que faltaban para nuestra excursión a la estación de esquí, aunque no sabía bien si su entusiasmo se debía a la aventura de montar en el teleférico por primera vez o al hecho de volver a ver a April. Por una cosa u otra, su expresión durante el trayecto en coche hasta el Mountain Resort era deslumbrante: los ojos muy abiertos y una ilusión que no veía en él desde que fuimos a montar en bote, el día que perdimos a Diane.

Me resultaba complicado no incluirla en mis pensamientos cuando veía a Adrien tan feliz. El niño reía como ella, se impacientaba como ella, lo miraba todo con la misma curiosidad y transmitía tanta magia como Diane al principio de nuestra relación, cuando me enamoré.

También era difícil no odiarla, pero cuando eso sucedía me obligaba a mí mismo a presionar el interruptor de las emociones y a apagar los sentimientos. Quizá por eso había sido tan mal padre los últimos meses, porque cuando miraba a Adrien solo podía verla a ella, y cuando Diane me invadía me dejaba vacío para los demás.

—¿Falta mucho? —me preguntó Adrien por enésima vez.

Agradecí la interrupción en silencio. Se me formaba un nudo de angustia en el estómago cuando tiraba del hilo de los recuerdos y no me hubiera gustado estropearle el día.

—¡Hemos llegado!

Detuve el coche en el aparcamiento del resort y contemplé el paisaje con calma. El Monte Mansfield a un lado, Spruce Peak al otro, blanco sobre blanco, un espectáculo que merecía la admiración que despertaba entre sus visitantes.

Solo había estado allí una vez mucho tiempo atrás, en otoño. El naranja y el ocre de los árboles lo cubría todo hasta donde alcanzaba la vista. Diane se empeñó en hacer una pequeña ruta por un sendero de poca dificultad y dejé que me llevara donde quisiera porque lo único que quería era estar con ella. En un rincón perdido de aquellas montañas le pedí que se casara conmigo, ella me aceptó e hicimos el amor entre las hojas caídas, en medio de la naturaleza. Unas semanas después, llegaron las consecuencias. Estaba embarazada.

Hacía nueve años de aquello.

—¡Papá, vamos! —se exasperó Adrien que pateaba los montones de nieve enfurruñado por la espera—. Hay que encontrar a April. ¡Deprisa!

Habíamos quedado en el vestíbulo del hotel, frente a la amplia cristalera que ofrecía las mejores vistas de la unión entre las dos montañas. Adrien se pegó al cristal para contemplar el efecto

cremallera que creaban los telesillas mientras yo buscaba a la señorita Williamson entre los esquiadores.

La localicé con facilidad, aquel gorro rosa con dos pompones no pasaba desapercibido. Su amplia sonrisa tampoco. Le estrechaba la mano a un tipo que desentonaba entre tanta ropa deportiva, un hombre serio, con traje italiano y la piel quemada por el sol y el frío. April asintió a lo que fuera que él le estuviera diciendo y volvió a estrecharle la mano, para fastidio de su interlocutor.

—¡Mira, papá! ¿A que es muy guay? —gritó Adrien, y su voz resonó por encima de las demás conversaciones.

Ella nos vio en ese instante y el tiempo se ralentizó mientras se acercaba.

—¡Aquí estáis! —El niño la abrazó, como era costumbre. Yo solo levanté la mano para saludarla, un poco incómodo—. Llegáis tarde. ¿Había mucho tráfico?

Abrí la boca para decir que no, que el retraso se debía a cierto jovencito que se había negado a pasar por la ducha, pero un matrimonio de edad avanzada y pinta de haber nacido con unos esquís puestos se acercó a April, y reprimí la respuesta. Los ancianos la besaron en las mejillas y le hablaron en francés con naturalidad, con la misma que correspondió ella. ¡Su francés era casi perfecto! Casi mejor que el mío. Cuando se marcharon, saludó en la distancia a un par de personas más antes de prestarnos atención de nuevo.

—Vaya, vaya, señorita Williamson. *Parlez-vous français*? —Se sonrojó, sonrió y se rascó la nuca, todo a la vez—. Me impresionas. Y parece que eres muy popular por aquí. ¿Eres una *celebrity* o algo así?

—Algo así. —Rio, y le revolvió el pelo a Adrien—. Andando, pequeñajo. El teleférico nos espera.

Por desgracia, cuando llegamos a la taquilla, nos informaron de que el servicio se había interrumpido ante la amenaza de fuertes rachas de viento en la cima y no creían posible que se restableciera hasta que no pasara la alerta del servicio de meteorología.

A Adrien no le gustó la noticia y su rostro se cubrió de desánimo.

—Podemos hacer cualquier otra cosa —propuse, y busqué ayuda en April, que se daba golpecitos con un dedo sobre los labios—. La divertida eres tú, di algo.

Dejó escapar una risa fresca y vibrante y se encaminó hacia una tienda de alquiler de esquís. Cuando regresó, arrastraba un trineo de color rojo.

—¡Tachaaan! —exclamó—. Va a ser el mejor día de tu vida.

Unos minutos después la llamaron por teléfono y tuvo que regresar a la recepción del resort. A Adrien no le gustó que April se fuera, yo no era nada divertido y mi espíritu de aventura estaba un poco oxidado. Pero solo era cuestión de dejarse llevar y de no ser el típico

padre que se cierra en banda a todo. Reprimí las regañinas y dejé que el niño se deslizara por una pequeña pendiente un par de veces hasta que su risa me encendió las ganas de reír.

—A ver qué tal se nos da a los dos juntos. Hazme sitio.

Lo envolví con mis brazos y caímos por la pendiente hasta estamparnos en un enorme montículo de nieve blandita. Rebozados como croquetas, repetimos la jugada una y otra vez, más rápido, con más frío y más diversión. Le permití que me metiera nieve por el cuello del anorak y yo le hice lo mismo. No me preocupé por la camiseta mojada o el desgarro que se había hecho en el pantalón. Lo único que me importaba era su felicidad.

—¿Tú sabes hacer ángeles de nieve? —me preguntó. Se lo había visto hacer a unas niñas cerca de nosotros—. ¿Probamos?

—No te prometo nada.

Nos tumbamos en la nieve y agitamos las manos y las piernas hasta dejar nuestras siluetas marcadas. La parte fácil ya estaba hecha, pero la parte difícil… ¡A ver cómo me levantaba sin alterar el dibujo!

Adrien saltó como un gamo y contempló su obra de arte. Yo quise imitarlo, pero terminé con la cara hundida en la nieve delante de unas botas de agua rosas con lunares blancos.

April había vuelto.

—Yo me moriría de vergüenza tras una caída como esta —se burló la señorita Williamson sin ninguna compasión—. Tu orgullo debe de dolerte horrores.

Mi hijo se retorció de la risa. Ella continuaba de pie, a un paso de mí, con los brazos cruzados y una ceja levantada. Desde mi posición, a sus pies, estaba espléndida, radiante.

—Mi orgullo está tan bien como el tuyo, cariño.

Tiré de sus tobillos con todas mis fuerzas y cayó de culo con un grito muy teatral. Adrien se abalanzó sobre ella y la cubrió de nieve, igual que había hecho conmigo. April rogó para que el niño se detuviera, atacó cuando vio sus intenciones de llenarle el cuello de hielo y terminó rindiéndose a carcajadas.

Y mientras, yo los observaba como un bobo, con una sonrisa tonta y una sensación de felicidad desconcertante.

«Quiero esto cada día», resonó en mi mente.

Un pensamiento involuntario, un sinsentido. Solo era nieve, solo una diversión, solo una desconocida.

—¡Tú, Farley! —me gritó, azorada, con el gorro de pompones doblado y el pelo enredado en las pestañas—. ¿Por qué has hecho eso? Podría haberme roto una costilla o el coxis. Mi tía se rompió el coxis y aullaba de dolor.

Chasqueé la lengua y rodé los ojos al mismo tiempo que Adrien. April nos lanzó un puñado de nieve a cada uno y gruñó al intentar

levantarse.

—Me dolerá el culo durante días —se quejó de nuevo.

Adrien siguió importunándola con bolas de nieve, el niño no sabía cuándo había que detenerse, y ella no lo reñiría por querer divertirse más, pero alguien tenía que poner los límites.

Me acerqué al pequeñajo, le dediqué una mirada de advertencia, y le tendí la mano a April para ayudarla a ponerse en pie.

—Arriba, señorita Williamson.

Quizá fui yo el que tiró con demasiado ímpetu o puede que fuera ella la que cogió más impulso del que necesitaba, pero la cabeza de April impactó contra mi mentón y vi las estrellas. Caí de espaldas en un oportuno montón de nieve y la arrastré conmigo. El segundo golpe fue aún más brutal. La rodilla de April hizo diana en mi entrepierna y por poco pierdo el conocimiento.

A Adrien le pareció un juego y no dudó en lanzarse sobre nosotros. Cayó a peso y me sacó todo el aire de los pulmones. Ella también jadeó y, de repente, estaba muy cerca de mí, de mis labios, de mis ojos.

«Azul verdoso», pensé mientras me moría de un espantoso dolor de huevos.

—¡Estás sangrando! En la boca. ¡Ay, Dios! Es sangre.

Se desembarazó de Adrien como pudo y buscó un pañuelo de papel en los bolsillos de su anorak.

—Hay que llevarte al puesto de socorro.

—Primero tengo que levantarme y no me lo has puesto fácil —gruñí con un gesto de sufrimiento.

—¡Ha sido sin querer! —se defendió.

Moví la mandíbula y noté el regusto metálico en la lengua. El trompazo había sido fuerte, pero nada que no se aliviara con hielo y un analgésico.

—Solo es un poco de sangre en la encía —murmuré al tiempo que me ponía en pie. Necesité dos intentos para enderezarme—. Me duelen más otras partes.

—No tiene gracia.

—Desde luego que no, me has dado un rodillazo en las… —No me dejó acabar la frase. Me sujetó por las mejillas y me obligó a abrir la boca para comprobar que no era nada.

—Ha sido por tu culpa. Si no me hubieras tirado…

Retrocedió un paso y se llevó la mano a la cabeza, al lugar donde habíamos chocado. Apretó los ojos al sentir el dolor y me pareció que se tambaleaba.

—¿Te encuentras bien? Te estás poniendo pálida como la…

Antes de que pudiera cogerla, se derrumbó como un títere sin cuerdas.

9. April

COSAS QUE NO PUEDEN FALTAR:
- Calmantes
- Pomada para los golpes
- Tiritas para el orgullo

—¿Se va a morir? —preguntó Adrien en un susurro.

—Desde luego que no —le respondió Nathan, asombrado por las dudas de su hijo—. Solo está descansando.

—Pero lleva descansando mucho rato. ¿Por qué no se despierta?

—Porque a la señorita Williamson le gusta demasiado dormir. Puede que sea un poco holgazana.

«¿Qué?».

—La señorita Williamson te va a dar una buena patada en el culo —dije con la voz pastosa.

Me dolía la cabeza y la luz del consultorio médico de la estación de esquí era muy molesta. Después de parpadear un par de veces, conseguí centrarme en mis acompañantes. Nathan estaba sentado en el sillón que había junto a la camilla; Adrien, sobre sus rodillas, con cara de preocupación.

—¡April! —gritó el niño al verme despierta, y se abalanzó sobre mí para ofrecerme un abrazo desesperado—. ¿Estás bien? ¿Te duele mucho? El médico ha dicho que ha sido un golpe muy fuerte.

—Eso también lo puedo decir yo —ironicé.

Nathan aguantó las ganas de bromear y apartó con cuidado a su hijo. Negó con la cabeza cuando traté de incorporarme.

—Espera un poco, no queremos que vuelvas a marearte. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera dado un cabezazo contra el mentón de un arquitecto. —A Adrien se le escapó una risa tonta; a Nathan una sonrisa que debería ser un pecado—. ¿Cuánto rato llevo inconsciente?

—Unos minutos.

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?

—Si te digo que te he traído en brazos, ¿te lo creerías?

—¿Eres mi héroe? Qué honor.

—¡Te han traído con la moto de nieve en una camilla! —se chivó Adrien, a quien parecían divertirle mucho los embustes de su padre—. Y yo iba detrás del conductor. ¡Ha sido genial!

—No soy un héroe, pero Adrien tiene razón: ha sido genial.

—Me alegro de haber sido motivo de diversión, no me hubiera

gustado que os preocuparais por mí, desde luego. —Me incorporé despacio, y acepté la bolsa de hielo seco que me ofreció Nathan—. ¿Podemos irnos?

—Todavía no, el médico quiere verte antes de tu nueva aventura.

—¡Sí! —gritó Adrien. Su voz me retumbó en la cabeza—. ¿Podemos ir a ver si han abierto el teleférico?

—No, jovencito. No creo que a April le apetezca mucho subir montaña arriba después de lo que ha pasado. La llevaremos a su casa e iremos a por algo de comer, ¿de acuerdo?

A pesar de la ilusión que le hacía subir en el SkyRide, no puso reparos a lo que dijo su padre. Era un buen avance.

—No es necesario que me llevéis, mi coche está aparcado ahí afuera.

—Y ahí seguirá mañana cuando vengamos a por él. Hoy se queda aquí, te guste o no.

El médico confirmó las palabras de Nathan y me aconsejó no conducir durante un par de días. También sugirió que no pasara la noche sola por si me sentía indispuesta o manifestaba algún otro síntoma provocado por el golpe. No había sido más que una pequeña conmoción, pero era mejor mantenerse alerta.

—En casa de mis *abus* no estarías sola —comentó Adrien de regreso al pueblo—. Papá y yo podemos dormir juntos y tú puedes quedarte en la habitación de invitados.

—Es todo un detalle, pequeñajo, pero estaré bien en mi casa.

Me tenía ganada desde el primer día, desde que asomó su carita pecosa por la puerta de la oficina y salió huyendo en cuanto le ofrecí una galleta. No supe que era el nieto de los McPherson hasta que lo vi escondido detrás de Ginger.

Nathan se mantuvo callado todo el trayecto. Sintonizó una emisora de radio cualquiera y dejó que la música ocupara el espacio que había entre nosotros. Me miraba de reojo de tanto en tanto, no sabía si lo hacía para comprobar si estaba bien o por algún extraño motivo en el que no me permití pensar.

Quince minutos después, detuvo el coche delante de mi pequeña casita de madera y apagó el motor. Adrien se había quedado dormido, rendido por el cansancio.

—Te acompaño a la puerta.

—No es necesario.

—Ya sé que no es necesario, pero quiero hacerlo —insistió.

—Pero yo no quiero que lo hagas. No eres un héroe, ¿recuerdas? Estoy bien.

—¿Hay alguien que se pueda quedar contigo esta noche?

—Sí, claro, por supuesto. No hay problema.

Podía decírselo a cualquiera de los miembros de mi familia, pero

no lo haría. Mi madre me volvería loca, mi padre se quedaría dormido en cuanto pusiera el culo en el sofá y Gael se pasaría toda la noche hablando de ese tema del que no quería que me hablara. También podría decírselo a alguna de las chicas del club, pero ellas ya tenían bastante con sus familias.

Le dediqué una caricia a Adrien y me despedí de Nathan con un gesto de la mano. Tuve la impresión de que quería decir algo más, pero no le di la oportunidad.

Pasé la tarde dormitando, acurrucada en mi sofá con la manta de pelo que me había regalado Gael en Navidad y un acogedor fuego en la chimenea. Me comí las sobras de ensalada de col del día anterior y mi merienda consistió en un par de emparedados de pollo. A la hora de la cena lo único que me apetecía era ver *La boda de mi mejor amigo*, mi tarrina gigante de chocolate de Ben & Jerry's y un par de analgésicos que pronto obrarían su milagro. ¿Qué más podía pedir?

Nunca volvería a hacerme esa pregunta. Mi mente era muy maquiavélica y, por pedir, pidió de todo, incluso sexo.

«Sexo, sí», pensé al tiempo que el chocolate hacía su función en mis papilas gustativas.

Hacía tanto desde la última vez… ¿Cuánto? ¿Cinco meses? ¿Seis? ¡Dios mío, seis meses, qué barbaridad! Fue con el primo de Danielle. Era unos años más joven que yo, ocho, en concreto. Quarterback en la liga universitaria, un físico de infarto, un chico sano y muy simpático, aunque más obsesionado con su cuerpo que con el mío. Tenía unas manos muy hábiles y sabía utilizarlas para algo más que sujetar el balón en el campo. Vino unos días a esquiar y creo que no llegó a ver la nieve.

«Mmmm, era delicioso», como el helado que empezaba a derretirse por culpa de mi calor corporal. Hubiera dado lo que fuera por un poco de aquellos labios, de aquella boca, de su sonrisa, de su provocación…

«Mmmm, señorita Williamson».

¡Un momento! ¿Cómo que «señorita Williamson»? Yo estaba pensando en Eddie Keller, el primo de Danielle, no en…

Me puse tan nerviosa que se me resbaló la cuchara del helado y un manchurrón marrón me estropeó el pijama, blanco impoluto. Paré la película, maldije en voz baja y fui al fregadero a intentar solucionar el problema. Un poco de lavavajillas y agua deberían bastar. Y quien decía un poco, decía mojarse la camiseta hasta que se volvió prácticamente transparente.

Estaba claro, lo mío no era limpiar manchas.

Justo en ese instante, alguien llamó a la puerta. «Gael», pensé. Siempre olvidaba la llave.

Le había mandado un mensaje para ponerlo al corriente de lo que me había pasado en la estación de esquí. No le hablé de Nathan, desde

luego, pero sí de la recomendación del médico. Tampoco le pedí que viniera, estaba bien, salvo por el molesto chichón, pero a mi hermano le gustaba cuidar de mí, aunque era yo la que cuidaba de él la mayor parte del tiempo.

—¡Maldita sea, Gael! Te he dicho que no hacía falta que vinieras —dije mientras descorría los dos cerrojos de la puerta—. Va a nevar y tendré que soportarte aquí si no puedes…

—Hola —me saludó Nathan. Sacudí la cabeza para asegurarme de que no eran imaginaciones mías y me resentí del golpe—. No sé quién es Gael, pero no soy yo.

10. Nathan

—¿Qué haces aquí? Son las diez de la noche, hace frío, va a nevar.

—Ya, qué observadora. ¿Me invitas a pasar? Estoy helado.

Helado por fuera. Por dentro la sangre me bullía. La camiseta del pijama de April estaba tan mojada que parecía una segunda piel. La mancha que lucía entre los pechos debía de ser la causante de aquel espectáculo. Su cuerpo reaccionó al frío y dos hermosos pezones despuntaron sin piedad, tan provocadores que no pude evitar fijarme.

«Joooder», gruñí con lujuria.

April jadeó ante mi escrutinio y se tapó con el brazo.

—¡Ojos al frente, arquitecto! No hay nada que ver ahí abajo.

Me reí, avergonzado, pero complacido con su respuesta. Di un paso adelante, ella retrocedió y cerré la puerta con el pie.

—Adrien le ha contado a Percival y a Ginger lo que ha pasado y ha insistido en que viniera a verte —le expliqué un tanto incómodo—. Y Ginger te ha hecho caldo de pollo.

Levanté la bolsa de papel que llevaba olvidada en la mano.

—Qué detalle. Déjalo en la cocina. Ahora vuelvo.

Corrió a su dormitorio a cambiarse de camiseta, pero se le olvidó entornar la puerta y me quedé absorto en su espalda desnuda y en la curva de un pecho perfecto.

«Si sigues mirándola, te quedarás ciego».

—Como puedes comprobar, estoy muy bien —me aseguró de regreso a la sala.

«Ni que lo jures».

Le di la espalda para no quedar en evidencia, y observé el interior de la casa con los ojos de un profesional. Era una construcción antigua que alguien había parcheado con el tiempo. Las ventanas eran nuevas, aislantes, y el suelo estaba caliente. Radiante, sin duda. Techos altos en una sola planta interrumpida por cuatro robustas columnas de madera rojiza. La estrecha escalera que observé al fondo debía de llevar al desván. La chimenea, pese a ser de líneas modernas, encajaba a la perfección con el estilo rústico. Había una única habitación al fondo y un cuarto de baño con una bonita puerta corredera. La cocina también se salía de lo habitual, era moderna, funcional, simple y elegante. Toda la casa era como ella y olía como ella.

—Se suponía que alguien iba a quedarse contigo esta noche —le recordé. April se encogió de hombros mientras guardaba el caldo—. Dijiste que no era un problema.

—Y no lo es, pero ¿es necesario? No. Sé cuidarme sola.

La enorme tarrina de Ben & Jerry's no decía lo mismo. ¿Helado

para cenar? «La señorita Williamson sí sabe cómo cuidarse», ironicé.

—Mañana no podré llevarte a recoger tu coche. Percival y Adrien quieren que los acompañe a pescar en el hielo, pero puedo pasar a por ti el lunes, después de dejar a Adrien en el colegio.

—No es necesario, Gael me llevará.

—¿Quién es Gael? —me extrañé.

—Mi hermano. Le he mandado un mensaje, no creo que tarde. Le encanta tirarse en mi sofá y comerse mis galletas.

«A mí también me gustan tus galletas», quise decirle. Estaban buenísimas.

Me aclaré la garganta y aparté aquella línea de pensamiento. Había más cosas buenísimas que me gustaban. Ella, por ejemplo.

«Sal de aquí, Nathan. Ya».

—De acuerdo, si te encuentras bien y tienes quien te lleve a por el coche, me quedo más tranquilo, y seguro que Adrien también. Pero, por si acaso, llámame cuando te levantes.

—¿Por qué? ¿Necesitas saber cómo he pasado la noche para sentirte mejor? Tranquilo, si me muero de repente, al menos estaré en casa.

Inspiré con brusquedad y aguanté la respiración. Se me revolvió el estómago al pensar en lo que significaba para mí «morir de repente». No quería imaginarme la situación, había tenido suficiente con perder a Diane.

April se dio cuenta del error y de mi cambio de actitud, y puso esa expresión compasiva que me molestaba tanto.

De improviso, me pregunté qué estaba haciendo allí, en qué estaba pensando. No quería ayudarla ni reírme con ella, no quería ser consciente de lo sexi que era, ni preocuparme por su bienestar, ni hacerle favores, ni mirarle los pezones. ¡No quería sentir nada!

Ni volver a verla.

Mi mujer estaba muerta y yo no tenía derecho a divertirme con la primera cara bonita que se me cruzara en el camino.

—Será mejor que me vaya.

Abrí la puerta de un tirón y agradecí el aire frío. El paseo hasta casa me iría bien para aclarar la mente.

—Oye, Nathan. —La miré por encima del hombro y me froté las manos para calentarlas—. Gracias por todo. Eres una buena persona.

—Claro —murmuré—. Buenas noches, April.

No era una buena persona, era un completo gilipollas.

11. April

DEBERES PARA HOY:
- Reducir el consumo de café
- Aprender a mentir mejor
- Celebrar el éxito de mis sueños
- Dejar de pensar en Nathan Farley

—Te juro que no lo entiendo —le comenté a Emma delante de una taza de café—. Hace diez días que no sé nada de él. Ginger vino con Adrien el sábado pasado, pero ni una sola mención sobre Nathan.

—Estará ocupado en lo que sea que haga con su vida, ¿qué más te da? Lo importante es que ha retirado las quejas, ¿no? Pues ya no le debes nada.

Emma tenía razón, no le debía nada, pero estaba… ¿molesta? No lo llamé como me pidió, tampoco creí que fuera a importarle. Mi desacertada alusión a una muerte repentina le cayó como un jarro de agua fría y el cambio que sufrió fue notable. ¿Seguiría enfadado por eso? ¿Tenía motivos para enfadarse? ¿Que su mujer hubiera fallecido nos obligaba a los demás a no hacer bromas sobre la muerte?

—Es que es desconcertante —insistí—. Vale, su mujer murió y seguro que él la quería un montón, pero a veces se comporta como si no fuera un triste viudo en proceso de duelo.

—No tiene por qué ir llorando por los rincones, April. Cada persona es un mundo y no todas gestionan igual la pérdida de un ser querido. A lo mejor ni siquiera lo ha superado y solo lo está tapando.

Gael se unió a nosotras en la mesa de la cafetería y le dedicó a Emma una miradita de indiferencia.

—¿De qué habláis? —preguntó con fingido interés.

—De Nathan Farley —le respondió Emma.

Mi hermano entrecerró los ojos y le hice un gesto para que se relajara.

—¿Qué ha hecho ese capullo ahora?

—A tu hermana le gusta.

—¡¿Qué?! ¡No, Emma! —grité—. ¿Por qué dices eso? No me gusta Nathan Farley.

—Entonces, ¿por qué llevamos una hora hablando de él? —me cuestionó mi amiga.

Me ruboricé, me horroricé y me indigné, por ese orden. Emma no había entendido el motivo de mi preocupación y me estaba creando un problema al afirmar semejante barbaridad delante de Gael.

—¿No puedo hablar de una persona sin más? A ver si ahora vais a conocer mis sentimientos mejor que yo.

—¿Por qué se pone a la defensiva? —le murmuró Gael a Emma.

—Porque le gusta.

—¡Se acabó! —decreté—. Me largo.

No iba a perder el tiempo dando explicaciones. Yo sabía muy bien lo que sentía por Nathan Farley. Na-da. Era atractivo y había disfrutado mucho con el intercambio de pullas y con el flirteo, pero ¿gustarme? Pfff, ni loca.

Que llevara diez días sin saber de él no me afectaba en absoluto. Sin embargo, me sabía mal por Adrien. A veces lo notaba tan triste… Le encantaba venir a verme y hablar de lo divertidos que eran sus amigos. Siempre me preguntaba cuándo subiríamos al teleférico o cuándo haríamos otra batalla de bolas de nieve, y yo no sabía qué decirle. «Estoy muy ocupada, cariño», se convirtió en la respuesta comodín, y él chasqueaba la lengua, desilusionado.

¡No quería desencantar a un niño de ocho años! Él no tenía culpa de que su padre estuviera atravesando un duelo complicado.

Dejé a mi hermano y a Emma en plena conversación sobre el Festival del Azúcar, que se celebraba ese mismo sábado, y acudí a mi reunión con Cameron. Tenía buenas noticias para mí.

—¿Quién es el mejor agente inmobiliario del mundo? —dijo al verme.

—No lo sé. ¿Tú? —dudé.

—¡Por supuesto! ¿Y por qué soy el mejor?

—¿Porque me has conseguido el granero a la mitad de lo que pedían y además van a arreglar todos los desperfectos estructurales?

Se le borró la sonrisa.

—No te pases, April.

—Bueno, eso sería para mí ser el mejor agente inmobiliario del mundo —le vacilé.

Me invitó a sentarme en la silla delante de su escritorio y me ofreció un café que no acepté. Ya estaba suficientemente alterada.

—Los dueños han llamado esta mañana. —Sacó el expediente de un archivador y ocupó su sillón con la solemnidad de un rey—. Les dije que no estabas dispuesta a aceptar la subida del precio, que ibas a abandonar la negociación, que estabas interesada en otro lugar con mejores condiciones y bla, bla, bla. Me lo inventé, por supuesto, es mi trabajo.

—¿Y?

—Y… después de mucho dudar y de lamentarse y de darle una vuelta y otra más, al final han decidido vender.

—¿A qué precio? —me impacienté—. ¡Vamos, Cameron! Me estás poniendo enferma. ¿Qué piden?

—El precio original —respondió con un guiño.

—¿Sin las subidas posteriores?

—Sin las subidas ni las condiciones absurdas que querían imponer en la última reunión.

—¡Ay, Dios! ¿De verdad? —Me sudaban las manos, me latía el corazón como si hubiera corrido la maratón de Boston—. No me puedo creer que hayan cambiado de opinión después de tanto tiempo.

—Son mayores, no quieren cargar con un granero que no les sirve para nada, y tal vez yo les haya dejado caer que una inspección les saldría cara, dadas las circunstancias.

—¿Los amenazaste? ¡Cameron! Te dije que no lo hicieras.

—¡No lo he hecho! Solo les hablé de lo que le pasó a uno de mis clientes con su *garaje*. —Entrecomilló la palabra y me guiñó un ojo—. Mis pobres clientes perdieron la oportunidad de vender bien por culpa de la avaricia y, para colmo, tuvieron que pagar una multa horrible por todas las irregularidades que habían cometido.

—¿Y se lo creyeron?

—Hasta la última coma.

No sabía si llorar, si reír, si abrazar a Cameron o si salir corriendo para contárselo a la primera persona que se pusiera en mi camino. Al final, opté por abanicarme para contener las lágrimas.

—Vas a tener que hacerme muchas galletas los próximos años para devolverme el favor, rubita.

—¡Como si no fueras a cobrar tu comisión, caradura! —Lo abracé, era un buen amigo—. Te haré magdalenas, galletas y bizcochos de azúcar hasta que revientes.

12. Nathan

La vi salir de la agencia inmobiliaria y me pregunté qué estaría haciendo allí.

A pesar del día gris y de la llovizna, que pronto se convertiría en nieve, April sonreía. La gente del pueblo que le salía al paso la saludaba con afecto y ella tenía palabras amables para todos. Incluso se marcó un bailecito con un señor mayor que había visto en varias ocasiones en el ultramarinos de la entrada al pueblo. Aunque él le gruñó y la espantó para que no lo tocara, April le besó la mejilla e iluminó la mañana con su sonrisa.

No había dejado de pensar en ella, me costaba admitirlo, pero era absurdo engañarme. Intenté focalizar mis emociones en Diane, en lo que sentía por su pérdida, en el vacío que había dentro de mí y, aun así, siempre terminaba recordando el sábado en la estación de esquí, su cuerpo sobre el mío, sus ojos, de ese azul verdoso tan extraño que no podía olvidar. Y le gustaba tanto estar con Adrien…

—¿Hay algo en la puerta de la inmobiliaria que te interese, hijo? —me preguntó Percival mientras guardaba en una bolsa el pan que le había encargado Ginger. No me pasó desapercibido el rápido vistazo que le dedicó a April ni la sonrisilla que aguantaban sus labios—. ¿Quieres que vayamos a ver?

—No, no, solo estaba… pensando. Solo eso. Voy a por Adrien al colegio. Nos vemos en casa.

«Casa» era una palabra que se me atravesaba en la garganta cada vez que la pronunciaba. Tenía tantos significados para mí que la odiaba y la amaba a partes iguales. Una casa, un hogar, era lo que teníamos Diane, Adrien y yo en Boston, nuestro refugio. Pero cuando ella se fue, dejé de sentirla mía. Se convirtió en un apartamento en un barrio residencial cualquiera, impersonal, sin impronta, solo muebles caros y un orden enfermizo. Quería venderlo y deshacerme de él, pero ¿era demasiado pronto? ¿Había un plazo establecido antes de romper lazos con el lugar en el que un día fuimos una familia?

Mi conflicto con la palabra «casa» se intensificaba cuando me permitía soñar. Me hice arquitecto porque me fascinaba crear, porque la gente se aferraba a sus hogares, formaban familias en ellos, se sentían a salvo bajo un techo, y yo quería ser quien pusiera la primera piedra de esos sueños. Quería que «casa» fuera más que cuatro letras. Quería que lo fuera todo. Y sin embargo, me dejé embaucar y perdí el rumbo, cegado por el dinero y el prestigio.

Estaba peleado con la palabra desde antes del accidente de Diane, y sin quererlo, sin esperarlo, en Stowe me sentí más *en casa* que

nunca.

Seguí los pasos de April por el pueblo que, por casualidad, se dirigían al mismo lugar que yo. Por el camino, me recreé contemplando la arquitectura característica de Nueva Inglaterra, las casas de campo tradicionales de la campiña inglesa, con cubiertas a dos aguas, eran tesoros que perduraban con el paso de los años.

Había pasado por esas mismas calles decenas de veces en el último mes y nunca había reparado en los detalles que convertían Stowe en un sitio encantador. Las tiendas, los restaurantes, la biblioteca, hasta el ayuntamiento tenía una historia que no me importaría conocer.

¿Por qué no me había fijado antes? El clásico de Nueva Inglaterra fue el primer estilo arquitectónico que se desarrolló en el nuevo continente, me apasionaba cuando estudiaba en la universidad, debería sentirme agradecido por encontrarme en medio de semejante atracción sensorial. Al fin y al cabo, era lo que buscaba cuando dejé el trabajo en Boston, volver a las raíces, encontrarme a mí mismo en los proyectos en los que me involucraba.

Aún había esperanza para mí.

Esquivé a algunos padres en la puerta del colegio y me situé justo al lado de April, hombro con hombro. Ella no se percató en un primer momento, parecía más interesada en lo que había en el suelo.

¡El tacón de su zapato estaba atascado en la rejilla del alcantarillado! Era única.

—¿Necesitas ayuda?

April se movió tan rápido que estuvimos a punto de chocar frente con frente. Por suerte, mis reflejos funcionaron a la perfección y todo quedó en un roce con la punta de la nariz.

—La jodida alcantarilla se ha tragado el tacón y no quiere devolvérmelo —masculló entre dientes sin dejar de hacer fuerza con el pie—. Y a no ser que tengas algo con lo que sacarlo de ahí, no, no necesito tu ayuda. Y no te acerques tanto a mí, ¿quieres? Van a pensar que somos amigos o algo por el estilo.

—¿Y no lo somos? —pregunté, extrañado.

—No —contestó con sinceridad. Estaba molesta por algo más que por estropear unos zapatos—. Somos… conocidos. Incluso pensé que te habías ido del pueblo.

—¿Has estado pensando en mí?

—Ya te gustaría —rumió.

—Entonces, ¿no quieres que te ayude? Me da la impresión de que no va a ser fácil hacerlo sola, aunque siempre puedes descalzarte y sacarlo de ahí con las manos, como haría cualquier persona normal.

—Si me descalzo se me mojarán las medias y tendré que ir a comer con los pies húmedos. ¿Has comido alguna vez con los pies húmedos? —Apreté los labios para no reírme, y negué—. Pues es incómodo y la

principal causa de un buen catarro. Además, no puedo agacharme para tirar del zapato. —Se acercó a mí y bajó la voz para hacerme una confidencia—: Llevo un vestido muy corto debajo del abrigo y no sería buena idea.

Soltó aquella bomba y volvió a forcejear con el pie. La repasé de arriba abajo. No podía ver el vestido, pero estaba muy guapa.

No discutí con ella, no hubiera servido de nada. Sin contar con su permiso, me acuclillé y la ayudé a liberar el tacón. Fue necesario que se descalzara, pero recuperé el zapato intacto y me di el gusto de ponérselo.

—Eso… eso tampoco es… necesario —murmuró April.

Mi mano se deslizó por su gemelo en dirección a la corva de la rodilla. Las medias, aunque gruesas para evitar el frío, eran suaves, y envolvían unas piernas tonificadas y muy sexis. Me pregunté cómo de corto sería el vestido y cómo reaccionaría si seguía acariciándole el muslo para comprobarlo.

Miré hacia arriba, a su rostro, a las mejillas encendidas y a los labios entreabiertos, y ¡Jesús!, por poco me caigo de culo en el asfalto mojado. Esa mujer era pura seducción.

—¿Papi? ¿Le pasa algo al pie de April?

Adrien, que acababa de salir del colegio, se acercó más para observar y recuperé la cordura.

—Mi pie está muy bien. Gracias —se apresuró a responder. Su voz sonó más aguda de lo habitual y me gustó—. ¿Qué tal el cole, campeón?

—¡Genial! Mi amiga Vicky y yo hemos hecho nuestra presentación sobre el Festival del Azúcar y Beth nos ha puesto un sobresaliente.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó April—. Creo que mi madre todavía guarda mi presentación de quinto grado. A mí también me pusieron un sobresaliente.

—Y el sábado iremos con Beth a ver cómo se hace el jarabe de arce en el puesto de la feria. ¿Tú vendrás al festival, April? Beth dice que es *superdiver*.

—Claro que iré. No me lo perdería aunque llovieran ranas.

Adrien aplaudió y la abrazó tan fuerte que la obligó a retroceder un paso. Actué por instinto al ver que su tacón iba directo a la rejilla de nuevo, la sujeté por la cintura y la atraje hacia mí como si también quisiera abrazarla.

Jadeó por la impresión y nuestros ojos se encontraron. Ya no recordaba lo que se sentía cuando se compartía con alguien uno de esos momentos incómodos, cuando no sabías si deseabas que la tierra te tragase o que se detuviera el tiempo.

Por suerte, no tuvimos que averiguarlo. Un carraspeo a nuestro lado nos devolvió a la puerta del colegio.

—¿Interrumpo algo? —preguntó una joven de pelo muy claro, con unas llamativas gafas de pasta negra.

Era la profesora de Adrien.

—No, no, tranquila —contestó April, alterada—. Él solo… yo estaba a punto de…

—De caerse —terminé por ella—. Estaba a punto de caerse. Otra vez.

April apretó los labios y cerró los ojos para infundirse calma.

—Usted es Nathan Farley, supongo. —Asentí, y acepté la mano que me tendió—. Soy Bethany Gilmore, la profesora de su hijo. Aún no nos habían presentado.

—¿No os habían presentado? —preguntó la señorita Williamson con un tonito irónico que sorprendió a la profesora—. Qué raro, creí que todo el mundo conocía al yerno de los McPherson. Beth, Nathan, Nathan, Beth. Presentaciones hechas —resolvió con prisa—. ¿Podemos irnos a comer ya?

—Disculpe a mi amiga, señor Farley. Se le olvida ser una persona educada cuando tiene hambre.

—¡Beth! —se exaltó—. No soy maleducada, es que hace frío. Y no lo llames señor Farley, lo detesta. Ahora, vámonos. Tengo cosas que contarte. Cosas importantes. Muy importantes.

Fue toda una sorpresa descubrir que eran íntimas amigas.

—¿Os veremos en el Festival del Azúcar? —se interesó Beth antes de seguir a April calle abajo.

—¡Sí! —gritó Adrien.

—Desde luego —dije yo mirando a April, y añadí—: No me lo perdería, aunque llovieran ranas.

13. April

RECOMENDACIONES PARA TENER UN BUEN DÍA:
- Controlar la ingesta de azúcar
- Hablar seriamente con mamá
- Hablar mucho más seriamente con Emma
- Hacer «un amigo»

Olía a dulces y a caramelos, a ponche especiado y a brasas, a chocolate caliente, a brochetas glaseadas y a nieve, mucha nieve. El alcalde Merryweather estuvo a punto de cancelar el Festival del Azúcar por culpa del dichoso temporal que había azotado Vermont los dos últimos días, pero el sábado amaneció despejado, el cielo azul parecía recién pintado y el pueblo entero salió a la calle a celebrar.

La enfermera Gavin y su marido habían montado su habitual puesto de chocolate caliente con nubecitas; Margaret Shaw se esmeró más que nunca con las manzanas cubiertas de chocolate y cacahuetes; el bar de Martin se encargó de los bocadillos y de asar en una fogata tanta carne como fuera posible; la cerveza fue cosa de Sam, el pizzero; y hasta el resort se animó con un lujoso mostrador con botellas de *champagne*. Mi tía Dorothy, que presumía durante todo el año de su vino caliente, iba de un lado a otro ultimando la decoración del mostrador. La cola pronto daría la vuelta a la plaza.

Había cestos de mantas por doquier, mesas de golosinas, malvaviscos, pequeñas atracciones para los niños y un bonito entarimado donde el alcalde daría su discurso de bienvenida. La banda del instituto amenizaba la mañana con las piezas que habían ensayado, orgullosos de ocupar el templete de música en el centro de la plaza.

Justo a mediodía, saldría la expedición hacia el bosque de arces de azúcar. La gran columna de humo blanco que salía de la cabaña de Roger Harris serviría de guía a los niños, padres y curiosos que quisieran ver cómo terminaba la elaboración del primer jarabe de arce de la temporada. Era un lindo paripé que, con los años, había adquirido más y más relevancia, y atraía a los turistas como la miel a las moscas.

Era bonito ver las caras de emoción de los más pequeños cuando Roger repartía el jarabe en cubos para llevarlo a la plaza. Ahí empezaba la verdadera fiesta, mi parte favorita.

Me reuní con las chicas del club de lectura y sus familias e hicimos apuestas sobre la gente del pueblo: quién se emborracharía antes,

quién sería el primero en ir a quejarse al alcalde por alguna tontería, quién comería más sirope… Y, aunque era divertido, mis ojos se desviaban hacia la avenida principal una y otra vez en busca de los McPherson, que aún no habían llegado.

Si se retrasaban mucho más, Adrien se perdería la excursión a la cabaña de azúcar.

Llevé a los hijos de Danielle y al de Beth a hacerse una foto en la góndola del teleférico que estaba presente en todas las grandes celebraciones del pueblo y, en ese inoportuno momento, apareció él.

Adrien iba de la mano de sus abuelos, sonriente y emocionado por tanta diversión a la vista. Nathan iba detrás, con las manos en los bolsillos del anorak, mirándose la punta de las botas como un niño enfurruñado. Tenía aspecto de recién levantado, con el pelo a lo loco y la barba de tres días. ¡Bendito fuera su aspecto descuidado!

—Cierra la boca, ¿quieres? Vas a llenarlo todo de babas —me susurró Beth.

—No estaba… No estoy babeando. Solo estaba preocupada porque a Adrien le hacía mucha ilusión ir a la cabaña del azúcar y ha estado a punto de perdérselo.

—Venga, April, ya no estamos en el instituto, tienes treinta y un años. No pasa nada por que reconozcas que te gusta ese hombre.

—Su mujer murió hace seis meses, Beth. Me da pena, solo es eso.

—Vale, está bien. —Mi amiga levantó las manos para darse por vencida—. Si no quieres reconocerlo, es tu problema. Que sea viudo no quiere decir nada. Puede gustarte igual, no quebrantarías ninguna ley.

—¿Quién va a quebrantar la ley? —preguntó Constance—. ¡Me apunto!

—Y yo también, a lo que sea que estéis cuchicheando —se unió Krista. La dirección de mi mirada me delató—. ¡Aaah, ya entiendo! Dicen que os vieron en la puerta del colegio en una actitud muy cariñosa.

Fulminé a Beth, que no escondió su culpa, pero algo llamó la atención del grupo en ese instante.

—¿De quién demonios es la mano que sujeta a Emma por la cintura? —observó Danielle.

Señaló un punto entre las carpas de juegos infantiles y todas entrecerramos los ojos.

—La cintura está más arriba, querida —puntualizó Krista doblando la cabeza en un arco imposible.

La melena rubia de Emma y el anorak rojo eran inconfundibles. Era ella, no había duda, pero no conseguíamos ver al hombre que la acompañaba. Y estaba claro que se escondían, aunque no demasiado bien.

—Hola —dijo una voz detrás de mí.

Nathan me sonrió con timidez y movió la mano a modo de saludo.

—¿Y Adrien? —lo interrogué—. Beth está a punto de llevarse a los niños.

—Está con sus amigos, no va a perdérselo. ¿Tú vas a ir?

—¿Adónde? ¿A la cabaña del azúcar? ¡No! —Me reí—. Eso se lo dejo a Beth y a los que tenéis hijos. Yo me quedo aquí vigilando los dulces del festival, por si alguien se los come, ya sabes.

Justo en ese momento, la banda dejó de tocar, el alcalde Merryweather se acicaló el bigote con los dedos, golpeó el micrófono y la megafonía chirrió. Había llegado el momento del discurso y todo el mundo guardó silencio. Como cada año, habló de la prosperidad del pueblo, de lo agradecidos que debíamos estar por ser una comunidad unida y comprometida con las costumbres. Recordó a los antepasados fundadores de Stowe y contó las mismas anécdotas sobre la vestimenta o sobre las grandes nevadas que dejaron incomunicado el pueblo. Finalmente, el discurso dio un giro brusco para hablar del jarabe de arce y de la tradición.

—¡Seguid la gran columna de humo blanco y encontraréis la casa de azúcar! —concluyó.

El pueblo estalló en vítores y la marea de gente se desplazó hacia la avenida principal. No había más que una milla hasta el bosque de arces, pero tardarían una hora en volver con los cubos llenos de sirope.

Los McPherson se acercaron a nosotros con un par de vasos de vino especiado de tía Dorothy.

—Adrien va a la cabeza de la expedición con los niños de su clase —comentó Ginger—. Nosotros también iremos, hay que andar un poco para hacer hambre.

—Quédate si quieres, hijo —le aconsejó Percival—. A vosotros os gusta más este ambiente que una caminata por el bosque.

Nathan declinó la oferta, estaba dispuesto a ir con Adrien, pero Percival y Ginger insistieron en que se quedara.

Cuando la marea humana se alejó, la música volvió a sonar por los altavoces y se reanudaron las actividades en la plaza.

—¿Tomamos algo? —me ofreció Nathan muy caballeroso.

—Cualquier cosa menos el vino caliente de mi tía.

Pedimos dos cervezas a Sam y dimos un paseo entre los mostradores y los grupos de gente sin mediar palabra. Algunas personas se pararon a charlar con nosotros, conversaciones cortas, banales, que terminaban con un «feliz Festival del Azúcar», tan recurrente que nos daba la risa cada vez que alguien lo mencionaba.

—Cuéntame cómo funciona esto del jarabe de arce, ya que no has querido acompañarme a la casa…

—No te has perdido nada extraordinario. Es más el rollo místico que les suelta Roger que el proceso de elaboración en sí.

—¿Y cómo es el proceso?

—Se extrae la savia de los arces de azúcar a través de un tubo. Es como si le pusieran un grifo al tronco del arce, y la savia va cayendo en un cubo durante semanas. Se necesitan cuarenta litros de savia para hacer un litro de jarabe.

—¿Cuarenta? No pensaba que fuera tanto.

—Es, más o menos, la cantidad que produce un árbol adulto durante las semanas que dura la temporada de recolección. Luego se lleva a la cabaña del azúcar donde se cuece hasta que se forma el jarabe. Es un proceso lento, se tiene que evaporar la mayor parte del agua de la savia, por eso se ve tanto humo.

—¿Y ya está?

—No, después llega la mejor parte, cuando nos lo comemos. Está riquísimo.

Nos sentamos en un banco de la plaza y le enumeré la cantidad de platos que se podían cocinar con jarabe de arce. Me sentía cómoda hablando con Nathan y él parecía haber perdido la rigidez que lo acompañaba siempre. Me hacía preguntas, bromeaba y se mostraba interesado en mis historias de niña.

—La primera vez que fui a la casa de azúcar fue decepcionante —le confesé—. Tenía cinco o seis años y me encantaba el sirope, pero había algo de la elaboración que no entendía. Por fin iba a ver cómo se hacía, ¡estaba tan nerviosa! Imagínate, yo no había visto nunca un alce, y me moría por saber de dónde le sacaban todo ese jarabe tan rico.

—¿Un alce? ¿Tú pensabas que salía de un alce?

—¡Sí! Nadie me dijo que fuera un árbol. Yo decía jarabe de *alce*, sirope de *alce*, y no me corregían.

—¿Y qué creías que le hacían al *alce*? ¿Ordeñarlo como a una vaca?

La risa floja, aderezada con la segunda cerveza, se apoderó de nosotros, y encadenamos una barbaridad detrás de otra hasta que ninguno de los dos pudo decir nada coherente. Me dolían las mejillas y la barriga de tanto reír, incluso le espurreé el último trago de cerveza sobre el anorak.

—Después de escupirme, creo que ya podemos ser amigos.

—No creas, yo le escupo a todo el mundo. —Su cara de asco me provocó otro acceso de risa—. Vale, está bien. Amigos. Pero que conste que lo hago solo porque encajas bien mis golpes y porque no me pareces tan capullo como al principio.

«Sinceridad ante todo, April».

—Muy considerado por tu parte. El capullo del pasado te pide

disculpas y espera que no se lo tengas en cuenta en el futuro.

Su mano rozó mi mano en algún momento de la conversación. Su dedo meñique jugó con el mío como si no supiera que era a mí a quien tocaba. Era incómodo y excitante al mismo tiempo. Quería poner fin al contacto, pero también que fuera más intenso.

—¿Sin rencores, entonces? —insistió Nathan. Aproveché para separar mi mano de la suya y tendérsela para cerrar el trato.

—Sin rencores.

14. Nathan

—Muy bien, amiga. La primera norma de la amistad es la confianza y requiere una demostración. Así que cuéntame algo importante.

—Eso te lo acabas de inventar.

—No. Los amigos se cuentan sus problemas, sus logros, se ayudan, se emborrachan… —enumeré—. Lo de ayudarnos ya está superado, y lo de emborracharnos estamos en ello. Faltan las dos normas más importantes.

—¿Y será recíproco? Si yo te cuento algo, ¿tú harás lo mismo?

—¡Por supuesto! —Me llevé la mano al corazón con solemnidad—. Pero tiene que ser un tema jugoso, no vale cualquier historia.

April se dio golpecitos en el labio con un dedo y no pude evitar fijarme. Tenía una boca cautivadora.

«Deja de mirarla. No es buena idea».

—A ver, a ver, algo jugoso… —«Como tus labios», pensé sin querer.

—El secreto de tus galletas, por ejemplo.

—¡Ni lo sueñes! No somos tan amigos. Pero te contaré por qué era tan importante que retiraras las quejas.

—Bien, me conformo con eso, de momento.

No era el tipo de confidencia que esperaba, pero valdría.

—Cada año el alcalde propone al consejo municipal tres empresas o comercios candidatos a la mención de honor del pueblo. Deben estar comprometidos con la comunidad y tener una trayectoria impecable.

—Vaya, qué interesante.

—El consejo vota y el ganador recibe un reconocimiento en el Festival de la Calabaza, en octubre. Viene la prensa, le hacen entrevistas en la radio, incluso sale en las noticias de Vermont. Hace más de cincuenta años que se otorga esa distinción.

—Y tu negocio es uno de los tres sobre la mesa, ¿verdad?

—No, Stowe Dreams Events es el elegido.

—¡Oh, joder, April! ¡Enhorabuena! Es una gran noticia.

—¿Verdad que sí? —dijo, orgullosa—. Ahora imagina que eres tú el elegido, y una buena mañana el alcalde se presenta en tu casa no con una, sino con tres quejas, y te dice que no podrán darte la maldita mención de honor si no desaparecen. ¿Entiendes por qué tuve que hacer lo que hice? Tus motivos para mandar aquellos correos estaban fuera de lugar, no tenías razón y te lo demostré. Pero como soy un desastre, y esa mañana estaba muy acatarrada y más torpe de lo habitual, tiré el café sobre tus bocetos y…

—Y te obligué a hacer de canguro tres días. Lo sé, fue injusto —

admití—. Me aproveché de lo buena persona que eres. Solo espero que tu sacrificio valiera la pena.

April abrió los ojos horrorizada y enderezó la espalda.

—Retiraste las quejas, ¿verdad? —Hice una mueca para responder a su pregunta, me encantaba tomarle el pelo—. ¿Nathan? Estoy a punto de darte un puñetazo. ¿Las retiraste?

Por muy serio que quisiera mantenerme, fue imposible. April levantó la mano para golpearme el brazo y me aparté de ella de un salto.

—¡Que sí, te lo juro! —No me creyó, y entrecerró los ojos—. ¿Qué? ¡Es la verdad! Solo te estaba tomando el pelo.

—No me gustan tus bromas, no se bromea con la mención de honor.

Volví a sentarme a su lado, a la distancia suficiente para contener las ganas de tocarla.

—De acuerdo, van a darte el reconocimiento y saldrás en la prensa. ¿Tan maravilloso es eso?

—¡Por supuesto! Es publicidad, es expansión, es llegar a clientes potenciales. No creé Stowe Dreams para organizar fiestas de cumpleaños o para programar las actividades de una estación de esquí, sino para dedicarme a lo que más me gusta: los grandes eventos, las celebraciones multitudinarias.

—¿Bodas?

—Bodas, principalmente. ¡Adoro las bodas! Son momentos llenos de magia, de romance, de cumplir sueños, y yo quiero ser quien los haga realidad. Así que, sí, el reconocimiento es maravilloso porque me dará la oportunidad de mostrar mis ideas al mundo.

Se le iluminaron los ojos hablando de los detalles, y me perdí en ese brillo de ilusión que emergía de lo más profundo de su alma. Me recordó a mí quince años atrás, al estudiante de Arquitectura que deseaba crear hogares entrañables para hacer un mundo mejor.

—¿Y sabes qué? Ahora tengo el lugar perfecto. Tienes delante de ti a la orgullosa propietaria de un magnífico granero a las afueras del pueblo.

—¿Un granero?

—Sí, un granero. Voy a convertirlo en una sala de banquetes y fiestas. Tengo tantas ganas de empezar con las reformas que no veo el momento de que pase el invierno.

—Espera, ¿has comprado un granero que necesita reformas?

—Sí, muuuchas reformas —exageró—. Pero ya está bien de hablar de mí. *Quid pro quo*, amigo. Es tu turno.

—Está bien, está bien, ¿qué quieres saber?

—No lo sé, déjame pensar… —Compuso una expresión muy graciosa con un ojo cerrado y los labios fruncidos. Los movía de un

lado a otro mientras golpeaba su dedo contra el mentón—. Yo te he hablado de trabajo, así que es justo que tú hagas lo mismo.

—Eso será fácil. Estoy desempleado. Fin de la historia.

—Ya, pero ¿por qué?

No había hablado con nadie de mi decisión de dejar la empresa desde que lo comenté con Diane, y me resultó un poco raro retomar el tema con una chica a la que conocía desde hacía solo unas semanas. Pero el efecto que tenía April en mí, combinado con el ambiente festivo y las dos cervezas, me soltó la lengua.

—Renuncié a mi puesto de director de proyectos en una de las grandes corporaciones de arquitectura de Boston el año pasado.

—¡Caray! ¿Director de proyectos? Eso suena a cargo de responsabilidad.

—Lo era.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Porque no me apasionaba —reconocí. Sonaba diferente a como lo hacía cuando lo repetía en mi cabeza. Casi parecía cursi—. Al principio fue excitante. Estudié en el MIT, me licencié con una de las mejores calificaciones de mi promoción. Era un joven muy impresionable, con la única aspiración de ganar dinero y reconocimiento. Pasé de una gran empresa a otra como si fuera un gran activo para ellos, como si mi talento fuera importante.

—¿Y no lo era?

—No, aunque me duela reconocerlo, yo no era nada más que el hijo de un hombre poderoso con mucho dinero. —Leí sus dudas cuando alzó las cejas en ese gesto tan suyo y me adelanté a la pregunta—. Sí, mi padre es un tipo con muchas influencias en el sector de la construcción. Supongo que quiso compensar haber sido un padre horrible y la infancia de mierda que me hizo pasar.

—Vaya, lo siento mucho.

Descarté sus disculpas con un ademán. Era agua pasada.

—Un día, mientras pintaba con Adrien, me di cuenta de que había perdido de vista el motivo por el que quise ser arquitecto. Le di vueltas muchos meses, hice algunas propuestas con ideas que se acercaban más a lo que yo quería hacer, pero no había sitio para ese tipo de proyectos.

—¿Qué tenían de malo?

—Que carecían de notoriedad, no eran grandes centros comerciales ni edificios inteligentes, no eran hoteles de lujo ni sedes de multinacionales. Eran ideas modestas, sostenibles, con sentido y respeto por el entorno.

—¿Y lo que hacías hasta el momento no era así?

Me reí y sacudí la cabeza, en parte divertido, en parte avergonzado.

—No, April, no era así. Incluir un par de árboles entre hormigón y cemento era lo más cerca que estábamos de respetar el entorno, créeme. Al igual que tú, yo también quería hacer realidad los sueños de los demás, crear lugares que perdurasen, no por mi nombre sino por lo que significarían para las personas que los ocuparan.

—Eso es muy bonito y admirable.

—Sí, pero no da de comer —me lamenté—. Pensé que sería fácil hacerme un hueco en el sector, tenía buenas ideas y conocía algunas empresas donde podía encajar. Llamé a todas las puertas de mi lista de posibilidades y, bueno, sigo esperando que llegue la oportunidad, aunque empiezo a pensar que el mercado laboral está vetado para los soñadores.

—No pienses así, estoy segura de que hay un sitio para ti ahí afuera. Solo tienes que ser paciente.

—Lo intento, pero después de tantos meses… Es difícil.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

—En parte sí —reconocí sin problema—. Me gusta la ciudad, me gusta el ruido y el transporte público. Me encanta observar las líneas del paisaje, tocar los materiales que me llaman la atención, pararme a contemplar los edificios e imaginar cómo los hubiera diseñado yo. Echo de menos salir de una reunión de tres horas con el éxito en el bolsillo o aflojarme la corbata al llegar a casa. ¡Me gustan las corbatas y los trajes caros!

—Seguro que te sientan muy bien.

—Gracias. A riesgo de resultar presuntuoso, sí, me sientan bien. Pero un traje, mil reuniones o el ruido de una ciudad no son suficientes para someter toda mi vida a proyectos con los que no me siento cómodo.

—Me lo imagino. —April se quedó pensativa unos segundos y titubeó sobre la siguiente cuestión. La curiosidad la superó—. ¿Y qué dijo tu mujer sobre dejar el trabajo?

Era una buena pregunta.

—Al principio no tuvo dudas. Diane quería que persiguiera mis sueños, que me sintiera a gusto. Pero supongo que, después de los primeros meses, ya no lo tuvo tan claro. Ella… ella tenía un buen trabajo, era asesora política. La mejor.

—Seguro que tú también lo eres —dijo con un guiño—. Y ¿quién sabe? Puede que necesite contratarte para reformar mi granero.

15. April

BUSCAR EN INTERNET:
- ¿La falta de sexo afecta al cerebro?
- ¿Cómo coser un siete en los pantalones?
- Sofocos. ¿Qué los causa?
- ¿Tiene límites la imaginación?

Al regresar de la casa del azúcar, los niños llenaron la plaza con sus risas y sus caritas pringosas. El olor dulzón inundó el ambiente y comenzó mi parte favorita del día.

Había muchas formas de disfrutar del jarabe de arce, pero la mía era la mejor, y estaba entusiasmada por compartirla con Adrien.

—¿Tenéis vuestro vaso de cartón? —les pregunté al padre y al hijo, que me miraban como si me hubiera vuelto loca—. Bien, pues ahora hay que buscar nieve virgen. Yo suelo cogerla de las ramas de los árboles porque así conserva un poco de sabor del propio árbol.

—¿Te subes a los árboles? —quiso saber Adrien con los ojos muy abiertos.

—¡Pues claro! Eso es lo divertido.

—No creo que sea muy divertido caerse de un…

—¡Oh, venga, Nathan! No lo estropees —lo reprendí—. Solo hay que trepar un poquito por las ramas más bajas. ¡Vamos!

Nos alejamos de la plaza en busca de nuestro tesoro. Elegimos una pequeña arboleda de abetos bastante accesible y aupé a Adrien para que alcanzara la primera rama de un enorme ejemplar. A continuación, Nathan me ofreció sus manos para que apoyara el pie y me diera impulso. Por último, con una habilidad sorprendente, trepó hasta quedar sentado a mi lado, muy pegado a mí.

—¿Y ahora? —se impacientó el niño.

—Ahora hay que llenar el vaso con esta nieve de aquí.

Les señalé los montículos que se sostenían en las ramas y ayudé al pequeñajo a recoger la suficiente para preparar una buena cantidad de mi helado favorito. Nathan, a mi lado, se arriesgó a ponerse en pie para alcanzar una rama superior. Incluso se ofreció a llenar mi vaso mientras yo vigilaba a Adrien. Cuando volvió a sentarse, la rama se sacudió y se vio obligado a pasar su brazo por mis hombros para mantener el equilibrio.

Nos miramos desde muy cerca, su aliento formaba nubecillas de vaho que impactaban contra mis labios. Yo, por el contrario, aguanté la respiración y dejé que un intenso sofoco fundiera el frío de mis

mejillas.
—¿Cuál es el siguiente paso? —me preguntó en un susurro.
Sus ojos se deslizaron por mi rostro y se detuvieron en mi boca. Me ponía nerviosa que hiciera eso.
—¿El siguiente paso? —repetí, atontada por las sensaciones—. El siguiente paso es… es… bajar. Bajar sin que se caiga la nieve de los vasos.
A Adrien le pareció divertido hacerlo de un salto. No había demasiada altura y la capa de nieve que rodeaba el tronco lo hacía bastante seguro, pero lo decidió sin consultárselo a su padre y cuando oímos el golpe ya era tarde.
—¡Adrien! —gritó Nathan.
—¡Salta, papá! Es divertido. ¡Es divertido!
Apreté los labios para no reírme y le indiqué con la cabeza que se animara a hacerlo.
—No te va a pasar nada, disfruta un poco, ¿quieres? Y deja de pensar, no te sienta nada bien.
Me quedé sentada en la rama con los tres vasos de nieve contemplando como Nathan y Adrien se revolcaban sobre el blanco manto invernal. Se hicieron cosquillas, se lanzaron grandes bolas y rieron como la mañana en la estación de esquí. Nathan necesitaba esos momentos con su hijo, reconectar con su lado paternal y vivir un poco. Si podía ayudarlos creando las situaciones propicias para que sucediera, lo haría.
—¿No piensas bajar? —Nathan tiró de mi bota varias veces, pero me resistí.
—Me gusta observaros.
—¿Eres una mirona, señorita Williamson? —insinuó, jovial, malicioso, con intenciones de algo que no vi venir.
Tiró de nuevo de mi bota de agua, más fuerte, y grité al notar cómo se deslizaba hasta desprenderse del pie. Mi calcetín de mariquitas rojas quedó a la vista por encima de los pantalones y quise que la tierra me tragase.
—¡Nathan! Devuélveme eso. —Me la enseñó como si fuera un trofeo y la lanzó por encima del hombro, justo a las manos de Adrien, que no podía parar de reír—. No tiene ninguna gracia.
—¿No? —Nathan se acarició el mentón y me pilló desprevenida cuando se cernió sobre mi otra pierna—. A ver si te hace gracia ahora.
La otra bota corrió la misma suerte que la primera. Con los tres vasos de nieve en la mano, traté de darle un puntapié sin caerme de la rama.
—¡Ahora ya no podrás bajar! —gritó Adrien, que salió corriendo con mi calzado en dirección a la plaza—. ¡Cógeme si puedes, April!
—¡Eh, Adrien, no! —le advirtió su padre—. ¡Adrien, vuelve aquí!

—¡Adrien! —lo llamé, pero él seguía corriendo y riendo hasta que lo perdimos de vista.

—¿Ves lo que has conseguido? —Estaba cabreada y él parecía confuso—. ¿Cómo pretendes que vuelva al pueblo?

—Ah, sí, no recordaba lo poco que te gusta mojarte lo pies.

—¡Nathan! Esto no tiene gracia, ¿sabes?

—Vale, vale, lo siento. Ha sido una mala idea, y pienso regañar a Adrien por llevarse las botas. —A pesar de que lo decía en serio, no parecía nada molesto con la situación. Incluso me pareció que lo pasaba de maravilla—. ¿Quieres… quieres que te lleve?

—No, llamaré a un taxi —ironicé—. ¡Claro que quiero que me lleves! No puedo volver descalza. Cuando pille a ese renacuajo se va a enterar de quién soy yo. La April divertida se ha acabado. ¡Ahora soy la April furiosa!

—Venga, April furiosa, ven aquí.

Sus manos se deslizaron por los costados de mis muslos en una caricia que sentí bajo la ropa como si hubiera sido piel con piel. No llevaba guantes, nunca llevaba, y percibí el calor de su contacto pese a las capas de ropa térmica que me abrigaban. Era incómodo, y placentero, y bochornoso, y tenía los ojos azules más bonitos que había visto en mi vida.

—Será mejor que apoyes las manos en mis hombros y te lances…

Lo hice, me apoyé en él y salté con las piernas abiertas como si fuera a montar a un potro desbocado. ¡Esperaba que me sujetara con fuerza! Pero Nathan no estaba preparado y el aterrizaje fue torpe y accidentado. Caímos en blando, el debajo, yo arriba. Mis manos se hundieron en la nieve y evitaron que nuestras frentes chocaran, mi pelo formó una cortina de hebras rubias a nuestro alrededor y ambos contuvimos el aliento, abstraídos de todo lo que no fuera sus labios y los míos.

«Es una mala idea, April. Si cruzas esa línea, no podréis ser amigos».

¿Y a quién le importaba la amistad cuando su boca prometía los besos que la mía deseaba?

—Cada vez que me acerco a ti, acaba doliéndome alguna parte del cuerpo —dijo con un gruñido.

—Has dicho que me lanzara. Creí… creí que estabas listo.

A Nathan se le escapó una carcajada ronca y luego otra, y otra, y, sin venir a cuento, estalló en una risa gutural, profunda y jodidamente seductora. Fruncí el ceño al principio, no entendía dónde le veía la gracia, pero era contagiosa y me reí con ganas.

—Eres un peligro, señorita Williamson. Un peligro —señaló mientras intentábamos incorporarnos sin que mis pies, que seguían secos, tocaran la nieve—. Voy a tener que incluir tu nombre en la

sección de alto riesgo de mi póliza de seguros.

—Yo no tengo la culpa de que tengas los brazos flácidos. A cualquiera con un poco de músculo no le hubiera supuesto ningún esfuerzo sostenerme, blandengue.

—¿Blandengue? ¿Me acabas de llamar blandengue? ¡Te vas a enterar!

Me cargó al hombro como si fuera un saco de paja, como si no le costara lo más mínimo llevarme colgando y dando manotazos en protesta por su comportamiento neandertal. Notaba la mano de Nathan en la parte de atrás de mi muslo, muy cerca del trasero, junto con unas cosquillitas que me recorrían de arriba abajo. Unas cosquillitas tan inoportunas como deliciosas.

«¡Reacciona, April!».

—¡Bájame! ¡Nathan, bájame o…!

—Te mojarás los calcetines.

—¡Me da igual! —grité, exasperada—. ¿Es que te has vuelto loco? No puedes entrar en la plaza del pueblo conmigo al hombro, como si fuera una presa de caza.

—¿Prefieres que te lleve en brazos y que la gente piense que te he rescatado de algún peligro?

—La gente solo pensará que… ¡ya sabes! Para, por favor. Se me está bajando la sangre a la cabeza y ya no pienso con claridad.

Con mucho cuidado, más del que esperaba, limpió el capó de un coche y me dejó sentada allí mientras él iba en busca de Adrien y de mis botas. Volvió pasados unos minutos con mi calzado y con una manta por si tenía frío.

Una vez con los pies en el suelo, regresamos a la plaza en silencio.

Mis amigas rondaban el puesto de vino caliente de la tía Dorothy cuando las localicé entre el gentío. El ambiente seguía en pleno apogeo, el alcalde Merryweather iba de grupo en grupo saludando a los vecinos y explicando batallitas a quien quisiera prestarle atención. Mi padre, atento como siempre, me interceptó antes de reunirme con mis amigas y me ofreció el vaso de nieve con sirope que yo no había conseguido por culpa de la diablura de Adrien y Nathan.

—A estas alturas de la tarde, pensé que ya estarías harta del sirope. —Le arrebaté el dulce y me llevé una buena cucharada a la boca, como cuando era niña—. Se te van a congelar las ideas.

—Ojalá —dije con la boca llena y muy fría—. A ver si dejan de ocurrírseme tonterías de una vez.

—¿Ha pasado algo? —se preocupó mi padre.

—No, nada importante. Me he caído de rodillas en la nieve. —Me miré el pantalón y descubrí que me había hecho un pequeño siete—. Se lo daré a mamá para que lo arregle. Y hablando de arreglar cosas, ¿has visto a Gael? Tengo que hablar con él de un asunto.

—Se ha marchado hace un rato, tenía trabajo.

Solo un muermo como mi hermano se perdería el Festival del Azúcar.

Fui al encuentro de las chicas, que comentaban en voz baja y miraban a hurtadillas al grupo de hombres que había un par de puestos más adelante.

—¿Qué me he perdido?

—Un culo maravilloso —contestó Danielle con un vaso de vino caliente en los labios. Seguí la dirección de sus ojos y me encontré con la espalda de Nathan—. No me importaría hincarle el diente.

—El que hay al lado es Walter Grey —comenté como si nada—. ¿Te acuerdas de Walter Grey, Danielle? ¡Oh, sí, claro que te acuerdas! ¡Te casaste con él! Deja de mirarle el culo a otro, ¿quieres?

—Ya salió la santurrona —intervino Krista, algo achispada—. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo, April?

—Hace seis meses —se me adelantó Danielle—. La última vez que mi primo Eddie visitó el pueblo.

—¡¿Seis meses?! —se horrorizó Constance—. ¡Por el amor de Dios! La falta de sexo puede afectar al cerebro, ¿no lo sabías?

Les chisté para que bajaran la voz. ¿Qué pretendían? Mi vida sexual no formaba parte del espectáculo del festival.

—He estado ocupada, algo que vosotras, mentes degeneradas y perversas, no sabéis qué significa. Y no te creo, Constance, no creo que la falta de… *eso* afecte a nada.

—A mí me produce estrés —musitó Krista—. Y estoy con Constance, a mi mente degenerada y perversa le gustaría ver ese culo sin ropa.

—El culo y todos los complementos —añadió la aludida—. ¡Hola, *Mr. Pollato*!

La carcajada fue generalizada y nos convertimos en el centro de atención. Los hombres se giraron y levantaron sus bebidas para brindar en la distancia, como si las miradas lascivas de sus mujeres las hubieran provocado ellos.

«Pobres ilusos».

Se me hizo raro ver a Nathan en ese círculo. Acababa de conocerlos, Percival se los había presentado y, sin embargo, se desenvolvía entre ellos como si fueran sus amigos de siempre. Por otro lado, tampoco me extrañaba que lo hubieran acogido en el grupo con tanta facilidad. Cualquier amante de la cerveza era bien recibido entre Walter, Anthony y los demás.

Hice una breve escapada a los servicios públicos de la plaza y, al volver, vi pasar a Adrien corriendo con otros niños. Me sonrió como un pillastre. Juntó las manitas en una súplica para que lo perdonase y continuó jugando, sin más preocupación que atarse los patines para

poder dar vueltas en la pista de hielo que habían improvisado para la ocasión.

—Ya te pillaré en otro momento, sinvergüenza —musité mientras removía el hielo con sirope que me quedaba.

Incliné el vaso para terminar el contenido y un frío y pegajoso montón de nieve se desprendió del fondo y me cayó en la cara. ¿A quién no le había pasado alguna vez?

—¿Problemas? —comentó Nathan justo detrás de mí. Su tono seductor me causó una inoportuna sensación de ingravidez—. No puedo dejarte sola.

—¿No puedes o no quieres?

Me sacudí el hielo como si fueran hormigas carnívoras y, a falta de un pañuelo de papel, usé la manga del anorak para limpiarme los restos de nieve y sirope que me resbalaban por el mentón hasta la bufanda.

—Espera, déjame a mí…

Deslizó el pulgar por mi mejilla con sumo cuidado y se llevó un par de gotas de jarabe. Fue una caricia lenta, excitante, un roce cargado de sensualidad que culminó llevándose el dedo a la boca. Saboreó la dulzura del sirope con los ojos cerrados mientras yo apenas podía respirar por la impresión.

—Mmm, delicioso.

Acortó la distancia entre nosotros con un paso. La cremallera de su anorak siseó al rozarse con la mía y su dedo húmedo recorrió mi frente para apartar un mechón de pelo que me caía sobre el ojo.

—¿Qué estás haciendo?

—Tocarte.

Me tocaba, sí. El roce del dedo en la oreja me causó una terrible turbación.

—¿Por qué?

—Porque tienes una piel muy suave y ahora, además, está dulce. —Volvió a limpiar algunas gotas de sirope y a llevarse el pulgar a la boca. Lo miré como si yo también quisiera chuparlo—. Me pregunto si sabrás así en todas partes.

Y yo me pregunté si el golpe en la estación de esquí no me estaría pasando factura en ese momento. Mi imaginación se volvió loca con aquella insinuación y cientos de imágenes de Nathan descubriendo mi sabor se me agolparon en la mente, para mi completo bochorno. Su boca, su lengua, su barba húmeda y áspera rozando mi piel más delicada…

—¿April?

—¿Mmmm?

—Que si eres así en todas partes. De patosa, me refiero. —Parpadeé.

—¿Qué?

—Estás muy rara, ¿qué te pasa?

No hablaba de saborearme a mí. ¡No hablaba de saborearme a mí, por el amor de Dios! Ni siquiera estaba tan cerca como me había imaginado. ¿Qué me estaba pasando?

—¿A mí? A mí no me pasa nada —respondí un pelín acelerada—. Demasiado azúcar, demasiado vino dulce y… ¿hace calor o soy yo?

Nathan compuso su maldita sonrisa de medio lado. Si no fuera porque no creía en la telepatía, habría jurado que me había leído el pensamiento y se estaba regodeando en ello.

—Creo que será mejor que me vaya a casa. Ya nos veremos.

Eché a andar sin esperar respuesta. No pude mirarlo a la cara después de que mi mente me hubiera traicionado y de la necesidad física que se había instalado en cada fibra de mi cuerpo. Había estado a punto de darle permiso para que me saboreara como quisiera, donde quisiera y cuando quisiera. Bueno, tal vez no tanto, pero chuparle el pulgar y morderle el labio inferior hubiera sido igual de interesante.

—¡April!

—¿Qué? —solté con excesiva brusquedad.

—A tu casa se va por ahí. —Señaló el lado contrario del camino.

«¡Por todos los cielos!».

Me estaba volviendo loca.

16. Nathan

Tras la muerte de mi mujer, cuando los padres de Diane se ofrecieron a echarme una mano para cuidar de Adrien, pensé que no funcionaría. Nuestra vida estaba en Boston, la rutina del niño era importante. Pero prestarle atención y darle afecto lo era mucho más y, a pesar de contar con todas las comodidades, yo no podía ofrecerle a mi hijo lo que necesitaba porque estaba destrozado. Sin embargo, Adrien apenas conocía a sus abuelos, Diane no promovía demasiado que nos visitaran en casa y nunca había tiempo para ir a verlos a Stowe. El trabajo siempre era lo primero.

Lo que no me esperaba era que Stowe se convirtiera en el soplo de aire que el niño necesitaba. No le costó adaptarse, no le importó el cambio de colegio ni dejar atrás a sus amigos. Fue más valiente que yo, que aún me resistía a la idea de cortar los lazos que me unían a la gran ciudad, que no me detuve a mirar lo que había a mi alrededor, que ni me había dado cuenta de lo que era aquel pueblo en realidad: una comunidad, una familia donde todos se conocían, se ayudaban, se preocupaban unos por otros y tendían su mano con afecto por si no tenías donde aferrarte.

—Encontrarás un buen trabajo, muchacho. Maggie y yo estamos seguros —me dijo el señor Swanson, el panadero, cuando fui a recoger el encargo de Ginger—. Feliz Día del Presidente.

—Feliz Día del Presidente a usted también, señor Swanson.

Detestaba que todo el pueblo estuviera al corriente de mi vida, era uno de los inconvenientes de vivir en un lugar tan pequeño, pero resultaba agradable dejar de sentirse un bicho raro en medio de tanta gente. Bastaron un par de copas con los amigos de April para cambiar la percepción que todos tenían de mí.

—¡Nathan, colega! —me llamó Walter Grey, el dueño del taller mecánico—. ¿Una cerveza?

Abrió la nevera que había junto al banco de herramientas y me ofreció un botellín.

—Demasiado pronto para mí. Solo son las once.

Para él no, por lo visto.

—¡Un día es un día! —Volvió a ofrecérmela, pero rehusé—. Es sin alcohol —confesó en voz baja—. Danielle me tiene controlado, tío. Es lo que pasa cuando te casas: dejas de vivir tu vida para vivir la que ellas quieren.

¡Cuánta razón! Aunque a Walter, que tenía la misma edad que yo, ya le iba bien que su mujer llevara las riendas del matrimonio. Era como un niño grande.

—¿Qué haces trabajando? Hoy es festivo.

—Ya, ya, pero tengo que entregar esta belleza mañana y voy justo de tiempo.

Demostró una especial devoción hacia su trabajo al acariciar la carrocería del coche al que se estaba dedicando a fondo. El brillo en sus ojos era similar al que desprendía cuando miraba a Danielle.

—¿Es un Buick de 1950? —me interesé.

—Del 49, un Roadmaster, de los más cotizados. Mi cliente tiene pasta, es uno de esos orientales europeizados y americanizados que se dedica a la pirotecnia de vanguardia. ¡Hay que joderse! Hasta para lanzar fuegos artificiales son listos los chinos, ¿eh? El tipo no se priva de nada, pero es un buen hombre y nadie toca su coche, más que yo.

—¿Eres bueno?

—¡Joder, tío! Soy el mejor, ¿no te lo han dicho? Mi padre fue mecánico de Lexus en las 24 horas de Daytona durante toda su vida, mamé del asfalto hasta que tuve edad de meter las manos en un coche. Aún seguiría allí si no hubiera conocido a Danielle. Ella quería casarse, tener hijos y vivir aquí, cerca de su familia. Y yo la quería a ella. Todos salimos ganando.

Si él lo decía…

Me caía bien Walter, era simple, pero tenía un gran corazón.

—Ánimo con el Buick —me despedí, y él sacudió el trapo lleno de grasa que llevaba en la mano.

—¡Oye! Esta noche hay póker, ¿te apuntas? Sabes jugar al póker, ¿no?

—Sí, más o menos.

—Pues ven a mi casa. A las ocho. Y trae algo de beber o de comer, es la norma.

—¿Cerveza irá bien? —Se le iluminó la cara y di por hecho que sí.

—¡De puta madre, tío! Si la traes tú, Danielle no dirá nada.

Solté una carcajada y le palmeé el hombro para darle ánimos. Al desviar la vista por el taller, me percaté de una gruesa grieta en la pared del fondo. La seguí por el techo hasta el otro extremo del local. No podía evitar fijarme en esos detalles.

—¿Y esa grieta? No es normal.

—Es de asentamiento, no pasa nada. Lleva ahí tantos años como yo, quizá ha crecido un poco con el tiempo y la humedad, pero no hace daño a nadie.

—Deberías llamar a alguien que le echara un vistazo, por si acaso —le sugerí. Tampoco quería insistir en el tema. Si a él no le molestaba, a mí menos.

Prometí que iría a la partida de póker y continué el recorrido de vuelta a casa. Al pasar delante de la cafetería, se me antojó probar suerte y ver si April era de las que ignoraban los festivos en beneficio

de su negocio.

—¡Está cerrado! —me gritó un tipo sentado en una mesa antes de que golpeara la puerta de la oficina.

—Estoy buscando a April Williamson.

—Sí, ya sé a quién buscas, pero ¿no sabes leer? Cerrado.

—¡Gael Williamson! —lo amonestó la camarera—. ¿Qué modales son esos?

«Vaya, vaya, el hermano mayor, supongo».

Guardaba cierto parecido con su hermana. No era tan rubio como April ni tan simpático, a la vista estaba, pero tenían el mismo color de ojos y la misma costumbre de cruzarse de brazos cuando algo no los convencía.

A pesar de la hostilidad, me acerqué a la mesa y le tendí la mano.

—No nos han presentado, soy Nathan Farley.

Gael no correspondió a mi saludo, se limitó a levantar la taza en dirección a la camarera para pedir otro café y me repasó con absoluto desprecio.

No sabía qué mosca le había picado, pero parecía tener un problema conmigo.

—Ya sé quién eres. Todo el mundo habla de ti en el pueblo.

—Vaya, no sé si sentirme halagado.

—Yo no lo estaría.

—¡Gael! Sé cordial, por favor —volvió a regañarle la camarera. La joven, de gesto jovial, rellenó la taza de café y se giró hacia mí—. No le hagas caso, es un borde. Por cierto, soy Emma, amiga de April.

Me regaló una amplia sonrisa a la que yo correspondí un tanto incómodo. No dijo nada más, se quedó mirándome con sus enormes ojos castaños hasta que Gael se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Te has olvidado del azúcar, Emma —gruñó el hermano de April, y ella se limitó a alargar la mano y coger el azucarero de la mesa de al lado sin apartar la vista de mí.

—Adrien es un niño maravilloso —comentó—. Y se parece mucho a ti.

—Se parece más a su madre.

Gael murmuró algo que no entendí y por poco vuelca la silla al ponerse en pie con un movimiento brusco. Se llevó la taza y el azucarero a la barra, al otro extremo de la cafetería, donde nos miraba con los ojos entrecerrados mientras removía el café.

Emma despreció la actitud de su amigo con un gesto de la mano.

—No le hagas ni caso, tiene un mal día. ¿Puedo ayudarte? ¿Quieres un café? ¿Un bollo, tal vez?

—No, no, yo solo quería saludar a April, no pretendía molestar a nadie.

—Así es Gael, todo amabilidad —ironizó—. Le gusta alimentar la arruga que le sale en el entrecejo. April no tardará en volver, ha ido a hacer un recado. ¿Te sirvo algo mientras esperas?

—Tomaré un café entonces.

April entró en el local unos minutos después y no advirtió mi presencia. Fue directa a sentarse junto a su hermano y dejó caer la cabeza sobre la barra. Parecía cansada y respondía con pesar a las preguntas de Gael. Fue él quien la informó de que yo estaba allí.

De repente, se enderezó y me buscó por la cafetería con los ojos muy abiertos. Casi se cae del taburete. Era una mujer muy rara, y quizá por eso me llamaba tanto la atención. O tal vez fuera por su manera de vivir cada momento, tan despreocupada, tan enfocada en sus sueños y en ser feliz.

Emma nos preparó dos cafés para llevar y fuimos a dar una vuelta por los alrededores del pueblo. La mañana era fría, la nieve de la noche anterior se había congelado en los bordillos de la avenida principal y los muchachos del servicio de limpieza esparcían sal con sus palas para que nadie se resbalara. Nos saludaron con un movimiento de cabeza y April les sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¿Un mal día?

—No es nada —respondió, pero no sonó convincente.

—¿Puedo hacer algo?

—No necesito que hagas nada. Gracias.

Caminamos en silencio hasta el edificio de la Sociedad Histórica y charlamos con los ancianos que había sentados en el banco de la entrada. Todos conocían a April, también sabían quién era yo. Me preguntaron por cómo me estaba adaptando al pueblo y fui sincero cuando les dije que cada día me gustaba más.

—No sé por qué Diane lo detestaba —comenté sin venir a cuento —. Decía que era el lugar más aburrido del mundo.

—Supongo que cuando te habitúas a vivir en la ciudad, el pueblo deja de ser una opción —la justificó April—. Tampoco lo hubiera sido para ti si tuvieras a alguien en Boston que cuidara de Adrien.

—¿Eso ha sido un reproche? —Me detuve en mitad de la calle y ella dio un par de pasos antes de percibir que no la seguía—. ¿Se puede saber qué te pasa? Estás muy rara.

Hundió los hombros y exhaló un suspiro con una nubecilla de vaho. ¿Dónde estaba la chica divertida y despreocupada que me hacía reír?

—No he tenido una buena mañana —musitó.

Tomó asiento en un banquito de madera y apoyó los codos en las rodillas. La acompañé sin mediar palabra, a la espera de que me contara a qué se debía la nube gris que llevaba sobre la cabeza.

—Tengo problemas con la financiación del granero.

—Oh, vaya. ¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que decir, la verdad. Con lo que me dan no puedo hacer frente al proyecto de reforma ni a los gastos del contratista. Y sin proyecto ni contratista, el granero no me sirve para nada.

Se cubrió la cara con las manos y soltó una larga exhalación. Aquella actitud derrotista no era propia de April.

—Eh, nada de venirse abajo, ¿vale? Encontrarás una solución.

—No hay solución, Nathan. Mi familia no puede prestarme el dinero y confiaba en la financiera. Pero, al parecer, el granero es una ruina, no tiene valor.

—No será para tanto. Al fin y al cabo, es una edificación en pie. Algo podrás rascar.

April negó.

—¿Ves esa casa de ahí?

Señaló un punto en medio de un pequeño bosquejo de maleza. De no ser por el cartel de la inmobiliaria ni me habría fijado.

—¿La del techo derruido?

—Exacto, la del techo derruido. Si yo fuera propietaria de esa casa, el banco me daría un buen puñado de dólares. Las casas de Stowe son, cuando menos, un tesoro nacional, y hay ayudas muy sustanciosas para rehabilitarlas. Pero mi granero no es una casa del estilo clásico de Nueva Inglaterra. Es solo un espacio viejo y sin posibilidades.

—Siempre hay posibilidades. No seas pesimista.

Era extraño verla tan falta de esperanza. La conocía poco, pero lo suficiente como para saber que ella no era así, que no se rendía con facilidad. La falta de capital desmoralizaba a cualquiera, pero en aquel pueblo todo el mundo se echaba una mano. April solo tenía que abrir la boca y pedir ayuda.

«Yo puedo ayudarla».

De pronto, una idea descabellada cobró vida en mis pensamientos y una energía inusual me recorrió el cuerpo. «Yo puedo ayudarla», me repetí, y los labios se me curvaron de anticipación y de euforia, como siempre que visualizaba un nuevo propósito.

—¿Tienes algo que hacer ahora mismo? ¿Has quedado para comer o te esperan en algún sitio? —April negó sin levantar la cabeza de las manos—. Perfecto. Vamos al granero, quiero verlo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Enséñame lo que quieres hacer. Si necesitas un proyecto de reforma, también necesitarás un arquitecto que lo haga y… ¿adivina quién es el mejor arquitecto de Stowe?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¿Qué pregunta es esa? —Sonrió, por fin.

—¡Vale, vale! Tú, tú eres el mejor arquitecto en el pueblo —

reconoció, y sentí una especie de orgullo tonto.

—¡Pues ya está! Yo me ocuparé de esa parte del proyecto y te ahorrarás un buen puñado de dólares.

April chasqueó la lengua.

—No puedo aprovecharme de ti, Nathan. Estás desempleado, necesitas dinero y yo no tengo con qué pagarte.

—Somos amigos, ¿no? —Ella asintió sin demasiado convencimiento—. Pues los amigos se ayudan, y eso voy a hacer yo. ¿Vas a llevarme al granero o tengo que pedirle a Cameron que me diga dónde está?

17. April

ACCIONES INMINENTES:
- Aceptar la oferta de Nathan
- Matar a Gael
- Preguntar a Rosie por la casa vieja
- Quitarme pájaros de la cabeza

No había mucho que ver. Cuando abrimos los portones, varios pájaros revolotearon en dirección a la luz y levantaron una estela de polvo que me provocó un acceso de tos. Por suerte, los cristales sucios de las ventanas dejaban pasar la suficiente claridad y no hizo falta que Nathan viera el estado de la caja de fusibles. Estaba fundida y la instalación eléctrica era de la Prehistoria.

—¡Madre mía! —Emitió un silbido largo y agudo que reverberó en la amplitud del lugar.

—Terrible, ¿no?

—Mmm, no tanto —murmuró concentrado en el artesonado de vigas de madera del techo.

A mí me resultaba encantador; a él, con total seguridad, una chapuza.

—No seas muy cruel, ¿de acuerdo? Ya sé que está para tirarlo abajo, pero Cameron dice que la estructura es sólida y que con un poco de pintura…

—Hará falta algo más que pintura, pero sí, este sitio es increíble.

—¿De verdad lo crees? —pregunté esperanzada.

—Lo creo, pero no te voy a engañar. Vas a necesitar una buena inversión para adecentarlo.

Golpeó con fuerza las robustas columnas de madera sobre las que se sostenía la estructura, arrancó un par de listones cercanos a una ventana, señaló la falta de aislamiento de los cristales y no tuvo ninguna dificultad para encaramarse a una viga baja y trepar hasta la zona más elevada del techo.

—No tengo seguro todavía. Si te caes, tendremos un problema. Baja de ahí, ¿quieres?

—¡Aquí podrías construir una buhardilla de lujo! —gritó desde lo alto.

—Ni hablar.

—¿No querías celebrar bodas en este sitio? Pues una *suite* nupcial para los novios te iría muy bien —insistió.

—Nada de *suites* ni de buhardillas. Lo más espectacular de este

granero es ese techo y, a no ser que corra el riesgo de venirse abajo, no pienso tocarlo. ¿Llegas a la ventana de arriba del todo? ¿Es salvable?

—Cariño, aquí nada es salvable. Hay agujeros en el techo y algunas paredes están carcomidas.

Fingí un sollozo lastimero.

Nathan descendió con la agilidad de un gato y se sacudió el polvo de los pantalones. Sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo, alargué la mano y le quité una telaraña que se le había quedado pegada a la barba.

«Es muy suave», me sorprendí, y retiré la mano de inmediato.

—Será difícil, pero no imposible.

—Si lo dices para que no me eche a llorar…

Nathan se rio por lo bajo y observó el interior del granero con auténtica devoción, con una mirada intensa y atenta que parecía ver más allá de lo ruinoso del lugar. No me hubiera importado echar un vistazo dentro de aquella mente privilegiada, quería saber lo que estaba imaginando y comprobar si coincidía conmigo.

—Te ayudaré, ¿vale?

—No puedo pagarte.

—No quiero que me pagues y tampoco quiero que volvamos a hablar de dinero.

—Pero es mucho trabajo, Nathan.

—Pero es mi trabajo, April —me parafraseó, y le di un manotazo —. Me gusta ayudarte.

«A mí me gustas tú».

¿Qué? ¡No! ¿De dónde había salido ese pensamiento?

Me aparté de él, escandalizada conmigo misma. Atracción, deseo, necesidad quizá, pero ¿gustarme? ¡No, no, no! No podía gustarme. Era un padre viudo, su mujer había muerto hacía meses. Él necesitaba superarlo con calma y yo necesitaba… necesitaba… ¡Oh, por Dios! Era lamentable.

Disimulé mi sonrojo fingiendo que había algo muy interesante en lo alto del granero. No me gustaba Nathan Farley. Era atractivo, agradable y los pantalones vaqueros le sentaban de maravilla. Quizá había fantaseado demasiado con él durante los últimos días y por eso tenía esa extraña sensación de atontamiento. El golpe que me di en la cabeza en el resort me había provocado una conmoción. Debía de ser eso.

—Pediré algunos materiales a mi tienda de confianza en Boston y, en cuanto me lleguen, empezaré con el diseño.

—Yo pagaré los materiales —le recordé.

—Hemos dicho que no hablaríamos de dinero. —Se ponía muy fastidioso cuando llevaba razón—. Pero no me negaré si algún día me

invitas a cenar.

Regresamos al pueblo dando un apacible paseo por los alrededores del granero. Le hablé de la parte del terreno que acondicionaría como aparcamiento, de la zona exterior, más íntima, para ceremonias, incluso del castillo de troncos de madera que quería construir para los niños. Bert, el encargado de la maderera de Morrisville, me dijo que podía elegir todos los troncos que quisiera, él mismo los traería con su camión. Eran las ventajas de haber preparado la mejor fiesta de dieciséis cumpleaños para su única hija y no haberle cobrado nada. Su situación económica no era buena por aquel entonces y Myriam se merecía tener lo que cualquier otra adolescente del pueblo.

Lo mío era cumplir sueños, sin pensar en los costes.

—¿De quién es la casa del techo hundido? —me preguntó al pasar de nuevo junto al edificio de la Sociedad Histórica.

—Creo que perteneció a la familia de Rosie, mi amiga del club de lectura, pero no te lo puedo asegurar. Lleva así toda la vida, nunca he visto a nadie vivir ahí. ¿Por qué? ¿Estás pensando en comprarla? —bromeé.

—No, es solo que… tiene algo. —Él también tenía algo—. Tonterías de arquitecto. Olvídalo.

Cuando se ponía nervioso se parecía tanto a Adrien… El niño había sacado el físico de su madre. Era rubio, con unos bonitos ojos castaños y de constitución delgada. Nathan, sin embargo, era un hombre fibroso, fuerte, con una altura superior a la media y rasgos robustos. Su pelo castaño claro tiraba a rubio en los mechones que le caían por la frente. Pero la joya de Nathan eran sus ojos, tan azules como el cielo de esa misma mañana.

Tragué saliva al darme cuenta de lo que estaba haciendo. Los detalles me saltaban a la vista y no podía evitar fijarme. Las arruguitas de expresión, el tabique nasal ligeramente desviado, las cejas gruesas que se alzaban cuando reía. Movía el cuello a un lado y a otro para destensar los músculos, lo hacía muy a menudo, y supuse que sería un vicio adquirido después de pasar horas y horas delante del ordenador o en la mesa de dibujo. Y las manos… Grandes, curtidas por su manía de no ponerse guantes, pero con una uñas cortas y bien cuidadas.

«Me gustaría verlo dibujar. Me gustaría ver qué sabe hacer con ellas».

Ese pensamiento me provocó una oleada de calor.

—¿Cómo eras de niño? —le pregunté para dejar de pensar en sus manos.

—¿Y eso a qué viene?

—No sé. ¿Curiosidad?

—Pues vaya con la señorita curiosa —se resignó, y, para mi disgusto, metió las manos en los bolsillos del abrigo—. No fue una

infancia agradable, la verdad. Mi madre murió cuando era un bebé y mi padre es un caso perdido.

—¿En qué sentido?

—Dinero y poder, un magnate de las finanzas, ya sabes. Amigo íntimo del presidente Trump. Lo siento si eres republicana.

—No lo soy, no lo sientas.

—Se casó con una de las sirvientas después de morir mi madre, no sabía estar solo, pero no salió bien. Luego fue una monitora de yoga. Estuvo muchos años con ella, llegué a cogerle cierto cariño, pero si hay algo que mi padre ama por encima de cualquier mujer, es su dinero. Detesta que se derroche sin sentido y Rachel tenía gustos más caros de lo razonable.

—Menudo ojo tiene tu padre.

—Pfff, ni te lo imaginas. —Su respuesta jovial me dijo que estaba bien, que hablar de su familia no era un problema—. El día de Fin de Año me llamó desde Hawái para decirme que se había casado otra vez, la cuarta y, según él, la definitiva.

—¿Te lo creíste?

—No, ni en broma. Shannon tiene veintinueve años, solo es cuestión de que uno de los dos se dé cuenta del error.

—Y mientras tu padre pasaba de una mujer a otra, ¿dónde estabas tú?

—Con tutores, en internados, en la facultad, en cualquier parte donde él no estuviera. Nunca me faltó de nada, y se lo agradezco, pero cuanto más lejos estoy de mi padre, más feliz me siento.

—Te faltó su cariño, lo demás sobraba, ¿verdad?

Encogió un hombro y se quedó pensativo un buen rato. No hacía falta que respondiera a la pregunta, su historia hablaba por él. Lo privaron de lo único que necesita un niño: afecto.

—Consiguió que me sintiera un inútil. Hiciera lo que hiciera, su sombra siempre se cernía sobre mí. Si me elegían para el equipo titular de fútbol, era porque había pagado los uniformes. Me admitieron en el MIT porque un edificio lleva su nombre.

—¿Y qué más da? El esfuerzo es tuyo, los logros son tuyos.

—Lo pensé muchas veces. Su dinero no compraba mis buenas notas. Pero ¿sabes qué? Hasta ahí llegaba su obsesión. ¡Comprémosle un futuro al pobre niño olvidado!

—Nathan…

—Tranquila, lo superé hace tiempo. —Me dio un toquecito en la nariz con un dedo helado y me entraron ganas de calentarle las manos con la mías. «¡Ya basta de manos, April!»—. Yo también me aproveché de él, no creas. Cuando acabé la universidad hice dos de los másteres más caros del mercado por el puro placer de ver cómo extendía los cheques, le insinué que quería trabajar para los mejores, que no me

conformaría con una empresa de medio pelo. Quería ser alguien importante y ganar dinero, quería impresionar a Diane, y él me sirvió en bandeja a las mejores compañías de la Costa Este. Invertí trece años de mi vida profesional en ser el pelele de las juntas directivas más poderosas del sector.

—Pero tú eras bueno, ¿no? Me refiero a que te gustaba tu trabajo, hacías grandes proyectos…

—Yo soy bueno, April, pero para ellos solo era el hijo de Lewis August Farley, ¿entiendes? Daba igual si les presentaba una cagada, ellos aplaudían, me felicitaban y seguían con sus planes.

—¿Por eso te fuiste?

—No, me fui cuando quise emprender grandes proyectos de carácter social, proyectos comprometidos con el medioambiente, sostenibles y eficientes, y se rieron de mi idea. Mi forma de pensar cambió cuando Adrien nació, quería crear un mundo mejor para él. Por eso lo dejé.

—Es muy bonito, Nathan.

—Y muy estúpido también. Ahora nadie quiere contratarme porque creen que tengo las expectativas por las nubes y que las empresas modestas terminarán por aburrirme. Es lo malo de ser un Farley.

18. Nathan

Los materiales que pedí a Boston llegaron a mediados de la semana siguiente. Recibí el aviso de Constance, de la oficina postal, y me presenté allí media hora más tarde. Me picaban las yemas de los dedos por empezar a trabajar en los bocetos del granero de April. Había pasado allí cada minuto de mi tiempo libre, sacando fotos, tomando medidas y escuchando las divagaciones de la señorita Williamson. Tenía buenas ideas, sencillas y fáciles de implementar, pero era una soñadora y un tanto impaciente.

—Cena en mi casa el viernes por la noche, te lo debo —me propuso cuando la llamé para informarle de que había recibido el paquete—. A lo mejor ya puedes enseñarme algo de lo que hayas dibujado, ¿no?

—No creo. —April resopló y me la imaginé frunciendo los labios, disconforme—. Además, Constance quiere que te recuerde que el viernes tienes club de lectura, por si lo habías olvidado.

—Lo había olvidado. Pero si me dices que vas a hacer algún boceto, yo…

—April… No soy una máquina de dibujar, ¿sabes? Esto lleva su tiempo. Tendré los primeros esbozos pronto, te lo prometo.

No se quedó demasiado contenta ni yo tampoco. Cuando April estaba de buen humor todo era mucho más fácil, y con esa idea en mente, con las ganas de sorprenderla y verla sonreír, me senté en la mesa del comedor de mis suegros y empecé los diseños del granero.

Tenía la imagen tan clara que me zambullí en una vorágine de líneas, cálculos y borrones. Ginger me dejó un emparedado junto al brazo en algún momento de la mañana y Adrien se asomó por encima de mi hombro para anunciar que ya había vuelto del colegio.

—¿Qué haces?

—Los planos para la reforma del granero de April —respondí sin dejar de rayar, borrar, modificar, medir y vuelta a dibujar.

—¿April tiene un granero? ¿Y por qué quiere reformarlo? Un granero es para guardar grano, ¿no, papi?

—Bueno, un granero sirve para muchas cosas, pero sí, tienes razón, guardar el grano es el motivo por el que se llama así.

—¿Y qué quiere hacer April en el granero?

—Magia, hijo. O volverme loco.

«Volverme loco» era la respuesta más acertada, porque si ella le veía posibilidades a aquel lugar, yo también quería verlas.

Ignoré sus mensajes durante el resto de la semana y dediqué cada segundo libre a dibujar.

El viernes, cuando solté el lápiz, después de tres días sin descanso,

me temblaba tanto la mano que era incapaz de sujetar el papel. Estiré los músculos doloridos de la espalda y contemplé mi obra con una sonrisa de medio lado.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan satisfecho.

—Papi, April ha llamado. Dice que esta noche cenamos en su casa, que no hay club de lectura.

—No, ¿eh? Se ha salido con la suya —pensé en voz alta.

—Ha dicho a las ocho y media, y que no te olvides lo que tú ya sabes. ¿Se refiere a mí?

Ginger se carcajeó desde la cocina y asomó la cabeza.

—Creo que April se refiere a los dibujos de tu padre, jovencito. Tú cenarás *pizza*, el abuelo ha ido a recogerlas y debe de estar a punto de llegar. Lávate las manos y pon la mesa.

No le sentó muy bien que fuera a ver a April sin él, pero obedeció sin rechistar, sin gruñidos ni regañinas. Le alboroté el pelo cuando pasó por mi lado de camino al cuarto de baño y abracé a Ginger en agradecimiento.

—Pásalo bien.

—Es solo trabajo —señalé inmediatamente.

—Por supuesto —dijo ella, suspicaz—. Solo trabajo.

Llegué tarde a mi cita con April por culpa de los vecinos del pueblo que me encontré por el camino. Había menos de una milla hasta su casa y me pareció una buena idea dar un paseo y aprovechar los últimos rayos de sol para maravillarme con los reflejos de los abetos nevados y de los tejados a dos aguas.

La madre de Kevin, el amiguito de Adrien, me salió al paso a la altura del ayuntamiento para compartir conmigo el diseño del decorado de la obra de teatro de invierno. Una locura de celofán y purpurina que no se sostendría por mucha madera que quisiera ponerle.

Unos pasos más allá, en la puerta del club de jubilados, el padre de Krista y sus octogenarios amigos me obligaron a zanjar la discusión que los había tenido media tarde entretenidos: ¿qué era más resistente, el granito o el hormigón?

—El granito, sin duda.

Natasha Lee, la *cangurita* psicópata de la pistola de juguete, y su novio me saludaron con resentimiento al pasar junto a ellos, y me detuve para pedirle disculpas por mi terrible equivocación.

Dave Gilmore, el marido de Beth, me retuvo unos minutos para compartir impresiones acerca de mi primera partida de póker en casa de Walter. No se me dio mal, ni el juego ni mi relación con ellos. Me sentí como si formara parte del grupo desde hacía años, como si no fuera el extraño que había evitado relacionarse con la gente del pueblo.

Cuando por fin atisbé la luz de la casa de April, pasaban quince minutos de la hora acordada. No me gustaba llegar tarde a ningún sitio, pero cada parada con cada vecino había valido la pena.

—Más te vale que la excusa sea buena —dijo al recibirme. Sus ojos volaron al cilindro de cartón que llevaba bajo el brazo y se abrieron de par en par—. Y más te vale que eso sea lo que creo que es.

Trató de arrebatarme los bocetos, pero fui más rápido que ella.

—Tengo hambre —le susurré al oído al pasar por su lado, y la besé en la mejilla.

¿Por qué la besé en la mejilla? ¿Por qué cuando pisaba aquella casa hacía cosas como mirarla a hurtadillas mientras se cambiaba o susurrarle al oído con voz seductora?

«Porque no eres de piedra».

—¿Vino?

Acepté la copa, encantado, y di un buen trago para calmar los nervios. ¿Nervios? ¿Qué nervios? ¿Por qué iba a estar nervioso?

—Ponte cómodo. Cenaremos enseguida.

La mesa estaba preparada para dos en el salón, nada romántico, nada íntimo, aunque todo lo que rodeaba a April lo era: la chimenea encendida, la música ambiente, las luces tenues, el olor a algún delicioso plato al horno… Hasta el siseo de sus pantalones vaqueros al andar era sensual y perturbador.

«Deja de pensar en ella de esa forma, Nathan».

—Quien te reformó esta casa hizo un trabajo magnífico —observé con ojo crítico.

April, que aderezaba una ensalada en ese momento, levantó la cabeza y me obsequió con una interesante ceja arqueada.

—¿Qué te hace pensar que no lo hice yo?

—¿En serio? No quiero decir que no seas capaz, pero hay elementos arquitectónicos que están puestos con mucho conocimiento.

—¿Como cuáles? —Se acercó a mí, muy interesada en el tema. Le dio un par de vueltas al vino y brindó al aire antes de beber.

—La viga de la cocina, por ejemplo. Es nueva. Yo diría que ahí había una pared y que la tiraron para darle más amplitud a la sala.

—No la tiraron, se cayó, y el techo se hundió. La casa estaba para demolerla cuando decidí que la quería para mí. Era de mis abuelos, pero está apartada del pueblo y no le interesaba a nadie de la familia. Me dieron ayudas económicas por ser joven y reconstruir una casa casi centenaria. Y luego, poco a poco, la fui decorando a mi gusto.

—Con muy buen gusto, todo sea dicho.

—Gracias. —Se sonrojó.

El horno emitió una secuencia de pitidos y April volvió a la cocina.

La cena estaba deliciosa y la conversación fue muy entretenida. Sus dudas sobre construcción, materiales y demás aspectos de una reforma

me dejaron claro que no tenía ni idea de qué se le venía encima con el granero. Le tomé el pelo todo lo que pude. Hacerlo me permitía ver a la chica divertida; y la chica divertida era tremendamente encantadora.

De vez en cuando, en medio de algún silencio, los ojos de April se dirigían hacia los bocetos que había dejado junto al sofá y evidenciaban lo ansiosa que estaba por descubrir en qué había empleado mi tiempo durante tres intensos días.

—No se van a mover de ahí, tranquila.

—Me estás torturando a propósito —me acusó.

—Estoy disfrutando, sí.

Era cautivadora cuando se reía, cuando fingía estar ofendida, cuando prestaba atención a mis explicaciones, cuando preguntaba, cuando no entendía… Era cautivadora hasta cuando se daba cuenta de que hablaba demasiado.

—Por cierto, esta mañana he estado con Rosie y le he preguntado por la casa —comentó mientras llevábamos los platos al fregadero—. Resulta que la titular de la escritura era su hermana, pero murió hace años. Y ¿adivina quién es la dueña ahora? Ha dicho que puedes hablar con ella cuando quieras, que te dirá todo lo que quieras saber.

—Te lo agradezco, es simple curiosidad.

—Pues esa curiosidad te sienta muy bien. A la gente del pueblo le gusta que te involucres en la vida de Stowe.

—No he hecho nada del otro mundo —admití con modestia. A mí también me gustaba involucrarme, en contra de lo que pensé a mi llegada.

—Le arreglaste a la señora Swanson la ventana de la panadería que llevaba desencajada meses; ayudaste a Cameron a elegir la pintura antihumedad para la inmobiliaria, Dios sabe que él hubiera cogido una cualquiera; haces los recados de Ginger, y Beth me ha dicho que has estado colaborando con la asociación de padres para preparar el decorado de la próxima obra de teatro.

—Es que Adrien es uno de los protagonistas, es lo menos que puedo hacer.

—Has llevado tus viejos libros de la facultad a la biblioteca, ayudaste a Emma a sacar las mesas de la cafetería a la terraza…

—Hasta que llegó tu hermano y me gruñó.

—¡No te gruñó! Vale, sí, te gruñó, pero es que Gael es así. No se lo tengas en cuenta, por favor.

Me importaba muy poco Gael Williamson.

—Todo lo que has dicho lo hubiera hecho cualquiera en mi lugar, no tiene ningún mérito.

—Antes no lo hacías —me recordó.

—Antes estaba cabreado con la vida —confesé.

—¿Y ahora no?

No estaba seguro, me daba miedo analizar lo que sentía. El vacío en el pecho y los repentinos vuelcos que me daba el corazón no habían desaparecido. La casa de los McPherson estaba repleta de recuerdos de Diane, de fotos de la infancia, de sus sueños y sus logros. Era difícil no pensar en ella a todas horas. Por eso no quise quedarme al principio, por eso dejé a Adrien allí. Él apenas conocía a su madre. Yo, por el contrario, la conocía demasiado. Stowe era el lugar perfecto para mi hijo, pero no para mí.

Sin embargo, la sensación de asfixia se atenuó, y mientras esperaba que mi futuro se presentara en forma de oferta de trabajo en la ciudad, descubrí que el pueblo no estaba tan mal. Mis heridas estaban sanando y, en parte, era gracias a la mujer que tenía delante.

—Ahora es diferente. La felicidad de Adrien es lo primero.

April estuvo de acuerdo. Hizo amago de acercarse, tal vez de abrazarme como una buena amiga, pero su teléfono sonó en algún lugar de la casa y me dejó solo unos minutos mientras atendía la llamada.

Eché de menos ese abrazo. Absurdo, ¿verdad? No se puede añorar lo que no se ha tenido nunca. ¿O sí?

Recogí la mesa para dejar espacio al postre y deposité los restos de la cena en el cubo de la basura. Estaba coronado por un montón de pequeñas bolas de papel arrugado que cayeron al suelo.

Mi padre siempre decía que para conocer bien a alguien no había más que mirar en sus bolsillos o en su basura. Me parecía una falta de educación indagar sin escrúpulos, pero al recogerlas, leí mi nombre y no pude resistirme. Desplegué un papel, luego otro y otro más, y en cada uno de ellos encontré lo mismo. Era una lista de pros y contras con una caligrafía muy bonita.

Una sorprendente lista de «Pros y contras de besar a Nathan Farley».

19. April

BESAR A NATHAN FARLEY:
Pros:
- Descubrir cómo besa
Contras:
- Se enfadará
- ¿Y si no me gusta cómo besa?
- ¿Y si no le gusta cómo beso yo?
- Moriré de vergüenza
- Se romperá nuestra amistad
- Todavía ama a su mujer

—No voy a darte nada más de comer hasta que me enseñes los bocetos. Y te lo advierto: voy a ser muy quisquillosa con los detalles.

—¿Y el postre?

—Luego, si me das lo que quiero.

La elección de palabras no fue la más acertada y, una vez más, me arrepentí de ser tan impetuosa. No estaba acostumbrada a pensar antes de hablar y con él todo sonaba como un acto de seducción.

«Solo está en tu cabeza, April», me reconforté, pero no era así. La mirada intencionada de Nathan y su sonrisa más canalla evidenciaban que mi maldito comentario había sonado como una exigencia diferente.

—Luego también pediré yo algo a cambio.

«Se refiere al postre, April. No hay ninguna intención extraña. Habla del postre. ¡Deja de pensar en sexo!».

Por suerte, Nathan desplegó el legajo de papeles y los esparció por la mesa con muchísima lentitud para hacerme sufrir un poco más.

Reaccioné con una inspiración profunda y me llevé la mano al pecho al ver el trabajo. Eran seis bocetos, algunos más elaborados, con anotaciones y medidas. Otros, en bruto, con borrones y correcciones de lápiz sobre lápiz. Mi viejo granero se transformó en un montón de líneas rectas conectadas que, en conjunto, consiguieron que mi corazón se saltara un latido o dos.

Deslicé el dedo por los dibujos, tracé el contorno de cada uno de ellos, mientras Nathan me observaba con paciencia a la espera de mi veredicto. Pero ¿qué podía decir? Mis emociones formaban un nudo en la garganta y apenas podía respirar.

—Habrá que hacer cambios sobre la marcha, modificar las medidas y me he tomado la libertad de…

—Es increíble —musité con la voz tomada por la emoción.

Mi mano, que había acariciado cada milímetro de papel, quedó atrapada en la suya. La respiración de Nathan estaba muy cerca de mi oído y su cuerpo demasiado pegado mi espalda. Mis dedos actuaron con voluntad propia y se entrelazaron con los suyos en una unión que significaba mucho más que gratitud. Nathan había cogido mis ideas, mis sueños y mis exigencias y las dibujó con esmero para mí, para hacerme la mujer más feliz del mundo.

—¿Por qué no dices nada? —me preguntó con el mentón apoyado en mi hombro y las yemas de sus dedos jugando con la piel de mi muñeca—. Me pone nervioso que te quedes callada.

Tenía gracia que dijera eso cuando a mí me temblaban tanto las piernas que dudé de mi propia fuerza para sostenerme.

—April, mírame.

Negué y sorbí. Llorar me congestionaba y me ponía la nariz roja como una cereza madura. No quería que me viera así. Aparté la cara y quise hacer lo mismo con la mano, pero no lo permitió. Me retiró el pelo y me obligó a mirarlo.

Volví a quedarme sin aliento.

«Bésalo».

Quería hacerlo, pero no me atreví. Él había perdido a su mujer, amaba a su mujer, y no quería ser yo la que irrumpiera en sus sentimientos para imponer los míos.

Aun así, el deseo que sentíamos el uno por el otro era evidente. Me limpió una lágrima con los nudillos, con una caricia muy dulce, y su atención se detuvo en cada exhalación que se rompía en mis labios.

—Si no dejas de mirarme la boca, voy a pensar que quieres besarme —dije con un hilillo de voz casi inaudible.

«Hablar sin pensar, April. ¿Cómo habíamos quedado con ese asunto?».

Nathan se rio y el encanto llegó a su fin. Me dio un abrazo y unas palmaditas más propias de un padre.

Me dije: «¡Bien hecho, April! No la has cagado», pero la verdad es que fue una rotunda decepción.

Deseaba aquel beso. No era nada por lo que sentirse ridícula, ¿verdad?

—Los dibujos son extraordinarios, me has emocionado. —Di un paso atrás y volví a contemplar cada detalle—. Cuando las obras terminen, los enmarcaré y los pondré en un lugar privilegiado del granero.

—Puedes ponerlos aquí. —Señaló un punto del plano principal y acerqué la cabeza al mismo tiempo que él—. En tu despacho.

—¿Qué despacho?

—Te dije que había sitio para una buena buhardilla, y ya sé que

dijiste que no querías un techo que cubriera las vigas, pero hay espacio para todo, y esta parte no da al salón, es como un añadido. Podrías poner tu despacho con un cuarto de baño, una suite o ambas. El otro extremo del granero tiene las mismas dimensiones. El centro quedaría despejado, tú tendrías tu entramado de vigas y tus clientes dispondrían de un lugar adicional para pasar la mejor noche de sus vidas.

—Será más dinero, y te recuerdo que con mi crédito ni siquiera puedo pagarte a ti.

—No tienes que hacerlo ahora, pero no lo descartes, ¿de acuerdo? Es un espacio con mucho potencial.

Volví a abstraerme en los bocetos y en cómo había logrado un trabajo tan magistral en tan poco tiempo. No estaba alardeando cuando afirmó que era bueno. Lo era.

—No sé cómo voy a pagarte lo que has hecho.

—Yo sí. Vamos a por el postre, señorita Williamson. Todavía tengo hambre.

«Y yo», pensé, pero no nos referíamos a lo mismo.

20. Nathan

Dijimos adiós al mes de febrero en plenas tareas de desescombro. Antes de pedir presupuestos para la reforma, quería comprobar el alcance de los daños del granero y hacer algunas mediciones más.

Al fin y al cabo, no tenía otra cosa que hacer. Seguía sin empleo.

Una de las empresas de Boston de la que esperaba noticias determinó que mi perfil no era lo que estaban buscando, pero me tendrían en cuenta para futuros puestos de mayor responsabilidad. ¡Al infierno con la responsabilidad! Yo solo quería dibujar y sentirme vivo, como con el proyecto de April.

«April…».

Desde la cena en su casa se comportaba de un modo muy extraño. Más distante, más reservada. Resultaba imposible robarle un momento a solas y, cuando lo conseguía, se inventaba cualquier excusa para salir corriendo. No había que ser muy listo para entender lo que ocurría. La lista de pros y contras tenía la culpa, sobre todo el último punto, el que más me impactó.

«Todavía ama a su mujer».

Sí, amaba a Diane. Cada vez que miraba a Adrien la echaba de menos, cada vez que pensaba en volver a Boston recordaba nuestros paseos por la bahía cuando éramos novios, las noches de cine, cuando compramos nuestra casa, el nacimiento de nuestro hijo… No éramos la pareja perfecta, ni siquiera estaba seguro de que hubiéramos terminado la vida juntos, pero le fui fiel, de corazón y de pensamiento, y lo seguí siendo incluso después de que nos dejara.

Hasta que llegué a Stowe.

—¡Joder, me cago en…! —April soltó la bolsa de basura y se llevó un dedo a la boca.

Todos sus amigos, que se habían reunido en el granero para ayudar con el desescombro, la miraron sin preocupación alguna. La conocían mejor que nadie, sabían lo patosa que era, y continuaron con sus quehaceres.

Adrien, junto a los hijos de Constance, de Danielle y de Beth repitieron la palabrota de April una y otra vez mientras se divertían con los restos de madera y plástico que los adultos iban amontonando en la entrada de la propiedad.

Nadie le prestó más atención a la accidentada, salvo yo. Yo que, desde las vigas más altas del granero, estudié sus movimientos durante toda la mañana. Yo que, lejos de concentrarme en las mediciones, me sorprendí riendo con sus sonrisas y prestando atención a sus conversaciones con las chicas. A mí, que no debería importarme lo

que hiciera, me molestó ser el único al que no se acercó durante la jornada.

—Tienes una astilla clavada —observó Beth—, hay que sacarla.

—Saldrá sola —respondió April, y volvió a llevarse el dedo a la boca.

«Cabezota», pensé.

—¿Es que nadie va a hacer una paradita para almorzar! —exclamó Loreen, la madre de April, cuando llegó al granero.

Su entrada triunfal, cargada con dos grandes cestas de pícnic, recibió los vítores de un coro de voces hambrientas. Era una mujer excéntrica y alegre que solía acaparar la atención de todo el mundo en cuanto hacía acto de presencia. Su hija se parecía mucho a ella.

April se escabulló por la puerta lateral y aproveché la situación para ir en su busca. La encontré en la linde del pequeño bosquecillo de fresnos que había junto a la propiedad.

—Deja que vea eso. —Me quité los guantes de obra que me había prestado Anthony, el marido de Krista, y le tendí la mano, pero ella se apartó—. ¿Puedo saber qué demonios te pasa?

—Nada, Nathan, no me pasa nada. Solo es un rasguño sin importancia.

—¿Y no puedo verlo?

April me lo mostró, pero retrocedió cuando quise tocarla.

—No voy a hacerte daño.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué no dejas que te toque? —Di un paso adelante; ella uno atrás—. ¿April? ¿A qué juegas?

—¡A nada! No estoy jugando a nada. Es solo una astilla, ¿vale?

—Pues si es solo una astilla, deja que la vea —me impacienté. Se llevó el dedo a la boca con inocencia y, al mismo tiempo, con provocación—. ¡No te entiendo!

—¡No hace falta que me entiendas! Ya te lo he dicho, no me pasa nada, y no necesito tus atenciones. —Evitó mirarme, parecía encontrar más interesante la corteza del fresno—. Es mejor así. Mira, ¿ves? —Me mostró el dedo de nuevo—. Ya no sangra. Volvamos dentro.

«Ni hablar», pensé, y la agarré de la cintura hasta acorralarla contra el árbol. Estaba molesto por su actitud, pero también encendido, ansioso, completamente perdido.

—Nathan… no me lo pongas más difícil. Lo complicarás todo y yo lo complicaré aún más porque sé que no está bien, pero tú… ¡Por Dios, estás muy cerca! —«No lo suficiente», pensé al ver cómo se mordía el labio. Era preciosa cuando titubeaba y sus frases perdían el sentido—. Necesitas… necesitas pensar mejor, Nathan, y no hacer tonterías. Los hombres hacéis muchas tonterías, a veces; yo también, un montón de tonterías, y hace calor, ¿verdad? Deberíamos…

deberíamos entrar y tú deberías alejarte de mí porque esto no…

«Es suficiente».

La sujeté de la nuca y la besé. No fue un acto dulce y delicado como debería haber sido. Fue brusco, demasiado pasional para una primera vez, aunque ni ella se quejó ni yo sentí el menor remordimiento. Quería hacerlo así, llevaba días deseándolo en contra de mi voluntad, y en cuanto el sabor de su boca se mezcló con el mío me di cuenta de que no tendría bastante con hacerlo solo una vez.

Tenía los labios calientes y agrietados por el frío, pero sabían de maravilla, los sentí inflamados para mí, tan apetecibles que los mordí con gusto. Mi lengua buscó la suya al adentrarse en la oscuridad y el primer contacto fue lo más erótico que había experimentado en mucho tiempo.

—Joder —murmuré contra su boca, y le recorrí los labios a besos mientras ella los aceptaba con la misma agitación.

Besarla no era una buena idea, pero que me condenaran si aquella mala idea no me hacía sentir como un hombre nuevo.

April se apartó para sondear mi mirada. La suya estaba cargada de sensualidad y de preguntas que no quería responder en ese momento. Volví a besarla con las mismas ganas y ella dejó que la sedujera unos minutos más. Pero antes de que ambos perdiéramos la razón, se apartó de nuevo.

—Esto no está bien. Tienes un hijo —pronunció despacio. Mi mano seguía en su nuca, mis nudillos le rozaron la mejilla, mi boca la reclamó una vez más. Y ella volvió a apartarse—. Tu mujer…

Apoyé el dedo en sus labios para que no continuara por ese camino. No quería pensar en Diane ni que April la tuviera en mente mientras la besaba. Tenía que continuar adelante y me esforcé por demostrarle cómo de vivo me sentía con ella. Tras recorrer el perfil de su boca con la yema, me vi incapaz de seguir mirándola sin volver a probarla, esta vez con más profundidad, más pausado, sin prisa, hasta que de su garganta brotó un gemido enloquecedor. Me gustaba ese sonido, me gustaba tenerla entre los brazos y notar cómo se estremecía. ¡Dios! Quería que se estremeciera hasta el delirio.

—¡Paaapi! —llamó Adrien desde algún punto cercano a nosotros—. ¡Paaapiii!

Nos apartamos de inmediato. April boqueó en busca de aire con los labios húmedos y los ojos entrecerrados. Era la viva imagen de un ángel seductor y yo era un simple mortal que llevaba demasiado tiempo sin besar a alguien con tanto abandono.

—¡Paaapiii! —gritó mi hijo, más cerca—. ¿Has visto a mi papá? —le preguntó a alguien.

Me asomé entre los troncos y allí, junto a Adrien, estaba Gael Williamson.

—Fantástico, ya estamos todos —murmuré.

April siguió la dirección del gesto de mi cabeza y contuvo el aliento.

—Mi hermano. Tengo que volver.

Me molestó su urgencia, como si fuera una menor de edad haciendo algo prohibido, como si tuviera que rendir cuentas delante de su familia, como si estar conmigo fuera algo malo.

Levanté las manos para dejar de tocarla y me recosté contra el tronco del fresno. Si cerraba los ojos todavía notaba su sabor en mi boca y su calor en mi cuerpo. Incluso después de que saliera corriendo, noté su aroma revoloteando a mi alrededor, para torturarme un poco más.

Luego llegaron los remordimientos. No debí hacerlo, no debí besarla, no debí traspasar aquella fina línea…

Era la primera vez que otra ocupaba el lugar de mi mujer.

21. April

DEJAR INMEDIATAMENTE DE:
- Sonreír como una boba
- Pensar en el beso
- Imaginar cómo será el próximo
- Escuchar a mi madre

Oh. Dios. Mío.

Todavía me cosquilleaban los labios. Me temblaban las piernas y me sentía en una nube suave y esponjosa, como la barba de Nathan.

¡Me había besado! Y yo a él. Fue tan repentino… Nadie me había besado así nunca, ni en mis encuentros más pasionales con el primo de Danielle. Pero Nathan sabía lo que hacía. Lo sabía muy bien.

Se unió a nosotros unos minutos después de que yo alejara a Gael del bosque de fresnos. No nos miramos, no nos dirigimos la palabra, actuamos como lo habíamos hecho durante el día, con total normalidad. Picó de la fuente de emparedados que trajo mi madre, se bebió una cerveza y aguantó un par de bromas de Gareth y de Anthony antes de regresar a sus mediciones y comprobaciones por las alturas. Y ya no pude resistirlo más, lo contemplé sobre la viga en la que trabajaba y se me dibujó una sonrisa traviesa.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —susurró Beth, más prudente que cualquiera de las demás. Danielle habría formulado la pregunta a voz en grito.

—¿A qué te refieres? —disimulé.

—Me refiero a las caras serias, a la falta de conversación, a ignoraros el uno al otro. Y a las miraditas a hurtadillas, April. A eso me refiero. ¿Ha pasado algo?

—No, ¿por qué tendría que pasar algo? Nathan se toma su trabajo muy en serio.

—Ya, claro. —No la había convencido—. En fin, ya eres mayorcita, tú sabrás lo que haces.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —irrumpió mi madre. Me sujetó del mentón y me movió la cabeza de un lado a otro—. Mira todas esas rojeces, tienes la piel irritada. ¿No estás usando la crema de semen de ballena que te di? Funciona de maravilla para el cutis. ¿Y esos labios tan cortados? Un protector labial con extra de hidratante no te iría nada mal.

—¿Has acabado con la lista de defectos, madre? —Ella me sonrió y me regaló una tierna caricia que acabó con una palmadita en la

mejilla, más fuerte de lo que se consideraba maternal—. Gracias por los consejos, y por traer el almuerzo. Voy a ir a hablar con Gael un momento y te ayudo a recoger.

—Eso, habla con él. Hoy está de un humor insoportable.

«¿Y cuándo no?».

Gael cargaba con más demonios de los que una persona normal podía soportar. Culpa, resentimiento, dolor, una mezcla de todo, más un añadido de soledad autoimpuesta que, después de muchos meses, empezaba a pasarle factura.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté, conciliadora. No se había apartado de la puerta del granero—. Toda ayuda es bienvenida.

—Se acerca tormenta. —Señaló las nubes grises que moteaban el horizonte y dio un trago a la cerveza que sostenía en la mano—. Deberías decirle a la gente que se vaya a su casa. A tu amigo el primero.

—Gael… Si no fuera por él, no estaríamos avanzando. Se ocupará de los planos para presentarlos en el ayuntamiento, no me darán la licencia de obra sin su firma en el proyecto.

—¿Y para qué? No podrás asumir los gastos de la reforma.

—Me encanta cuando eres así de gilipollas. —Me gruñó, molesto—. Aunque no pueda asumir los gastos de la reforma, Anthony se va a ocupar de la fontanería en sus ratos libres, Nathan lo ayudará. Si hay que cambiar las cañerías, debemos hacerlo antes de que lleguen los carpinteros y los demás. Es una cuestión de organización.

—¿Y qué harás cuando tu amigo se vuelva a Boston y te deje con la obra a medias? Yo te lo diré: vendrás a darme la razón.

—O dejará indicaciones de cómo acabar e iré a pedirte que muevas el culo y me eches una mano. Hasta el momento no te he visto levantar un dedo más que para beberte mi cerveza. Y no es que seas un negado, los dos sabemos que se te da bien el bricolaje, el problema es que tienes tanto miedo que eres incapaz de ver más allá de tu propio ego.

—No me sermonees, por favor. Ya tengo suficiente con mamá y papá.

—Habla conmigo, Gael —le rogué—. Estás hundiéndote y no puedo hacer nada si no me dices cómo ayudarte.

—¿Ayudarme? —Se rio con desdén—. Te dije que no te acercaras a Nathan Farley y lo primero que has hecho ha sido meterlo en tu vida. No quiero pensar dónde más lo habrás metido, hermanita.

Quise abofetearlo y hacerle daño, pero me mantuve serena para no llamar la atención de nuestros amigos.

—Lo que haga o a quién meta en mi vida es asunto mío, Gael. No cometas el error de creerte con derecho a controlarme. Eres mi hermano y, porque te quiero, seguiré guardando tu maldito secreto,

pero no me subestimes. Yo preferiría que todo saliera a la luz, no tengo nada que perder.

—Puede que no, o puede que a tu amigo no le entusiasme conocer nuestro secretito y ponga millas entre vosotros. —Era una posibilidad que estaba dispuesta a afrontar, pero mantendría la boca cerrada si Gael me lo pedía. Y lo hizo, maldito fuera—. April, te lo ruego, no te involucres con Nathan Farley, no sé si podría soportarlo.

—Podrías, y además estoy convencida de que te llevarías de maravilla con él, pero tranquilo. Como bien has dicho, Nathan se irá y la vida seguirá en Stowe. No diré nada, ¿de acuerdo? Ahora prométeme que pasarás página y dejarás marchar a los fantasmas.

—Muy graciosa.

—No es broma. Te mereces algo mejor.

—En eso estamos de acuerdo —resolvió, más apacible.

—¡Hola! —nos saludó Emma, que se acercaba por el camino con una expresión deslumbrante, la misma que, por unas milésimas de segundo, bailoteó en el rostro de mi hermano—. ¿Llego tarde?

La observé con detenimiento, luego a Gael y de nuevo a ella.

—Llegas en el momento justo —le respondió mi hermano.

«¡Ay, Dios!».

—¡Ay, Dios! —repetí en voz alta. Tenía un presentimiento, uno muy fuerte. Era imposible, era… ¿increíble? Pero no podía estar equivocada. El sonrojo de Emma, el nerviosismo de Gael, la forma de saludarse, las ganas de acercarse el uno al otro…—. ¿Vosotros estáis…?

Emma abrió los ojos con estupor y le lanzó a Gael un ruego silencioso. La sonrisa alegre desapareció de ambos y lo tuve claro. ¡¿Cómo había estado tan ciega?!

—¿Vosotros? ¿Juntos? —Mi hermano se encogió de hombros, Emma bajó la cabeza, avergonzada—. Pero ¿cuándo ha pasado? ¿Y… y… por qué ha pasado?

—April, yo… puedo explicártelo —titubeó ella.

—¿Por qué tienes que darle explicaciones? —la reprendió mi hermano con una suavidad insólita.

—Pero si no la soportabas. Cuando éramos adolescentes le tenías mucha manía. ¿Cómo la llamabas? ¿Emma, la pesada?

—Emma, la pelma —dijo ella, y puso los ojos en blanco con fastidio—, pero eso fue hace mucho.

—¡Ay, Dios! —repetí, consternada.

—No metas a Dios en esto, bastante ha hecho ya —gruñó Gael.

—¿Quién lo sabe? Por favor, decidme que no soy la última en enterarse.

—Eres la primera, aunque en el Festival del Azúcar se nos fue un poco de las manos y alguien nos vio —declaró Emma con un rubor

encantador.

—¡Eras tú! —Le golpeé el pecho a Gael—. ¡Joder, qué fuerte! ¡Emma! Pero… pero…

—De verdad que hay una explicación muy…

—¡Al cuerno las explicaciones! —Besé a Emma en la mejilla y la señalé con un dedo—. Ya hablaremos mañana. Ahora, todo el mundo a trabajar. Hay mucho que hacer.

22. Nathan

Evitar el contacto visual y centrarme en el trabajo debería ser suficiente para no recrearme una y otra vez en el beso con April, pero al tomar las medidas del mismo tramo por cuarta vez, entendí que el remedio no estaba dando resultado.

Desde el artesonado de vigas del techo todo se veía con otros ojos. La madre de April no hacía más que pedirme que bajara de las alturas porque temía que acabase espachurrado contra el suelo, los niños correteaban de un lado a otro metidos en alguna travesura, las chicas cuchicheaban sobre sus maridos y April me lanzaba miradas fugaces que amenazaban con hacerme caer a sus pies.

«No ha sido una buena idea», resonaba en mi cabeza.

Besarla lo complicaba todo y generaba expectativas que no podría cumplir. April era una chica inocente y dulce que merecía una historia bonita, sin complicaciones. Pero, ¡maldita fuera!, besaba como el mismísimo pecado, con un descaro que no hubiera imaginado en la vida.

Y yo quería pecar una y otra y otra vez.

La vibración de las vigas me devolvió al techo del granero y al momento presente. Al mirar por encima del hombro juré por lo bajo. Tenía compañía.

Gael Williamson caminó con soltura por el entramado hasta llegar a mi posición y se sentó con total naturalidad, como si sus pies no estuvieran a quince metros del suelo.

—¿Necesitas ayuda?

Si era un ofrecimiento, no sonó como tal. Si era un ataque, no estábamos en el mejor lugar para afrontarlo.

—No, mido esta parte y termino por hoy. Está oscureciendo.

—Va a nevar. Mucho.

Estupendo, las conversaciones insustanciales me ponían de los nervios. No tenía ni idea de qué había motivado a Gael para honrarme con el placer de su compañía, pero no venía en son de paz, de eso estaba seguro. Yo no le caía bien, lo cual resultaba pueril en un tipo de treinta y seis años.

No me iba a andar con rodeos, no era mi estilo.

—No has subido a hablarme del tiempo ni a ver cómo trabajo. Di lo que tengas que decir y vuelve a poner los pies en tierra, por favor. Tu madre está a punto de sufrir un ataque.

Loreen Williamson gesticuló en nuestra dirección y dijo algo acerca de subir a por nosotros y bajarnos de una oreja. A Emma también parecía preocuparle lo que le ocurriera a Gael. Había observado

algunos gestos que dejaban claro que había algo entre ellos.

—No me gustas, Farley.

—Pff, dime algo que no sepa —murmuré.

—Y no me gusta que te metas en la vida de mi hermana.

—De acuerdo, acepto que no te guste. ¿Algo más?

—No sé qué crees que estás haciendo aquí, pero cuanto antes vuelvas a Boston mejor para todos.

—Esa es una decisión que tomaré cuando llegue el momento, pero te advierto que no va a pasar hoy, ni mañana, ni la semana que viene. —Apunté con el láser y fingí que seguía a lo mío—. ¿Has acabado?

Se puso en pie con un excelente equilibrio y alardeó de fuerza comprobando la consistencia de las vigas. Era un cínico, un rebelde, y no lo ocultaba.

—Siempre has sido un tío con suerte, ¿verdad, Farley? —«Problemas», pensé. Ese tipo de comentarios precedían a argumentos más pesados y peligrosos que una simple opinión sobre gustos. No me equivoqué—. Matrícula en el MIT, másteres de miles de dólares, trabajos importantes, la familia perfecta… Debió de ser bonito vivir bajo el paraguas de papá Farley, ¿no?

—¿Me has investigado? Vaya, menudo halago. Imagino que, si te has tomado tantas molestias, debe de haber un motivo importante. Cuéntamelo y acabemos con esto de una vez, tengo ganas de tomarme una cerveza y de irme a mi casa.

Mi falta de interés lo cabreó.

—Ahí está el error, Farley, esta no es tu casa. Aquí no hay nada para ti.

—Tal vez, pero me gustaría descubrirlo por mí mismo.

—¿Qué quieres descubrir? ¿Si podrías hacerte un hueco entre los amigos de mi hermana? ¿O es en su cama donde estás buscando tu lugar?

Apreté los puños hasta que oí crujir el plástico del puntero láser. Podía permitir ataques directos hacia mí, pero no consentiría que metiera a April en medio.

—¿Qué es lo que te molesta de mí en realidad, Gael? ¿Que me hayan aceptado en el pueblo o que esté ayudando a April? Está claro que tienes una de esas dos espinitas clavadas y será mejor que te la saques ya porque no pienso volver a tener esta conversación absurda contigo. Te lo he dicho antes, lo que yo haga es cosa mía. Y no pienses que lo que sea que te cabrea de mí va a afectar a mis decisiones.

—Lo que me cabrea de ti podría hundirte en la mierda, hijo de puta —me amenazó con una agresividad que me dejó pasmado. Su dedo me apuntó al pecho y tuve que resistir la tentación de darle un manotazo para apartarlo—. No lo olvides, Farley.

No iba a olvidarlo, algo me decía que Gael Williamson se

encargaría de recordarme su hostilidad cada vez que se le presentara la ocasión. Pero ¿me iba a condicionar? Ni hablar. Sentía curiosidad por saber qué motivos tenía para comportarse así, pero no iba a permitir que aquello afectara a mi vida en el pueblo o a la relación de amistad con su hermana.

«Una relación de amistad que ha cambiado», pensé mientras Gael se alejaba con paso firme por las vigas.

Tenía que hablar con ella y disculparme. No podía estropear lo que había entre nosotros por un arrebato pasional fuera de lugar. Meterme en la cama de April no era el objetivo, Gael estaba equivocado, aunque, después de comprobar cómo besaba, una parte de mí se preguntaba si, en el fondo, no sería ese el motivo por que la había acorralado en el bosque.

«Te gusta».

Por supuesto, sería idiota si no me gustara. Era divertida, buena persona, inteligente, decidida, preciosa… ¡Oh, sí! Era absolutamente preciosa. Pero estimaba más su amistad y su confianza que la posibilidad de sexo.

De pronto, el cielo se tornó de un gris denso y estalló un relámpago a lo lejos. El trueno que lo siguió retumbó en el interior del granero y algunos niños gritaron del susto. En las alturas, las vigas temblaron, y el exabrupto de Gael, que continuaba allí, me puso en alerta.

Lo vi tambalearse a cámara lenta y su mano agitó el vacío donde él supuso que había un punto de apoyo. Fueron los segundos más largos de mi vida, llegar hasta él me quitó años de juventud. Si no lo sujetaba a tiempo, caería.

Loreen chilló de espanto. April pronunció su nombre en medio de un alarido desesperado y los demás aguantaron la respiración. Pero llegué a tiempo de tenderle la mano y él se aferró a ella.

—¿A que ahora ya no te parezco tan mala persona? —le pregunté con esfuerzo mientras tiraba de él para ponerlo de nuevo sobre la viga.

—No me sueltes, Farley.

—¿Y tener que limpiar tus sesos del suelo? No, gracias.

Conseguí que aflojara la tensión para poder subirlo rápido. La hazaña iba a costarme una contractura en el hombro, pero mejor eso que vivir una tragedia. Walter, Anthony y los demás empujaron uno de los andamios hasta que los pies de Gael reposaron encima y, pálido como la cera, descendió despacio hasta estar a salvo.

La primera en arrojarse a sus brazos fue Emma, que los dejó a todos boquiabiertos con su demostración de afecto.

«Adiós al secreto».

Loreen golpeó a su hijo con los puños y luego lo abrazó. La pobre mujer apenas se sostenía cuando Gael la obligó a sentarse y a beber un

poco de agua.

April no se acercó a su hermano. Solo me miró a mí. Pálida, trémula, asustada, su atención fue solo mía. Ella, por un instante, fue toda mía.

23. April

PARA HACER DURANTE LAS PRÓXIMAS 24H:
- Interrogar a Emma
- Torturar a Gael
- Comprobar que mi madre está bien
- ¿Llorar?

¡Menudo día!

Podría haber acabado en una tragedia por culpa de Gael. ¿A qué demonios subió a las vigas? No fue a solucionar sus diferencias con Nathan, estaba segura. Me hubiera gustado hablar con alguno de los dos para saber qué había pasado, pero mi madre estaba muy nerviosa después del incidente y la acompañé a casa para que no tuviera que conducir.

Horas más tarde, acomodada en la calidez de mi sofá, volví a la ingravidez del beso con Nathan. Debería estar prohibido besar así, alguien tendría que advertir a las chicas como yo de besos tan peligrosos como ese, altamente adictivos. Y confusos, muy confusos.

¿Por qué lo había hecho?

Unos golpes suaves en la puerta pusieron fin a la sucesión de tórridos recuerdos. Cuando abrí, se me cortó la respiración. Nathan estaba allí.

—¿Hola? —lo saludé al ver que no se movía. Parecía indeciso—. ¿Qué haces aquí? —No hubo respuesta, solo un resoplido indescifrable —. ¿Quieres entrar? Hace frío.

Parpadeó varias veces y aceptó la invitación. Estaba muy raro.

—¿Ha pasado algo?

—Han pasado muchas cosas —respondió en un misterioso susurro.

¿Se estaba refiriendo al beso? ¿A Gael? ¿Al vahído que había sufrido mi madre?

—Ha sido un día muy interesante, ¿verdad? —Reí, y disimulé mi turbación preparando un poco de café—. ¿Adrien está bien?

Hablar del niño era terreno seguro.

—Sí, bien. Se lo ha pasado en grande. —Reaccionó, por fin, y se desprendió del anorak con movimientos lentos—. ¿Y tu madre?

—Se recuperará, solo ha sido un susto. Mañana estará como nueva.

Era el momento ideal para preguntarle qué había pasado con mi hermano, pero Nathan continuaba con una actitud muy rara y preferí esperar. Aún no sabía a qué había venido.

«Sí lo sabes. Te dirá que fue un error».

—Oye, April…

—¿Café? —le ofrecí. Él lo rechazó y me siguió al sofá. Delante de la chimenea se estaba mucho mejor—. ¿Qué decías?

Di un sorbito sin dejar de observarlo y me pregunté si volvería a tener la oportunidad de saborear sus besos sin que después tuviéramos que pasar por una situación tan incómoda como la que estaba teniendo lugar en mi salón. Y como yo no era una persona demasiado paciente ni podía estar callada mucho tiempo, cogí las riendas del problema y lo zanjé con un par de frases que no sentía, pero eran las adecuadas.

—Tranquilo, ¿vale? No tienes que explicarte, ya sé lo que vas a decir. Ha sido un momento de locura por parte de los dos y no va a afectar a nuestra amistad. Lo olvidamos, ¿de acuerdo? ¡Borrado! —exclamé al tiempo que me pasaba la mano por la frente, como si pudiera eliminar el recuerdo de las últimas horas—. No debió pasar, ya está dicho.

—Lo siento, no estuvo bien.

«¿No? ¿Y por qué a mí me pareció tan maravilloso?».

Le sonreí para darle la razón, aunque lo que de verdad quería era que se fuera para poder darme cabezazos contra la pared.

Nathan se puso en pie y dio por finalizada tan extraña visita.

—¿Qué haces mañana por la tarde? —me preguntó mientras se ponía el anorak.

Una chispa de ilusión se encendió muy dentro de mí y activó mi casi inexistente poder de seducción. Si quería una cita, aún no estaba todo perdido.

—Tengo actividades en el resort hasta las seis. Después soy toda tuya. —«Literalmente»—. ¿Por qué? ¿Algún plan interesante?

Éramos amigos, ¿no? Los amigos hacen planes.

Nathan compuso una mueca indescifrable.

—¿Y el martes?

—El martes estoy libre. ¿Qué tienes en mente?

- ¿Un paseo por la nieve?
- ¿Una película en el cine?
- ¿Un helado?
- ¿Unos besos?

—Tengo que ir a Boston a resolver unos asuntos. ¿Puedes recoger a Adrien en el cole a las cuatro? Ginger y Percival tienen clase de baile de salón toda la semana.

- Recoger a Adrien a las cuatro
- Sentirme estúpida

Aguanté la respiración cinco segundos y dejé escapar el aire con calma, despacio, sin que la decepción se viera reflejada en mi cara. Tenía la sonrisa congelada; el corazón también.

¿Qué esperaba? Estaba en mi casa para disculparse por el beso, ¿no era suficiente indicio de que no iba a pasar nada más entre nosotros?

—¡Claro! Dalo por hecho —contesté con una naturalidad poco natural.

¿Y qué iba a decirle sino?

—Genial, eres la mejor. —Reaccionó con rapidez, me dio un beso en la mejilla y salió de mi casa—. Te debo una —añadió de camino al coche.

Me quedé observando cómo se iba, y cuando no quedó más que las huellas de sus neumáticos en la nieve, cerré la puerta, me apoyé contra la madera y me deslicé hasta el suelo.

Y me eché a llorar.

24. Nathan

Lo malo de tener la cabeza hecha un lío era que las voces de la razón, la conciencia, el orgullo, el corazón y hasta la voz de mi sexualidad trataban de imponer su opinión y ninguna llegaba a convencerme. Si me dejaba llevar por la razón y me inclinaba por mi amistad con April, el corazón se resentía y mi testosterona se ponía en pie de guerra. Si hablaba el orgullo, se me hinchaba el pecho. A mis treinta y cinco años era un tipo bastante atractivo y seductor, pero la conciencia me machacaba las neuronas con los recuerdos de Diane. Si dejaba a mi sexualidad coger las riendas… Bueno, digamos que era la que más me tentaba después de besar a April, pero la razón tenía una voz chillona que me advertía sobre los peligros del sexo y la posibilidad de perderla como amiga. El corazón deseaba reponerse, pero aún lloraba la pérdida de Diane. Y entre voces, gritos y advertencias apenas oía mi propia voz, la del hombre que se siente triste y solo y ha descubierto que hay personas capaces de curar esas heridas.

Luego estaba ella, con esa energía de otro mundo, con su personalidad arrolladora y comprometida. Cuando dijo que era mejor olvidar el beso, deseé besarla de nuevo. ¡Maldita sea! No había podido quitármela de la cabeza en los días que habían pasado desde entonces.

—¡Hola! ¡Ya estoy en casa! —grité al llegar. El salón estaba sumido en un silencio inusual. La luz de la cocina estaba encendida y encontré a Ginger guardando la compra—. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—¡Ah, Nathan! Has vuelto pronto. —Me ofreció la mejilla y se la besé, como era costumbre—. Percy ha ido a llevarle unos documentos a Fiona Forrester, esa mujer nunca se aclara con los impuestos. Y April ha llevado a Adrien a merendar al café de Emma.

Miré el reloj, si me daba prisa, aún podría sentarme un rato con ellos, pero no quería parecer ansioso delante de mi suegra.

—¿Qué tal ha ido la clase de baile?

—¡Fenomenal! Deberías venir a probar. Es tan divertido.

—Bailar no es mi punto fuerte.

—¡Tonterías! Yo creo que deberías venir. Hay a quien se le da mejor, como a Sonya Merryweather, que es excepcional, y a quien se le da peor, como a Carol Porter. Esa chica tiene dos pies izquierdos, te lo aseguro. En conjunto, bailamos muy bien.

—Gracias, pero no me va.

—Podrías pedírselo a April.

Dejó la sugerencia flotando en la cocina mientras ella se adentraba

en la alacena para guardar las latas de conservas que había traído del supermercado. Cuando regresó, yo todavía no había recuperado el aliento.

—April y yo solo somos amigos —dije con más seriedad de la necesaria, aunque ella no pareció notarlo.

—Bien, mucho mejor. Los amigos se compenetran de maravilla, o eso dice la señorita Truman. Además, haríais una pareja muy linda, tal vez un poco patosos los dos, pero con la práctica…

—No voy a ir a bailar con April, Ginger —la interrumpí, ofuscado —. Y te agradecería que no dijeras esas cosas de nosotros. No somos una pareja de nada.

Mi suegra suspiró de espaldas a mí y sus hombros se hundieron con pesar. Me arrepentí de haberle hablado con tan poco tacto y abrí la boca para disculparme, pero ella se me adelantó.

—Diane no va a volver, Nathan, nadie me la va a devolver. —Chasqueé la lengua, culpable de haber dado pie a esa conversación tan dolorosa para ambos—. A veces tengo la sensación de que esta es solo otra de sus largas temporadas sin llamar, y luego, cuando me doy cuenta de que no volveré a oír su voz… Se me pone un nudo aquí, en el estómago, que me duele como si alguien me retorciera las entrañas.

—Lo sé.

—A ti también te duele, ¿verdad? Y Adrien nos recuerda a ella. ¡Son tan parecidos!

—Desde luego.

—Es lo mejor que hizo mi hija, y merece ser tan feliz como lo fue ella. Y tú, Nathan, también lo mereces. Eres muy joven para pasar el resto de tu vida solo. Si encuentras a una mujer que te devuelva la sonrisa, no la dejes marchar. La vida es demasiado corta, hijo.

Pensé mucho en las sabias palabras de Ginger de camino a la cafetería de Emma. En ocasiones, se me olvidaba que no estaba solo en la lucha por seguir adelante. Los McPherson habían perdido a su hija, ningún padre debería vivir una situación así. Si yo hubiera perdido a Adrien…

La risa de mi pequeño diablillo me sacudió al acercarme a la puerta del local. Él y April estaban en una mesa cercana a la barra. Krista y su hijo, un año menor que Adrien, los acompañaban. Había naipes desparramados por la mesa y jugaban a pasarse uno sin tocarlo con las manos. April fingía enfadarse cuando Adrien y Charlie hacían trampas y, a continuación, les hacía cosquillas hasta que los niños salían corriendo por el local.

A veces, cuando oía reír a mi hijo, tenía la sensación de volver a la vida, de haber estado muerto durante meses. Podría decir lo mismo de la risa de April, pero estaría engañándome. Ella no me devolvía a la vida, ella me hacía desear vivirla.

—¡Papi! ¡Papi! Ven, mira lo que me ha enseñado a hacer April con los naipes. Hago magia, mira, mira.

Adrien estaba alterado, y mi primera mirada fue a parar al plato vacío donde aún quedaban restos de glaseado de fresa.

—¿Cuántos dónuts se ha comido para merendar? —Mi segunda mirada fue para ella y necesité respirar hondo al encontrarme con su sonrisa—. Hola, por cierto.

—Hola a ti también —me correspondió con un tono de voz ronco y seductor. Me repasó de arriba abajo y me alegré de no haberme cambiado de ropa. Con la camisa, los pantalones de pinzas y el abrigo me sentía protegido. «Absurdo»—. Se ha comido medio dónut y un vaso de leche.

—¡Mira, papi! ¡Coge una carta! ¡Coge una! ¡Vamos! —Presté atención al abanico de naipes que me mostró Adrien y escogí uno al azar—. Yo no puedo verla, no me la enseñes, ¿vale? Tú memorízala bien y vuelve a meterla en el montón, aquí mismo.

Seguí las indicaciones y le devolví el naipe como me indicó. Apreté los labios para no reírme y tomé asiento junto a April, que no me había quitado el ojo de encima.

—Ahora mira, papi. Mira. Abracadabra, sopa de cabra, le echo unos polvos mágicos a la baraja…

—¿Polvos mágicos? —le pregunté a ella.

Su única respuesta fue arquear una ceja, misteriosa, tentadora. Y se pasó la lengua por el labio inferior antes de decir:

—No hay magia sin polvos.

Krista, que hasta el momento se había mantenido en un segundo plano con Charlie, soltó una carcajada tan estridente que a Emma por poco se le cae el vaso que estaba secando.

«¿A qué había venido eso?».

—¡Esta es tu carta, papi! —exclamó Adrien, triunfal.

—As de corazones, muy bien, enano. Me has sorprendido, se me han puesto los pelos de punta.

—April dice que es el efecto de los polvos mágicos. Hacen que nos salgan las cosas bien, por eso son mágicos, ¿verdad, April?

—Verdad —le aseguró ella.

—¿Y dónde se compran los polvos mágicos? —curioseó Adrien con toda su inocencia. Ojalá no la perdiera nunca.

—Los mejores polvos están en la imaginación —respondió April con sus ojos fijos en los míos.

«¡Joder!».

Mi imaginación, como ella señaló, no podía dejar de pensar en polvos, con magia o no, pero con April.

—¡Creo que es hora de volver a casa! —anunció Krista para romper el intenso momento de silencio entre la condenada señorita

Williamson y yo—. Por cierto, Nathan, Anthony dice que ya ha recibido los tubos que pediste y los codos para la tubería exterior del granero. Llámalo luego para ver qué día te va bien que vaya a ponerlos.

Cabeceé para demostrar que la había oído y me obligué a distraerme con lo que fuera para dejar de pensar en el doble sentido de las palabras de April. Si no lo hacía, corría el riesgo de decirle con los ojos todo lo que no era capaz de confesar con palabras.

No consentí que volviera andando a su casa después de haberme hecho el favor de cuidar de Adrien toda la tarde. El niño se quedó sin batería en cuanto subió al coche y ni siquiera se despertó cuando apagué el motor en el camino de April.

—¿Te parece bien que vaya mañana al granero para que Anthony…?

—Me parece bien, desde luego.

Cuando se mostraba tan reservada y tan callada me entraban ganas de zarandearla. El trayecto habían sido diez minutos de infernal silencio, apenas interrumpido por mis tontas preguntas y sus respuestas monosilábicas. Diez malditos minutos de debate mental entre todos los integrantes de mi cabeza. ¿Lo de la cafetería había sido una provocación?

Hasta el momento había conocido a la April despreocupada, a la April divertida y a la April interesante. También un poco de la April reservada. Pero a esa mujer sugerente, que pronunciaba «polvos» como si en verdad pudiera hacer magia, a esa no tenía el placer de conocerla. Y era un problema porque quería conocerla muy muy a fondo.

—Espera, mañana estaré todo el día en el resort. ¿El jueves mejor?

—El jueves tengo que llevar a Percival a un reconocimiento médico y luego asistir a la reunión de padres.

—¿Lo dejamos para el viernes? —propuso, desanimada. Cambiar las tuberías era el primer paso para restablecer el agua.

—O puedes dejarme las llaves y mañana se queda hecho. No necesito que estés allí. —Lo pensó rápido y accedió a la idea—. Bien, te acompaño a por las llaves.

Adrien seguía dormido como un tronco y yo no iba a tardar más que un instante. Me aseguré de que la manta de lana que llevaba en el asiento de atrás le cubriera hasta el pecho y seguí a April, que me llevaba un par de pasos de ventaja por el camino.

Quería preguntarle qué le pasaba, a qué venía su actitud, pero iniciar una conversación de esa índole en el dintel mientras mi hijo dormitaba en el asiento del coche no me pareció lo más correcto. Tampoco me pareció correcto mirar la redondez de su trasero ni el movimiento de sus caderas, pero no podía ser un hombre tan perfecto.

—La cerradura del portón se atasca. Dile a Anthony que se lleve aceite para ponerle un poco.

—Aceite, de acuerdo.

—Y llevad cuidado con la puerta corredera del baño, ya sé que está destrozada, pero quiero restaurarla. No la rompáis más, ¿de acuerdo?

—Nada de destrozar puertas, entendido.

April dejó las llaves suspendidas en el aire, a la espera de que yo las cogiera. Las hizo tintinear y las apartó cuando levanté la mano. Quise borrarle la expresión de listilla a besos.

«Nada de besos», me recordó la voz de la razón que, por una vez, estaba de acuerdo con mi conciencia.

—¿Algo más? —me impacienté. Estaba muy cerca de cometer una auténtica estupidez y ella no me lo estaba poniendo fácil.

—Me debes una por lo de esta tarde.

—Me hago cargo —acepté—. ¿Alguna petición?

«Te está sonriendo, no puede ser nada malo», me aseguró el orgullo.

—Tengo que pensarlo, ya te lo haré saber.

«¡Se ha mordido el labio, joder! ¡Se ha mordido el labio dos veces!», gritó mi hombría que empezaba a resultar molesta debajo de los pantalones.

—Bien, estoy a tu disposición.

«¿Estoy a tu disposición? ¿En serio? Eres un idiota, Nathan Farley».

April cerró la puerta tras una despedida un tanto tensa. Me hervía la sangre, me ardían las ganas, estaba tan acalorado que revolcarme en la nieve desnudo no hubiera sido suficiente para bajarme el calentón.

«La vida es demasiado corta, hijo», me recordaron las palabras de Ginger, y las consideré una señal sin sentido, pero una señal, al fin y al cabo.

Volví sobre mis pasos y aporreé la puerta con el puño sin ninguna delicadeza. Antes de plantearme qué iba a decirle, ella abrió y no encontré palabras. Lo único que vi fueron sus labios al abrirse; lo único que sentí fueron los míos al cerrárselos en un beso arrollador. Un deseo incontrolable se apoderó de mí y tomó el control de la situación. Sin saber cómo, mis manos terminaron debajo de su camiseta, donde la piel tersa del abdomen quemó hasta la última de mis defensas.

Los labios de April se amoldaron a los míos, su ritmo se desbocó, nuestras lenguas se chuparon, se besaron, se retorcieron al tiempo que nuestros cuerpos se buscaban para obtener más, mucho más.

Y del mismo modo que empezó, terminó, con brusquedad. Una separación necesaria para salvar la situación, porque iba a perder el juicio si no me apartaba de ella.

—¡Dios! Eres… eres una jodida tentación.

—¿Y eso supone un problema? —preguntó mientras se mordía la uña del pulgar.

—¿Un problema? No, uno no, muchos problemas, un puto enjambre de problemas, April.

Le bailó la sonrisa en los labios y, para mi sorpresa, incluso consternado por la intensidad de mi deseo por ella, yo también sonreí. Era una locura, pero quizá no fuera tan terrible dejarme llevar, quizá yo también necesitara unos polvos mágicos para que las cosas me salieran bien.

Quizá…

25. April

IMPORTANTE:
- Fiesta de cumpleaños
- Limpiar cañerías
- Buscar un circo
- Comprar Valium

—¡Espera, espera! ¿Adónde vas tan cargada?

—Al infierno de las fiestas de cumpleaños improvisadas —le gruñí a Nathan mientras hacía malabares con un millón de bolsas.

Manteles, servilletas, banderitas, farolillos, guirnaldas, había dejado los cajones de la oficina vacíos de elementos decorativos. Mi proveedor me la había jugado, olvidó los adornos y la mantelería que encargué para la fiesta de la mujer del alcalde. ¡Era inaudito! Cambiar una decoración suave y cuidada, de tonos malva y blanco, por los colorines de las fiestas infantiles me estaba destrozando por dentro. ¡Yo lo tenía todo planificado! Era la fiesta del sexagésimo cumpleaños de Sonya Merryweather, ¡por el amor de Dios!

—No puedo creer que vayas a improvisar. ¿Tú? ¿Doña listas? ¿Cómo es posible? Deja que te ayude, dudo mucho que veas dónde pones los pies con tantas cosas.

No me gustó que me llamara así, «doña listas», que fuera organizada y concienzuda no le daba derecho a ponerme un apodo tonto. Además, Nathan no me conocía. ¿Nos habíamos besado dos veces y ya creía que podía llamarme como él quisiera? Aunque, siendo sincera conmigo misma, llamar, no me llamaba. ¡Tres días sin saber nada de él! ¿A qué venía ahora tanta amabilidad?

«Ha estado ocupado en *tu* granero, April», me recordó la voz de mi inoportuna conciencia.

De acuerdo, estaba en lo cierto, Nathan Farley había estado tan ocupado con las cañerías del granero que no había tenido tiempo ni de recortarse la barba, siempre tan cuidada.

«¿Y qué pasa con mis cañerías?», me ofusqué, y… ¡Me ruboricé! ¿Qué pasa con mis cañerías? ¿Qué tipo de pregunta era esa? ¿Desde cuándo un par de besos desataban tanta insensatez?

—¿Dónde vas con todo este arcoíris? ¿A montar un circo?

Paré en seco y giré sobre los tacones. Nathan se dio cuenta tarde de mi maniobra y se detuvo muy cerca de mí, tan cerca que podría haber contado el número de arruguitas que le perfilaban los ojos.

«Unos ojos preciosos».

«¡Cállate!».

—No es ni un arcoíris ni un circo, ¡es la fiesta de cumpleaños de la mujer del alcalde! —exclamé con verdadera irritación—. Hay un brote de gastroenteritis entre los chicos de la banda del pueblo, por lo que no podrán recibirla en el club social cuando llegue, incluido Benedict Eggs, que iba a tocar el piano durante la velada. ¡Toca como los ángeles! Y los emparedados que debían ser de salmón y mantequilla de trufa los han hecho de pollo. ¡De pollo! Y por si no fuera suficiente, Barry ha olvidado la decoración y la maldita mantelería que le encargué, y no me queda nada decente más que esto, lo que ves, servilletas y manteles de papel, banderitas de colores, farolillos de colores, guirnaldas…

—… de colores, lo capto. Estás un poco nerviosa, ¿no? —apreció con cautela.

—¡Qué observador! —ironicé, y de no haber sido porque Nathan me apartó, el coche del señor Rodríguez me habría llenado de barro los zapatos al pasar más rápido de lo normal—. ¿Sabes lo que significa esto? ¿Te haces una idea de lo que va a pasar?

—¿Que la fiesta será colorida, sonará música enlatada y la gente comerá emparedados de pollo?

—¡No! ¡Bueno, sí! Pero lo que pasará, en realidad, es que será una fiesta como cualquier otra, sin nada destacable —me lamenté, agotada —. Las invitadas no se enamorarán de la combinación de malva y blanco que había elegido para la ocasión. A Sonya le encanta el malva. Nadie pensará que la organización es estupenda, que sería ideal para una celebración más importante, como la boda de una hija o la fiesta de final de campaña de la senadora Olsen. El cáterin pasará desapercibido y la gente no le preguntará al alcalde Merryweather quién se ha hecho cargo de una fiesta tan deslumbrante.

—Vale, ya lo entiendo. Futuros clientes.

—Futuros clientes importantes. ¿Te he dicho que viene la senadora Olsen? —Nathan asintió—. Su marido es el dueño de una de las mejores revistas de sociedad del estado. Es un hombre muy selectivo que siempre busca la excelencia en todo. Mi fiesta le parecerá un horror.

—Lo dudo. Tu fiesta jamás podría ser un horror, y no olvides que la persona que debe sentirse satisfecha con tu trabajo es Sonya Merryweather, y no el marido de la senadora.

—Pero es que Sonya es exquisita, tan elegante siempre, tan agradable, tan amiga de la senadora… ¿Sabes que la senadora tiene tres hijas que se casarán en unos años?

—¿Y?

—Querrán a la mejor para organizar sus bodas y será su padre quien les diga a quién contratar, porque él conoce a las mejores

organizadoras de bodas del país. ¡Yo quiero ser la mejor organizadora del país, Nathan! ¿No te das cuenta? Sé que puedo hacerlo, sé que sería ideal para un trabajo así.

—Y no lo dudo, estoy convencido, pero tendrás que ir paso a paso, cariño. Primero, la fiesta de colores. Luego, ya se verá.

—¡No la llames así! —dije, resignada—. Si hubiera cerca una compañía de circo, los contrataría para amenizar la maldita fiesta. Al alcalde le daría un síncope, pero al menos sorprendería a los invitados.

Nathan entornó los ojos como si estuviera contemplando alguna idea descabellada de las muchas que salían por mi boca cada pocos minutos. No me entendía, no lo culpaba, pero me hubiera gustado que viera la situación desde mi punto de vista, desde el punto de vista de una chica que tenía que labrarse un porvenir para subsistir y no acabar sirviendo cafés en el Starbucks más próximo a Stowe.

Aun así, agradecí sus palabras y su fe ciega en lo que hacía. En momentos como aquel, olvidaba que nos habíamos besado, que me había comparado con un enjambre de problemas y que estaba enfadada por haberme dado alas cuando nadie podía volar a su lado. Había demostrado ser un buen amigo y un hombre decente, aunque su decencia fuera un auténtico fastidio.

—¿De verdad el pianista se llama Benedict Eggs? ¿En qué demonios pensaban sus padres?

Y me hacía reír. ¿Qué había más importante en la vida?

26. Nathan

Creo que April estaba tan desesperada por que la fiesta resultara perfecta que se habría aferrado a cualquier idea que le hubiese propuesto, por muy descabellada que fuera.

Por suerte para todos, fue algo sencillo y práctico, y su ingenio, que no era poco, resolvió el resto. Solo había que mirar la sala principal del club social de Stowe para darse cuenta de que «éxito» era una palabra que se quedaba corta para definir el sexagésimo cumpleaños de Sonya Merryweather.

Sus comentarios irónicos inspiraron mis ocurrencias. Ella dijo que quería sorprender a los invitados y yo recordé cuánto le gustaban a la mujer del alcalde los bailes de salón. El vals era su preferido, eso comentó mi suegra. ¿Por qué no convertir la velada en un cúmulo de sorpresas para la homenajeada?

—No te quites mérito. Lo que pase esta noche no ocurriría de no ser por ti —comentó Danielle, muy guapa para la ocasión. No dejaba de repetir lo asombrada que estaba por mi iniciativa y mi implicación en el pueblo, «y en la vida de April», aunque eso no lo verbalizó—. ¿Has visto a nuestra organizadora? Brilla con luz propia.

Y tanto que sí, no había conseguido quitarle el ojo de encima desde que apareció en el salón con aquel discreto pero elegante vestido rojo que caía hasta el suelo en capas de suave tela vaporosa. Cuando andaba se desplegaba delante de ella y dejaba a la vista las mejores piernas que había visto en mi vida.

—¡Fuegos artificiales preparados! —exclamó Walter, que llevaba la corbata medio deshecha y tiraba del cuello de la camisa cada dos por tres—. Tú dime cuándo y yo haré el cómo.

—¿Puedes dejar de aflojarte el nudo? —lo regañó Danielle. Lo atrapó antes de que saliera corriendo y le apretó la corbata hasta que él tosió—. Y no grites, se supone que nadie sabe lo que va a pasar. Tiene que ser perfecto.

El fin de fiesta perfecto, un añadido de última hora que los presentes recordarían durante semanas, meses incluso.

Lo bueno de ser una persona que presta atención a cualquier conversación, por muy banal que sea, era que recordaba detalles que para otros pasaban desapercibidos. Como la preferencia de Sonya por el vals o aquella charla con Walter sobre el dueño del Buick del 49 un mes atrás. ¿No tenía ese hombre una fábrica de fuegos de artificio?

Cuando le propuse a April hablar con Walter sobre su cliente, le pareció una locura, pero a loca no la ganaba nadie. El mecánico levantó el teléfono, pidió por su boca y ¡pluf! ¡Deseo concedido!

Cualquier cosa que nos hubiéramos imaginado se habría quedado corta después del despliegue que se formó en la parte trasera del edificio. Decenas de personas organizaron el espacio y la seguridad para que, al dar las doce, el cielo se llenara de colores y formas, de estallidos acompasados con música, de magia. Al fin y al cabo, de la magia que hacía April con todo lo que se proponía.

—Resérveme un baile, señorita Williamson —le susurré por la espalda al acercarme a ella—. ¿Te he dicho ya que estás preciosa?

—Unas cinco veces. Tú y otros diez hombres. Sois muy poco originales.

La idea de que alguien más admirara abiertamente su belleza me tocaba un poco la moral. No es que sintiera celos ni nada por el estilo, pero los piropos de otros hombres convertían los míos en algo común, cuando mi intención era que fueran únicos.

—¿Qué es lo siguiente de tu lista?

—El vals, la tarta y los fuegos. ¿Cómo va Constance con la mesa de regalos?

Se puso de puntillas para mirar en dirección a la entrada sin darme tiempo para responder a la pregunta.

—Todo controlado, April. Mírame. —Le puse las manos en los hombros y la obligué a centrarse en mí. Unos diminutos destellos brillaron en su nariz—. Constance y Gareth son los putos amos de la oficina postal, los paquetes no tienen secretos para ellos. ¡Aman a los paquetes! Ningún regalo sufrirá daños si ellos están al mando de esa tarea.

—Me pasaré por allí en cuanto empiece el vals. —Bufé ante su desconfianza. Quería tener controlado hasta el más mínimo movimiento—. ¿Anthony tiene preparada la música?

—Desde hace un rato. Espera tu señal.

Y la señal llegó. Con una elegancia soberana, April levantó la mano con la que sostenía su boli de la suerte y lo agitó como una batuta para indicar al fontanero que era su momento estelar. Fue todo tan natural, que cuando el *Vals de las Flores*, de Tchaikovsky, empezó a sonar, la gente se desplazó a los lados para dejar espacio a los alumnos de la escuela de baile de la señorita Truman, que tomaron el centro de la sala con sus trajes de gala y sus esmóquines, cual bailarines profesionales en una actuación estelar. La sorpresa quedó reflejada en el rostro de la mujer del alcalde, que se emocionó hasta las lágrimas y emocionó a cuantos la observaban. Unos segundos después, su marido le tendió la mano, como un perfecto caballero, y ambos se unieron a la danza bajo el suspiro colectivo de los invitados.

Los ojos de April brillaron más que cualquiera de las diminutas lucecitas dispuestas por toda la sala. Ella también estaba emocionada, su primer gran evento estaba saliendo a pedir de boca, había superado

con creces la situación insalvable del día anterior, y estaba resplandeciente.

Le rocé los dedos con los míos, una suave caricia que se transformó en una declaración de intenciones. La piel de su brazo se erizó, cogió aire muy despacio y miró su mano como si el mismísimo rey de los cielos se la hubiera besado. Mi respiración se agitó cuando ella se fijó en mis labios y un intenso deseo se apoderó de mis cinco sentidos.

—April, yo… —intenté expresarme en medio del apogeo del vals. La música subió de volumen, la tensión entre nosotros se hizo palpable, y acorté la poca distancia que nos separaba para hablarle al oído—. Yo…

El vals terminó con una ovación clamorosa y la pista de baile improvisada volvió a llenarse de invitados que querían hablar con la cumpleañera. April aplaudió y correspondió a los saludos de las personas que pasaban delante de nosotros, ignorando por completo mi acercamiento y mis intenciones.

¿Cuáles eran mis intenciones? ¿Qué pretendía? No podía besarla delante de todo el pueblo, ni siquiera debería estar pendiente de ella como si fuera su guardaespaldas. Cuanto más cerca estaba, más la deseaba y ya había decidido que entre nosotros no podía pasar nada más, por el bien de ambos.

—¡April, cariño, ha sido maravilloso! —exclamó mi suegra, encantada de haber participado en el baile como una auténtica profesional—. Me he sentido como en un palacio vienés. ¿Y has visto la cara de Sonya? ¡Ay, April! Tu idea ha sido perfecta, cielo.

—Ha sido cosa de Nathan —comentó, avergonzada.

—Yo no he hecho nada, tan solo un comentario en el momento oportuno. Tú eres la organizadora, yo solo te ayudo en lo que puedo.

—No importa de quién fuera la idea —resolvió Ginger—. Formáis un buen equipo. Y estás preciosa, April. No sé si alguien te lo ha dicho, pero ese vestido que llevas es un sueño.

Ella se puso nerviosa. Se ruborizó, se mordió el labio, se rascó la nuca y me torturó con cada uno de sus gestos inocentes. Por suerte, el alcalde reclamó su presencia desde la distancia y April se disculpó para acudir a la llamada. Por desgracia, tuve que soportar las miradas de admiración que despertaba en los hombres que dejaba atrás.

—Está realmente espectacular —murmuró Ginger.

—Lo sé.

—Y tiene talento.

—Lo sé —repetí sin dejar de contemplar el movimiento de su vestido.

—Merece estar con alguien que la haga feliz.

Se me cortó la respiración. «Alguien que la haga feliz», no podía ser yo.

—Encontrará a la persona adecuada, estoy seguro —zanjé antes de que Ginger retomara sus consejos maternales—. Aprovechad que Adrien está en casa de su amigo y bailad un poco más. Voy a hablar un momento con Walter.

Un par de minutos de frío primaveral a la intemperie serían suficientes para refrescar mis pensamientos. Se estaban tornando demasiado fogosos y no quería estropearlo todo.

—¡Otro que huye de las corbatas! —voceó Gareth al verme bajar los escalones del salón social. Me aflojé el nudo y acepté la botella de *champagne* que me ofreció Anthony para que bebiera a morro—. Si por mí fuera, las quemaría todas.

—Amén, hermano —lo secundó Walter.

—A mí me gusta —intervino Anthony, que observó la suya con curiosidad. Tenía pequeños patitos de goma sobre un fondo azul cobalto—. Krista dice que estoy sexi.

—Krista te quiere mucho, tío. —Gareth le palmeó la espalda y todos reímos de buena gana.

Nos perdimos el momento de la tarta y de los buenos deseos, oímos a los invitados cantarle a la homenajeada y nos llegó parte del discurso improvisado de una muy emocionada Sonya. Por último, fue April la que pidió a los asistentes que salieran al jardín trasero. Los fuegos artificiales iban a comenzar.

Gareth se reunió con Constance, Anthony abrazó a Krista y Walter fue al encuentro de Danielle después de cumplir con su misión de dar la señal de inicio. Yo, por el contrario, me quedé donde estaba, no fui al jardín, no busqué a April, ni siquiera miré al cielo cuando se llenó con los primeros estallidos.

Quería irme a casa y olvidar el vestido rojo, las piernas torneadas, los brillos de la nariz y los labios cubiertos de carmín, pero también quería rozarle los dedos y contemplar de nuevo lo que mi contacto provocaba en su piel. Quería su respiración contenida y la sonrisa de medio lado. La anticipación, el nerviosismo, la necesidad. Quería decirle que… que… ¿Qué? ¿Que nunca había experimentado una sensación así? ¿Que no sabía cómo comportarme? ¿Que estaba confundido? ¿Que me daba miedo sentir algo por ella?

—Dime qué tengo que hacer, Diane —recé al cielo—. Dime qué debo hacer, por favor.

27. April

COSAS QUE MEJORAR PARA LLEGAR LEJOS:
- La sonrisa por compromiso
- El apretón de manos
- La cara de interés
- Mi resistencia a él

Entró en la sala cabizbajo, con las manos en los bolsillos del pantalón, la corbata colgando desanudada y más despeinado de lo habitual. No lo vi durante los fuegos ni mientras se despedían los invitados. Tampoco estaba cuando Fitzgerald y Sonya vinieron a agradecerme el extraordinario trabajo que había hecho. Contra todo pronóstico, la fiesta salió a la perfección, pero el mérito era compartido y me molestó que Nathan no se hubiera quedado para brindar conmigo por un bonito momento de gloria.

Sin embargo, lo que él hiciera o lo que dejara de hacer no iba a empañar la euforia que sentía. La senadora Olsen y su marido fueron encantadores conmigo cuando me preguntaron por mi negocio. Les hablé de mi proyecto de futuro con explicaciones concisas, sin monopolizar la conversación. El alcalde me colmó de elogios y animó a la senadora a asistir al Festival de la Calabaza, en otoño, donde me harían entrega de la mención de honor del pueblo.

—Stowe es un precioso lugar para casarse, ¿no es cierto, cariño? —comentó el señor Olsen a su esposa—. Lo incluiré en la lista de posibilidades para la boda de Harriet. Nuestra hija mayor se casa el año que viene y su futuro marido es un gran esquiador. Estoy seguro de que les encantaría el resort. Me han llegado algunos reportajes de las bodas que se celebran en sus instalaciones y son divinas.

«¿El resort? —pensé, afligida—. No, el resort no».

Fitzgerald debió de notar mi desánimo en el rostro porque, antes de que Richard Olsen cambiara de tema, rompió una lanza a mi favor.

—¿El resort? ¡Vamos, hombre! El resort está muy visto. Esta jovencita es lo que buscas. Si ha hecho todo esto por una fiesta de cumpleaños, qué no hará por la boda de Harriet. Ni te lo pienses.

Aún me tironeaba la sonrisa al recordar el asentimiento de la senadora.

Estreché muchas manos y repartí muchas tarjetas de contacto aquella noche, pero ninguna tan importante como la que me pidió el señor Olsen antes de marcharse.

En esa deposité todas mis esperanzas.

El ruido de unas copas y de un carraspeo cercano me devolvieron al salón vacío. Los últimos camareros se habían marchado y el encargado de cerrar las puertas me había dejado las llaves para que me ocupara cuando hubiera terminado. El servicio de limpieza no acudiría hasta la mañana siguiente, se encargaría de retirar la decoración del techo y los cientos de lucecitas que habíamos dispuesto por toda la sala.

—Al final no ha quedado tan mal —comentó Nathan mientras llenaba las copas de *champagne*.

Miré los techos altos y me llenó de orgullo ver las largas piezas de manteles de papel blanco dispuestas en ondas, como si fueran las gasas que me había imaginado para el artesonado de mi granero. Parecían el cielo de una gran carpa de celebración. Y la idea de las bombillitas diminutas… ¡Sensacional!

—Mañana tendrás que devolver las guirnaldas de luces a cada vecino —le recordé antes de dar un pequeño sorbo. Las burbujas me estallaron en la lengua, deliciosas.

—Lo tengo controlado, llevan el nombre y tengo las cajas guardadas. ¿Algo más?

—No. De hecho, pensé que te habías ido. No te he visto en los fuegos artificiales.

Se limitó a esbozar una tenue sonrisa y beber de su copa. ¿No iba a decirme dónde se había metido? ¡Pues vale!

—En fin, ha sido una buena noche, pero estoy destrozada. Será mejor que…

—Me debes un baile —dijo, de inmediato.

—No recuerdo haber dicho que bailaría contigo, y aunque así fuera, ya se ha pasado el momento. Me duelen los pies y quiero irme a casa. Mañana tengo que estar aquí temprano para abrir al servicio de limpieza.

—Un baile no te matará —replicó.

Dejó su copa sobre una mesa donde aún quedaba un emparedado de pollo. Al final, habían resultado un éxito gracias al toque de la mayonesa de calabaza y jengibre que hacía mi madre. A la señora Perkins, la responsable del cáterin, no le pareció mal el detalle, le aportaba frescura a un canapé algo soso.

La voz rasgada de Aretha Franklin cantando *A Natural Woman* quebró el silencio y me rompió por dentro. Y cuando Nathan caminó directo a mí, con sus andares felinos, con esa seguridad que derrochaba en todo lo que hacía, me olvidé de resistirme a sus encantos, me olvidé de lo decepcionada que me había sentido durante el espectáculo de pirotecnia porque eché de menos tenerlo al lado. ¡Qué tontería! Fui la única que no tuvo a nadie con quien compartir un momento tan especial, la que sonreía a la fuerza para disimular las

ganas de llorar.

Pero eso ya no tenía importancia, lo olvidé en cuanto sus manos me llevaron al centro del salón y su cuerpo se unió al mío al ritmo acompasado de la melodía más sensual y más acertada. Él me hacía sentir, como decía la canción, me hacía sentir tanto…

—¿Ha sido la noche que esperabas? —susurró mientras nos movíamos muy despacio.

—Ha sido mejor.

—¿Objetivo cumplido, entonces?

—Más que cumplido.

Apoyé la mejilla en su hombro y cerré los ojos para rememorar los mejores instantes de la fiesta, pero lo único que me vino fue el roce de sus dedos durante el vals y la excitación corriendo bajo la piel. Aún perduraba la sensación y crecía más y más cada vez que movía la mano en mi espalda.

—He conocido a la senadora y a su marido. Son muy agradables, te hubieran gustado.

—Mmm.

—Y el alcalde me ha echado un cable cuando el señor Olsen ha dicho que pondría Stowe en la lista de posibles ubicaciones para celebrar la boda de su hija. En cuanto ha mencionado Mountain Resort, Fitz le ha dicho que ni hablar, que yo era mejor.

—Estoy de acuerdo —musitó mientras sus labios rozaban mi sien.

Se me dobló un pie varias veces, todavía no comprendía cómo había aguantado con tacones toda la velada sin tropezarme, caerme o lastimarme un tobillo. Pisé a Nathan, aunque él no dijo nada, trastabillé, me temblaron las rodillas y, harta de hacer equilibrios inútiles, me descalcé y di una patada a los zapatos para que no molestaran.

—*You make me feel…* —canturreó Nathan junto a mi oído.

Ambos sabíamos lo que pasaría si continuábamos restregando nuestros cuerpos al son de la música, pero me sentía demasiado bien como para frenar sus caricias, que se acercaban peligrosamente al lugar donde la espalda perdía su nombre.

—G-gracias por todo lo que has hecho por mí —probé a decir con la voz entrecortada—. De no haber sido por tus ideas y por tu esfuerzo…

—Son tus ideas y tu esfuerzo, April. Yo solo pasaba por aquí.

«Pasaba por aquí y no se quedará, que no se te olvide, April».

La canción terminó y di un paso atrás. A Nathan le sorprendió la pérdida de contacto y chasqueó la lengua con fastidio. ¿Qué esperaba? Era él quien ponía las normas; yo me limitaba a cumplirlas. Entendía su confusión, no era tan obtusa, había deseo y anhelo entre nosotros, sus caricias hablaban por él, expresaban con claridad lo que quería y

hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Pero la muerte de su mujer estaba muy presente y ese hecho lo tenía bailando solo en la vida: un paso adelante, dos atrás.

Yo era libre de moverme a mi aire, no tenía que justificarme ante nadie ni me coartaba el recuerdo de ningún difunto. Podía elegir enamorarme de un turista, de un camionero, incluso de un viudo con un hijo, siempre que fuéramos dos. Solo dos. Si Nathan quería lo mismo, debía dejar a Diane fuera de la ecuación.

—¿April?

—¿Nathan? —lo imité.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada nuevo. Es tarde, estoy cansada…

—¿Seguro? —me desafió—. Recuerda: los amigos no se mienten.

«¿Amigos?». Me descontrolé.

—No somos amigos, Nathan. Los amigos no se miran así, no se besan en la boca, no bailan pegados como lapas, no sienten vuelcos en el corazón cuando se rozan ni cuando hablan demasiado cerca. ¡Los amigos ni siquiera hablan demasiado cerca! —protesté con un gesto de desesperación.

—¿Tú crees?

—¡Claro que lo creo! Si Walter, Dave, Gareth o Anthony me hablaran como tú, no tendría amigas, ¿es que no lo ves? No somos amigos, no podemos serlo.

—¿Por qué, April?

—Porque me siento muy atraída por ti —confesé a bocajarro—, y es del todo inconveniente. Tú tienes que centrarte en Adrien y en encontrar trabajo, y yo tengo el granero y espero tener pronto un montón de nuevos clientes con los que ocupar el tiempo y ganar suficiente para pagar la reforma.

—Atraída… —repitió en un susurro.

—Sí, atraída, Nathan. ¡No finjas que no lo sabías, por favor! —clamé, exasperada—. Y no me lo pongas más difícil. Ha sido la mejor noche de mi vida profesional, llevo un vestido increíble, debería sentirme fuerte, triunfadora, sexi y feliz, pero lo único que siento es un dolor aquí, en el pecho, que solo se alivia cuando me miras como ahora.

—¿Cómo te miro?

—Como si fueras a poner la luna a mis pies. —No dijo nada, y me invadió un tremendo cansancio—. No te preocupes, ¿vale? Estas cosas se pasan y luego solo se recuerdan con los años, cuando te preguntas qué habrá sido de esa persona por la que creíste sentir algo. Solo es una ilusión, no es real.

—Tienes razón, no podemos ser amigos.

—Gracias por comprenderlo.

¿Podía irme ya a casa para derrumbarme en solitario? No estaba muy segura de mí misma en ese momento.

—No, gracias a ti por abrirme los ojos. Ahora lo veo todo más claro.

Y si lo veía tan claro, ¿por qué se acercaba a mí como un depredador hambriento? ¿Por qué me apartaba el pelo de la frente? ¿Por qué me miraba la boca como si no hubiera cenado en una década?

Retrocedí hasta que la mesa del cáterin me cerró el paso y jadeé cuando Nathan me acorraló entre sus brazos.

—Nada de amigos, los amigos no se besan. —Depositó un suave beso en mi hombro que me contrajo el abdomen—. Los amigos no se tocan así. —Dibujó una línea imaginaria de una clavícula a otra y luego bajó por el esternón hasta toparse con la tela del escote—. Los amigos no se seducen. —Un roce con la nariz en mi cuello, una respiración al oído—. No se frotan. —Su pierna encontró el camino entre las mías y las medias de cristal sisearon—. No conocen nuestros puntos de placer. —Sus nudillos presionaron la tela a la altura de los pezones y ahogué un grito, incapaz de decirle que parara—. Los amigos no hacen el amor como pienso hacértelo yo a ti. Tú y yo, señorita Williamson, no vamos a ser amigos, pero sí todo lo demás.

28. Nathan

Quién diría que cinco minutos en coche podrían hacerse tan eternos.

En otras circunstancias, la habría desnudado en el salón del club social y la mesa hubiera sido suficiente para lo que quería hacerle. Pero cuando empecé a besarla, cuando mis manos ya manipulaban los botones del vestido para deshacerme de él, recapacité. La primera vez con April no podía suceder en medio de los restos de una fiesta, en una mesa donde todavía quedaban sobras de la cena.

Sabía lo que podía pasar si le proponía ir a su casa, barajé todas las opciones: que dijera que no, que el deseo se enfriara por el camino, que le diera por analizar de nuevo aquello de los amigos y los no amigos, que sus dudas fueran más fuertes que sus ganas de mí… Por eso, cuando detuve el coche en el camino de su casa, esperé una señal, cualquier indicio de que quería lo mismo que yo.

—¿Entras?

La pregunta, música para los oídos; la respuesta, obvia. Le abrí la puerta del coche y me contuve para no cogerla en brazos. ¡Iba descalza!

Encendió la luz de la entrada, dejó los zapatos a un lado y no tuve paciencia para esperar más. La abordé por la espalda para besarle la nuca y aspirar su aroma. Ella buscó mi boca con la misma impaciencia mientras manoteaba para cerrar la puerta. Tropezamos con el mueble del pasillo de camino al salón, y luego con el respaldo del sofá, y con la mesa de café, y con una silla. Se deshizo de mi americana mientras mis dedos luchaban contra la hilera de diminutos botones de su espalda. Ella fue más diestra con los de mi camisa. Yo no había abierto el primero y April ya palpaba mi pecho con sus manos calientes.

—Odio a quien diseñó este vestido.

April rio y me besó con su sonrisa. Me encendió, me provocó y yo tiré de la tela, desesperado por tener sus pechos en mis manos. Las costuras crujieron, pero el vestido se mantuvo en su sitio.

—Cremallera —dijo entre beso y beso—. En el lado.

—¿Hay una…? ¡Joder, sí! ¡Sí!

La maldita cremallera, oculta de forma estratégica, siseó al deslizarla y ella cogió aire como si no hubiera respirado en toda la noche. La gasa formó un charco a sus pies y dio un gritito cuando la aupé para sacarla de allí.

—Me encantan las mujeres que no usan sujetador —aprecié mientras mis manos masajeaban las huellas de las costuras que habían marcado una piel tan suave.

—Es que no cabía dentro del vestido.

—Entonces, rectifico: adoro a quien diseñó este vestido.

Nos besamos de nuevo y nos tocamos con torpeza, apresurados. El camino hasta el sofá fue como un baile sin ritmo, un choque aquí, un pisotón allá, otra mesa que ninguno de los dos supo qué hacía allí en medio. Ella se dejó caer entre cojines y tiró de mí; yo la seguí y, de pronto, la televisión se encendió y el sermón de un telepredicador nos dio un susto de muerte.

—Me he sentado sobre el mando a distancia —señaló April con una mueca. Sacó el control remoto de algún lugar junto a su cadera y lo dejó caer en la alfombra.

—Menos mal. Creí que Dios nos estaba enviado un mensaje.

Volví a besarla mientras se reía y ya no pensé en nada más que no fuera estar dentro de ella. Quería demorarme con los preliminares, demostrarle que mis manos servían para mucho más que hacer bocetos o tomar medidas. ¡Quería tomarle medidas a ella! Palmo a palmo, hasta conquistar cada rincón de aquel cuerpo creado para atormentarme. Ya no tendría que imaginar qué escondía April debajo de los jerséis de lana, tenía una visión muy precisa delante de mí.

—El botón de tus pantalones es primo hermano de los de mi vestido —dijo al tiempo que se afanaba con él, sin éxito.

Me maravilló ver su concentración en aquella parte de mi anatomía. Cada roce de sus dedos era un auténtico suplicio, pero estaba tan bonita que apreté la mandíbula y resistí la tentación de arrancarme los pantalones. Cuando logró desabrocharlo, emitió un gemidito de júbilo y se entusiasmó demasiado con la cremallera. ¡Malditas cremalleras! Se enganchó con la tela del bóxer. Si mis reflejos no hubieran sido excelentes, se habría llevado por delante también la piel de mi virilidad y toda mi excitación.

—¡Uy! Lo siento. ¿Te he hecho daño?

Apoyó la mano contra mi erección sin ser consciente de lo que hacía ni de lo que provocaba.

—¡Joder, April! —grité con su contacto. El roce de sus dedos me quemó y por poco lo manda todo al traste—. No hagas eso, cariño. Estoy… bien, y a punto, y si me tocas así, no sé si podré… Ya sabes.

April se mordió el labio con picardía y yo respiré con dificultad, casi jadeante. Al ver sus pechos desnudos apuntando en mi dirección, me volví loco de lujuria.

—Aún llevas demasiada ropa, señorita Williamson.

—¿Necesitas una invitación para quitarme lo que queda?

Me deshice de su ropa interior y de la mía. ¡Qué bien le sentó a mi vanidad su mirada de apreciación! Se le colorearon las mejillas y se volvió a hincar los dientes en el labio. La sujeté de los muslos, abierta para mí, y cerré los ojos mientras mi miembro tanteaba su entrada.

—¡No! ¡Espera! —gritó, de repente.

Para mi completa consternación, me empujó a un lado y tomó impulso para salir corriendo en dirección al dormitorio.

—¡April! Pero ¿qué…?

La seguí un par de pasos, pero ella volvió tan rápido como se había ido. Llevaba una tira de preservativos en la mano que balanceó delante de mis ojos antes de besarme con la boca y con todo el cuerpo.

—Chica lista.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó en medio de un gemido.

Nos dejamos caer en la alfombra en un nudo de brazos, piernas y lenguas que ya no podían soportar más tensión. Rasgué un paquetito plateado con los dientes, mientras mi mano acariciaba el interior de los muslos de April hasta llegar a la humedad de sus pliegues. Estaba tan excitada que con la simple presión de un dedo sobre su clítoris arqueó la espalda y pronunció mi nombre. Y cuando entré en ella, se le contrajo el rostro en un gesto de dolor y placer que me acercó un poco más a mi propia liberación.

—¡Oh, Dios! Estás tan… tan…

—¿Cerrada? —jadeó con un movimiento de caderas que me dejó boqueando—. Hace mucho tiempo que no…

—No más que yo, seguro. Pero no era eso. Iba a decir que estás preciosa, condenadamente preciosa. ¿Te hago daño? —embestí de nuevo, con más calma, y ella levantó los brazos por encima de la cabeza, como si buscara un lugar donde aferrarse.

Entrelacé mis dedos con los suyos y bajé la boca a su pecho. Sus pezones me pedían a gritos un poco de atención.

—Nathan, me estás m-mordiendo. ¡Ay, Dios! Me estás… me estás…

—Sí, ¿te gusta? Si no te gusta…

—¡Sí! ¡No! —Me cogió del pelo y me obligó a poner la boca donde había estado segundos antes. Me gustaba que fuera así de exigente—. Sí, ahí, sí. No pares, por favor, no pares.

Nada más lejos de mi intención, pero si no aceleraba un poco las cosas, llegaría al orgasmo sin ella y quedaría como un completo idiota.

Cambié de postura con un ágil movimiento y puse a April a cabalgar sobre mí. Su hermoso cuerpo se enderezó y tomó las riendas de la situación mientras mi pulgar buscaba su clítoris para acariciarlo con el mismo movimiento que hacía mi dedo en su pezón.

—Eso es, cariño, así. Vamos, sigue.

Noté el momento justo en el que empezó a delirar por el efecto de mis acometidas, de mis dedos y de mis palabras. April abrió la boca en busca de aire y cerró los ojos. Su expresión me enardeció, era la viva imagen de la sensualidad. Nuestros ruidos eran obscenos, nuestros sexos se compenetraban en movimientos acompasados, al principio; bruscos y desordenados, llegado el final.

Alcanzó el orgasmo antes que yo y jamás pensé que una mujer

pudiera hacerme sentir semejante éxtasis con su propio disfrute. La visión era soberbia y la contemplé un poco más antes de volver a ponerla contra la alfombra para obtener mi merecida culminación.

Me hundí una vez, dos, tres y sus músculos me apretaron hasta convertirme en un ser salvaje que no se parecía en nada al hombre que había sido los últimos meses.

Ni los últimos años.

Ni en toda mi vida.

29. April

TOP 5 DE LUGARES SEXIS PARA TENER SEXO:
5.º La encimera de la cocina
4.º Sobre la lavadora
3.º En la bañera
2.º De pícnic en el bosque
1.º La alfombra del salón

—Madre de Dios…

—Sí, eso mismo —jadeó Nathan tumbado a mi lado en la alfombra.

Estaba tan tan… ¡No sabía cómo estaba! No había nombre para lo que había pasado. Me sentía exhausta, y satisfecha, y saciada, pero también con ganas de ¿otro asalto? Me estremecí.

—¿Tienes frío? Se te ha erizado la piel.

—Es tu mano la que provoca eso.

Su mano, de tacto rasposo y rudo, no había dejado de acariciarme la espalda, el brazo y la nuca desde que había salido de mí. Y aunque sí tenía un poco de frío, no me hubiera movido de su abrazo por nada del mundo.

—Creo que se ha vuelto a parar la caldera —dije, distraída con un dedo que trazaba círculos muy cerca de mi pecho—. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Hace frío, ¿verdad?

Nathan asintió y me estrechó un poco más contra él.

—Tiemblas. Deberíamos trasladar la fiesta a tu dormitorio.

—O encender la chimenea —sugerí, perezosa.

La alfombra estaba en el top de los lugares más sexis para hacer el amor, pero el cesto de leña estaba vacío y Nathan lo evidenció con un gesto de la mano.

—Tendremos que pensar otro modo de calentarnos.

Él sabía bien cómo hacerlo. El beso exigente que me robó era un buen comienzo.

—Llamaré a Anthony —ronroneé al sentir el camino húmedo que dejaba su lengua en mi cuello—. Lo solucionará en un segundito.

Nathan levantó la cabeza de golpe.

—¿Ahora?

—¡No! Mañana. Necesito que revise mi caldera otra vez —respondí con obviedad.

—Yo te revisaré lo que quieras. —Deslizó la mano entre mis piernas y se tomó su tiempo hasta llegar donde yo quería sentirlo—. Esto está muy caliente. ¿Será la caldera de la señorita Williamson?

Me derretía cada vez que me llamaba así, y, con un buen fuego o con unos radiadores en pleno funcionamiento, no me hubiera importado quedarme allí y que explorara todo lo que quisiera. Pero, después de unos minutos, la idea de mi edredón de plumas me sedujo más que la alfombra.

Nathan me leyó el pensamiento y me ayudó a ponerme en pie. Me temblaban las piernas y me invadió un repentino ataque de pudor que salvé tapándome los pechos con su camisa.

Sin embargo, cuando la puerta del dormitorio se cerró, eliminó todas las barreras que le limitaban el acceso directo a mi piel. Con mucha delicadeza, me llevó al centro de la cama y depositó mi cuerpo como si fuera un objeto valioso en un lecho de terciopelo.

—¿Es muy pronto para repetir? —me preguntó, atento.

Para él no lo era. Su erección volvía a estar en pie de guerra y la visión de aquel miembro me provocó unas deliciosas cosquillas entre las piernas.

Estiré la mano para pedirle que se uniera a mí en la cama y él avanzó poco a poco como un gran felino acechando a su presa. Me besó los dedos de los pies y los tobillos, las pantorrillas, las rodillas, los muslos. Dejó atrás mi sexo para recrearse en el abdomen y hacerme sufrir un poco. El roce de su barba era un estímulo de por sí, pero yo tenía cosquillas, y cuando su lengua se hundió en mi ombligo, me retorcí de risa.

—El primero ha sido muy rápido. No cometeré el mismo error.

—No ha sido un error. Ha sido increíble.

—¿Increíble? No, cariño, increíble será a partir de ahora. Voy a tomarme mi tiempo.

Podía tomarse todo el que quisiera, estaba a su entera disposición. No me importaban las consecuencias, ni los remordimientos, ni el día de mañana. Solo esa noche, esa cama y el hombre que lamía mis pechos con un hambre voraz.

—¿Crees que Anthony vendrá mañana a arreglarme la caldera? No puedo ducharme sin agua caliente.

—Yo revisaré tu caldera a primera hora —murmuró, entregado a mis pezones.

—¿Tú entiendes de calderas?

—Mmm.

—¿Nathan?

Levantó la cabeza y se relamió, provocador. Sus ojos desprendían avidez.

—¿April? No es muy alentador que pienses en Anthony mientras intento que te excites.

—Tienes razón. Lo siento. Sigue.

—Bien.

Reanudó sus besos, lametones y caricias, pero mi cabeza solo podía pensar en que no era nadie sin una ducha caliente por las mañanas o en lo que me iba a costar reparar la caldera o en lo que pasaría si se helaban las cañerías. ¡Eso sí sería una tragedia!

—¿Has acabado con tu lista de problemas? —Me sorprendió—. ¿Tengo ya toda tu atención?

—Es que no estoy acostumbrada a… estas cosas —me justifiqué—, pero tú sigue, no pares, por favor. Eso que haces con la lengua es… Eso está… Mmm, me gusta mucho.

—¿Qué hago con la lengua? ¿Esto? —Me lamió un pezón y lo rodeó varias veces hasta convertirlo en un guijarro duro, y luego succionó con tanta intensidad que se llevó todos mis pensamientos.

—¡Oh, sí! Eso.

De súbito, Nathan tiró de mis piernas hasta llevarme al borde de la cama, las abrió y me miró con los ojos rebosantes de sucias intenciones.

Emití un gritito de sorpresa y sentí el impulso de taparme. ¡Estaba expuesta por completo!

Abrí la boca para decir algo con sentido, aunque no salió nada de ella. Solo el aire forzado por la impresión de ver la sonrisa de Nathan acercarse a mi sexo. No podía mirar. ¡O sí! ¡Oh, Dios! Ya no recordaba lo que se sentía cuando alguien hacía lo que él iba a hacerme. Se me aceleraba el pulso solo de pensarlo. Al demonio la caldera, al demonio los gastos. Quería conocer la magia de esos labios tan sensuales, y lo quería ya.

Un beso en la cara interior del muslo, la presión de sus dedos en el otro, una ligera corriente de aire justo en el centro de mi deseo, un poco de frío, un leve temblor, una melodía… Cerré los ojos y se me contrajeron los músculos de la vagina. Otro beso, otra corriente y esa melodía incesante que no armonizaba con la situación.

—Joder, tengo que cogerlo —masculló Nathan entre dientes.

«Coger, ¿qué?».

Abrí los ojos y vi cómo abandonaba la habitación, desnudo y maravilloso. Tardé unos cuantos segundos en darme cuenta de que la música procedía del salón, de su teléfono.

—Sí, tranquila, pásamelo. Intentaré calmarlo —dijo en voz baja y conciliadora—. ¡Eh! Campeón, ¿qué ha pasado?

Me llevé la mano al pecho al comprender de quién se trataba. Adrien. Adrien estaba llamando a su padre a las cuatro de la mañana. Adrien, que había ido a pasar la noche a casa de su amigo Terry, estaba llamando a Nathan.

—No pasa nada. Solo ha sido una pesadilla. Seguro que si cierras los ojos… —Él sí los cerró e inspiró despacio. Al otro lado de la línea no iba a encontrar comprensión—. Adrien, es muy tarde para ir a

recogerte. En un par de horas será de día, y tú y yo…

No, no iba a convencerlo. Adrien era un niño muy especial y, en ese momento, necesitaba a su padre más que yo.

Me envolví en el edredón y fui al encuentro de Nathan, que trataba de hacer entrar en razón a un niño nervioso con argumentos de adulto frustrado. Le puse una mano en el hombro y se sobresaltó. Su mirada fue de disculpa, triste y exasperada, porque él quería quedarse, pero no iba a ser posible.

—Ve a por él —susurré.

Nathan cedió por fin a la insistencia de Adrien y lo recompensé con una caricia en el pelo despeinado.

—Ha tenido una pesadilla, dice que le duele la tripa y ahora ya no quiere dormir en casa de Terry —me explicó, abatido.

—Te necesita, no pasa nada. Él es lo primero.

—Sí, supongo que sí.

Volví a la habitación a ponerme el pijama mientras Nathan recuperaba su ropa y se vestía a toda prisa. Cuando regresé al salón, estaba listo para marcharse. Nos miramos como si ninguno de los dos supiera qué hacer o qué decir. Y en realidad, así era.

—¿Puedo llamarte mañana? —me preguntó, tan incómodo como yo. ¿Dónde estaban las dos personas que se habían compenetrado tan bien un rato antes?—. Podemos ir a dar un paseo o algo.

—Sí, claro. Llámame y ya veremos.

Nos separaba el sofá, y la silla con la que habíamos chocado al llegar, y la mesa con la que casi me rompo el dedo meñique. No había más que un par de metros entre nosotros y, sin embargo, parecía un abismo.

Dio un par de pasos hacia la puerta y me pregunté si se iría sin darme un último beso.

—Oye, April…

—¿Sí? —dije con demasiado entusiasmo. Me llevé las manos heladas a los labios y conseguí que su atención recayera en ese punto.

—Decía en serio lo de la caldera. Si quieres que le eche un vistazo mañana…

«Oh, vaya… La maldita caldera».

Descarté su ofrecimiento con un ademán y me peleé conmigo misma para que no se me notara la decepción.

—No te preocupes. Llamaré a Anthony a primera hora. No le importará acercarse.

«¿Llamaré a Anthony a primera hora?», me reproché con retintín.

—Sí, será lo mejor.

¿Lo mejor? ¿Lo mejor para quién? ¿Para él, porque así no tendría que verme recién levantada? ¿Para mí, porque me evitaría otro bochornoso final como ese? ¿Para la caldera, porque él no tenía ni

idea de fontanería en zonas alpinas y Anthony era un experto? ¿Por qué dijo «será lo mejor»?

—Descansa, ¿vale? Ya hablaremos.

Sonreí y levanté la mano como una idiota para despedirme cuando abrió la puerta. No quería parecer una histérica de manual, pero ¿no había dicho unos minutos antes «te llamaré mañana»? «Te llamaré mañana» no se parecía a «ya hablaremos», ¿verdad?

30. Nathan

Apenas hablamos cinco minutos el domingo. Cuando la llamé, estaba en casa de sus padres soportando el mal humor de su hermano y las excentricidades de su madre. Unas horas después, fue ella la que me llamó, pero no pude atenderla. Adrien había empezado a vomitar después de comer y su estado había empeorado a media tarde. En el hospital tardaron una eternidad en atendernos, y otra en dejarnos salir. El niño tenía síntomas de deshidratación y se aseguraron de que estuviera en las mejores condiciones antes de volver a casa.

—Un virus, eso dijo la pediatra —le conté a Walter, que se sentó en la mesa de la cafetería donde yo llevaba un rato esperando a que April apareciera por la oficina. No me había cogido el teléfono en dos días —. Pero ya está bien. Hoy ha ido al colegio.

El mecánico me palmeó el hombro y levantó la mano para pedirle a la camarera que le pusiera un desayuno completo. Emma se había cogido el día libre y el local estaba a rebosar de clientes.

—¿Y qué? ¿Cómo va el granero? ¿Estáis avanzando?

—¡Eso quisiera! —me quejé—. Si no para el maldito viento no podré hacer nada. Se cuela por los agujeros y forma remolinos. Es imposible trabajar. Lo intenté el lunes y por poco me mato. Y el martes fue mucho peor.

El temporal empezó el domingo por la noche y, según el canal de meteorología, íbamos a sufrir fuertes rachas de viento durante el resto de la semana. Percival insistía en que era muy necesario para dar paso a la primavera, pero a mí me parecía más un molesto inconveniente que acrecentaba mi mal humor.

Sí, estaba de un humor de perros por culpa de April. ¿Qué demonios le pasaba ahora? ¿A qué venía apagar el teléfono? No tenía motivos para estar molesta, pero todo apuntaba a que lo estaba. ¡Muy bien! Si quería ignorarme, allá ella. Ya éramos mayorcitos para andar jugando al perro y al gato. Cuando quisiera algo de mí, sabía dónde encontrarme.

—Buah, tío, el viento es lo peor en esta época del año —se compadeció Walter—. Han cerrado las pistas de esquí. Hay un millón de turistas cabreados porque no han podido subir a la montaña y otro millón atrapados en el resort que no pueden esquiar —exageró—. ¿Por qué crees que hay tanta gente por aquí un martes? Son esquiadores frustrados.

Eché un vistazo a las caras de las personas que ocupaban las mesas a nuestro alrededor y fue gracioso comprobar que Walter tenía razón. A la mayoría los delataba la marca de las gafas de esquiar sobre un

extraño bronceado muy poco acorde con la época.

—Incluso tuvieron que rescatar a un par de tontos que se quedaron atrapados en una góndola del teleférico. ¡Capullos! ¿A quién se le ocurre? —continuó el mecánico—. Danielle dice que April está agotada. Ha tenido que triplicar las actividades infantiles para entretener a todos los enanos que no pueden recibir sus clases de esquí.

—¿April está en el resort?

—¡A ver qué remedio! No había nadie que pudiera hacerse cargo. Además, la carretera ha estado cortada hasta esta mañana. Se cayó un árbol y ha costado un huevo quitarlo de en medio.

—¿Y dices que lleva allí desde ayer?

—¡Desde el domingo por la tarde, tío! Estaba con las chicas del club de lectura cuando el gerente la llamó. Si yo fuera April, me quitaría de encima las actividades para críos. Lo suyo es organizar fiestas como la del sábado. ¡Pedazo de fiestón, colega!

Walter enumeró los momentos más memorables de la noche con un entusiasmo digno de un niño la mañana de Navidad. Yo, por el contrario, me pegaba cabezazos mentales contra la mesa por haber pensado que April me estaba haciendo el vacío a propósito.

—¿Estás seguro de que la carretera ya está abierta?

—Sí, la carretera sí; las pistas, no.

Aparté la silla con rapidez y dejé un par de dólares sobre la mesa para pagar el café. Eran las nueve y media de la mañana, si me daba prisa y no me encontraba muchos problemas de camino a Mountain Resort, tal vez pudiera tomarme un segundo café con ella, y un tercero, y el almuerzo, y… algo más, si se daba la ocasión.

—¡Señor Farley! ¡Qué alegría verlo por aquí! —exclamó una señora entrada en carnes cuando salí de la cafetería. Sus gruesos labios pintados de rojo chillón me produjeron rechazo de inmediato—. Soy Dorothy Williamson, la tía de April. ¿Me recuerda? Nos conocimos en el Festival del Azúcar. Me dijo que le había gustado mucho mi vino caliente especiado.

—Sí, señora Williamson, me acuerdo de usted. ¿Qué tal le va?

Ser cortés me iba a pasar factura, lo sabía. A la tía Dorothy le encantaba torturar a la gente con sus incesantes parloteos que solo se centraban en ella misma.

Se quejó del viento, como no podía ser de otro modo, porque le arruinaba el peinado, y porque le llenaba de basura la puerta de la joyería y estaba cansada de tanto barrer; se quejó de la cantidad de turistas que entraban en su selecta tienda para toquetearlo todo y no comprar nada; y se quejó de lo necios que eran algunos vecinos del pueblo por votar a favor de la construcción del nuevo centro social en los terrenos que había al otro lado del pueblo, en lugar de utilizar los

que ella y su marido querían vender al ayuntamiento. Y habló y habló y habló mientras yo me desesperaba y miraba el reloj sin disimulo.

—No tuve oportunidad de darte el pésame por la muerte de tu esposa, querido. ¡Fue una tragedia!

—Sí, sí lo fue. Gracias por las condolencias.

—¡Qué menos! Una mujer tan joven como Diane McPherson, tan viva. ¡Y con un hijo tan pequeño! —Se llevó la mano al pecho en un fingido vahído de emoción—. Dios se lleva a los mejores, ¿verdad?

—Verdad, verdad. —Volví a mirar el reloj—. Me gustaría seguir conversando con usted, pero llego tarde…

—Ahora que había recuperado el contacto con sus padres y que pasaba más tiempo en el pueblo… ¡Qué pena más grande! Era una chica tan agradable.

«¿Que pasaba más tiempo en el pueblo? Diane no pisaba Stowe desde antes de casarnos», pensé, pero me cuidé de comentarlo en voz alta. Si lo hacía, podía despedirme de mis planes con April.

Aproveché la llegada del párroco para escabullirme de la conversación y me apresuré hasta el aparcamiento donde había dejado el coche. Justo allí, al lado de mi monovolumen, Gael y Emma discutían en el interior de un bonito BMW negro. Al verme, Emma bajó del coche y me sonrió con calidez.

—¿Todo bien? —le pregunté, y miré de reojo a Gael, que apretaba la mandíbula, molesto por la interrupción.

—Sí, todo bien. Es que me han llamado de la cafetería porque hay mucha gente y las chicas no dan abasto. Es mi día libre, pero cuando eres tu propia jefa…

—¡Pues que se las arreglen! —profirió Gael—. Tú no las llamarías de estar en su situación.

—No empieces otra vez, ¿vale? He dicho que voy a ir y no hay más que hablar. Si quieres venir, bien; si no, haz lo que te dé la gana.

Me sentí incómodo por presenciar la discusión. La puerta de Emma, que ella mantenía abierta, me impedía acceder a mi coche, y no quise importunarla más. Parecía realmente enfadada.

—¿Tú lo ves lógico? —me preguntó el hermano de April, y me giré por si hablaba con otra persona. Era insólito que me dirigiera la palabra—. El único día libre que se coge en dos meses y la llaman porque hay mucho trabajo. ¡Claro que hay mucho trabajo, joder! Es una maldita cafetería a la hora del desayuno. ¡Díselo tú!

—¿Te refieres a mí?

—¿Ves a alguien más por aquí, Farley?

—A ver… Yo vengo de allí, y sí, había gente, pero no me ha parecido que las camareras necesitaran ayuda extra.

—¿Lo ves?

—Por otro lado —añadí antes de que Gael volviera al ataque—,

entiendo que Emma quiera ir. Es su negocio, y si sus empleadas la han llamado, no creo que haya sido para fastidiarle el día.

—¡No me jodas, Farley!

—Gracias, Nathan —dijo Emma. Cerró la puerta del BMW con un fuerte golpe y le habló a Gael por encima del hombro—. No hace falta que me acompañes ni que me llames.

—¡Emma!

Ella echó a andar con la espalda muy recta y los puños apretados. Él no tuvo que pensarlo demasiado antes de seguirla.

Me gustó que diera su brazo a torcer, me gustó ver que, debajo de aquella actitud de gilipollas amargado, había un hombre con un corazón vulnerable. Después de observar su cara de desasosiego al ver que Emma se marchaba tan enfadada, no tuve dudas: la quería, y ella lo tenía bien cogido por donde más nos duele a los hombres.

Si no fuera por lo mal que me había tratado, sentiría pena por él.

31. April

REMEDIOS PARA NO MATAR A ALGUIEN:
- Que me trague una avalancha
- Que me abduzca un OVNI
- Que me caiga un rayo
- Que me sorprenda Nathan Farley

Los hijos del señor Hoang eran cuatro malcriados de Wisconsin que no entendían de normas ni de educación. Les pareció muy gracioso que me manchara la sudadera por accidente con pintura roja y, como parecía sangre, decidieron convertirme en la versión moderna de *Carrie*. Al resto de niños de la sala de actividades les pareció muy gracioso que los cuatrillizos Hoang, tan modositos cuando estaban sus padres delante, vaciaran dos botellas de litro de pintura roja sobre la monitora.

La monitora era yo.

Me amonestaron las instructoras de yoga de la sala contigua por gritar; me amonestaron los del servicio de limpieza cuando llamé para que vinieran a ocuparse del estropicio; me amonestó la supervisora del material por derrochar recursos del hotel y, cuando todo el mundo estuvo feliz con sus amonestaciones y me dejaron huir a mi habitación, Patrick Dickerson, el director del resort, me interceptó en el *hall* acompañado de una muy indignada señora Hoang.

—¡Son sudaderas Versace! ¡Cuatro sudaderas! ¿Es que no sabe mantener entretenidos a mis hijos con otra cosa que no sea pintura? —voceó aquella arpía para que todo el mundo estuviera al tanto. Me repasó de pies a cabeza con un gesto de asco y se apartó de mí como si los pegotes rojos que me caían por la frente fueran mis sesos—. ¡El resort debe responsabilizarse de esta tragedia!

Varios curiosos se detuvieron a mirar el espectáculo. ¡Yo era el maldito espectáculo!

—¿April? ¿Tienes algo que decir? —intervino Patrick, con los dientes apretados y cara de querer acabar conmigo.

¿Y qué iba a decir yo? ¿Que los hijos de esa mujer eran peores que un gremlin hambriento después de las doce? ¿Que no hubiera pasado nada si los niños fueran más educados y no tan consentidos? No, no podía decir lo que pensaba delante del director, porque justificarme ante una situación así no era profesional, y porque si daba rienda suelta a la furia que me hervía dentro, me cerrarían las puertas de aquel lugar para siempre.

—Lo lamento, ha sido un terrible accidente que no volverá a pasar.

—¡Por supuesto que no volverá a pasar! —gritó la señora Hoang.

—Me encargaré de que las sudaderas queden como nuevas. Es pintura al agua, no supondrá ningún problema para la lavandería del hotel —añadí para apaciguar su enfado.

—Supongo que se lo descontará de su paga, ¿verdad? —le preguntó la víbora al señor Dickerson—. Una afrenta de este tipo no puede quedar indemne. ¿Cómo va a aprender a hacer su trabajo si no hay consecuencias? Usted, como director, no debería mostrar clemencia ante empleados tan díscolos.

Patrick elevó los ojos al cielo en una plegaria silenciosa. Era la primera vez que veía al educado director Dickerson hacer un gesto tan ordinario. El cierre de la estación de esquí por el temporal de viento le estaba pasando factura a su salud mental, y hasta un hombre tan políticamente correcto como él era susceptible de caer en las garras de la desesperación.

Despachó a la señora Hoang con palabras amables y un par de bonos extra para tratamientos de *spa*, y me indicó con un cabeceo que fuera a darme una ducha y a cambiarme de ropa. El día no había terminado aún.

Giré sobre mis talones y me quedé congelada al ver quién me observaba a cierta distancia.

—¿Nathan? ¿Qué haces aquí?

Me toqué el pelo lleno de pintura y me miré la sudadera con la esperanza de que mi aspecto no fuera tan terrible. Lo era, y no tenía arreglo.

—Espera, deja que te quite este pegote de la cabeza. —Levantó la mano y retiró un enorme grumo rojo. Los dedos se le mancharon y los labios se le curvaron en una sonrisa malévola—. Me encantaría tropezarme ahora mismo con cierta huésped y ponerle la mano en la espalda a modo de disculpa. Esta mano.

A pesar de lo tensa que tenía la piel de la cara debido a la pintura reseca, mi risilla surgió sin remedio.

—Y a mí me encantaría verlo, pero será mejor que vaya a ducharme y a cambiarme cuanto antes. El director ya está bastante enfadado.

—¿Puedo acompañarte?

«¿A la habitación? ¿A la ducha? ¿Acompañarme? ¿Ahora?».

Contuve el aire y se dio cuenta de que me había incomodado.

—Tranquila, esperaré aquí. No pasa nada.

—No, no importa. Puedes venir, si quieres. —Rasqué la pantalla de mi móvil, cubierta de pintura, y calculé cuánto quedaba hasta la siguiente actividad—. Tengo tiempo.

—¿Estás libre para comer? Podemos tomar algo…

—Sí, claro, tomar algo estaría bien.

Mientras esperábamos el ascensor me retiró un par de pegotes más del cuello y de la frente, y sus dedos me rozaron la oreja al recolocar un mechón de pelo. Se me olvidó que había más gente a nuestro alrededor. Cada vez que me tocaba me asaltaban los recuerdos del sábado por la noche y mi cuerpo reaccionaba con anhelo.

No había tenido mucho tiempo para pensar en los últimos días. Desde que llegué al resort no había parado ni un minuto. Solo cuando caía en la cama, muerta de cansancio, me recreaba en los detalles más singulares de Nathan; esos detalles que le pasarían desapercibidos a la mayoría de las mujeres, como la costumbre de abrir y cerrar las manos un par de veces antes de acariciarme, o el leve resoplido que se le escapaba después de besarme, o como el hábito de ladear la cabeza para mirarme cuando hablaba. Se estremecía cuando le rozaba la nuca, y le gustaba llevar la voz cantante en el sexo.

«¡Ay, madre! No pienses en eso ahora, April».

Las personas que subieron con nosotros en el ascensor se apartaron de mí para no terminar tan manchadas como Nathan, a quien no le importó lo más mínimo. Nos miramos de reojo, nos sonreímos y sus dedos coquetearon con los míos un par de veces. El corazón me latía a mil por hora ante la expectativa de lo que pasaría en la habitación y la respiración se me escapaba entrecortada, casi jadeante.

—Todavía no me has dicho a qué has venido —le recordé al entrar en el dormitorio.

—Walter me dijo que estabas aquí y quería verte —comentó, distraído con algunas prendas de ropa que había desperdigadas por la habitación—. Han abierto la carretera a primera hora de esta mañana y… ¿Le pasa algo a tu teléfono? Te he estado llamando estos dos días.

—¿De verdad? —Él asintió sin mirarme—. No hay mucha cobertura aquí arriba.

—No sabía nada de ti.

—Ya, claro. Fue muy repentino, apenas tuve tiempo de meter cuatro cosas en una mochila. ¡Hasta me dejé el cargador del teléfono! Tengo que ir mendigando al personal del hotel para que me lo presten un rato.

—Podrías habérmelo dicho.

—Te llamé el domingo para avisarte, pero no me lo cogiste.

—Estaba en el hospital con Adrien.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Nathan me contó los detalles de su paso por urgencias y sus palabras me transmitieron la ansiedad que había sufrido. Adrien ya estaba bien, pero él todavía parecía preocupado.

Era muy tierno ver su lado más vulnerable.

—Será mejor que vaya a lavarme o la pintura se filtrará hasta los

huesos.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida. El brillo de sus ojos hablaba por él, y me hubiera gustado que irrumpiera en el cuarto de baño y se metiera conmigo en la ducha. Pero ni él dio un paso al frente ni yo tuve la confianza en mí misma para pedirle que me acompañara.

Después de frotarme la piel como si no hubiera un mañana, ya no sabía si el color rosado se debía a la pintura o al ímpetu con la esponja. Cada tanto, echaba un vistazo a la puerta del cuarto de baño que no había cerrado del todo y, como era un poco fantasiosa, ensayé varias veces mi gesto de sorpresa por si Nathan me leía el pensamiento y aparecía tras la mampara.

No sucedió. Ni siquiera me prestó atención cuando regresé a la habitación envuelta en un albornoz con el logo del resort bordado. Estaba hablando por teléfono de cara al ventanal y, por su expresión hosca, deduje que no le estaban dando buenas noticias.

—¿Es Adrien? —le pregunté en un susurro.

Nathan negó, y respondió a su interlocutor con un bufido de desagrado.

Lo dejé resolviendo sus asuntos mientras me vestía en el baño y me esmeré en no parecer decepcionada cuando me reuní con él. Mi fantasía de seducción en la ducha había resultado un fiasco. Tenía que dejar de leer comedias románticas en el club; la vida real no era tan novelesca.

32. Nathan

Otra negativa más y la misma justificación: demasiado nivel para la plantilla de una empresa modesta. ¿Cómo podía convencerlos de que se centraran en mis ideas y no en mi trayectoria? Eran sencillas, ambiciosas pero asequibles, sostenibles, bellas… ¡Pero no! En Boston se echaban a temblar con la sola mención del apellido Farley.

—Estoy lista —dijo April desde la puerta del cuarto de baño.

El aroma de su colonia fresca sepultó el tufo de mi enfado y, por un segundo, el tiempo se congeló para que pudiera contemplarla. Me hacía sentir como un muchacho imberbe frente a la chica popular del instituto, deseaba retroceder las manecillas del reloj hasta la noche del sábado, o hasta el día en que la conocí, o hasta años atrás cuando ni siquiera sabía que existía. Hubiera dado la mitad de mi talento por haberla conocido antes que a Diane.

En el restaurante, nos asignaron una mesa cerca de la enorme balconada con unas vistas deslumbrantes de la estación de esquí. El temporal parecía haberse calmado y los huéspedes comentaban la posibilidad de volver a esquiar pronto.

—Ojalá sea cierto —murmuró April—. Así podré volver a mi casa de una vez. Tengo un millón de cosas que hacer. Esta semana me han entrado tres peticiones para organizar fiestas, ¿te lo puedes creer? ¡Tres!

—¿Alguna importante?

—¡Todas son importantes! Pero si te refieres a bodas, no, no hay bodas a la vista.

Sonrió triste y busqué su mano por encima del mantel para darle un apretón esperanzador. Sus mejillas se sonrojaron y toda su atención recayó en el roce de mis yemas contra su muñeca. La caricia, demasiado íntima, me recordó otro tipo de intimidad que me nublaba la razón, y a juzgar por la reacción de su piel y por cómo apartó la mano, a ella también. No obstante, entre todas las trivialidades de las que hablamos durante el almuerzo, ninguno de los dos se atrevió a mencionar lo ocurrido el sábado.

—Esta mañana tu hermano ha hablado conmigo —comenté con fingido entusiasmo—. Estoy asombrado.

—No seas malo. Está pasando una mala época.

—¡Ah! ¿No es así siempre?

—¡No! Es muy temperamental, y un poquito maniático del control, algo de familia, pero tiene un gran corazón.

—Que ahora ocupa Emma Shaffer —observé.

—Sí, eso me preocupa, no creas.

—¿Por qué? ¿Temes que vaya a partirle el corazón? Parece una buena chica.

—No me preocupa Gael, me preocupa ella —declaró, pensativa. Parecía desolada—. Gael lleva enamorado toda la vida de la misma mujer. Su relación… lo destrozó, lo engañó con sus promesas. Ahora esa mujer se ha ido lejos y mi hermano está perdido. Su relación con Emma me da miedo, porque ella es una soñadora, como yo, y Gael no entiende esa sensibilidad.

No me pasó inadvertido ese «como yo». Podía esconder muchas cosas.

—Yo creo que si alguien puede abrirle los ojos a tu hermano es Emma. No la conozco demasiado, pero por lo que he visto, sabe manejarlo. No es una niñita indefensa.

—Ya lo sé, pero me preocupa igualmente. Si Gael le hace daño, lo haré picadillo.

Cuando se comportaba con tanta naturalidad era más bonita aún. A veces, tenía la impresión de que se contenía conmigo, de que me cerraba la puerta a una parte de ella. Y estaba convencido de que esa parte me gustaría más que todo lo que conocía hasta el momento.

Se empeñó en pagar la cuenta para agradecerme la ayuda que le había prestado el sábado en la fiesta. ¡Por fin íbamos a hablar del sábado!

—Formamos un buen equipo —comenté a la salida del restaurante —. No era necesario que me invitaras a comer, pero gracias. ¿Te ha llegado alguna buena opinión?

—Sí, claro, las chicas no dejaron de hablar del tema el domingo, pero ellas no cuentan. Me quieren y no son objetivas.

—Bueno, yo creo que la fiesta fue extraordinaria.

—Tú tampoco cuentas.

—¿Porque también te quiero?

Se produjo un intenso momento de desconcierto por parte de ambos. La pregunta, sin ninguna intención ni propósito de declaración, se quedó flotando entre nosotros. April abrió mucho los ojos y a mí se me quedó el aire atascado en la garganta.

—Vamos, que te aprecio, no es que… Ya sabes. No quería decir que yo…

—Ya, tranquilo. Sé lo que querías decir —se apiadó de mí, aunque su gesto tenso me inquietó bastante—. ¡Como si pudieras quererme de verdad! ¡Menuda tontería!

¿Tontería? ¿Por qué iba a ser una tontería? Cualquier hombre estaría encantado de enamorarse de ella y de hacerla feliz, y ese pensamiento me molestó más de lo que deseaba admitir.

33. April

MIS DEFECTOS:
- Hablo mucho
- Como demasiado
- Soy muy exigente
- Tengo un corazón de peluche

—Quiere a su mujer.

—¿Y eso qué más da? —desechó Constance—. No hablamos de amor.

—Hablamos de follar —puntualizó Krista con su característica soltura al hablar—. Le gustará follar, ¿no?

—Deja de decir la palabrita, ¿quieres? Te va a oír todo el pueblo —la reprendí. Era malsonante y obscena.

«Y tú eres una remilgada, April Williamson».

Pero yo tenía razón, la gente nos miraba con cara de espanto.

El último sábado del mes de marzo se celebraba en Stowe la Bienvenida de la Primavera, una fiesta muy alegre que engalanaba las calles del pueblo con flores y banderitas de colores. La plaza estaba muy concurrida pese a no ser mediodía aún; las mujeres de la Sociedad Histórica de Stowe, a la que pertenecían mis dos amigas, recitaban alegorías a la primavera desde primera hora de la mañana. La enorme mesa que rodeaba la plaza ya estaba vestida de manteles de cuadros blancos y rojos, y un par de jovencitas repartían servilletas mientras tonteaban con los chicos del equipo de fútbol del instituto. En menos de una hora comenzarían los concursos de tartas de fruta y la degustación de batidos. Los vecinos llevarían sus mejores platos y habría vino, cerveza y risas a granel. Y para terminar, el discurso del alcalde dejaría paso a la tradicional batalla de pasteles de merengue, que tenía un éxito descomunal.

—A lo mejor no le gusta el ñaca ñaca —conjeturó Constance, pero agitó una mano en seguida para que olvidáramos lo que había dicho—. Imposible. Un hombre como él tiene que ser un puto dios del sexo guarro.

—¿Qué os pasa hoy a las dos? Estáis un poquito salidas, ¿no? ¿Es por la poesía? ¿Os pone cachondas?

Constance y Krista se miraron con las cejas levantadas y centraron su atención en mí.

—¿Qué te pasa a ti? —preguntó Krista—. No es habitual que te quejes por todo ni que te pongas colorada cada vez que hablamos de…

¡Un momento! —Entrecerró los ojos y me señaló con un dedo—. April Williamson, te has acostado con él.

—¡¿Qué?! ¡No! —grité. Me hice la ofendida y me sonrojé aún más —. ¿Por qué dices eso? N-no me he acostado con él.

La mirada evaluadora de Constance, la misma que usaba para juzgar a los clientes que escribían mal el código postal, me recorrió de arriba abajo. También torció los labios y movió la nariz como la bruja Sabrina.

—¡Dejad de mirarme así! Os lo repito: No me he acostado con él.

—¿Con quién? —preguntó Danielle, recién llegada. Me empujó para que le dejara un hueco en el banco de la plaza y sacó del bolso unas bonitas flores de tela para la solapa de nuestras chaquetas—. ¿Habláis de Nathan?

¡Ay, por Dios! ¡Qué pesadas! Quería a mis amigas tanto que daría mi vida por ellas, pero a veces me sacaban de mis casillas. Como ellas ya tenían la vida resuelta, pensaban que podían organizar la mía con sus comentarios y sus bromas. Aunque Krista hubiera dado en el clavo, no tenían derecho a convertirme en el centro de atención.

—¿Te has acostado con él o no? —insistió Constance.

¿Iba a servir de algo mentir?

—El sábado por la noche. Pero solo fue…

Las tres se pusieron a dar saltos de celebración mientras yo las miraba con el ceño fruncido. No había nada que celebrar, no sabía por qué se ponían así. Nathan y yo no habíamos vuelto a tener ni un solo momento para nosotros. Algún roce de la mano al saludarnos, besos en la mejilla, muchas conversaciones sobre el granero y las reparaciones, pero nada más.

Empezaba a pensar que me rehuía, porque yo no hacía otra cosa que propiciar encuentros a solas, y él siempre se llevaba a Adrien, o a Ginger, o a Percival, o a cualquiera del pueblo que estuviera disponible.

—¿Y cómo es? —curioseó Krista—. ¿Folla…, perdón, hace el amor tan bien como creemos o solo es una cara bonita con un cuerpo de escándalo?

—¿De verdad voy a tener que responder a vuestras preguntas? Yo no me intereso por lo que hacéis con vuestros maridos.

—Es que no tiene interés —se defendió Danielle mirándose la manicura—. Walter es como un documental del *Discovery Channel*: te interesa al principio, pero sabes que acabarás dormida. Tiene sus momentos buenos, pero no son reseñables.

—Pues yo tengo que admitir que, desde que llegó Nathan, mi vida sexual ha mejorado bastante —dijo Constance, y se acercó a nosotras para hacer una confidencia—: A Gareth le gusta el sexo en la oficina. Cuando dice: «señora Hamilton, venga a mi despacho», se me erizan

todos los pelos del cuerpo. Y menos mal, porque en casa hay que esperar a que Malcom esté dormido. ¡Como si un adolescente no supiera qué hacen sus padres cuando cierran la puerta del dormitorio!

—Yo mejor no os hablo de mi vida sexual —se lamentó Krista—. Charlie aún duerme con nosotros, así que…

Las tres giraron las cabezas para mirarme. Era mi turno.

Cogí aire despacio y me resigné.

—Estuvo bien.

Emitieron un jadeo de indignación que me hizo reír. Eran unas chismosas.

—Cariño, «estar bien» es que te pase la mano por los hombros y te pida que te acurruques junto a él en el sofá —se burló Constance.

—O cuando hace la cena. Eso siempre está bien —la secundó Danielle.

—O cuando te da un masaje en los pies después de un día de mierda.

Todas aplaudieron la aportación de Krista.

—Pero el sexo con Nathan Farley no puede estar solo bien —concluyó Constance—. Tiene que ser apoteósico.

—Vale, estuvo más que bien.

—¡Joder, April! —gritó Danielle—. ¡Danos detalles! Queremos saber. Te has tirado al único soltero del pueblo que vale la pena mirar cuando sale a la calle. Yo estoy deseando que sea martes de póquer para que venga a mi casa. Me alegra la vista. Detalles, cariño, detalles.

—¡April, April! ¡Mira lo que hicimos ayer en clase! —exclamó Adrien, que llegó corriendo con un montón de flores de papel formando un ramo—. Son para ti.

El pequeño se sentó en mis rodillas y mis ojos buscaron alrededor, por si venía con Nathan. Ginger y Percival levantaron la mano para saludarme y les correspondí con un cabeceo.

—¿Dónde está papá? —le pregunté con inocencia. Las chicas me dedicaron una sonrisita de medio lado—. Las flores son preciosas. Muchas gracias.

—Papá ha ido a Boston —respondió el niño, molesto—. Ha dicho que volvería mañana.

La decepción se me reflejó en la cara. Adrien no se dio cuenta, era demasiado inocente para verlo, pero Krista, Constance y Danielle sí.

—Y ¿sabes qué, April? ¡He ganado el premio de poesía del cole! ¡El primer premio! ¿Verdad que sí, señorita Gilmore? —Beth, que acababa de llegar con Elliott y Emma, asintió con una sonrisa encantadora—. Tengo que leerlo delante de todo el mundo, me da mucha vergüenza. Si estuviera papá…

—Están tus abuelos, y todos te apoyaremos —lo animó Beth.

Pero Adrien negó y bajó la mirada a las manos, donde jugueteaba

con un trozo del papel de las flores.

—Haremos una cosa —dije, de repente—. Como me has elegido a mí para darme tus flores de primavera, es justo que sea yo la que esté a tu lado cuando leas la poesía, ¿te parece bien?

Las chicas me miraron burlonas, pero las ignoré. El rostro de Adrien se iluminó y fue todo cuanto necesité para saber que hacía lo correcto.

—¡Sí, sí! ¡Será genial! ¡Gracias, April! Voy a decírselo a mi *abu*. —Me besó en la mejilla, sonrojado, y salió corriendo.

Emma emitió un carraspeo para llamar mi atención.

—Alguien se está metiendo en terreno pantanooosooo… —canturreó.

—¡No es nada! Ya lo has visto, estaba desolado —me defendí—. ¿Qué querías que hiciera?

—Tiene a sus abuelos —me recordó Beth.

—¡Ya lo sé! Pero…

—¿Estás conquistando al niño para llegar hasta el padre? —se interesó Emma con picardía—. Chica mala, April. Muy mala.

—El padre ya no es un problema. Se ha acostado con Nathan —la informó Danielle en voz más alta de la que debería.

—¡Eso! ¡Anunciémoslo a gritos! —exclamé, cabreada e irónica—. Podríamos decírselo al alcalde para que abra el discurso con la noticia. ¡La tonta de April Williamson por fin ha echado un polvo!

Las cinco se sintieron mal. Una chasqueó la lengua, otra suspiró, alguna maldijo por lo bajo… Si hubiera sido cualquier otro hombre en cualquier otra situación, no me hubiera importado ser el motivo de bromas y risas, pero con Nathan no era así, no me hacía gracia, porque me estaba enamorando de él y sabía que no saldría bien.

Además, era evidente que él estaba poniendo de su parte para no llevar lo nuestro a otro nivel.

—Cariño, no hay nada malo en que la gente lo sepa —dijo Krista, conciliadora—. Nathan es un hombre libre que siente mucho aprecio por ti.

—Te adora —añadió Danielle.

—Y te ha echado un… —Emma fulminó a Constance—, te ha echado una mano, con el granero, digo.

—¿De qué tienes miedo, April? —preguntó Beth—. ¿Es por Adrien? Ya lo has visto. Ayer, en clase, todos los niños decían que las flores eran para sus madres, y él podría haber dicho que eran para su abuela, pero dijo tu nombre. Si su padre te adora, como dice Dani, Adrien te idolatra.

El pecho se me llenó de orgullo y de una tristeza que me aplastaba el corazón. Lo último que deseaba era que el niño se encariñara demasiado de mí, porque cuando tuviera que volver a Boston, sería

mucho más duro.

—No es por Adrien, es por él. Ya os lo he dicho: quiere a su mujer, no la ha olvidado. Yo solo soy una distracción, un hombro en el que apoyarse cuando no tiene con quien dejar a su hijo. ¡Y no me quejo, de verdad! Me gusta ayudarlo. Pero el sexo siempre lo complica todo.

—Pues ya lo has complicado, entonces. Al menos, disfruta de la complicación —me sugirió Constance—. Yo no creo que todavía piense en su mujer de esa forma. Está muerta, es lógico que la eche de menos, pero si habéis tenido sexo, es que se está curando. No lo des por perdido.

—Además, ya ves lo comprometido que está con los arreglos del granero —apuntó Emma—. Hasta Gael empieza a creer que es un buen tío.

—¡Es un buen tío! —lo defendió Danielle—. Lo que pasa es que Gael se comporta como un idiota a veces. Y no sé qué cree que le ha hecho Nathan, pero ya era hora de que dejara de mirarlo como si le perdonara la vida.

Le agradecí a Danielle sus palabras con una caricia. Me alegraba que Gael estuviera cambiando de actitud, pero yo sabía que mi hermano llevaba dentro un polvorín y que, cualquier día, una chispa lo haría saltar por los aires.

—¡Ya está bien! —exclamó Krista con una palmada al aire—. No sé vosotras, pero yo no pienso darle la bienvenida a la primavera agarrada a una caja de pañuelos. Nathan no está aquí, pero nosotras sí. Y si algo hemos sabido hacer siempre es divertirnos.

Tenía razón, ya estaba bien de lamentos. A mi corazón de peluche solo le hacía falta unas amigas como ellas para sanar. El resto estaba de más.

34. Nathan

No sabía si reír o llorar, si lamentarme o sentirme orgulloso por haber dado un paso tan importante.

No sabía si buscar un hotel o conducir tres horas de regreso a Stowe.

En Boston ya no había nada para mí.

Mi última baza para conseguir un trabajo se fue al traste dos días atrás. Percival sugirió la idea de llamar a mi padre para que él moviera sus hilos, pero ni en un millón de años hubiera levantado el teléfono para pedirle semejante favor a Lewis August Farley. No iba a atarme a él de nuevo, mi orgullo me lo impedía. Era capaz de encontrar un trabajo por mí mismo, sin que los tentáculos de mi padre me asfixiaran.

Sin embargo, el motivo que me llevó a la ciudad a primera hora de aquel sábado de finales del mes de marzo, no era una entrevista de trabajo. La tarde del viernes, justo cuando recogía a Adrien del colegio, recibí una llamada del agente inmobiliario que se estaba haciendo cargo de la venta de mi casa. Tenía una oferta, «una oferta inmejorable», dijo.

Y así fue.

«Ha sido muy rápido», pensé. No hacía ni dos meses que se anunciaba en la web de la inmobiliaria. Pero el South End, al este de Fenway-Kenmore, era una zona residencial joven, con muchos parques, tiendas y restaurantes.

A Diane le encantaba aquel barrio, y yo adoraba recorrerlo con ella para descubrir la increíble arquitectura victoriana que distinguía los edificios más antiguos. Quiso vivir allí antes de imaginar una vida juntos, antes de convertirse en una mujer tan influyente y tan ocupada, sin tiempo para pasear ni para tardes de sofá, café y lectura. Hubiera vivido en medio de un desierto si ella me lo hubiera pedido.

Antes de dar una respuesta definitiva a la oferta, recorrí las calles adoquinadas de los alrededores con un nudo que me constreñía el corazón. Adrien aprendió a andar en Titus Sparrow Park; comprábamos el desayuno de los domingos en Colette Bakery y la prensa en la esquina de Rutland Square con la 28; nos gustaba ir los viernes por la noche a Petit Robert Bistro a degustar su maravillosa cocina francesa, hasta que nació Adrien… Dios mío, me asaltaba un recuerdo a cada paso, y me estaba ahogando.

A las cinco de la tarde, cuando me reuní con el agente inmobiliario y le estreché la mano para cerrar el trato, sentí que estaba vendiendo lo único que me quedaba de Diane y me invadieron unas terribles

ganas de abrazar a mi hijo. No le conté a qué había ido a Boston; no le dije que iba a vender la casa; que no volvería a ver su techo del espacio; que alguien pintaría las habitaciones y desaparecerían las marcas de la pared en las que anotábamos cómo iba creciendo; que las fotos de su madre, que él siempre miraba antes de dormir, quedarían a oscuras en una caja de cartón; que nuestra vida pasada iría directa a un trastero de la ciudad.

No pensé en el cansancio que arrastraba ni en el ligero dolor que tenía en el pecho, solo conduje hasta Stowe sin levantar el pie del acelerador. Imprudente, sí, pero necesitaba verlo y abrazarlo y pedirle perdón, aunque para él no tuviera sentido.

Además, Adrien había ganado el primer premio de poesía de primavera del colegio, la iba a leer en la plaza del pueblo delante de todos, y no quería perdérmelo. No quería perderme ningún momento más de su vida después de haber vendido los que tuve con su madre.

—Bienvenida, primavera, con tu sol y tu color, llévate ya estas nubes para llenarnos de calor. Que vengan los verdes prados y los árboles en flor, y si el polen me da alergia, que sea solo un *achús*, por favor. —Los presentes rieron; a mí se me llenaron los ojos de lágrimas de felicidad—. Bienvenida primavera, ¡pajarillos a cantar! Adiós a los gorros de lana, es hora de disfrutar. Al pueblo más bonito de este inmenso país, ha llegado la primavera, y yo no me quiero ir.

La ovación espantó a los gorriones que reposaban en las copas de los árboles y su piar se unió al estruendo de los aplausos. Adrien no quería sonreír con la boca abierta, porque le faltaban algunos dientes, y escondió la cara en la cintura de la mujer que no le había soltado la mano mientras leía.

«April».

¿Acaso me convertía en mala persona admitir que había volado por la carretera porque también quería verla a ella? Deseaba contarle lo de la venta de la casa y algunos de los planes que se me ocurrieron mientras paseaba por la ciudad. Pero, sobre todo, por encima de todo, deseaba besarla.

La multitud no se movió de la plaza cuando Adrien y April bajaron del escenario para cederle el lugar al alcalde Merryweather. Además de aquel bigote extravagante, el buen señor lucía con orgullo un sombrero de copa con flores y plumas que su mujer le había confeccionado para la ocasión, y recibió los piropos y los silbidos de admiración del público. Era un personaje de lo más pintoresco, pero sus vecinos lo adoraban, y empezaba a entender por qué. Fitzgerald Merryweather amaba a su pueblo y haría cualquier cosa por sus conciudadanos, incluso ponerse un sombrero ridículo y dar un discurso a base de rimas poco ingeniosas.

Esperé a que terminara para ir en busca de Adrien. Me demoré

hablando con los propietarios de la lavandería del pueblo, que tenían problemas con un muro de carga que habían intentado demoler. Les prometí que pasaría por el local para echar un vistazo con tal de que me dejaran marchar. Luego, fue Anthony quien me interceptó con una cerveza fría y los avances que había hecho esa misma mañana en el granero de April. Cuando ya creí que llegaría hasta el corrillo de niños, Cameron Blevins me salió al paso. Iba acompañado de Gael.

—Me ha dicho un pajarito que has estado preguntando por la vieja casa de la familia Castaneda, Farley. ¿Te interesa?

—¿La casa de quién? —dudé.

—La casa vieja junto a la Sociedad Histórica.

—¡Ah! Esa casa. Bueno, solo le pregunté a April, no es que me interese…

—¿Vas a asentarte en Stowe? —se interesó Gael, tan belicoso como siempre. ¿Volvían las hostilidades? ¡Qué pereza!

—No sé ni lo que voy a hacer de aquí a una hora, mucho menos en los próximos días, semanas, meses o años —contesté sin ganas—. Mi interés por esa casa era mera curiosidad. Nada más.

—Puedo ser tu agente, por un módico porcentaje —se ofreció Cameron, y me reí. Resultaba irónico que acabara de vender una casa y ya me estuvieran proponiendo comprar otra—. Resulta que la heredera legal de la propiedad es Rosie Castaneda, pero tiene ochenta años y no creo que le interese conservar una propiedad tan ruinosa. A la Sociedad Histórica le gustará saber que alguien tiene intención de rehabilitarla. Es una de las más antiguas.

—Yo tuve intención de rehabilitarla hace un año —protestó Gael, que dispensó un manotazo en el pecho a su amigo—. Me dijiste que no valía la pena.

—¡Porque no vale la pena! Pero Nathan es arquitecto. Para él será coser y cantar.

—Sí, solo tengo que chasquear los dedos y, *voilà!*, casa como nueva. Cameron, amigo, has visto muchos programas de reformas. —Gael estuvo de acuerdo conmigo, y mi mente rebobinó hasta lo que había dicho—. ¿Y tú por qué querías comprar la casa?

—¿Y a ti qué demonios te importa?

—Porque no quiere dormir en casa de sus padres cada vez que viene de visita —respondió Cameron por él.

—Pensé que vivías aquí.

—Pues pensaste mal.

—Gael vive en Burlington —me informó Cameron, para disgusto de su amigo.

—Burlington, ¿eh? Buen lugar. —Gael pensó que lo decía por cumplir y, una vez más, me subestimó—. Fue la primera ciudad de Estados Unidos en funcionar con energía cien por cien renovable, todo

un logro. Entonces, ¿vas a cambiar el entorno urbano por el rural?

—No, ya no. Aquí no hay nada para mí.

Me pregunté cómo le sentaría a Emma esa respuesta. Sin embargo, no me molesté en indagar más acerca de las intenciones de Gael o de sus comentarios sombríos. En la plaza se formó un repentino revuelo y vi a Adrien dando saltos para alcanzar uno de los platos de merengue que sostenía mi suegra.

—¡Uy, sálvese quien pueda! —exclamó Cameron—. Va a comenzar la batalla.

—¿Qué batalla?

Ignorante de mí.

—¿No conoces la leyenda de la batalla del merengue? —se sorprendió el agente inmobiliario—. Cuando las tropas del general…

—¡Oh, cállate, Cam! —lo interrumpió Gael—. Es solo un montón de gente lanzándose platos de merengue como si fueran bolas de nieve, una tradición que no tiene ni pies ni cabeza, como la mayoría de las celebraciones de Stowe.

Durante unos minutos, las mujeres de la Sociedad Histórica repartieron platos con montañas de merengue blanco para que los niños —y los no tan niños— se los estamparan en la cara a quien se pusiera a tiro. Los adultos más serios huían despavoridos; el resto dejaba que los pequeños se despacharan a gusto. Y cuando los niños se retiraban, era cuando la batalla pasaba a mayores y las viejas rencillas entre los vecinos se solucionaban a tartazos.

Gael huyó en busca de Emma, que reía como una colegiala junto al resto de las chicas del club de lectura. No vi a April con ellas. La busqué entre el gentío hasta que detecté su voz junto al mostrador de tartas de frutas.

—¡Maldito seas, Malcom Hamilton! —le gritó al hijo de Constance y Gareth. El adolescente le había estampado un plato de merengue en la espalda—. ¡He dicho que no quería mancharme!

—¡He dicho que no quería mancharme! —se burló el jovencito en compañía de sus amigos—. ¡Vamos, tía April! A ver si has mejorado tu lanzamiento desde el año pasado.

—Serás… —April se detuvo antes de soltar otra maldición y llamó la atención de Constance con un aspaviento—. ¿Has visto lo que me ha hecho tu hijo?

—¿Y qué esperabas? Le has tirado tartas durante catorce años. Solo se está vengando, tía April.

El tono de mofa de Constance me robó una carcajada. Me apoyé junto a una farola, a resguardo de la batalla, y disfruté de la frustración contenida de April y de su transformación en una niña vengativa con ganas de jugar. Cuando entrecerraba los ojos con expresión perversa, me recordaba a cierto momento en su casa, en su

alfombra…

«Una vez no ha sido suficiente».

A mi alrededor, el aire se llenó de un aroma dulce y empalagoso, las risas y los gritos de sorpresa y júbilo lo teñían todo de ese ambiente festivo que transformaba a las personas. Walter y sus tres pequeños demonios acecharon a Danielle hasta que estuvo embadurnada de merengue; Anthony, con la cara pringada de blanco, besó a Krista hasta que el grupo los jaleó; Dave Gilmore, siempre pegado al teléfono, rebañó con un dedo un poco de merengue que unos niños habían lanzado al cuello de Beth.

Me esforcé por seguirle la pista a Adrien, pero solo oía su risa entre los otros niños. Nunca había sonado tan divertida. También me esforcé por no buscar a April entre los demás, pero los ojos se me iban sin remedio, mis labios sonreían si ella reía, mi corazón se aceleraba cada vez que levantaba la cabeza y miraba en mi dirección. No me vio hasta que los amigos de Malcom la dejaron sentada en el suelo de la plaza, cubierta de pringue de pies a cabeza y con gesto de derrota. Habían hecho falta cinco adolescentes.

Trató de ponerse en pie entre resbalón y resbalón. En el segundo intento, se resintió del trasero y volvió a caer al celebrar con demasiado ímpetu que lo había conseguido.

Incapaz de mantenerme alejado de ella, me acerqué con cuidado y le tendí la mano para ayudarla.

—Adrien me ha dicho que pasarías la noche en Boston —dijo, una vez en pie. No sonó demasiado agradecida, ni siquiera parecía alegrarse de verme.

—Hola a ti también, señorita Williamson —la saludé con voz profunda, cargada de deseo—. Últimamente, siempre te encuentro cubierta de algo.

—Es la tradición —se justificó—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Cambio de planes en el último momento.

—¿Sabe Adrien que estás aquí? —Negué, despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Podría quedarme en esos ojos el resto de la noche —. ¿Has visto cómo recitaba? Lo ha hecho muy bien.

—Lo he visto. Estoy muy orgulloso.

—No olvides decírselo.

—Descuida. —Recogí un poco de merengue con el dedo, igual que había hecho Dave, y me lo llevé a la boca. Estaba muy dulce—. Gracias por acompañarlo. Eres una buena amiga.

April resopló y dio un disimulado paso atrás que rompió nuestro contacto.

—¿Otra vez estamos con eso? —preguntó, irónica, molesta y decepcionada—. Está bien, «amigo». Me voy a casa. Necesito una ducha. Ya nos veremos por ahí.

La sujeté de la muñeca antes de que se alejara y la acerqué a mí. Mis labios en su oreja, mi pecho contra su espalda, la boca seca… No encontrar las palabras acertadas para expresarme era frustrante y me hacía parecer un idiota.

—No quiero complicarlo más.

—Entonces, suéltame.

—No puedo —reconocí—. Eres demasiado tentadora.

—Lo que soy es demasiado tonta —resolvió—. No me gustan los juegos, Nathan. Si te incomoda lo que pasó entre nosotros, lo acepto, pero basta de insinuaciones.

—No me incomoda. Que no haya vuelto a pasar nada no quiere decir que me arrepienta. Estoy siendo respetuoso, nada más.

—¡Es que me confundes! Me seduces con esa tontería de los «no amigos», pero no vuelvo a saber de ti hasta tres días más tarde. Te presentas en el resort, te llevo a mi habitación, casi te meto en mi ducha, pero no me haces ni caso. Cuando intento acercarme a ti, levantas un muro, y cuando creo que lo mejor es alejarme, eres tú el que habla de tentaciones y el que me mira como si fuera un pastel de chocolate.

—De merengue —puntualicé, y volví a coger un poco de su mejilla para llevármelo a la boca.

—¡No hagas eso! —Se apartó y manoteó en el aire para que no la tocara—. Estoy hablando en serio. No sé qué quieres de mí, pero hasta que lo averigües, será mejor que nos veamos lo menos posible.

—Venga, April, estás de broma, ¿verdad? No quiero dejar de verte, eres la única persona en este pueblo que no siente pena por mi situación o que no se ve obligada a hablar conmigo para quedar bien con Ginger y Percival. Pero entiéndeme, por favor. Todo esto es nuevo, lo de Diane es muy reciente aún y todavía estoy habituándome a esta vida, al sitio, a la gente… Me gusta estar contigo, me gusta tontear, y divertirme, y que nos riamos juntos, pero no estoy preparado para ir más rápido, ¿entiendes?

—No quiero que te enamores de mí ni yo voy a enamorarme de ti. ¡Dios me libre! Tampoco te estoy pidiendo que olvides a tu mujer. Solo te pido que te aclares antes de hacer más tonterías. Hemos… follado —pronunció con esfuerzo, y su sonrojo me pareció adorable—, lo pasamos bien y ya está. Vamos a dejarlo ahí.

Debería haberle hecho caso, pero, en el fondo, me dolió su vehemencia. ¿Por qué no iba a enamorarse de mí? ¿Y por qué teníamos que dejarlo en ese punto muerto cuando los dos estábamos tan vivos? ¿Y qué era eso de que no quería que me enamorara de ella? ¡Como si tuviera que pedirle permiso! Yo podía enamorarme de quien me diera la gana. ¡Faltaría más! Yo podía… podía enamorarme de… ella.

—¿Y si un día sentimos la necesidad de repetir lo que pasó?

—Eso no va a pasar —afirmó April con contundencia—. Volveremos a ser solo amigos, trabajaremos codo con codo y evitaremos quedarnos a solas, como has estado haciendo hasta ahora. Y si, a pesar de eso, un día surge la maldita necesidad… bueno, pues que cada uno se las arregle por sí mismo.

—¿Me estás diciendo que pase el día a tu lado oliéndote, escuchando tu respiración y viendo cómo te muerdes el labio una y otra vez, y que después me vaya a masturbarme a mi casa? A eso se le llama tortura.

—A eso se le llama sensatez.

—¡A la mierda la sensatez! —exclamé. Miré a un lado y a otro de la plaza, por si alguien se percataba de nuestra animada conversación. Respiré hondo. Estaba perdiendo la razón—. Vale, está bien. Prometo que mantendré las manos lejos de ti, que seré un perfecto caballero y que no volverá a pasar nada entre nosotros.

—¡Bien, gracias!

—¡Bien, de nada!

Giró sobre sus talones y caminó hacia su grupo de amigos con porte orgulloso pese a estar pringosa de pies a cabeza. La conversación me había dejado agotado, pero no había acabado con mis ganas de ella. Mientras estuviera en la plaza, nada me impedía mirar cómo se le pegaba la sudadera al pecho o como le resbalaba el merengue por el cuello.

Llegué al grupo justo cuando empezaba a despedirse y me dedicó una mirada cabreada que me encendió la sangre.

—¡Nathan! —exclamó Danielle. Walter me ofreció una cerveza que acepté con gusto—. Adrien ha dicho que estabas en Boston.

—Y que no volverías hasta mañana —añadió Krista.

—Cambio de planes —dije sin apartar mi atención de April, que se esforzaba por ignorarme.

—¿Por algún motivo en especial? —se interesó Constance.

—Por uno en especial, sí.

Todas miraron a April, que no había oído mi respuesta. Estaba ocupada enseñándole a Anthony y a Gareth los moratones que se había hecho por culpa de Malcom y sus amigos.

—Vaya, vaya, ¿y piensas hacer algo con ese motivo especial o solo vas a mirarla? —A Constance se le daba muy bien leer mis intenciones.

Hice un cálculo rápido de lo que me costaría hacer la estupidez que tenía en mente e ignoré las consecuencias. Iba a cumplir con lo que había acordado con April, pero no esa noche, no en ese momento, no cuando había conducido desde Boston con el deseo de volver a sentirla toda mía.

Interrumpí su conversación con Anthony, la sujeté de la nuca y la besé, y lo más importante: April dejó que la besara. Las brasas volvieron a arder, su cuerpo pegajoso se balanceó con el mío al ritmo de una vieja canción de los ochenta y, durante un minuto o más, no existió nada en aquella plaza más que su boca y la mía, sus manos en mi pecho y las mías en su pelo, su lengua dulce y la mía ávida.

Y de pronto, un fuerte golpe en la espinilla me dejó sin respiración y me obligó a apartar mis labios de los suyos.

—¡Joder! Pero ¿qué…?

Los ojos de mi hijo me miraron con toda la rabia concentrada en un niño de ocho años. Apretaba los puños y los dientes, sus mejillas estaban muy coloradas y su cara se contraía en una mueca de odio irracional e inexplicable.

—¡Adrien! ¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

Y mi voz desencadenó un torrente de lágrimas enfurecidas.

—¡Te odio! —gritó, y salió corriendo calle abajo ante la mirada estupefacta de todo el pueblo.

35. April

¿CUÁNDO NO SIGNIFICA SÍ?
- Cuando hay chocolate de por medio
- Cuando te ofrecen la última patata frita
- Cuando te has dormido
- Cuando amas a Nathan Farley

Pasé el domingo tirada en el sofá, con el edredón enrollado a mi cuerpo a modo de oruga y una tarrina de medio kilo de helado de chocolate y nueces de Macadamia en el regazo.

La llamada de mi madre me sacó de la cama a las siete y media de la mañana. A pesar de estar en Baltimore pasando el fin de semana con mi padre, se había enterado de mi gran hazaña. Luego vino la de mi hermano, que fue bastante cruel; la de tía Dorothy, cargada de reproches; y la de alguna de las chicas que querían saber si tenía noticias de Nathan y de Adrien.

Apagué el teléfono a mediodía. No quería que nadie me preguntara por lo que había ocurrido. ¡Ni yo sabía qué demonios había ocurrido! Estaba hablando con Anthony sobre cañerías y, al segundo siguiente, estaba permitiendo que Nathan me devorara viva. Yo era tan culpable como él. Y me gustó, me gustó mucho que fuera tan irracional, hasta que se apartó y vi la carita de Adrien transformada en un mar de resentimiento y dolor.

Dios mío, ¿qué habíamos hecho?

Adrien adoraba a su madre. Nunca hablaba de ella, pero yo estaba segura de que la echaba de menos y de que aún no había aceptado la pérdida. Y yo… yo había besado a su padre como si quisiera suplantarla.

Me sentía muy muy culpable.

Dormité en el sofá, me alimenté de sobras de la nevera y le di vueltas y más vueltas a lo que había pasado la noche anterior mientras veía una comedia romántica tras otra en la televisión. Y, al caer la noche, volví a la cama envuelta en el edredón y continué flagelándome.

Dije que no me enamoraría de Nathan Farley y había significado lo mismo que decir «no» a un poco más de helado de chocolate, o decir «no» a la última patata frita del plato, o decir «no me he dormido» cuando tu amiga te llama por quinta vez el lunes por la mañana.

Porque tras una segunda noche de remordimientos que me mantuvo en vela haciendo absurdas listas sobre cómo pedirle perdón a

un niño, me había dormido.

Por supuesto, ignoré el despertador cuando sonó a las siete y fue Emma la que, una vez más, consiguió sacarme de la cama con sus insistentes llamadas.

—Te debo una, Em —susurré al entrar en la cafetería, avergonzada.

Me puso un vaso extragrande de café entre las manos y señaló la puerta de la oficina.

—Tienes visita.

—¿Clientes? —Se me iluminó la cara—. ¡Gracias a Dios! El día mejora.

La besé rápido en la mejilla y di un par de tironcitos de la chaqueta de mi traje para mejorar el aspecto desaliñado. Cuando atravesé la puerta de la oficina, esbocé mi mejor sonrisa y…

—¿Nathan? ¿Qué… qué haces aquí?

—No lo sé. —Parecía cansado y se había puesto encima lo primero que había cogido del armario, a juzgar por lo arrugada que llevaba la ropa. «Como yo», pensé—. Supongo que deberíamos hablar.

—¿Cómo está Adrien?

Negó un par de veces y se mesó el cabello, un poco desesperado.

—No quiere que me acerque a él, no quiere que lo lleve al colegio, no quiere que le prepare el desayuno, ni que toque sus cosas, ni que me siente a su lado en el sofá —respondió, resignado—. Ayer no salió de su habitación más que para comer. ¿Tengo que preocuparme? Es la primera vez que…

—Echa de menos a su madre, Nathan, y yo lo he complicado todo.

—En realidad, soy yo el que lo ha complicado.

—Sí, fuiste tú, desde luego. ¿Por qué demonios me besaste? —le reproché con disgusto.

—¡Y yo qué sé! —exclamó, y le dio un trago a mi vaso de café como si lleváramos toda la vida compartiendo el desayuno—. Cuando te tengo delante hago cosas estúpidas, April. No puedo evitarlo. Y Constance, Danielle y Krista… Ellas parecían querer que yo…

—Ellas saben que nos acostamos, y creen que es muy sencillo, que un polvo es el pasaporte a una vida de color de rosa. He intentado explicarles que tú quieres a tu mujer, aunque ya no esté, que lo que pasó entre nosotros fue solo… fue… —«¿Un error?». No, no fue un error, pero tampoco estuvo bien—, lo que pasó no volverá a pasar. Y después de la reacción de Adrien, menos aún. Dios mío, Ginger y Percival nos vieron. ¿Qué pensarán de mí?

Me tapé la cara, horrorizada.

—No te sientas mal, ¿vale? Los padres de Diane son personas razonables y te tienen mucho aprecio. Y Adrien… Bueno, se le pasará, ya verás. O eso espero.

—Pero él confiaba en mí, me regaló sus flores de la Bienvenida, me pidió que estuviera a su lado cuando leyó la poesía, y yo le correspondí morreándome con su padre en medio de la plaza del pueblo. ¡Muy bien, April! —Me dejé caer en el sillón detrás del escritorio y reprimí un sollozo—. Si no quiere hablar contigo, a mí no querrá ni verme de lejos.

Nathan guardó silencio mientras yo me lamentaba, y jugueteó distraído con los bolis y rotuladores que había sobre la mesa. Volví a tener la sensación de que ya había vivido la escena, de que él había estado haciendo lo mismo en medio de la misma conversación, como la primera vez que estuvo allí.

—¿Qué pasa el sábado que viene? —preguntó sin venir a cuento.

—¿Qué?

—El sábado que viene, el 7 de abril, ¿por qué está señalado en el calendario?

Un exagerado círculo rosa fluorescente, obra de Emma, rodeaba el día de mi cumpleaños. Estaba tan ocupada con el granero y la agenda de fiestas, que olvidé que me quedaba menos de una semana para cumplir los treinta y dos.

—Es mi cumpleaños. ¡Yupi! —ironicé.

—No parece que te haga demasiada ilusión.

—¡Premio para el señor Farley! ¿Verdad que es curioso? La chica que organiza cumpleaños no es fan de su propio día.

—¿Por qué? —se extrañó.

Me encogí de hombros y aparté una inexistente mota de polvo de la mesa.

—Supongo que cuando tus amigas son madres y esposas, o están casadas con su negocio, como Emma, celebrar un cumpleaños deja de ser divertido.

Me daba vergüenza reconocer que, en verdad, cuando todo el grupo estaba reunido, me sentía más sola que nunca. Ser una mujer emprendedora e independiente me había alejado de las relaciones personales, pero no me hacía de piedra. En los días que estaba baja de moral, cuando las hormonas convertían mi corazón en un flan tembloroso, pensaba en cómo habría sido mi vida si la relación con Cameron hubiera prosperado.

«Tonterías».

—No importa. Ya lo celebraré. Además, ahora estoy más centrada, soy más responsable y no soporto las resacas. Mi cuerpo sabe que ya no tengo veinte años.

Nathan me dio la razón con un cabeceo distraído. No sabía qué estaba pensando, pero su mente se encontraba muy lejos de mi oficina en ese momento. Tras una profunda inspiración, dio por finalizada la visita.

—¿Irás al granero después? —me preguntó—. Quiero que veamos los presupuestos que han presentado.

—Podemos ver lo que quieras, pero te recuerdo que no tengo dinero para hacer frente a la reforma. Anthony me dijo que ya había terminado su parte de las cañerías, así que, ahora que llega el buen tiempo, tal vez podríamos parchear el tejado. Al menos no nos mojaremos si llueve.

—Yo me ocuparé del tejado, tú de revisar los presupuestos y estudiar las ofertas, ¿de acuerdo? —Si él lo decía…—. Nos vemos luego.

—Nathan —lo llamé antes de que se fuera y él me dirigió una sugerente mirada por encima del hombro—. Adrien estará bien, ¿verdad? Lo del sábado…

—No le des más vueltas. Estará bien, ya verás.

36. Nathan

Cerré el sobre con el regalo de April y me lo guardé en el bolsillo de la americana. No estaba seguro de dárselo en la fiesta, aunque fuera un regalo de cumpleaños, sabía que no le iba a gustar, o que le gustaría, pero no lo aceptaría. Me daba igual, quería hacerlo y, lo aceptara o no, iba a salirme con la mía.

—¡Por si a alguien le interesa, vamos a llegar tarde! —oí que gritaba Adrien en el piso de abajo.

Seguía enfadado, pero hablarle al aire, como si yo no estuviera, era su manera de hacerme saber que se le estaba pasando el berrinche. Había intentado varias veces sentarme con él y explicarle que entre April y yo no había nada, que éramos amigos, que los amigos, en ocasiones especiales, se besaban así. Una mentira piadosa, sin duda, porque yo no besaría con esa intensidad a ninguna mujer que no fuera ella.

Me costaba reconocerlo, pero ni siquiera besaba de ese modo a Diane.

Adrien se había puesto muy guapo para la ocasión y, a juzgar por el intenso olor a Old Spice que subía por las escaleras, había vaciado el bote de colonia de Percival.

—Si necesitas que Perci vaya a recoger a Adrien más tarde, solo tienes que llamar, ¿de acuerdo? —sugirió Ginger mientras el niño corría hacia el coche. Se me detuvo el corazón al entender el sentido de su ofrecimiento—. Pasadlo bien, y felicita a April de nuestra parte.

No supe qué decir. Mi suegra me miró emocionada y me regaló una cariñosa caricia antes de cerrar la puerta. Si pensaba que terminaría la noche en brazos de April, no podía estar más equivocada. Que le hubiera organizado una fiesta de cumpleaños sorpresa, no significaba nada. Que hubiera implicado a medio pueblo para poder llevarla a cabo sin que ella sospechara, tampoco. Nuestra relación seguiría siendo platónica por el bien de Adrien, por muchas ganas que tuviera de abrazarla y besarla como abraza y besa un hombre desesperado.

—He dejado las bandejas de tartaletas en el cuarto del fondo —me informó la madre de April al entrar en el granero. Loreen fue la primera en volcarse con la celebración—. Y le he pedido a Spencer que tape las herramientas que hay junto a la entrada. No quiero que los niños las toquen y se hagan daño.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho en tan poco tiempo, Loreen.

—Tonterías. Me voy ya, o no me dará tiempo a pintarme los labios. —Me besó en la mejilla, apresurada—. Estoy deseando ver la cara que

pone cuando llegue. Has dejado este lugar tan maravilloso que va a llorar. Seguro que llora.

No había hecho nada del otro mundo con el granero. Casi podía decirse que repliqué la idea de April en el centro social para el aniversario de Sonya Merryweather. Volví a pedir prestadas a los vecinos las luces de Navidad, y Constance se encargó de comprar tela de gasa suficiente para forrar el pueblo entero. Un poco de cola, unas cuantas grapas y tres noches de duro trabajo después, aquel lugar no parecía el granero en ruinas que ella había comprado.

—¡Jesús! —exclamó Danielle al entrar—. Walter me había dicho que esto había quedado increíble, pero no pensé que fuera verdad. Nathan Farley, ¿qué has hecho?

—¿Te gusta? —le pregunté con orgullo. A la vista estaba que sí.

—Me dan ganas de casarme solo para celebrarlo en un sitio así. Sabes que April va a llorar, ¿verdad?

—No creo, pero seguro que se emociona. Este sitio es muy especial para ella, por eso pensé que sería buena idea hacerlo aquí.

—Piensas muy bien, Farley. Buen chico.

—¡Ha llegado el alcohol! —gritó Anthony, cargado con una caja de botellas de todo tipo. La dejó sobre la mesa y lanzó un silbido sin dejar de contemplar el cielorraso del granero, repleto de lucecitas—. No es porque yo te haya ayudado, pero ha quedado de puta madre, tío.

Chocamos la mano como dos amigos de toda la vida y nos palmeamos la espalda con fuerza. Walter abrió tres cervezas y brindamos por el trabajo bien hecho. Un fontanero, un mecánico y un arquitecto, ¿quién lo iba a decir?

La zona que habíamos dispuesto para los regalos se fue llenando conforme llegaban los invitados. Constance y Emma, encargadas del resto de la cena, hicieron una entrada triunfal con un sinfín de bandejas de canapés, pequeños sándwiches de queso, pavo horneado cortado en lonchas y algunas fuentes de chili con carne. Gael, que ayudaba a descargar la vajilla de la cafetería con su cara de pocos amigos, no pudo ocultar su asombro al ver el granero. Cuando nuestras miradas se encontraron, me pareció ver aceptación, pero ¿qué sabía yo de lo que le pasaba por la cabeza a ese hombre?

—¿Qué le has dicho para que venga a estas horas? —se interesó Krista—. No habrá sido fácil.

—Lo he dejado en manos de sus padres. Ya sabes cómo es Loreen: si dice que la familia sale a cenar, se sale a cenar y punto.

Rosie Castaneda, la anciana propietaria de la casa derruida junto a la Sociedad Histórica, entró en el recinto del brazo de Agnes Howell, la bibliotecaria. Ambas traían su aportación al postre y mucha curiosidad, pues, a pesar del tiempo que llevaba en el pueblo, no

habíamos sido presentados formalmente.

—Encantado de conocerlas, señoras —dije con un cabeceo cortés —. April habla mucho de ustedes.

—April siempre habla mucho, pero nunca dice nada interesante —gruñó Agnes—. A ver, menos formalismos y más información, joven. ¿Cuáles son tus intenciones con nuestra April? ¿A quién se le ocurre besarla en medio del pueblo? Los hombres no pensáis con la cabeza, solo con…

—¡Agnes! Deja al muchacho —la reprendió Rosie—. Ni caso, señor Farley. Agnes ve a todos los hombres como piratas, maleantes o bandoleros de mala calaña. Eso le pasa por tener siempre la nariz en los libros.

—No tienen de qué preocuparse, prometido. El beso fue solo… solo un beso. Mis intenciones con April son completamente platónicas —confesé.

Aunque me hubiera gustado que no fuera así, era la pura verdad.

Agnes masculló algo sobre mi cerebro de mosquito y fue a reunirse con el resto de chicas del club. La anciana, sin embargo, se quedó delante de mí, con los ojos entrecerrados como si intentara recordar algo importante.

—Es usted el que tiene interés en la casa de mi familia, ¿verdad? ¿O me falla la memoria? —dudó—. Creo que Cameron Blevins me lo dijo, pero no estoy segura.

—Más que interés, curiosidad. Debió de ser una casa preciosa, y creo que aún podría serlo si alguien supiera tratarla como se merece.

—¿Y usted es ese alguien, señor Farley?

—No, no, desde luego que no. Bueno, sí, claro que podría hacerlo, sería un gran trabajo, pero no sé cuánto tiempo estaré por aquí. Me gustaría volver a Boston algún día, si es que consigo un empleo.

—Y dígame, ¿lo está pasando bien en el pueblo? Me han dicho que no se pierde usted una fiesta en la plaza.

Si hubiera tenido una abuela a la que recordar, me habría gustado que fuera como Rosie Castaneda, porque por muchas indirectas que me lanzase, su dulzura las convertía en caricias.

—La verdad es que me gustan las fiestas en la plaza. Son divertidas, y es importante que Adrien conozca las tradiciones del pueblo de sus abuelos. Y yo también, por supuesto.

—Pues ándese con ojo, jovencito, ya conoce el dicho: quien de tradiciones disfruta, de marcharse no entiende. —Joder, ¿en serio era un refrán popular?—. ¡Ah! Otra cosa. April dice que sabe usted mucho de grietas y de paredes mal puestas.

—¿Eso dice? Voy a tener que darle la razón a la señora Howell: April habla mucho.

Rosie dejó escapar una risa maliciosa.

—Si no es mucha molestia, ¿podría pasar por mi casa el lunes para echarle un vistazo a un asuntillo de nada? No me atrevo a llamar a nadie antes de que me digan si es importante o no.

—Por supuesto, señora Castaneda. Será un placer.

—Te pagaré, desde luego.

—Y yo no lo aceptaré, desde luego. —La anciana movió la mano para rechazar mi respuesta y me señaló con un dedo—. Uno no vive del aire, y usted tiene bocas que alimentar. Le pagaré, y no se hable más.

—¡Está llegando, está llegando! —gritó Emma, alterada—. ¡Apagad las luces!

Acompañé a Rosie hasta una silla y fui en busca de Adrien. No llevaba muy bien los grandes estruendos ni la oscuridad en lugares que no conocía, y me enterneció ver que él también me buscaba a mí con los ojos muy abiertos, asustado. No me dijo nada, pero se aferró a mi mano y fue mi sombra mientras los invitados se organizaban en dos grupos a los lados del portón.

Walter apagó las luces a una señal y el aire en el granero se llenó de risitas nerviosas y de impaciencia, hasta que oímos el motor del coche de Spencer Williamson.

—Es mejor venir mañana, mamá —se quejó April—. Apenas queda luz. Además, yo no he visto ninguna bandeja por aquí. Si la hubiera visto, habría sabido que es tuya. Eres la única que le trae comida a Nathan.

—¿La madre de April te trae comida? —me susurró Anthony en tono insinuante—. Eso no lo has mencionado, Farley.

Le chisté para que callara y me dejara en paz. Yo no tenía la culpa de que Loreen quisiera cebarme como a un pavo de Navidad.

—Te digo que la dejé aquí, y la necesito, hija, entiéndelo. Mañana tengo que preparar un asado para tu padre y sin la bandeja del horno poco asado voy a hacer.

—¡Vendré yo a primera hora! —se exasperó April—. Papá, dile algo.

—Como si fuera a hacerme caso, cariño —se resignó Steven.

Oí sus pasos, y sus bufidos, el tintineo de las llaves sobre la cerradura. Adrien me apretó la mano y se escondió detrás de mí con un ojo cerrado y el otro muy abierto para no perderse la entrada de April.

—¿Qué es esto? ¿Por qué está el portón sin cerrar? ¡Oh, Dios mío! ¡Alguien ha entrado en el granero! ¡Alguien ha…!

—¡¡Sorpresa!! —gritamos todos a una.

Walter encendió las luces y, tal y como habían predicho todas sus amigas, April boqueó, nos miró y se echó a llorar.

Hasta con la cara congestionada y los labios fruncidos en un



puchero, era la mujer más preciosa que habían visto mis ojos.

37. April

SI ALGUIEN PREGUNTA, ME GUSTARÍA…
- Un masaje relax
- La camiseta de Wonder Woman
- Unas zapatillas de deporte
- Un desayuno en la cama

Ser el centro de atención nunca se me había dado bien. La tendencia al desastre me perseguía allá donde iba y prefería mantenerme en un segundo plano por si metía la pata, me atragantaba o le prendía fuego a la decoración por accidente.

Sin embargo, un montón de pares de ojos estaban puestos en mí aquella noche, en mi cara de «joder, qué susto» y en mis lágrimas de emoción, imposibles de evitar.

—Pero ¿cuándo habéis montado todo esto? —les pregunté a las chicas.

—Ha sido Nathan —respondió Krista. Todas estuvieron de acuerdo.

Cuando lo busqué con la mirada para interrogarlo, había desaparecido.

No hubo conversación donde no mencionaran su nombre, donde no alabaran su buen gusto, o el cariño que sentía por mí, o cuánto había trabajado los tres últimos días para dejar el granero como en un cuento de hadas. No me cansaba de mirar al techo, con todas esas luces diminutas que parecían estrellas. Tampoco me cansaba de admirar las gasas que ondeaban con suavidad a los lados. Estaban estratégicamente colocadas para que no se vieran los parcheados de madera provisionales que tapaban algunos agujeros en el tejado. El suelo, limpio de paja y tierra; las mesas, aquí y allá, lucían los manteles de hilo del ajuar de mi madre; la vajilla era de la cafetería de Emma y muchas de las bandejas pertenecían a mis amigas. En conjunto, era un sueño, mi sueño, y él lo había hecho realidad.

Después de un par de horas alternando con los invitados, todavía no había tenido la oportunidad de hablar con él. Me miraba a lo lejos mientras charlaba con unos y con otros, brindaba en mi dirección o me sonreía de medio lado y me hacía perder el hilo de las conversaciones. Llevaba una camisa azul marino preciosa y unos pantalones vaqueros que estaban volviendo locas a Danielle y a Constance con razón. El olor de su perfume me llegaba cuando pasaba cerca de mí, pero desembarazarme de Agnes o de mi madre sin parecer grosera, resultaba imposible. Además, tenía la sensación de

que la gente aguardaba impaciente el momento de vernos juntos, como si habernos besado delante de todo el pueblo nos hubiera convertido en la pareja del año. ¿Qué esperaban? ¿Otro espectáculo? ¡Ni hablar!

Unos tironcitos en la falda del vestido llamaron mi atención. Drake, el más travieso de los demonios de Danielle, puso un papelito en mi mano y salió corriendo tan rápido como había llegado. ¿Una nota? ¿Quién me mandaba una nota?

«¿Puedes *benir* afuera? Soy Adrien».

Miré a un lado y a otro con una sonrisa contenida. Era tan tierno… Había pasado unos días preocupada por el berrinche. Nathan no había logrado avances con su hijo y el niño no había venido a verme a la oficina en toda la semana. Si aquella nota era una tregua, bienvenida fuera.

—¿Adrien? —lo llamé en cuanto dejé atrás el alboroto del granero. Pisé con cuidado de no doblarme un pie y llegué hasta la linde del bosquecillo de fresnos donde Nathan me besó por primera vez—. ¿Hola? ¿Adrien?

—Estoy aquí. —Apareció detrás de mí, tan repeinado, tan elegante con su camisa y su pantalón de pinzas…—. Esto es para ti. Feliz cumpleaños, April.

Le tembló la mano al ofrecerme un ramillete de flores silvestres sujetas con un lazo rojo. Estaba tan avergonzado que dos enormes rosetones le colorearon las mejillas.

Antes de aceptar su presente, me agaché para mirarlo a la cara. Era un niño maravilloso y dulce, y aún me dolía haberle hecho daño.

—Son preciosas, Adrien. ¡Me encantan! Muchas gracias.

—Son para pedirte perdón. Mi *abu* dice que es importante pedir perdón a las personas que has hecho daño.

—Entonces yo también tengo que pedirte perdón. Lo que viste… No estuvo bien. Lo siento.

Adrien asintió con un gesto contundente y me lanzó los brazos al cuello con tanta fuerza que por poco me caigo de culo.

—¿Tú no tienes un regalo para mí? —preguntó, abatido.

—Eeeh… No, pero puedo llevarte a comer una hamburguesa el fin de semana que viene, ¿te parece?

—¡Sí! —gritó—. ¿Y podré tomarme un batido de chocolate de los grandes?

—El más grande.

—¡Toma! Verás cuando se lo diga a Charlie. Gracias, eres la mejor. —Hizo amago de salir corriendo, pero antes volvió a mirarme muy serio—. Te quiero, April.

Me rodeó con los brazos y escondió la carita en mi pelo. La declaración me dejó con la boca abierta y tardé en reaccionar a su

abrazo. Era un gesto muy habitual en él, aunque en aquella ocasión llevaba implícito algo más, un anhelo, una esperanza, un deseo que no estaba en mi mano cumplir. Adrien echaba de menos a su madre y yo nunca podría llenar ese vacío.

Le acaricié el pelo y él me apretó más. Su cuerpecito tembló y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo también te quiero, pequeñajo.

Lo aparté un poco para besarle la mejilla, pero él puso los labios en el último momento y los apretó contra los míos. A continuación, salió disparado con un gesto de triunfo del puño. ¿Me había besado en la boca a propósito?

Las luces se apagaron cuando las chicas aparecieron con una preciosa tarta de fondant coronada por una muñequita que se parecía mucho a mí. Un tres y un dos de purpurina rosa brillaban con el resplandor de las llamas y alguien me recordó que debía pedir un deseo.

¿Qué iba a pedir? ¿Ser una empresaria de éxito, como los últimos cuatro años? ¿Un poni, como cuando era niña? ¿Salud? ¿Amor?

«Amor».

Lo busqué entre los invitados y lo encontré al primer vistazo. Sus ojos me contemplaban con intensidad; sus labios se curvaban hacia un lado, en una de esas sonrisas que ocultaban sus más profundos pensamientos. Se me pasó por la cabeza pedirlo a él, pedir que se quedara en el pueblo, que tuviéramos una cita, que empezáramos una relación. Que me cogiera de la mano, que me abrazara por la espalda, que me quisiera hasta el punto de querer formar una familia conmigo.

«Él ya tiene una familia, April. No lo olvides».

¿Cómo iba a olvidarlo? Su situación era un enorme neón resplandeciente que se encendía cada vez que pensaba que, para bien o para mal, me había enamorado de él y me partiría el alma cuando se fuera.

—Vamos, hija, o la tarta se llenará de cera, por Dios —me apremió mi madre.

Cerré los ojos y pensé en nieve, en nieve blanca y fría, en nieve blanca, fría y blandita. Así era como debía estar mi mente para no pedir ningún deseo. No tenía sentido anhelar un imposible. Haría bien en recordarlo más a menudo.

Poco después de repartir la tarta, la gente empezó a despedirse y la fiesta llegó a su fin.

Junto a la entrada, Nathan hablaba con Krista ante la impaciencia de Adrien. No parecía muy contento con lo que estuviera diciendo su padre, pero su salto triunfal fue la prueba de que, fuera lo que fuera, se había salido con la suya.

—No has dejado de mirarlo en toda la noche —comentó Emma como si nada.

—No es verdad. ¡Si no he parado quieta ni un minuto! Además, ¿qué sabrás tú? Solo tienes ojos para Gael. —Emma se sonrojó—. ¿Te hace feliz? Ya sabes cómo es, y no me gustaría que te hiciera daño.

—Debajo de su capa de gilipollas hay un hombre que merece la pena, y me gusta. Me gusta mucho. Incluso cuando no lo soporto —reconoció—. Vamos a tomárnoslo con calma, poco a poco, a ver adónde vamos.

—Eso es muy inteligente por tu parte. —Acepté su abrazo de despedida, y añadí—: Te quiero mucho, Emma, la pelma.

Abracé, besé y sonreí tanto que cuando el último invitado salió del granero, me desmoroné en una silla con una exhalación de cansancio. Estaba sola, rodeada de los restos de la fiesta, pero feliz.

—Cansada, ¿eh? —preguntó Nathan al tiempo que se arremangaba la camisa hasta los codos.

—Un poco, pero no te preocupes. Vete a casa, yo recogeré mañana. Adrien estará bastante… —Lo busqué, extrañada—. ¿Dónde está Adrien?

—Ha ido a dormir a casa de Krista, con Charlie. No sé qué se traen entre manos esos dos, pero esta noche me da lo mismo. Y de recoger tú mañana, ni hablar. Siéntate y disfruta de lo que queda de tu fiesta. Dejaremos la basura en el contenedor de camino a tu casa y vendré a primera hora a desmontarlo todo.

—Con servicio de taxi incluido, ¡qué maravilla!

Pasó por mi lado con un enorme saco de basura y ni siquiera me echó un vistazo. Estábamos solos, no hacía falta que se comportara como si fuéramos unos completos extraños.

¿Me molestaba su falta de interés? Sí. ¿Iba a enfardarme por ello? No, no podía. No después de todas las molestias que se había tomado para organizar la fiesta. Al fin y al cabo, acordamos que no habría nada entre nosotros, por el bien de Adrien.

¿Debería contarle que su pequeño Casanova me había besado en la boca con toda la intención del mundo?

«Mejor otro día».

Me quedé absorta unos minutos en las luces de las vigas, en lo bonitas que quedaban y en cuánto me gustaría que aquel cielo fuera para siempre. Cerré los ojos para imaginar qué sentiría una novia de verdad al verlo, qué sensación tendría al bailar bajo aquellas mismas estrellas junto a su flamante marido, embelesado y enamorado. Mis pies se movieron al ritmo de una música imaginaria y sonreí, como si fuera la única espectadora del amor de una pareja que se besa en medio de un sueño creado solo para ellos.

—Me lo pones muy difícil, ¿sabes?

Abrí los ojos de golpe y encontré a Nathan apoyado en una de las columnas, con los brazos y los tobillos cruzados y una expresión

ceñuda muy desconcertante.

—No entiendo.

—Es muy difícil intentar hacer las cosas bien cuando bailas así, April. Ningún hombre en su sano juicio lo aguantaría. Y Dios sabe que llevo toda la noche aguantando, pero si no dejas de moverte de esa forma…

—Yo n-no pretendía… Yo… Vale, lo siento. No sabía que… te molestaba.

Fue el turno de Nathan de cerrar los ojos, incluso maldijo por lo bajo. No entendía su actitud, mi baile no debería molestarle. ¿Y por qué decía que llevaba toda la noche aguantando? Si no se había acercado a mí.

Decidí no hacer preguntas y dejarlo estar. Su mal humor era evidente.

—Mañana voy a estar muy entretenida abriendo regalos —dije para mí misma. Eché una ojeada a algunas de las bolsas que había sobre la mesa de la entrada y aplaudí, entusiasmada—. ¿Esto es una caja de zapatos? —Agité el paquete y sonreí—. ¡Oh, sí! Es una caja de zapatos. Y esto es…

—¿Vas a sacudirlos todos? —gruñó detrás de mí.

—¡Pues claro! —Repetí la acción con otro paquete. Me sentía muy feliz. Nathan, sin embargo, refunfuñó—. ¿Qué te pasa? Hace un momento estabas bien y ahora te comportas como un borde.

Su respiración entrecortada me convenció de que no debía continuar hablando. Si estiraba la mano, podría pasar los dedos por su frente para suavizar las arrugas que se le habían formado. Moví los dedos, que me cosquilleaban por acariciarle el mentón, y mandé mi sentido común al garete. ¿Por qué no podía tocarlo? Era mi fiesta de cumpleaños, se me permitía cualquier cosa, ¿no?

Nathan retrocedió un paso, pero en aquella danza bailábamos los dos y no iba a perder pie por un rechazo. Avancé y acorté la distancia lo suficiente como para ver la tormenta que se fraguaba en sus ojos.

—April, no hagas esto.

—¿Por qué? —lo cuestioné con inocencia—. No estoy haciendo nada malo.

—Ha sido una noche muy larga y estoy muy cerca de olvidarme del absurdo trato que tenemos. No voy a soportarlo si me tocas.

—Yo también creo que nuestro trato es absurdo. Pero entiendo que es por el bien de Adrien.

—Por el bien de Adrien —repitió Nathan en un susurro agitado.

Abrí la mano contra su barba bien recortada y le perfilé los pómulos con el pulgar. Apenas quedaba espacio entre nosotros y la diferencia de altura me obligó a ponerme de puntillas. Su boca quedó a mi alcance y me lamí los labios antes de continuar con mi propósito.

—Por otro lado, Adrien no está aquí ahora. Lo quiero mucho, pero me alegro de que se haya ido. Hoy ha hecho algo que puede que te cuente algún día.

—Cuéntamelo ahora.

—No, ahora no —musité—. Ahora estoy ocupada.

Me aupé un poco más y rocé sus labios con los míos. No sabía de dónde había salido todo ese atrevimiento, pero me gustaba la seguridad que sentía cuando me acercaba a él. Si se retiraba de nuevo, si me rechazaba, me daría por vencida y aceptaría que él tenía más integridad moral que yo. Pero si no lo hacía…

—April…

—¿Qué?

—Nada.

Su boca salió a mi encuentro igual que sus manos, que me sujetaron por las mejillas. Era tan intenso cuando besaba que cualquiera hubiera deseado más. Quizá ese fuera el motivo por el que Diane McPherson nunca lo dejó ir, pese a las circunstancias.

—Llevo toda la noche queriendo besarte —confesó—. He estado a punto de volverme loco.

Yo me había sentido igual.

Recorrió mi cuerpo con las manos, ávidas de caricias, y disfruté de su desesperación por encontrar ropa donde él quería tocar piel. Los besos se hicieron más intensos, menos controlados, y mi cuerpo demandó más.

—No te he dado las gracias por la fiesta —murmuré, entretenida con los botones de la camisa.

—Ha sido un placer —pronunció con tono seductor, y un intenso gruñido salió de su garganta cuando puse mi boca contra su pecho—. No te he dado tu regalo.

—Eso tiene arreglo —respondí, con pensamientos muy sucios en mente—. Puedes complacerme ahora.

—Complacerte, mmm. Me encanta complacerte. Pero mi regalo no va por ahí, cariño.

—No me interesa nada más ahora mismo.

—Bien, dejaremos el regalo para mañana.

38. Nathan

En el futuro, cuando April fuera una gran organizadora de bodas y su granero acogiera grandes celebraciones, ella siempre recordaría lo que ocurrió junto a las columnas de madera, donde unos cuantos manteles de hilo sirvieron de nido para dos amantes incapaces de mantenerse alejados.

Hicimos el amor sin importar el lugar, la hora o el mundo, con tantas ganas de descubrirnos como la primera vez; con tanta grandeza como si fuera la última. Y después de sofocar nuestra necesidad de una forma tan primitiva, la llevé a casa. La noche aún no había acabado para ninguno de los dos.

—Voy a continuar justo donde lo dejé la última vez que estuvimos en esta habitación. No he podido quitármelo de la cabeza desde entonces —dije mientras la desnudaba delante de la cama.

Le quité algunas briznas de paja del pelo y me perdí en su cuello. Mi boca estaba deseando recorrer cada rincón de aquel cuerpo tentador.

—No recuerdo dónde nos quedamos —comentó, burlona—. ¿Podrías hacer algo para refrescarme la memoria?

—Desde luego, señorita Williamson. ¡Faltaría más!

Solo llevaba puesta la ropa interior cuando la empujé contra la cama y cayó de espaldas con una risa divertida. Quiso jugar conmigo y retrocedió hasta el cabezal, pero la sujeté de un tobillo y la devolví al borde del colchón. Me arrodillé delante de ella y percibí un cambio en su respiración que me hinchó el pecho. Le abrí las piernas y, sin demora, presioné con la nariz contra la tela húmeda de sus braguitas.

—Hueles a pecado. —Ella se removió con la presión. Humedecí más el encaje con la lengua y April gimió—. Veamos si sabes igual. No es por presumir, pero agárrate fuerte, cariño. Esto se me da de maravilla.

—Pareces muy orgulloso de tus facultades.

—Luego me lo dices.

Aparté la tela con un dedo y hundí la punta de la lengua hasta rozar su ardiente sexo. Se arqueó con el contacto y sus dedos se aferraron a la sábana con verdadera crispación.

—¡Oh, joder! —gritó.

—Sí, eso también lo haremos, pero primero…

La rocé de nuevo y su reacción fue directa a mi entrepierna.

Me deshice de la barrera de las bragas y liberé sus pechos, aún cubiertos por el sujetador. Me dediqué a ellos con especial interés, me fascinaba besarlos y lamerlos hasta que los pezones enrojecían. Y

mientras, mi dedo se aventuró entre sus pliegues hasta hallar un tesoro escondido: su pequeño capullo sonrosado, tan suave y tenso, palpitó en la yema de mi índice.

April cogió aire con brusquedad y aproveché para hundir mi lengua en su boca mientras mi exploración seguía un curso lento y escandaloso.

—Me encanta tocarte así, despacio, tan mojada de ti y de mí —le susurré al oído—. Podría hundirme en tu interior con tanta facilidad…

—Desnúdate y hazlo —me rogó con los ojos cerrados y la espalda arqueada—. Hazlo ya.

—Ni hablar. Más tarde, quizá; ahora quiero que disfrutes. Es tu fiesta.

April tiró de mi camisa con manos torpes y la complací liberando mi torso. Los pantalones, por el contrario, tenían que mantenerse en su sitio o no podría terminar lo que había empezado.

La tenía en el punto que quería, completamente desnuda, excitada, rendida a mis caricias y con un fuego interno que le quemaba las venas. Sus intentos de cerrar las piernas para contener lo que estaba experimentando fueron inútiles, mi cuerpo se lo impedía, y la torturé con besos y mordisquitos en los pechos hasta que sentí que era el momento de darle lo que necesitaba.

Dejé un rastro de saliva por su abdomen y se retorció cuando entendió hacia dónde me dirigía. Mi boca regresaría siempre a ese punto. Jamás había probado una esencia tan dulce como la de April.

Le besé los muslos para ir señalando el camino y salivé al percibir su aroma. Quería demorarme todo lo posible para que se estremeciera de gusto, pero estaba sediento y hambriento, y perdí el control. Mi lengua recorrió su sexo con exigencia y fue directa al clítoris, donde se detuvo a jugar hasta que April sufrió un fuerte espasmo de éxtasis. Contrajo los músculos de la vagina y empezó a manar de ella el néctar más delicioso del universo.

—¡Nathan! —gritó al sentir la succión de mis labios.

Mis dedos continuaron agasajándola con tiernas caricias, a veces lentas, a veces más ligeras, siempre húmedas y con suma delicadeza.

Y cuando volví a sentir sus temblores, introduje la lengua en ella para mostrarle mi auténtica destreza.

Rogó y lloriqueó para que le concediera la liberación, me tiró del pelo llevada por la impaciencia y, cuanto más gritaba, más despacio iba. Juró, maldijo, clamó a Dios y repitió mi nombre tantas veces que no pude evitar sonreír mientras bebía de ella. Era tan apasionada que no estaba seguro de conformarme con el trato que habíamos hecho después de esa noche.

—Necesito… necesito… Por favor…

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

Me apiadé de ella y la llevé al orgasmo pasados unos minutos de intenso desenfreno. Y con el último beso que deposité en su centro, oí mis propias palabras en un eco lejano.

«Mi amor».

Sonaban fenomenal.

39. April

FORMAS DE EMPEZAR BIEN UN DOMINGO:
- Con sexo
- Con más sexo
- Con café y galletas
- Con cuarenta mil dólares

Iba a tener agujetas y sueño para el resto de mi vida, pero valdría la pena. Que Nathan estuviera allí, en mi cama, con la cabeza sobre mi pecho, con su mano en mi abdomen trazando círculos con un dedo, con la sensación de ingravidez que sentía en ese momento, no tenía precio.

Habían sido las mejores horas de mi vida, también las más íntimas y sinceras. Si Nathan aún no se había dado cuenta de lo que sentía por él, poco faltaría.

—¿Tienes hambre? —preguntó tras un par de besos ascendentes por las costillas. Mi mano buscó su pelo con naturalidad y lo acaricié, agotada—. Puedo preparar tu desayuno de cumpleaños.

—Mmm, eso suena muy bien —ronroneé—, y sonaría mejor si lo trajeras a la cama.

—Lo que usted ordene, señorita Williamson. ¿Café y…? —dudó. No tenía ni idea de qué me gustaba desayunar.

—Hay galletas en la despensa.

—¡Galletas, claro! —Se golpeó la frente con la mano—. No te muevas, entonces. Quédate así mismo, preciosa, deliciosa, sexi…

Me besó con cada piropo y habríamos terminado haciendo el amor otra vez si no hubiera sido por mi estómago, que gruñó demandando un buen reconstituyente.

Intenté echar una cabezadita mientras Nathan se paseaba por mi cocina con unos sencillos calzoncillos negros, pero ¿quién podía dormir después de lo que había pasado? Todavía me cosquilleaba la piel allí donde me había acariciado su boca. Perdí la cuenta de las veces que lo habíamos hecho tras el tercer orgasmo. Las habilidades de Nathan eran admirables y no sabía cómo iba a esconder mi sonrojo la próxima vez que las chicas me preguntaran por el sexo con él. Me parecía un delito calificarlo con un sencillo «bien» cuando era excelente.

Sonreí y escondí la cara en la almohada. Olía a él, como en las películas. Sentirse la protagonista de una comedia romántica en vez de una espectadora más era extraordinario. Algunos recuerdos de la

noche me arrancaron una carcajada y un nuevo cosquilleo de excitación, como cuando rodamos por el cochón y nos caímos de la cama. A Nathan debía de dolerle el culo todavía. O como cuando le pillé la mano con el cajón al sacar la caja de preservativos. Estuve a punto de decirle que hacía años que tomaba la píldora, pero ¿era demasiado pronto? ¿Habría más noches como esa o solo había sido otro polvo esporádico fruto de las ganas y la tentación?

Si era pronto para hablar de condones, lo era aún más para confesar las dos palabras. Un «te quiero» inoportuno podría echarlo todo a perder, ¿verdad? Pensé tanto en decírselo mientras estaba dentro de mí que me daba vergüenza reconocerlo. Y él… él dijo «mi amor» muchas veces mirándome a los ojos, pero yo sabía que era producto del éxtasis. No significaba nada.

—Desayuno en la cama para darle la bienvenida a los treinta y dos años. —Dejó la bandeja, se acomodó a mi lado y se metió un trozo de galleta en la boca. Gimió de gusto—. ¿Qué le pones a las malditas galletas para que estén tan buenas?

—Un ingrediente secreto.

—¿Muy secreto? —Asentí, misteriosa—. ¿Y me lo vas a decir? —Negué con picardía—. ¡Oh, vamos! ¡Dímelo!

Rompió otro trocito de galleta y me lo ofreció. En cuanto lo acepté, me besó con intensidad para degustarlo en mi boca.

—Así sabe mucho mejor. —Las tazas de café tintinearon sobre la bandeja cuando se acomodó en la cama, a mi lado—. Venga, ¿qué es? ¿Canela? ¿Nuez moscada? ¿Cilantro?

—¿Cilantro? —Me burlé; no tenía ni idea de lo que decía—. ¿Cómo le voy a poner cilantro a las galletas?

—¡Y yo qué sé! Por probar… —Dio otro mordisquito, y esa vez fui yo quien lo besó a él—. ¿Vainilla?

Su insistencia era encantadora, y después de mirarme de aquella forma, como si no hubiera nadie más, me rendí a su petición.

—¡Está bien! Pero si se lo cuentas a alguien, te mataré, ¿entendido? —Se llevó la mano al pecho con solemnidad y se cerró la boca con una llave imaginaria—. Le pongo una pizquita de cardamomo a la masa.

—Cardamomo… Ni siquiera sé lo que es, pero tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

Bromeamos acerca de nombre del condimento y nos comimos el plato de galletas entre besos y cosquillas. Era tan fácil estar allí con él, tan natural, que no pensé en las consecuencias que tendría para mi corazón.

—Gracias por esto —dije después de terminar el desayuno—. Ha sido el mejor regalo.

—¡Hablando de regalos! —Saltó de la cama en dirección al salón y

regresó con la chaqueta que había llevado la noche anterior—. Aún no te he dado el mío.

—¿El tuyo? —me sorprendí—. Con la fiesta y… esto —señalé la cama para incluirlo «todo»— era suficiente.

Nathan sacudió la mano para restarle importancia y me tendió un sobre cerrado. Lo miré como si contuviera una bomba y él me animó a abrirlo mientras apuraba su taza de café.

—Iba a dártelo ayer, pero luego pensé que todo el mundo llevaría un regalo y el mío pasaría inadvertido. Ábrelo.

—De acuerdo.

Me limpié las manos en la servilleta que había en la bandeja y sacudí el sobre, con esa manía que me venía desde niña y que no podía evitar.

Nathan esperó paciente a que rompiera la solapa. Me demoré para hacerlo rabiar y recibí una exhalación como respuesta. Saqué el papel que había dentro y ahogué un jadeo.

—¿Qué es esto? —pregunté con un hilillo de voz.

—Un cheque.

—Sí, ya veo que es un cheque. Pero ¿por qué me regalas un cheque?

—¿Porque es tu cumpleaños? —dudó, y yo se lo devolví como si me quemara en las manos. No podía regalarme dinero—. No te gusta mi regalo, ha quedado claro.

—¡Son cuarenta mil dólares, Nathan! No puedo aceptarlo. Y… y… ¿a qué viene darme dinero? ¡Como si a ti te sobrara! No quiero dinero.

Tiré del edredón para cubrirme y me llevé la bandeja detrás sin querer. Nathan consiguió salvar su taza de café, pero la mía, que seguía llena, terminó empapando la sábana. Lo miré con horror, pero la presencia del cheque me cortaba el aire. La mancha no era relevante; el dinero, sí.

—Estás sin empleo, tienes un hijo, no puedes ir por ahí despilfarrando tus ahorros con cualquiera.

—Tú no eres cualquiera. Además, no son mis ahorros. He vendido la casa de Boston —soltó a bocajarro—, y puedo hacer lo que me plazca con el dinero. ¡Como si quiero tirarlo!

—¡Estás loco! ¿Has vendido…? ¿Por qué? Y cuando tú y Adrien volváis a la ciudad, ¿dónde iréis?

—Debajo de un puente no, te lo aseguro.

—¡No bromees! Hablo en serio. ¿Por qué has vendido tu casa? ¿Y por qué me regalas el dinero? ¡Son cuarenta mil dólares, maldita sea!

—Ya sé cuánto es, April, lo he firmado yo. Y no estoy de broma. Esa casa… No quería conservarla. Tenía demasiados recuerdos.

No entendía cómo podía estar tan tranquilo, ¡Su vida estaba en esa casa!

—April, deja de preocuparte. Lo he pensado mucho, te lo aseguro.

—¡Pero era vuestra casa!

—¡Me refiero al dinero!

—¡Al cuerno el dinero! No lo quiero. —Cogí el cheque, dispuesta a romperlo, pero él me lo arrebató de las manos—. No voy a aceptarlo. Dios mío, no me puedo creer que hayas vendido tu casa y me estés regalando el dinero que te han dado por ella.

—Me han dado mucho más, no te preocupes.

—¡No me preocupo por eso! —grité—. Me preocupo porque… porque… es demasiado.

—Es un regalo.

—¡Es tu dinero!

Nathan protestó, cansado, y se acercó a mí con actitud pacífica y comprensiva. No estaba segura de si quería que me tocara, pero cuando sus brazos me rodearon, pasé de sentirme tensa a agotada.

—Quiero ayudarte, April; quiero hacerlo.

—Ya me ayudas cada día —le recordé—. Has asumido las reparaciones del granero y eso es algo que te agradeceré siempre, porque si no lo hubieras hecho tú, aún seguiría igual que lo compré. Has hecho los planos, has medido cada pulgada para componer lo que será en el futuro, y me has hecho muy feliz. No te hace falta darme dinero.

—Pero lo necesitas, no seas cabezota. —Le gruñí y él me estrechó más—. Si no quieres que sea un regalo, considéralo una inversión: yo te lo presto y ya me lo devolverás cuando tu negocio vaya viento en popa. ¡O mejor! ¡Seamos socios!

—¿Socios? —repetí, extrañada—. Ahora sí que creo que te has dado fuerte cuando te has caído de la cama. No podemos ser socios.

—¿Por qué no? Un socio capitalista: yo invierto en tu negocio y tú nos haces ricos a los dos.

Me aparté de él. Cuando me tocaba no podía pensar con claridad. Lo que decía sonaba tan esperanzador… Pero ser realista y mantener los pies en la tierra eran las dos condiciones que me impuse cuando fundé mi negocio. Nadie regalaba nada y, en el caso de Nathan, no era su dinero lo que me preocupaba, en realidad.

—¿Y cuando te vayas? —pregunté a media voz, sin atreverme a mirarlo—. En algún momento encontrarás trabajo, y Adrien y tú volveréis a vuestras vidas. Ojalá Stowe fuera suficiente para ti, eso facilitaría mucho tu propuesta, pero los dos sabemos que aquí no encontrarás lo que quieres.

—Tú no sabes lo que quiero.

—Eres un gran arquitecto, Nathan. Necesitas grandes proyectos, obras inabarcables, edificaciones monstruosas que te enorgullezcan cuando las mires. Aquí no hay nada de eso.

—Te equivocas —pronunció, dolido, y recuperó sus pantalones olvidados en una esquina de la habitación—. Mi gran proyecto ahora mismo es tu granero. Es un compromiso que adquirí contigo y que me encantaría ver acabado. Si encuentro trabajo en Boston como si no, algo ha cambiado en mí gracias a ti y a este pueblo. El día que me vaya, si me voy, no será para olvidar lo que he vivido aquí ni a las personas que he conocido. Y ahora, si has terminado de rechazar mi regalo y mi ayuda, será mejor que limpiemos el estropicio que has armado o necesitarás parte de mis cuarenta mil dólares para comprar un colchón.

40. Nathan

Era cabezota, obstinada, terca y orgullosa. Le costó tres días aceptar mi propuesta y estaba seguro de que tendría el cubo de la basura a rebosar de listas absurdas de pros y contras, pero ya no importaba. Había dicho que sí y a mí me faltó tiempo para llamar al contratista que más confianza me inspiró cuando pedí los presupuestos. Había que elegir los materiales, hablar de plazos, de imprevistos, de planos y de un sinfín de detalles que a April no se le habían ocurrido.

—¿Ocupada? —le pregunté al asomar la cabeza por la puerta de su oficina—. Habíamos quedado.

Estaba concentrada en unos documentos, tenía cara de cansada y se había recogido el pelo con un lápiz en lo alto de la cabeza. A pesar del resoplido que me dedicó, se le curvó la comisura de los labios hacia arriba y me premió con una de esas caídas de párpados que derretían el cerebro de cualquier hombre.

Hubiera sido un crimen no acercarme y besarla, llevaba sin hacerlo tres interminables días, desde el domingo, cuando nos despedimos en la puerta de su casa.

Me acerqué a la mesa con decisión, le pasé la mano por el cuello y ella cedió a la presión de mis dedos.

—Buenas tardes, señorita Williamson —susurré contra su boca—. Estás muy sexi ahí sentada.

Al principio se inquietó y sus ojos volaron al hueco de la puerta, pero se rindió al beso en cuanto la rocé con los labios. Había comido galletas, y el sabor de su ingrediente secreto me cosquilleó en la boca.

—Emma puede vernos —se quejó mientras aspiraba la piel de su cuello y la acariciaba con la punta de la nariz—. ¡Oh, Dios! No hagas eso.

—¿Por qué? —Repetí el movimiento, y ella ronroneó.

—Porque me gusta demasiado.

Mi orgullo se incendió con sus palabras, y la necesidad de tomarla allí mismo me nubló el juicio. Solo tenía que cerrar la puerta, apartar las cosas de la mesa y…

—Ejem… ¿Hola? —Una tos incómoda nos interrumpió—. ¿Señorita Williamson? ¿Señor Farley? Soy Terence Mosley, el contratista. Teníamos una cita.

April retrocedió con su silla y yo me enderecé y me recoloqué el pantalón. El tipo se había adelantado y me había robado diez minutos de vida. A ella le divirtió mi decepción.

—Adelante, señor Mosley, no se quede ahí. Siéntese. ¿Le apetece un café y algo de comer? —le ofreció April con una enorme sonrisa y

las mejillas arreboladas—. El señor Farley le traerá lo que desee.

«El señor Farley le hubiera cortado la cabeza a Terence Mosley por interrumpir una situación tan… intensa», pensé. Pero como yo no era mi padre, me limité a respirar hondo, a ser cordial y a disimular mi apetito sexual de la mejor manera: yendo a por el maldito café.

Una hora después, tras haber aclarado algunos puntos del presupuesto con el señor Mosley, le pedí a April que me acompañara a por Adrien al colegio. La lluvia de los últimos días se había llevado los restos de nieve sucia y barro que quedaban del invierno, y las calles olían a naturaleza, fresca y desbordante de vida. Las flores adornaban jardines y escaparates, y la algarabía de los vecinos iluminaba el pueblo, agradecidos por el cambio de temperatura.

Por el camino, hablamos de materiales y de trabajo pendiente. Salvé a April de meter el pie en un enorme charco, sabía cuánto detestaba tener los pies mojados, y ella me recompensó cogiéndome de la mano un instante, solo hasta que se dio cuenta de que estábamos en público. La apartó de pronto, y sentí que se me vaciaba el pecho con la misma rotundidad con que se había llenado de emoción al notar su contacto. Aun así, me complació el gesto y lo que significaba. Hacía mucho tiempo que nadie deslizaba su mano en la mía con tanta calidez.

—Me alegro de veros a los dos juntos —nos saludó Beth en la puerta del colegio, aunque recapacitó de inmediato—. Bueno, no juntos sino… ya sabéis, aquí, los dos… ¡Aaag! Esto sería más fácil si estuvierais juntos de verdad.

—¡Beth! —la amonestó April.

—Vale, sí, lo siento. Me refería a que me viene muy bien que estéis los dos aquí. Tenemos un problema.

—¿Un problema? —me alarmé—. ¿Qué problema? ¿Y dónde está Adrien, por cierto?

—Adrien es el problema —respondió—. Está en el despacho del director. Castigado.

—¿Qué? —exclamó April—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Beth nos invitó a entrar en el aula y cerró la puerta para tratar el tema en privado.

—Yo puedo esperar fuera. Esto es cosa de Nathan —se excusó April.

—Por desgracia, también te afecta a ti. Sentaos, por favor.

Tomamos asiento en sendos pupitres y Beth se apoyó en su mesa con los brazos cruzados. Imponía mucho respeto desde aquella perspectiva.

—Adrien se ha peleado con un niño de la clase —dijo, al fin.

—¿Mi hijo? ¿Estás segura?

Ella levantó una ceja, suspicaz.

—¿Tú qué crees, Nathan? —Sí, había sido una pregunta estúpida, y le hice un gesto para que continuara—. Al parecer, les ha dicho a varios niños que tiene novia y que la ha besado en la boca, y los niños se han reído de él porque creen que se lo ha inventado. Él defiende que es verdad y la ha emprendido a golpes con uno de ellos.

Parpadeé, incrédulo, y reprimí una carcajada. No podía reírme delante de la profesora de Adrien, no estaba bien. Tampoco estaba bien que mi hijo se peleara con otros niños, ni que se inventara historias sobre novias y besos. Ya tendría tiempo de llegar a ese punto.

—¿Y quién es la supuesta novia con la que se ha besado? ¿Habéis hablado con la niña? —pregunté con curiosidad. April estaba demasiado silenciosa—. A lo mejor no se lo ha inventado. Ya sé que no justifica que le pegue a nadie, pero…

—No hay ninguna niña, Nathan. La supuesta novia a la que ha besado, según él, es April.

—Ay, Dios —murmuró ella.

—¿April? —Dudar de la palabra de Beth por segunda vez no me convertía en el mejor padre del mundo, pero ¿April? ¿Estaba de broma?—. ¿Me estás diciendo que Adrien va contando por ahí que April, esta April —la señalé—, es su novia y la ha besado en la boca?

—Tal cual. Y no es que lo vaya contando, es que jura por su madre que es verdad.

Estallé en risotadas ante una historia tan surrealista. Iba a tener que hablar seriamente con ese aprendiz de Don Juan.

—Esto… Yo… Es verdad —intervino April con voz queda—. A ver, es verdad una parte, aunque creo que Adrien ha confundido los conceptos y los sentimientos.

—¿Qué? —Se me borró la sonrisa—. ¿Cómo que es verdad una parte? ¿Qué parte?

April suspiró y hundió los hombros como si estuviera sujetando el peso de un error terrible. Me preocupó lo que fuera a decir porque la persona de la que hablábamos era mi hijo, mi hijo de ocho años, y fuera lo que fuera lo que había pasado, yo debía saberlo.

—Me mandó una nota en la fiesta para que saliera a hablar con él. Quería pedirme perdón por la rabieta de la Bienvenida de la Primavera y me dio un ramillete de flores. Le dije que no tenía de qué preocuparse y le prometí que lo llevaría a comer una hamburguesa y un batido. Me abrazó, yo lo abracé a él y antes de irse me dio un beso. Creí que me lo daría en la mejilla, pero fue en los labios. ¡Fue inocente! No le di importancia. No pensé que fuera a sacarlo de contexto.

—¿Besaste a mi hijo en la boca? —pregunté despacio, intentado encajar bien lo que acababa de oír.

—Él me besó a mí, Nathan.

—Y, por casualidad, no le dirías que lo querías, ¿verdad? —preguntó Beth con una mueca.

April volvió a suspirar.

—Sí, le dije que lo quería, pero ¿cómo iba a saber yo que se lo tomaría en el sentido romántico de la palabra? —Me miró, avergonzada y un poco culpable, pero yo solo podía pensar en que quería a mi hijo. ¿Y a mí? ¿Me quería a mí?—. Nathan, di algo, por favor.

¿Decir? ¿Qué iba a decir? El corazón me latía tan rápido que solo oía el rezumar de la sangre cabalgando furiosa y esa pregunta tonta y absurda: ¿Y a mí?

—Tal y como yo lo veo, tenéis que hablar con él, los dos —sugirió Beth. Estuve de acuerdo con ella con un cabeceo—. Algo me dice que el berrinche de la Bienvenida de la Primavera no tuvo que ver con que besaras a otra mujer que no fuera su madre, sino con que la besaras a ella —dedujo con mucho acierto—. Me parece que nuestro pequeño Casanova se ha enamorado de ti, April.

41. April

SI ME MIRA DE ESA FORMA ES ¿PORQUE…
… quiere estrangularme?
… le doy pena?
… me odia?
… me ama?
… me estoy volviendo loca?

Nathan caminaba en medio de los tres con enérgicas pisadas y en silencio. Saludaba a la gente del pueblo con palabras amables para, inmediatamente después, volver a fruncir el ceño y a tensar la mandíbula. El niño intentaba seguirle el paso, cabizbajo, consciente de que había hecho algo muy malo que iba a tener consecuencias. De tanto en tanto, veía a Nathan mirar de reojo a su hijo, como si todo ese malestar no fuera más que una pantomima. Sin embargo, también me miraba a mí, y me hacía sentir como si hubiese estado implicada en la pelea, como si fuese culpa mía que el niño tuviera una imaginación tan… ¿romántica?

—Tengo que volver a la oficina —anuncié al pasar delante de la cafetería de Emma—. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

—Preferiría que nos acompañases a casa, April. *Tenemos* que hablar con Adrien.

Su énfasis en la obligación me convenció para no oponer resistencia, y lo seguí obediente calle abajo hasta la casa de los McPherson.

—Al salón, jovencito —le ordenó Nathan a Adrien nada más entrar. Ginger y Percival habían dejado una nota: estaban en clase de baile—. Y tú también, señorita Williamson.

¿Me había guiñado un ojo? ¡Me había guiñado un ojo! Su mano se posó en mi cintura para guiarme y la presión de sus dedos fue electrizante. Incluso se atrevió a sobarme el culo antes de indicarme el sillón en el que debía sentarme, frente a Adrien.

—¿Puedes explicarme a qué ha venido lo que ha pasado hoy? —le preguntó al niño con fingida calma—. Y, es más, ¿puedes explicarme desde cuando arreglamos los problemas a puñetazos en esta familia?

—Se estaban riendo de mí —se defendió Adrien sin mirar a su padre.

—¿Y por qué se reían de ti?

—Porque les he dicho que besé a April en la boca —reconoció, y me miró por debajo de las pestañas. La vergüenza no le permitía

hacerlo directamente.

—¿Y te parece bonito presumir delante de los demás de que has besado a April en la boca? —Adrien negó—. Un caballero no cuenta esas cosas, por muy increíbles que sean. Y tampoco dice mentiras sobre las chicas.

—Pero tú dijiste que me querías —me recordó el niño con una vocecilla que anunciaba un llanto desconsolado.

Dejé de ser una mera espectadora de la conversación entre padre e hijo y me senté al lado de Adrien. Lo abracé, porque era lo que necesitaba en ese momento, y dejé que sus brazos me rodearan la cintura con fuerza.

—Y te quiero, pequeñajo. Te quiero muchísimo, pero es un amor diferente, como el que Danielle siente por Charlie o como el de Constance por Marcus.

—¿Como el que sentía mi madre por mí?

—¡Sí, como ese!

—Pero tú no eres mi madre. Yo no quiero que seas mi madre —declaró entre sollozos y se me heló la sangre—. Yo quiero a mi mamá.

—Lo sé, cariño. Y no voy a ocupar el sitio de tu mamá. No llores, por favor. Creo que no te he puesto el mejor ejemplo. Perdóname. —Tragué saliva con dificultad. Lo estaba empeorando y Nathan parecía tan consternado por las palabras de su hijo que apenas respiraba—. Imagina que fuera tu tía, la tía April. Así es como te quiero, Adrien.

Pensé que el dolor en el pecho me rompería en dos. La amargura del niño me traspasaba la piel y deseé que dejara de sufrir. Ya fuera por el sentimiento de pérdida de su madre o por darse cuenta de lo que significaba mi «te quiero», se le había roto el corazón y era algo injusto para un niño tan pequeño.

Me cayeron un par de lágrimas y sonreí a Nathan con una disculpa. Seguía en silencio, de pie, de brazos cruzados, esperando a que terminara para recoger los pedacitos de su hijo. Sus ojos me atravesaron con un extraño brillo que me inquietó, un brillo directo, secreto, tan afilado como un puñal, pero cálido y envolvente. Como si me odiara o como si…

—Vamos, campeón, la abuela te ha dejado una merienda especial. Luego, te ayudaré a hacer los deberes. —Lo arrancó de mi cintura y le pasó un brazo por los hombros. Adrien escondió la cara en el costado de su padre y se encaminaron hacia la cocina. Cuando ya creí que no me diría nada, añadió—: Espérame un minuto.

«Un minuto francamente eterno», me dije tras mirar el reloj por cuarta vez.

Estaba incómoda en aquella casa. La colección de fotos de Diane que había sobre la chimenea me hacía sentir muy culpable, pero también cabreada. Era una mujer preciosa, no me extrañaba que

Nathan se hubiera enamorado de ella con tanta entrega. ¿Cómo iba a olvidarla si parecía comérsela con la mirada en cada imagen? Ella, sin embargo, posaba a la cámara como si lo que había a su alrededor, su marido, su hijo, su familia, fuera el decorado de un escenario.

«No se los merecía», pensé con rabia. No se merecía el amor de ninguno de los hombres que la habían amado.

—Adrien tenía cuatro años en esa foto —me sorprendió Nathan mientras contemplaba una bonita imagen familiar que había cogido para observar de cerca. Del susto, se me cayó, dio contra el canto de la chimenea y el cristal se rompió—. No te preocupes. Ginger tiene un armario lleno de marcos vacíos.

—Yo… lo siento, no quería… —No sabía qué decir—. ¿Cómo está Adrien?

—Se le ha pasado todo en cuanto le he puesto delante las tostadas con mantequilla de cacahuete. Esta noche decidiremos juntos cuál será su castigo por ir dando puñetazos.

—No seas muy duro con él, ¿vale? Es solo un niño que echa de menos a su madre.

—Y que está enamorado de la mujer que se acuesta con su padre —añadió con muy poco tacto. Sus palabras me provocaron un profundo malestar, que fue más que evidente—. Lo siento, no quería que sonara tan…

—No importa, ha sonado como lo que es —reconocí—. Será mejor que me vaya. Tengo cosas que hacer.

Lo esquivé y Nathan no se movió, pero antes de llegar a la puerta del salón, preguntó:

—¿De verdad lo quieres tanto como dices?

—¡Por supuesto! ¿Crees que le diría algo así si no fuera verdad? —Me indigné. ¿Me estaba llamando mentirosa?—. Es un niño maravilloso, bueno, sensible y muy listo. Fue amable y educado conmigo desde el primer día, y lo adoro. No mentiría para quedar bien. Lo quiero muchísimo.

—¿Y a mí?

«¿Qué?».

Volvía a mirarme con ese brillo perturbador que me confundía. ¿Qué me estaba preguntando? ¿Y por qué estaba tan cerca? Adrien saldría en cualquier momento de la cocina. ¿Es que no habíamos tenido suficiente drama por un día?

—¿April? —Puso un dedo bajo mi mentón y yo apreté los ojos en respuesta—. ¿Te importaría mirarme un momento?

—¿Es necesario? —gemí bajito, y Nathan soltó un gruñido que se correspondió con una risa. Abrí los ojos poco a poco y ahí estaba, tan imponente, tan seductor. Tan cerca—. Si aparece Adrien y nos ve así…

—Entonces responde a mi pregunta y dejaré que te vayas.

—¿Qué pregunta?

Otro gruñido, otra sonrisa, una mucho más peligrosa.

—¿Y a mí?

—A ti, ¿qué? —Se me daba de lujo hacerme la despistada y a él se le daba fatal jugar a mi juego. No podía ser perfecto.

—Has dicho que quieres mucho a Adrien. ¿Y a mí? ¿Me quieres a mí?

—¡Oh, vamos! Él es un niño. Tú eres… Tú no eres un niño — contesté y más ruborizada que en toda mi vida—. No creo que quererte como una tía a un sobrino sea lo más adecuado, dadas las circunstancias.

—Pero me quieres.

—Yo no he dicho eso —lo corregí, nerviosa y acorralada. En algún momento, retrocedí hasta quedar con la espalda contra la puerta principal. Si quería salir corriendo, estaba perdida—. ¿Y por qué tendría que quererte? ¿Acaso me quieres tú a mí? No, no te quiero, Nathan Farley. Que hayamos pasado un par de noches juntos no te convierte en el amor de mi vida, ¿sabes? Tampoco que me ayudes con el granero o que te saques cuarenta mil dólares del bolsillo como si nada. Y no tienes derecho a hacer esa…

—¿Te estás enfadando? —preguntó con sorna. ¿Por qué se reía?

—¡Sí! ¡Claro que me estoy enfadando! Eres… eres… —Me pasó la mano por el cuello y se me puso la piel de gallina—. ¡Deja de tocarme así! No deberías…

—Dime que me quieres.

—¡No! ¿Te has vuelto loco? —Mi corazón estaba a punto de saltar en sus manos y a mis labios les costaba cada vez más contener las palabras—. En serio, esto no tiene ninguna gracia. Deja que me vaya.

—Dime que me quieres.

—Nathan, no…

—¡Papiii! —llamó Adrien desde la cocina—. ¿Hay zumo?

—Te llama tu hijo.

—Lo sé, pero tengo algo más importante que atender ahora mismo. —Deslizó la otra mano por mi cintura y su boca quedó a escasas pulgadas de la mía—. Es muy posible que Adrien venga a buscarme y nos encuentre así. ¿Quieres romperle el corazón otra vez?

—Eres un capullo, y no pienso…

Me tapó la boca con un repentino beso que duró menos de lo esperado y me dejó jadeando. Las rodillas me temblaron y pensé que me fallarían si Nathan me soltaba.

—¿Papi? —lo llamó de nuevo Adrien—. ¿Dónde está el zumo?

—¡Ahora lo busco, dame un minuto! —respondió sin apartar sus ojos de los míos—. Un minuto, señorita Williamson. Me quieres — afirmó.

—No.

—Sí, me quieres. Admítelo, no pasa nada. —Rozó sus labios contra mi mejilla y contuve las ganas de girar la cara para que fuera mi boca lo que besara—. Solo tienes que decir: Sí, Nathan, te quiero.

—Dios, eres un maldito tonto.

—Pero me quieres. —Presionó su cadera contra la mía. A juzgar por su sonrisa, se lo estaba pasando en grande. La verdad: yo también—. ¿Por qué te cuesta tanto reconocerlo? A Adrien se lo has dicho muchas veces.

—¿Y qué? ¿Estás celoso?

—Puede que un poquito.

—¿En serio?

Nathan formó una mueca que entendí como una afirmación. Volvió la intensidad en la mirada, la respiración agitada, el latido de un corazón que golpeaba contra el mío. Sus dedos me acariciaron la piel de la nuca como el preludio de un placer que estaba por llegar, y acercó la boca tanto que su aliento me calentó los labios. Salí a su encuentro para llevarme el beso que me merecía y dejé de luchar contra mí misma. ¿Qué más daba que lo supiera? Estaba enamorada de él y me iba a doler igual cuando volviera a Boston.

—Dime que me quieres —musitó entre su lengua y mi saliva, entre sus manos y mi cuerpo—. Por favor…

—Te quiero.

Se detuvo un segundo, exhaló un suspiro y apoyó su frente en la mía.

—Dios, qué bien sienta.

«¿Y tú a mí?», pensé antes de preguntarlo con palabras. Pero el tintineo de unas llaves al otro lado de la puerta puso fin al momento de confesiones. Ginger y Percival nos observaron con extrañeza al entrar y, tras murmurar una disculpa, salí corriendo de la casa y de la atracción de Nathan Farley.

42. Nathan

No iba a darle más vueltas ni me iba a pavonear delante de ella como un idiota por el simple hecho de que me quisiera. Había sido suficiente con sonreír durante todo el miércoles por la noche y durante la reunión con el equipo del contratista el jueves por la mañana. Me repetí que nada había cambiado, que seguíamos teniendo un trato cuando Adrien estaba delante y que respetaría su decisión y su espacio, aunque yo quisiera apropiarme de ese maldito espacio todo el tiempo.

No me paré a pensar en lo que sentía por ella, no quería estropearlo. La pérdida de Diane seguía muy presente, Adrien la echaba de menos, y a mí, pese a no poder quitarme a April de la cabeza, todavía se me cortaba el aliento cuando recordaba que había perdido a la única mujer a la que había amado.

Había días en los que mi mente la borraba de los pensamientos, días en los que estaba tan ocupado tratando de impresionar a April que me olvidaba de dedicarle unos minutos, como muestra de la pena que cubría mi corazón. Y cuando eso sucedía, cuando mi memoria dejaba a un lado el pasado, me sentía el hombre más insensible del mundo.

—¿Te la relleno? —me preguntó Emma con la cafetera en la mano —. ¿Estás bien? Llevas cinco minutos mirando el fondo de la taza sin pestañear.

—¿De verdad? —Parpadeé, y acepté su ofrecimiento.

—¿Estás aquí por April? Está reunida con unos clientes.

—Lo sé. Esperaré a que acabe.

—Puedo hacerte compañía, si quieres. Esto se queda desierto después de la hora del desayuno. —Le hice un gesto para que se sentara—. ¿Te importa si te hago una consulta profesional?

—Adelante.

—Rosie me ha dicho que fuiste a su casa a evaluar unas grietas de la pared del salón, y John Swanson, que lo asesoraste sobre ventanas aislantes. Eso sin contar el trabajo que estás haciendo en el granero de April. He visto la camioneta de Terence Mosley allí, su cuadrilla estaba descargando materiales. Va a quedar increíble, ¿verdad?

Se estaba yendo por las ramas, y cuanto más hablaba, más nerviosa se ponía.

—Emma, ¿qué querías preguntarme?

Frunció los labios, indecisa.

—Yo… Tengo unos ahorros y m-me gustaría hacer algunas mejoras en mi casa, pero no me darán la licencia de obra si no presento los

planos, ya sabes cómo funciona esto.

—¿Tan grande es la reforma?

—Digamos que quiero ampliar un poco la casa, añadir una o dos habitaciones, y un baño. —Abrí mucho los ojos y Emma se arrepintió de habérmelo dicho—. Olvídalo, no debería habértelo preguntado.

—Aún no me has preguntado nada.

Se puso en pie, dispuesta a irse. Su estado de ansiedad me parecía encantador. Sabía que era una chica tímida, aunque también había visto su lado más inquisitivo al tratar con Gael. Sin duda, el hermano de April se merecía que lo pusieran en su sitio.

—Pero está claro que no te interesa. Lo entiendo, de verdad. Estás ocupado con el granero y mucha gente te pide consejo, y…

—Emma, dime qué quieres y te ayudaré en lo que pueda.

—¿Lo dices en serio? —Asentí, contundente—. Ya he hablado con Terence Mosley y está de acuerdo en hacerse cargo de la obra, pero él ha dicho que los planos… Bueno, que tú podrías… Que es mejor que tú…

—Quieres que te haga los planos, ¿no?

—Sí, pero también necesitaré que te pelees con las eminencias de la Sociedad Histórica, porque mi casa está dentro del patrimonio cultural de Stowe y llevo años esperando a que me den una respuesta. ¡Ni que fuera a estropear el pueblo! Krista y Constance no han podido hacer nada, pero tú quizá…

—Bueno, no sé si esas eminencias tendrán en consideración mi opinión al respecto, pero puedo tantear el terreno, a ver qué encuentro. —Emma aplaudió como una niña en un día de feria—. ¡Ojo! No te prometo nada. Las leyes son muy estancas cuando se trata del patrimonio cultural.

—Lo sé, lo sé, pero estoy segura de que a ti te harán más caso que a ellas.

—Y necesitaré los planos originales de la casa. Es posible que los tengan en la Sociedad Histórica, pero si dispusiéramos de ellos, adelantaríamos algo de trabajo.

—Los buscaré. Tienen que estar en el desván.

—Bien, ¿cuándo puedo ir a ver tu casa y recogerlos? Ahora que Mosley está con la reforma de April, tengo más tiempo.

Se quedó pensativa y titubeó al hablar de nuevo.

—No quiero que Gael se entere de que me estás ayudando. Hemos discutido varias veces por este tema, él quiere hacerse cargo de todo, pero es mi casa y quiero hacerlo a mi manera. Además, no sé qué mosca le ha picado contigo, y si le digo que te he contratado…

—No diré ni media palabra, puedes estar tranquila.

—Ni media palabra, ¿de qué? —preguntó April, que acababa de terminar su reunión.

Llevaba un vestido largo de lana marrón con un chaleco de pelo sintético que la hacía parecer un tierno oso de peluche. El cabello recogido en lo alto de la cabeza con un lápiz dejaba a la vista su nuca y el pulso que le latía en el cuello. Iba más maquillada de lo habitual y parecía muy segura de sí misma, muy profesional. Y condenadamente arrebatadora, hasta el punto de dejarme embobado.

—Nathan va a ayudarme con los planos de mi reforma y con el comité de la Sociedad Histórica —le confesó Emma en un susurro. Aguantaba las ganas de sonreír a duras penas—. Pero no quiero que tu hermano se entere.

April me miró, ceñuda, y, a continuación, puso toda su atención en Emma.

—Si se entera, tendréis un problema. Díselo, es tu dinero y tu casa, Em, puedes hacer lo que te dé la gana. Gael no debería tener voz ni voto en este asunto.

—Sí, sí, se lo diré —asumió con pesar—, pero esperaré un poco, al menos hasta que sepamos lo que dicen en la Sociedad Histórica. No tiene sentido aguantar su mal humor si después resulta que no se puede hacer nada.

Emma nos dejó a solas unos minutos después y permanecimos callados como dos tontos. April parecía encontrar muy interesante el filo de la mesa y a mí me parecía fascinante ella, sin más.

—¿Cómo está Adrien? —preguntó, al fin—. ¿Qué tal fue lo del castigo?

—Un mes sin paga, tendrá que ayudar a Percival a limpiar los canalones de la casa y no habrá salidas divertidas ni excursiones hasta nueva orden.

—Vaya, eso anula mis planes para hoy. Había pensado en llevarlo a comer una hamburguesa y un batido. Se lo prometí el día de la fiesta.

—En otra ocasión.

—Vale —se resignó. Miró a un lado y a otro de la cafetería, incómoda con mi actitud relajada—. Emma dice que ha visto la camioneta de Terence junto al granero. ¿Han empezado?

—A primera hora —respondí.

—¿Y los materiales?

—Han traído lo justo para empezar. El resto llegará poco a poco.

—Bien.

Un nuevo silencio. Se mordió el labio y deseé hacerlo yo por ella.

—¿Cómo ha ido tu reunión?

—Genial, sí. Genial —respondió sin demasiada pasión—. Quieren que organice la boda de su hijo en Elmore, a veinte minutos de aquí. Tienen una finca junto al lago y querían saber si podría ocuparme de todo. Me dirán algo definitivo la semana que viene. Supongo que habrán consultado a otras empresas, como es lógico.

—No pareces muy entusiasmada —observé.

No era propio de April ser tan aséptica. El simple hecho de que la hubieran tenido en cuenta para organizar una boda debería hacerla muy feliz. Sin embargo, no lo parecía.

—Lo estoy, de verdad, pero ya sé lo que pasa en estos casos: mi presupuesto será demasiado alto, otros le ofrecerán algo por menos dinero y el bolsillo de los que pagan tomará la decisión por los novios. No quieren una boda de ensueño, quieren una celebración barata. Pero no pasa nada, ya habrá más.

—¿April Williamson tirando la toalla antes de sudarla? ¿Seguro que estás bien?

Se encogió de hombros y supe que no, que no lo estaba, que había algo que le impedía ser la mujer jovial y espontánea de siempre. Y, por extraño que me pareciera incluso a mí, tuve muy claro qué debía hacer.

—Recoge tus cosas, nos vamos.

—No puedo, tengo que terminar unos presupuestos para…

—Lo harás luego. Ahora vas a venir conmigo o te llevaré al hombro como un fardo de paja. Tú decides.

—Me caes mal cuando te pones tan mandón, ¿sabes? —refunfuñó, pero la sonrisa le tironeó de los labios, y caminó hasta la oficina moviendo las caderas.

—No es verdad —musité para que no me oyera—, me quieres más cuando te hago sonreír.

No había nada mejor que hacerla sonreír.

43. April

LOS MEJORES SABORES DE HELADO:
- De chocolate
- De galletas con chocolate
- De chocolate con nueces
- De besos con chocolate

Me llevó a Waterbury, a la pequeña cafetería al principio de la calle Stone, y pidió la degustación de helados. Aquel pueblo no era muy diferente al mío. Mientras nosotros teníamos una estación de esquí, ellos presumían de la mayor fábrica de Ben & Jerry's del país. ¡Era la principal atracción! Y mi marca favorita. Cualquiera de sus variedades de chocolate tendría siempre un lugar de honor en mi congelador.

—¿Qué hacemos aquí? Para comer helado, podríamos haber ido a cualquiera de los bares de Stowe. —Deslicé la cucharilla por el sabor de limón y me la metí en la boca, muy consciente de que el ácido me haría fruncir los labios—. Este no me gusta.

—A ver, deja que pruebe. —Acercó su boca a la mía y me dio un beso desvergonzado que acepté con ganas—. Mmm, a mí sí me gusta. Sabe muy bien. Y, en respuesta a tu pregunta, tienes razón, podríamos haber ido a cualquiera de los bares de Stowe, pero entonces no habría podido hacer esto. —Se llenó la boca con una cucharada de vainilla y sus labios fríos poseyeron los míos en una explosión de dulzura y placer—. Tampoco habría podido hacer esto. —Me manchó la punta de la nariz de fresa y su lengua se encargó de limpiarme hasta la última gota.

—¡Para! Nos están mirando. —La camarera le guiñó un ojo a Nathan y ambos nos reímos por su descaro—. Estás loco, pero gracias. Necesitaba… distraerme.

—¿Tan mal ha ido la reunión? ¿O es que hay algo más?

La reunión había sido una mierda, como con todos los clientes que me pedían citas y se pensaban que yo era una ONG o una paleta de pueblo dispuesta a organizar sus malditos eventos de pacotilla a coste cero. La fiesta de Sonya Merryweather, que tantas alegrías me había dado, también me había reportado un montón de decepciones.

Pero lo que más me preocupaba no tenía que ver con el trabajo y sí con el hombre que había sentado a mi lado. Aún no podía creer que le hubiera dicho que lo quería. ¡Me había obligado a hacerlo! Su insistencia me desarmó por completo y yo era una persona muy inexperta en temas del corazón. No debería habérselo dicho, no tenía

sentido confesarle mis sentimientos cuando él no estaba en la misma sintonía. ¡Se suponía que esto debía ser recíproco! Y, una vez más, me golpeé la cabeza contra la pared mentalmente, porque tenía tendencia a olvidar que el corazón de Nathan ya estaba ocupado. Por un fantasma, sí, pero ocupado sin remedio.

Yo era el parche para la herida, una distracción o un hombro en el que llorar, dependiendo del día. Era la canguro de su hijo, la loca que compró un granero sin dinero para la reforma y que aceptó a un socio del que estaba enamorada. Incluso le había confesado el ingrediente secreto de mis galletas. ¡Era una tonta!

Esos habían sido mis lúgubres pensamientos durante la noche, apenas pegué ojo, y mi cabeza siguió dándole vueltas a lo mismo por la mañana. En resumen: estaba de mal humor, arrepentida de lo que le había confesado y, para colmo, me había venido la regla.

—Si no sonríes un poco, me vas a obligar a llevarte al cuarto de baño para hacerte el amor, y solo Dios sabe cómo estarán los servicios de un lugar como este.

Nathan me ofreció una cucharada de helado de chocolate y una explosión de cacao con trocitos de nueces me inundó los sentidos hasta hacerme gemir con los ojos cerrados. Cuando los abrí, él me miraba con su expresión más seductora.

—Eres increíble, en serio.

—¿Eso piensas?

—No, si te digo lo que pienso podrían detenerme por escándalo público.

Me sonrojé con violencia y rogué para que hiciera realidad sus obscenos pensamientos. Ataqué el helado de galletas con chocolate y me ofrecí para que me besara. Cuando estaba a punto de hacerlo, retrocedió y se puso muy tenso.

—¡Mierda! —masculló. Su atención fue a parar a la puerta de la heladería.

La campanilla sonó y un aroma muy familiar me cortó la respiración.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —voceó mi tía Dorothy—. ¡Qué casualidad!

«Maldita casualidad».

—¡Tía! ¿Qué haces en Waterbury? —Besé la mejilla que me ofreció y se me quedaron los labios pegajosos de maquillaje.

—Negocios, querida. Martha, la dueña de este… café —dijo, despectiva—, es clienta de la joyería. He venido a traerle unos encargos. —Puso toda su atención en Nathan y le tendió la mano, zalamera—. Señor Farley, qué alegría volver a verlo.

—Señora Williamson —la saludó muy correcto con un cabeceo y un leve apretón de dedos.

—¡Llámame Dorothy, por favor! —Repasó la mesa con mucho interés y cogió una de las cucharillas sin usar—. No os importa, ¿verdad? Estos helados me hacen salivar solo de verlos.

Nathan aguantó la risa y le di un pequeño puntapié por debajo de la mesa. Él lo interpretó como un juego y estiró la mano con disimulo hasta detenerla sobre mi rodilla.

—¿Y vosotros? ¿Qué hacéis aquí? ¿Escapando de miradas curiosas?

—No, tía, hemos venido a ver unos materiales para el granero. Estábamos a punto de irnos —Levanté una ceja en dirección a Nathan —, ¿verdad?

—¡Cierto! Voy a pagar la cuenta, se ha hecho muy tarde.

La dueña del local recibió a mi tía con los brazos abiertos y la invitó a pasar a la parte de atrás. En cuanto desapareció, me llevé las manos a la cara y maldije mi mala suerte. ¿Qué probabilidad había de encontrarnos a la mayor chismosa del pueblo en aquel café elegido al azar?

De camino al granero, le conté a Nathan algunos de los momentos más memorables de la tía Dorothy, cuando todavía celebrábamos las navidades con ellos, como cuando le puso tantas luces al árbol que provocó un cortocircuito, o como cuando las patas de su silla se partieron en mitad de la comida, justo cuando sujetaba la fuente de salsa de arándanos. Aún podía verla resollar como un búfalo, despatarrada en el suelo, con la cara cubierta de aquella mezcolanza morada.

Las carcajadas de Nathan llenaron el espacio entre nosotros. Le sentaba bien abandonarse a la risa, parecía más joven, y ese hecho provocaba el latido irregular de mi corazón.

—Estoy acordándome de algo que me dijo tu tía el mes pasado…

—No hagas caso de lo que te diga esa vieja bruja. Su mayor aspiración en la vida ha sido siempre joder la de los demás.

—Pues el caso es que me habló de Diane. Me dijo algo como que pasaba más tiempo en el pueblo. Yo creo que se confundió, porque Diane no venía a Stowe desde antes de nacer Adrien.

«Mierda». ¿Cómo demonios sabía la tía Dorothy que Diane…?

—Ni caso, está chalada.

—Eso pensé, pero lo dijo tan convencida que, no sé, me extrañó. Si me acuerdo, la próxima vez le preguntaré qué quiso decir.

Recé para que tía Dorothy se quedara muda. Y sorda, de paso. Si levantaba las sospechas de Nathan, él no dudaría en tirar del hilo.

Y si tiraba del hilo… estaba perdida.

44. Nathan

Adrien no asistió a la búsqueda de los huevos de Pascua por el pueblo porque estaba castigado. Había que ser consecuente con las decisiones, sin importar lo duro que resultara en momentos puntuales. Y no lo decía por él, que, aunque enfadado, no se mostró demasiado beligerante. Lo decía por mí, porque Ginger y Percival habían ido a pasar el fin de semana a Burlington y no tenía a nadie con quien dejar a mi hijo. El servicio de *canguritas* estaba completo y la única que podía hacerse cargo era la mujer con la que necesitaba pasar un rato a solas.

—Si no lo hubieras castigado tanto —me recriminó April en cuanto le abrí la puerta de casa de mis suegros. Venía de visita. A verme. A vernos, mejor dicho. Comprobé que Adrien seguía mirando la tele y la besé rápido—. Con la paga y los canalones era suficiente.

—Ahora ya no importa. ¿Qué llevas ahí? —Traía una bolsa de tela muy abultada—. Dime que es una especie de bolso de Mary Poppins y que vas a sacar una *cangurita* para que cuide de Adrien.

April rodó los ojos y me dio otro beso fugaz antes de pasar de largo en dirección al salón.

—¿A qué viene ese ceño fruncido, jovencito? Que estés castigado no significa que no podamos divertirnos —le dijo a Adrien. Dejó la bolsa en la alfombra y empezó a sacar juegos de mesa de los que no había oído hablar en mi vida—. Tú eliges.

—¡El de las películas! ¡El de las películas! —se exaltó Adrien.

April preparó con esmero las tarjetas del juego bajo la atención de mi hijo, que parecía fascinado con ella. Por el amor de Dios, ¿cómo no iba a estarlo? Yo ni siquiera me había podido mover de la puerta por miedo a acercarme demasiado y romper nuestro pacto delante de Adrien.

—¿Te encargas de las palomitas? —me preguntó, y me lanzó un sobre de maíz para el microondas—. Y coge tres tazas, por favor. He traído un termo con chocolate caliente.

—¿Y nubes? —quiso saber el niño, expectante.

—¡Por supuesto! ¿Qué sería del chocolate caliente sin sus nubes?

Negué una y otra vez de camino a la cocina. April estaba convirtiendo el castigo en el sueño de cualquier pequeñajo, y en el infierno de cualquier adulto. Y por si su arsenal de diversión no fuera suficiente, venía vestida con ropa cómoda, deportiva y muy sugerente. La sudadera de la Northern Vermont University dejaba a la vista un hombro y el tirante de la camiseta de debajo. Llevaba unas mallas azulonas muy parecidas a las que se ponía para estar en su casa.

Cuando se descalzó, tuve que reprimir una carcajada al ver sus calcetines de oso panda.

¿Qué podía hacer yo ante semejante despliegue de sensualidad? Si lo que quería era torturarme, lo había conseguido.

Nos turnamos para formar equipo con Adrien y jugamos a las películas durante una hora. Luego llegaron los juegos de habilidad, y descubrí que se le daba muy bien construir castillos de naipes y formar figuras con las fichas del dominó. Adrien se encargaba de romperlo todo y de hacer trampas, y cuando perdía, me tenía que meter en el papel de padre serio porque no estaba dispuesto a que tuviera otra rabieta sin sentido.

Terminamos los tres en el sofá viendo la primera película de Harry Potter, la favorita de Adrien. No obstante, ni la exaltación de una tarde tan divertida ni el extra de azúcar que se había tomado consiguieron mantenerlo despierto. A los quince minutos se durmió acomodado en el pecho de April mientras ella le acariciaba el pelo.

—No te vayas, ahora vuelvo —le susurré con el niño en brazos. Era hora de llevarlo a su cama.

Cuando regresé la encontré en la cocina fregando las tazas del chocolate y no pude resistirme a rodearla por la cintura y besarle la nuca. También ese hombro descubierto que me había tenido toda la noche en tensión.

—Después de lo de hoy, va a querer que lo castigue todos los días.

—Lo ha pasado bien, ¿verdad? —dijo, orgullosa—. Yo también. ¿Y tú?

—Yo voy a pasarlo bien de verdad ahora. —Metí las manos debajo de la sudadera, directas a sus pechos. Los pezones presionaban contra la tela del sujetador deportivo, preparados para mí—. Joder, no sabes cuánto deseaba tocarte.

—No podemos. Aquí no. —Su voz, cargada de erotismo, me puso cardíaco—. Nathan, estamos en la cocina de tus suegros.

—Mmm, el sitio perfecto.

Me acerqué más para demostrarle que era cierto, que corría el riesgo de morir de un terrible dolor de genitales y ella me correspondió con un beso cargado de anhelo que terminó antes de lo que esperaba.

—Esta noche no. —Su negativa me destrozó, pero, en el fondo, tenía razón—. Adrien está arriba, podría despertarse. Y, además, tengo la… la regla. No es la situación ideal.

—Lo de la regla me da igual, pero de acuerdo.

Aparté las manos de ella y di un paso atrás. Un repentino cansancio se apoderó de mí y lo único en lo que pude pensar fue en dejarme caer en el sofá y quedarme dormido igual que lo había hecho Adrien, sobre el pecho de April, mientras su mano jugueteaba distraída con mi pelo.

—Quédate a dormir —le pedí, de pronto—. Ginger siempre tiene la habitación de invitados preparada. No le importará.

—No es una buena idea.

—Prepararé el desayuno por la mañana. A Adrien le gustará ver que sigues aquí.

—No, no le gustará. No es tonto, Nathan. Es muy intuitivo, y sabe que tú y yo… ya sabes. Ha sido una tarde divertida, dejémoslo ahí, ¿vale?

Gruñí, frustrado. Odiaba que tuviera razón y que fuera tan sensata. Yo no podía pensar con claridad cuando la tenía delante. Después de haber sentido sus pezones en la palma de la mano, solo podía imaginarla desnuda.

Me pasé las manos por la cara y asentí para mostrarme de acuerdo. Ni una buena ducha fría iba a poder ayudarme.

—¿Vendrás mañana? —La esperanza y las ganas convirtieron mi voz en una caricia. La ayudé a ponerse el abrigo y le bloqueé la salida —. Dime que vendrás mañana a desayunar.

—Tengo comida familiar en casa de Gael. Va a hacer oficial lo de Emma, por fin.

—Ven después, quédate a cenar. Ginger y Percival no regresan hasta el lunes.

—No sé a qué hora volveré. Te llamaré, ¿de acuerdo?

Un beso en los labios, una caricia en la mejilla, sus dedos en mi pelo. ¿Era malo desearla tanto? Estaba convencido de que ni en mis mejores tiempos con Diane había experimentado algo tan intenso.

No se trataba de sexo, se trataba de estar a su lado; de juguetear con sus dedos mientras veíamos a Harry Potter competir en el *quidditch*; de su olor a galletas adherido a mi ropa; de solo tener oídos para ella. ¿Qué locura era esa?

Miré al salón, al sofá, a los juegos que había dejado para Adrien, a la bolsa vacía de nubes que no habíamos recogido… Miré, me imaginé, me asusté…

Y las fotos de Diane sobre la chimenea me dolieron un poco menos en aquel instante.

45. April

TAREAS PARA HOY:
- Club de lectura. 8 p.m.
- Sobrevivir a un tercer grado
- Preocuparme por mi corazón
- Planificar una cita doble

Agnes había puesto un mantel blanco con flores violetas bordadas sobre la mesa redonda de la sala de estudio de la biblioteca y había distribuido tazas de té con platillo y cucharilla incluidos. Parecíamos una cuadrilla de refinadas inglesas en la tertulia de las cinco, salvo por dos pequeños detalles: eran las ocho y lo que había en las tazas no era té.

—Empieza Danielle —ordenó Agnes como presidenta del club de lectura—. ¿Qué te ha parecido *Besar a un ángel*?

—A ver, no me matéis, ¿vale? —Todas hicimos el mismo gesto de hastío. Danielle siempre era la nota discordante—. Ya sabéis cuánto me gusta el romance actual con mucho picante, pero en esta ocasión no he conseguido conectar con ellos, no me he creído su historia.

—¡Pero si es maravillosa! —exclamó Krista—. Y las escenas de sexo son perfectas.

—Y no me dirás que la adaptación de ella a la vida en el circo no es sensacional —añadió Constance.

—El elefantito es una ricura —dije con un suspiro. Las demás estuvieron de acuerdo, menos Danielle. Ella fingió una arcada.

—Eres una insensible —la acusó Beth—. Yo creo que Susan se ha superado con esta novela, y creo que Daisy Deveraux es una gran protagonista.

—¡Por el amor de Dios, Bethany! —se ofuscó Danielle—. La obligan a casarse con un ruso al que no conoce, un idiota bruto y maleducado que se la lleva a vivir a un circo. Cuando empecé a leer, pensé que era una novela victoriana. ¿Qué padre de hoy en día hace eso con su hija?

—¿Uno que está harto de que su hija se beba todo el *champagne* de Nueva York? —comentó Emma sin apartar los ojos de las últimas páginas del libro. Al acabar, lo cerró y chasqueó la lengua—. Sin que sirva de precedente, tengo que darle la razón a Dani: no me ha convencido.

—A ti no te convence nada que no sea fantasía, querida —le reprochó Constance.

—Es que Alex es un poco… No sé, un poco…

—¿Cómo Gael? —señaló Agnes, y se ganó una dura advertencia de Emma—. Me refiero a que es insufrible, aunque luego mejora. Puede que Gael también mejore con el tiempo.

Agnes odiaba a mi hermano, era un hecho. Su carácter hosco y su sinceridad brutal habían abierto muchas heridas en el pueblo. Tampoco ayudó a su causa estar involucrado en uno de los mayores escándalos de los últimos tiempos en Stowe: el divorcio del juez Howell, el hermano de Agnes. El bufete de abogados en el que trabajaba Gael llevó la causa de Meredith Howell, la esposa infiel, y destapó muchos trapos sucios que el juez hubiera deseado no airear, como su tendencia al sadomasoquismo, su costumbre de ir desnudo bajo la toga y algunas cochinadas que practicaba mientras dictaba sentencia en los juicios. Pese a que fue la señora Howell quien violó los votos sagrados del matrimonio, el hermano de Agnes tuvo que asumir que había motivos para la separación y aceptó el trato que le ofreció su mujer a cambio de que sus secretillos permanecieran ocultos. Sin embargo, alguien lo filtró a la prensa y el escándalo llenó páginas y páginas de los diarios en todo Vermont.

El culpable no fue Gael, pero Agnes necesitaba un cabeza de turco. Cosas de la edad.

Comentamos algunos aspectos más del libro de Susan Elizabeth Philips mientras dábamos buena cuenta de mi deliciosa tarta de frutos rojos y del *whisky* que había traído Beth, y cuando dimos por terminada la sesión, elegimos nueva lectura y llegamos al momento cumbre: «la vida de April».

—Walter dice que os ha visto pasear por el pueblo muy juntitos —insinuó Danielle con esa vocecilla que se le ponía cuando tomaba alguna copa de más—. Y que va a recogerte cada día a la oficina.

—Doy fe de ello —aseguró Emma—. Se os ve bien.

—¿Qué tal lo lleva Adrien? Después del numerito en el colegio…

—Adrien no sabe nada, y espero que siga sin saber nada mucho tiempo —les advertí con un dedo en alto—. Y no hemos paseado por el pueblo, no saquéis las cosas de contexto. Me ha ayudado a hacer la compra porque el maletero de su coche es más grande que el del mío. Y viene a recogerme porque quiere que esté al tanto de los avances de la reforma del granero.

—Y entre compras y reformas, os metéis mano sin que os vea el niño —sentenció Krista—. ¡No sabes cómo te envidio! Echo de menos los días en que Anthony aprovechaba cualquier descuido de mis padres para… —Miró con cautela a Agnes, que leía una gaceta informativa a un lado, y susurró—: follar como salvajes.

—¡Nosotros no hacemos eso! —mentí, y me ruboricé al recordar que, durante la última semana, habíamos hecho eso mismo en cuatro

ocasiones—. Estamos demasiado ocupados. Además, no es que tengamos una relación ni nada parecido. Somos amigos.

—*Follamigos*, muy moderno —se burló Constance—. Tal y como yo lo veo, deberíais sentar a Adrien, decirle que vas a ser su nueva mamá y terminar con esta tontería que os lleváis entre manos. Se ve a la legua lo que sentís el uno por el otro.

—No es buena idea, Constance —intervino Beth—. Adrien es muy sensible. Puede que más adelante…

—Os olvidáis de un detalle: Nathan no me quiere. Le gusto, tenemos química, pero no hay amor.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó Krista.

—No, pero ella a él sí, ¿verdad? —Maldita Emma—. Confiesa, April, lo estás deseando.

Detestaba que me conociera tan bien y detestaba mucho más que todas me miraran como si fuera un cachorrillo con una pata rota. Se lo había dicho sin esperar nada a cambio. Sabía a qué me exponía.

—Te arrepientes —observó Constance con acierto—. Te lo veo en la cara. ¿Qué te dijo él?

—Él me pidió que se lo dijera —musité, avergonzada.

Les conté lo que había pasado y cómo reaccionó Nathan, lo insistente que fue y lo aliviado que me pareció cuando le dije que lo quería. Era una locura.

—Para mí está tan claro como el agua: no es que le gustes, es que está enamorado de ti —concluyó Krista con una seguridad apabullante.

—Yo no lo veo, cariño. —Emma me pasó el brazo por los hombros en señal de apoyo—. Pero tampoco es que sea una iluminada en el amor. Hace nada que descubrí que quería al hombre que me había tirado de las coletas desde que era una niña.

Miré a Danielle, a Constance y a Beth que aún no se habían pronunciado. Incluso Agnes, que no solía participar de nuestras tertulias, se deslizó las gafas hasta la punta de la nariz e inspiró con profundidad.

—Querida, Dios te ha bendecido con una cara preciosa, un cuerpazo estupendo y una mente maravillosa. No necesitas un hombre. Mírame a mí, feliz como una perdiz, sin nadie que se rasque sus atributos en mi sofá. Coge lo que te interese de él y deja el corazón a buen recaudo. No te traerá nada bueno.

—¡No estoy de acuerdo! —voceó Krista—. April no acabará siendo una vieja solterona que cree haber vivido mil aventuras solo porque lee libros. April necesita que sus aventuras sean reales, y estoy convencida de que Nathan es la persona adecuada.

—Y todas sabemos que Krista nunca nunca se equivoca —se burló Danielle, y dio otro traguito a su taza de porcelana cargada de *whisky*

—. No sé a qué viene tanto lío. A ti te gusta. Bien. Y a él le gustas, o no iría detrás de ti como un perrillo faldero.

—No va detrás de mí como un…

—Sí que lo hace —me interrumpió Constante—. Todos lo hemos visto.

Nathan era un hombre muy atento y servicial, eso no significaba nada.

—La cuestión es que siente algo por ti —prosiguió Danielle—. ¿Qué más da si no es amor? Al fin y al cabo, volverá a Boston y ahí se acabará todo. Por una vez en mi vida, estoy de acuerdo con Agnes: saca tu corazón de la ecuación y disfruta de lo demás. Ese hombre no es el amor de tu vida.

—¡Sí lo es! —insistió Krista—. Y pienso demostrarlo.

—No es necesario, de verdad. —Le sonreí agradecida y apenada—. Dani tiene razón: Nathan se irá.

—¿Por eso está supervisando las reparaciones de Rosie? ¿Por eso va a hacerle los planos a Emma y a defender su causa delante de la Sociedad Histórica? —enumeró Krista con los dedos—. Si tuviera la intención de irse, no habría ido a la inmobiliaria de Cameron para asesorarlo sobre las ventanas. Rosie dice que ha vuelto a preguntarle por la casa vieja de su familia. ¡Le interesa esa ruina!

—A Walter va a hacerle un estudio de la grieta que hay en el taller —dijo Danielle.

—Y la doctora Weasly le ha encargado los planos de la clínica nueva —comentó Constance—. Va a tener un montón de trabajo como siga así.

—Eso no significa nada. No cobra la mitad de esos encargos, lo hace porque son vecinos del pueblo y porque nadie conoce a otro arquitecto de confianza.

—Eso no es verdad —me contradijo Agnes—. El maldito señor Knightley, el presidente de la Sociedad Histórica, es arquitecto.

—¿El señor Knightley? ¿En serio? —exclamó Beth—. No tenía ni idea de que ese vejestorio tuviera formación universitaria.

—No es tan viejo, solo tiene diez años más que yo —puntualizó Agnes. Fue el último hombre que se atrevió a rondar a la bibliotecaria —. Es quien asesora al alcalde y quien se hará cargo de la construcción del nuevo centro social del pueblo.

—Es el que tiene que aprobar la ampliación de mi casa —rumió Emma, derrotada—. Con lo cascarrabias que es, no le habrá sentado nada bien que Nathan le haga la competencia.

Krista dio un par de palmadas al aire para llamar nuestra atención.

—¡Nos estamos desviando del tema, señoras! Hablábamos de los sentimientos de Nathan Farley, no de su exceso de trabajo, remunerado o no.

—Krista, déjalo —insistí.

—¡Ni hablar! ¿Quién se apunta mañana a unas partidas de bolos en Morristown? Esos paletos no tienen dinero para asfaltar sus calles, pero han construido un centro de ocio que es una maravilla. ¿Qué me decís? ¿Sábado de parejas sin niños?

—Imposible —respondió Beth—. Dave está en una feria agrícola este fin de semana y Elliott no está tolerando bien la nueva medicación. No puedo dejarlo con la canguro.

—Nosotros tenemos cena con los padres de Gareth —refunfuñó Constance.

—No creo que a tu hermano le haga mucha gracia ir a jugar a los bolos —se excusó Emma—. Además, el sábado me quedaré en su casa, en Burlington.

—¿Y tú, Danielle? ¿Noche libre de demonios? A Walter le vuelven loco los bolos.

—Si April me consigue una *cangurita* que se quiera quedar con mis tres hijos…

Iba a ser difícil. Todas las chicas del servicio conocían bien a los niños Grey y hacía tiempo que declinaban las llamadas de Danielle y de Walter. A la última, le cortaron el pelo mientras hablaba por teléfono.

—Pues parece que será una cita doble —zanjó Krista—. Si siente algo por ti, lo sabré al acabar la noche.

46. Nathan

Hacía más de veinte años que no pisaba una bolera y me sorprendió ver que no habían cambiado tanto. Luces de colores, sillones de escay rojo, olor a patatas y hamburguesas y el inconfundible sonido de los bolos al caer derribados. Cada vez que alguien hacía un pleno, se elevaba una algarabía de vítores.

—¿Has jugado alguna vez? —me preguntó Anthony, que presumió de estilo al sujetar la primera bola.

—A los trece años. Había una bolera cerca del internado, y los que no íbamos a casa los fines de semana, nos escapábamos para jugar unas partidas y ver a las chicas.

—¿Estudiaste en un internado? —se horrorizó Krista. Si hubiera conocido a mi padre, no le habría parecido tan terrible.

—Estudié en muchos internados, pero tranquila, no me ha dejado ningún trauma.

April me sonrió, y deseé besar esos labios pintados de un bonito tono rosado. Se había vestido a conciencia para la ocasión, muy al estilo de los ochenta, con vaqueros ceñidos, camisa anudada en la cintura y un top que asomaba entre los botones y que ponía en peligro la contención de sus pechos. Krista vestía con el mismo estilo, como si se hubieran puesto de acuerdo, y, a juzgar por cómo la manoseaba Anthony, estaba tan impresionado como yo.

—Espero que se te dé bien, porque Anthony y Krista son muy buenos, y yo no soy ningún portento —me comentó April en confidencia.

—A mí me sobra con fingir que te enseño a lanzar para poder tenerte cerca, señorita Williamson.

Me honró con una sonrisa traviesa y se mordió el labio a modo de promesa. No habíamos hablado de lo que podíamos o no podíamos hacer delante de sus amigos, pero no estaba seguro de aguantar toda la noche sin besarla.

La primera jugada de Anthony fue un lanzamiento maestro que pulverizó los bolos. Krista levantó los brazos al cielo y él la abrazó y la elevó por los aires. Su alarde de precisión me tocó un poco el orgullo, y a pesar de no haber sujetado una bola en tanto tiempo, mi jugada fue impecable.

—¡La suerte del principiante! —se burló Krista.

April aplaudió, pero eché de menos su efusividad. Se estaba conteniendo, ambos lo hacíamos. No podía ser bueno. Además, ¿por qué? Mi hijo estaba en casa con Ginger y Percival, Morristown no era Stowe, y si alguien nos veía… ¡Me importaba una mierda si alguien

nos veía!

Krista siguió los pasos de su marido y derribó todos los bolos. El matrimonio se marcó un bailecito de lo más cómico y terminaron besándose como si no lo hubieran hecho en años.

—¡Le toca a April! —anunció Anthony—. Vamos, rubita, a ver qué sabes hacer.

April le sacó la lengua y se disculpó conmigo por adelantado. Daba por hecho que erraría el tiro.

Krista la jaleó para ponerla nerviosa, Anthony inició un redoble de tambor en el sillón, April se preparó y yo babeé al ver cómo se inclinaba para lanzar. Un poco de impulso, el pie adelantado y la bola rodó por la pista sin demasiada fuerza, pero directa al objetivo.

—¡Pleno! —grité, y fui directo a ella, a su boca, a sujetarle la cabeza con las manos y darle su recompensa. Jadeó por la sorpresa de mi reacción, pero se rindió al deseo—. Joder, cómo necesitaba hacer esto.

Volví a besarla mientras Krista y Anthony silbaban y se mofaban de nuestra reacción.

—No os emocionéis tanto, aún queda mucha partida —nos advirtió el fontanero, preparado para una nueva demostración de habilidad.

Pero la partida dejó de tener interés para mí. Tanto si acertábamos como si no, no dejé de abrazarla, de besarla, de tocarla y susurrarle palabras al oído para que se riera o para que se excitara tanto como yo. Los Mendoza ganaron la primera ronda, como no podía ser de otro modo, pero no salieron tan bien parados en la segunda, la diferencia de puntos no fue tan apabullante.

—Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien —confesó Krista.

Tenía la frente sudada y las mejillas muy rojas. Le sentaba bien dejar de ser durante un rato una ama de casa dedicada a los niños y al hogar. Anthony también parecía diferente. El fontanero serio con el que había trabajado en el granero durante el último mes se transformó en un tipo competitivo y jovial que no desaprovechaba ninguna ocasión de levantar a su mujer y presumir de bíceps.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a April después de dejar los zapatos de gamuza en la consigna. Ella se relamió, inconsciente, y mi corazón latió fuerte contra las costillas—. ¿Hamburguesa y batido? *¿Pizza?* ¿O nos vamos a tu casa y te preparo un especial de helado de chocolate en la cama?

—Muy tentador. —Se golpeó el labio con el dedo y cerró un ojo para sopesar la propuesta. Cada uno de sus gestos provocaba un torrente de adrenalina dentro de mí—. ¿Qué te parece *pizza* y helado? No quiero que Krista se moleste por marcharnos sin cenar.

Miré por encima del hombro de April, donde sus amigos hacían

cola para pedir la cena. Se comían con los ojos el uno al otro, se hablaban en susurros, las manos de Anthony iban y venían por la cintura de su mujer con unas ganas que me resultaban familiares. No parecía que fueran a molestarse si poníamos fin a la noche, pero esperar un poco más tampoco me iba a matar.

—Bueno, ¿y cómo te van las cosas por el pueblo, Nathan? —se interesó Krista en cuanto estuvimos acomodados en una mesa—. Todo el mundo habla maravillas de ti. Te costó entrar, pero vas camino de convertirte en hijo predilecto de Stowe.

—¡Krista! —Tanta sinceridad molestó a April.

Anthony se atragantó con la cerveza y le dio un codazo para que no fuera tan directa. Pero a mí me gustaba su naturalidad, sin pelos en la lengua.

—¿Qué? No he dicho nada malo. —Se metió una patata frita en la boca y me guiñó un ojo—. Ve con cuidado, si sigues haciendo favores, no dejarán que te vayas cuando quieras regresar a la ciudad.

April se aclaró la garganta para llamar la atención de su amiga, sin éxito.

—¿Para qué va a volver a la ciudad? —cuestionó Anthony—. Joder, si nos ha venido como caído del cielo. ¿Qué te dije el otro día sobre el desnivel que hay en casa de tu madre?

—¿Que no era normal? —dudó Krista.

—¡Pues claro que no es normal! En cuanto Nathan entró por la puerta, lo vio. ¡Las vigas del sótano están podridas! Yo sé de cañerías, pero de estructuras no tengo ni idea. ¡Él sí!

—No fue para tanto. Me fijé en algunos detalles y…

—Detalles que yo no habría visto, aunque me los hubieran pintado de rojo, no te quites mérito, hombre. Ya sabes lo que te dije: pon precio a tu tiempo, tío. Todo lo que estás haciendo por April, por Emma o por Rosie está muy bien, pero ¿qué demonios haces calculando el ahorro energético de las ventanas de Cameron en la inmobiliaria? Si quiere un arquitecto, que lo pague.

—Tiene razón —coincidió su mujer—. Lo hablábamos ayer en el club de lectura, ¿verdad, April?

—¿Hablasteis de mí en el club de lectura? —le pregunté a la señorita Williamson, que estaba muy callada—. Espero que bien.

—No esperes tanto —murmuró Anthony.

Disfrutamos de una cena muy divertida gracias a las ocurrencias del matrimonio Mendoza. April, que parecía haber caído en un letargo, se animó un poco más cuando comenzamos a hablar de las reformas en el granero. Volvió a ser ella, bajó las murallas tras las que se escondía cuando estaba incómoda y la sentí cerca de nuevo. Incluso le lanzó una patata frita a Anthony cuando le recordó lo ingenua que era en el instituto.

—Imagínate, tío: a mí me gustaba Krista, pero para acercarme a ella tenía que cargar con sus amigas, es decir, Emma, Danielle y April. —Ambas pusieron los ojos en blanco y le hicieron burla—. Además, Krista no podía hacer nada si no me camelaba a su hermana, y su hermana no iba a ninguna parte sin sus amigas. Así que, para poder estar con ella, tenía que pedirle a mi padre la furgoneta de la fontanería, porque en el coche era imposible meterlas a todas.

—Ella se subía delante, y las demás íbamos apretujadas entre tuberías, cajas de herramientas y olores nauseabundos —declaró April.

—¿Quién era la que se quejaba siempre? ¿Cómo se llamaba? —Anthony chasqueó los dedos un par de veces y buscó en su memoria el nombre de la chica en cuestión—. ¿No era la…?

De repente, cerró la boca, me miró con los ojos muy abiertos y tragó saliva. Krista le dio una patada por debajo de la mesa, April se llevó las manos a la cara y negó repetidas veces. Al principio, no entendí qué estaba pasando, pero aquellos tres rostros rezumaban compasión en cada gesto, y lo supe. Era el tipo de reacción que tenía la gente cuando hablaba de Diane.

—No sabía que mi mujer era amiga de tu hermana. —Krista formó una mueca de disculpa—. No pasa nada. La verdad es que no sé mucho sobre esa época de su vida. Diane no hablaba del pueblo, era como si hubiera borrado todo lo que fue hasta que llegó a la ciudad.

—Mi hermana mayor y la hermana de Constance iban con ella a clase —me explicó Krista—. Fueron amigas una temporada. Luego Diane se fue a estudiar fuera y perdieron el contacto.

No tuve dudas de que fue Diane quien rompió los lazos con el resto de sus amigas. Era muy típico de ella.

—La tía de April me dijo el otro día que venía mucho por el pueblo antes del accidente. A lo mejor había retomado el contacto con ellas.

Krista miró a April con los ojos muy abiertos. Solo fue una décima de segundo, pero esa respuesta despertó mis sospechas: ocultaban algo. Fuera lo que fuera, le quité importancia en cuanto noté la mano de April deslizándose por mi pierna. Me puse cómodo y dejé que tocara a placer. Pronto tendría mi oportunidad.

—No sabía que venía al pueblo. De hecho, me extraña. Mi madre y Ginger son amigas, y no dejan pasar la oportunidad de presumir de sus hijas y de sus nietos —razonó Krista, y me pareció lógico. Además, mi suegra me lo habría dicho—. Lo más probable es que la tía Dorothy esté confundida.

April me presionó el muslo muy cerca del lugar donde mi virilidad empezaba a tomar conciencia de sus caricias, y fue la señal que necesité para dar por finalizada la cita. A Anthony le pareció buena idea abandonar el estruendo de la bolera y propuso ir a tomar una copa en algún bar de Stowe, pero Krista se negó. Le susurró algo al

oído que lo hizo jadear como un cachorro en celo y tiró de la mano de su mujer en dirección al aparcamiento. Se despidieron con la mano antes de entrar en el coche y abandonar el recinto derrapando ruedas.

—¿Y esas prisas? —pregunté.

—Hoy están solos en casa. Imagínate el resto.

47. April

PREGUNTAS IMPORTANTES:
- ¿Qué sabe?
- ¿Cómo lo sabe?
- ¿Quién más lo sabe?
- ¿Por qué no me lo ha dicho antes?
- ¿Soy una egoísta?

El intrigante mensaje de Krista a primera hora de la mañana del lunes me robó la concentración para el resto del día. ¿No podía haberme adelantado algo? No, desde luego. Ella prefería citarme en el bar de Mark Ray, un fabricante de sidra local que se estaba haciendo de oro gracias a sus originales recetas.

Y como una de las cualidades de Krista no era la puntualidad, cuando llegó al bar yo ya me había tomado dos cafés y algunos vasitos de la Stowe Cider de cereza, rodeada de camioneros y turistas que hacían un alto a su paso por Mountain Road.

—¡Llegas veinte minutos tarde! —Ni siquiera se disculpó. Levantó una mano para ordenar un par de vasos de lo mismo que había pedido yo y se tomó su tiempo para acomodarse en el sillón frente a mí—. No hay prisa, querida. No tengo nada que hacer —ironicé.

Teníamos dos temas pendientes y no sabía cuál de los dos me inquietaba más.

Por un lado, no había podido sacarme de la cabeza su expresión de horror cuando Nathan le preguntó por las visitas de Diane al pueblo. Escondía algo, sabía algo, y si era lo que me temía, iba a tener que prometer que se llevaría el secreto a la tumba.

Por otro, la cita doble tenía una función y me moría por saber lo que había percibido al vernos a Nathan y a mí juntos.

Fue una gran noche, la verdad. Los nervios del principio se evaporaron después de mi primer pleno. El descaro de Nathan se encargó del resto. Y aunque sacar a colación a Diane durante la cena resultó muy incómodo, lo que vino después compensó el mal rato.

¡Lo hicimos en el asiento de atrás de su coche!

Y luego, en mi casa, no me dio vergüenza desnudarme para él, tampoco pedirle ciertas atenciones que satisfacía con mucho empeño. Me atreví a poner algo de picardía de mi cosecha y me sentí poderosa y sexi al verlo disfrutar de mis iniciativas.

Aquella noche, por segunda vez desde que nos acostábamos, se nos olvidó usar preservativo. La primera fue en el granero, pero ¿quién

llevaba la cuenta? Le confesé que tomaba la píldora, que no había de qué preocuparse, y él agradeció mi confianza con un tierno beso en los labios.

Deseé con todas mis fuerzas que se quedara a dormir. Era una romántica que encontraba adorable despertarme y mirar a los ojos al hombre que había a mi lado. Danielle siempre me decía que el aliento de un hombre por la mañana no tenía nada de adorable, y Constance lo remataba hablando de lo *poco adorables* que eran ciertos sonidos que emitían los hombres al despertar. En lo que a motivación se refería, eran únicas.

—Tierra llamando a April. ¿Me oyes? —Krista pasó la mano por delante de mis ojos—. Baja de las nubes, ¿quieres? No tengo todo el día.

—Eres tú la que ha llegado tarde.

—¿Quieres que te cuente lo que sé o prefieres jugar al «tú más» como cuando éramos niñas? —Me crucé de brazos, impaciente—. Yo sí vi a Diane por el pueblo. Varias veces, de hecho.

—¿En serio? —«Mierda, mierda, mierda»—. ¿Dónde?

—Pues la primera vez me la crucé a la entrada. Ella iba en dirección a Burlington y yo volvía de llevar a Charlie al dentista. Pensé que me había confundido, pero a la semana siguiente la volví a ver en Quite Path. Anthony tenía la mañana libre y me llevó de pícnic. —Apretó los labios y compuso una mueca de indecisión—. La vi otra vez más allí, hay un recodo del camino que…

—Vale, es suficiente —la interrumpí—. Lo sabes. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quise hacerlo, te lo juro, April, pero lo dejé correr. Y luego, pasó lo que pasó. ¿Qué sentido tenía ya?

—¿Se lo has dicho a alguien? ¿A Anthony, tal vez?

—¡No! —exclamó—. ¿Estás loca? No voy hablando de la vida de los demás, y menos si están muertos. Allá ellos con su conciencia.

Tenía un nudo muy fuerte en la boca del estómago. La angustia no me dejaba respirar y Krista estiró la mano para coger la mía.

—¿Se lo vas a contar a Nathan? —me preguntó—. Creo que debería saberlo.

—¿Y qué le digo? «Cariño, tu mujer, a la que adoras incluso muerta, te engañaba desde hacía años con el imbécil de mi hermano. Iba a divorciarse y a trasladarse a Burlington para vivir con él en amor y compañía». ¿Cómo voy a decirle eso después de habérselo ocultado durante meses?

—Es mejor que seguir mintiéndole, ¿no crees?

—¡No lo sé! —lloriqueé, y dejé caer la cabeza sobre la mesa hasta golpearme la frente—. Me odiará.

—No, no lo hará.

—Krista, sí que me odiará, y Ginger y Percival también me odiarán por contárselo.

—Ellos lo saben, ¿verdad? —Asentí, y me golpeé la frente varias veces más—. Pues tal vez los odie a ellos más que a ti. Han acogido a Nathan bajo su techo sabiendo que Diane ya no lo amaba. Se lo deberían haber contado desde el principio.

—Hubiera sido cruel —los defendí—. Son buenas personas.

—No me refería a soltárselo a bocajarro después del entierro, April. Pero Nathan lleva meses con ellos. Estoy segura de que han tenido más de una ocasión para decírselo.

—Probablemente piensen que Nathan se llevaría a Adrien y no volvería a aparecer por el pueblo —musité, apenada, con los ojos cargados de lágrimas.

—Exacto. Conozco a los McPherson, encantadores es poco para definirlos, pero son egoístas. Y tú también si no le dices la verdad.

—No quiero que se vaya. Estoy enamorada de él y si se va me destrozará.

—Te destrozará el doble si se entera por terceras personas.

—Nadie más lo sabe.

—¿No? ¿Y qué me dices de tu tía Dorothy? Esa mujer es lista como una rata de biblioteca. ¡Vive para el chismorreo, April! Como encuentre el hilo del que tirar…

—Así no me ayudas —gimoteé—. ¿Por qué no puede salirme algo bien por una vez?

—Bueno, no todo es malo. Nathan te quiere.

—No es verdad. Lo dices para animarme.

—Te digo lo que vi el sábado. A lo mejor él todavía no lo ha asumido por todo el rollo del luto y demás, pero ese hombre te mira como si fueras lo mejor que le ha pasado en la vida, cariño. Y creo que sus planes de volver a la ciudad cambiaron hace semanas. ¿No ves las señales?

—No veo nada, Krista. Solo veo… veo… al alcalde —dije, y me enderecé en el asiento—. ¡Fitzgerald! Qué alegría verte.

El alcalde Merryweather se acercó a saludarnos con una reverencia muy cortés, al estilo de los grandes galanes de siglos atrás.

—April, Krista, el placer es mío, señoritas. ¿Disfrutando de una deliciosa sidra?

—De unas cuantas —murmuró Krista, y le sacudí una patada por debajo de la mesa—. Alcalde, April y yo estábamos hablando de la magnífica labor que está haciendo Nathan Farley en el pueblo. Lo ha oído, ¿verdad? Es como un Robin Hood arquitecto, que ayuda a los más necesitados con sus conocimientos.

Mi querida amiga apartó las piernas antes de que mi pie impactara de nuevo contra su espinilla.

Fitzgerald Merryweather retiró una silla vacía y se sentó con mucha pompa.

—Oh, por supuesto que he oído comentarios al respecto. He de decir que me ha sorprendido gratamente su adaptación a la sociedad de Stowe. No empezó con buen pie, todo sea dicho. —Me miró con complicidad y le di la razón—. El asunto de esas quejas que puso…

—Tres quejas —puntualicé.

—Pero las quitó de inmediato. Fue muy comprensivo.

—¿De inmediato? No las quitó de inmediato, alcalde —protesté, un poco molesta por convertirlo en un ciudadano modélico—. Tuve que hacer de canguro a Adrien tres días, uno por cada queja, ¡y gratis!

—No, no, April, retiró las tres esa misma mañana. ¿No te lo dijo? —«¿Qué? «¿Es una broma?», pensé, consternada—. Admitió que se había equivocado y me pidió que olvidara el asunto.

—¿Ves lo que te decía? —apostilló Krista con su expresión de sabelotodo—. No se irá.

—¿Adónde va a ir? —preguntó Fitzgerald, sorprendido—. No puede irse. Me ha preguntado por el concurso público para la construcción del centro social. Tiene unas ideas maravillosas: un edificio de dos plantas estilo de Nueva Inglaterra, con tejado a dos aguas, y sostenible al cien por cien con energías renovables. Esbozó cuatro dibujos con un bolígrafo allí mismo y, por el amor de Dios, ojalá presente su oferta. Tendrá todo mi apoyo.

Krista arqueó una ceja; yo hundí los hombros.

Si le contaba a Nathan lo que sabía de Diane, se iría, dejaría colgado a medio pueblo, no terminaría de supervisar la reforma del granero, se llevaría a Adrien, los McPherson se morirían de pena y me odiarían… Él me odiaría. Krista tenía razón: se merecía saberlo, pero mi corazón era egoísta y no saldría una palabra de mi boca, mientras fuera posible.

48. Nathan

Había luz en la ventana de April cuando pasé por el camino de su casa. Tenía buenas noticias, o lo hubieran sido semanas atrás, cuando aún pensaba en irme de Stowe. Ya no lo tenía tan claro.

A pesar de ello, la llamada del departamento de recursos humanos de Woods Bagot, una de las mejores empresas de arquitectura del panorama internacional, despertó esa emoción que se había adormecido con la acumulación de rechazos. ¡Ni siquiera recordaba haber mandado mi solicitud!

La nueva sede de Woods Bagot en Boston se había abierto hacía apenas cinco años, pero su toque particular destacó en poco tiempo en la ciudad. El área de arquitectura residencial era una de las más importantes, inspiradora y moderna, pero cálida y con espíritu familiar. Era lo que me gustaba de ellos. Que fuera una oficina de arquitectura mundialmente reconocida, que su sede principal estuviera en Melbourne, Australia, y que contara con más de un millón de empleados repartidos a lo largo y ancho del globo terráqueo no era lo que tenía en mente cuando dejé mi empleo anterior. Pero ¿por qué iba a conformarme con una insignificante empresa familiar si podía estar en lo más alto?

«Buena pregunta. ¿Por qué?».

Llamé a la puerta de April varias veces sin dejar de pensar en la mejor forma de contarle las noticias y mi decisión.

—Mira qué nos ha traído el gato —se sorprendió. Llevaba unos pantalones de yoga viejos y una camiseta de tirantes. Iba manchada de harina de pies a cabeza—. Tú por aquí a estas horas. ¿Qué ha pasado?

Le di un beso al entrar y aspiré el olor que desprendía su pelo. Galletas, magdalenas, flores. El cielo.

—Adrien tiene ensayo de teatro hasta las ocho y quería hablar contigo.

La rodeé con los brazos y mi nariz le acarició el cuello. Todavía se me aceleraba el corazón al recordar la noche de la bolera, y aunque nos habíamos visto a ratos desde entonces, era inevitable rememorar su imagen medio desnuda en el asiento de atrás de mi coche.

Busqué su boca mientras mis manos tocaban la piel cálida de su espalda. Los gruñiditos de April cuando se excitaba eran un estímulo imposible de ignorar. Parecía dispuesta a todo, sus manos manchadas recorrieron mi pelo con anhelo, pero antes de que mis labios rozaran los suyos, se apartó.

—Yo también quería hablar contigo —Su tono no me inspiró nada bueno—. El lunes hablé con el alcalde y ¿sabes qué me dijo?

—No, pero estoy seguro de que me lo vas a contar.

—Me dijo que quitaste las tres quejas el primer día, ¡el primer día! —No sé por qué le sonreí, orgulloso. April no estaba contenta, y su mano, que se movía distraída en el pelo de mi nuca, dio un tirón a modo de reprimenda—. ¡Nathan! Me hiciste creer que…

La silencié con un beso. Y cuando quiso volver a hablar, la besé de nuevo con más ganas.

—Me chantajeaste con esas malditas… —Le mordí el labio inferior y la apreté contra mí en un abrazo envolvente. April emitió un jadeo entrecortado y se dio por vencida— quejas. Eres un hombre horrible.

Pero no lo decía en serio, ni siquiera estaba un poco molesta cuando la aupé contra la encimera de la cocina. ¿Qué más daba ya si las retiré el primer o el tercer día? Interponer esas quejas fue lo mejor que había hecho en mi vida porque me dieron la oportunidad de conocer a la mujer que en ese instante se retorcía entre mis brazos.

El temporizador que había junto a la cadera de April empezó a sonar y ella se apartó de mí de un tirón.

—Si se me queman las galletas de mañana, eres hombre muerto. ¡Deja de distraerme!

—Eres tú la que me seduce con ese olor y esa pinta de mujer desastre en la cocina.

—¿Mujer desastre en la cocina? No soy ningún desastre en… —Miró alrededor, donde los ingredientes de repostería estaban desperdigados por doquier, y se rascó la cabeza con el palo de un cucharón de madera—. Olvídalo. ¿Quieres tomar algo? Hay cerveza en la nevera.

Acepté su ofrecimiento y cogí una. También le preparé una copa de su vino tinto favorito.

—¿Y esto? ¿Qué celebramos? —se extrañó.

—Hoy me han llamado de una gran empresa de Boston —le resumí. Mantuve a raya mi entusiasmo—. Me han hecho una oferta de trabajo.

Un segundo, dos segundos, tres segundos… Su reacción tardó en llegar una eternidad.

—¡Oh, vaya! Eso es… Pensé que ya habías recibido respuesta de todas las solicitudes que enviaste. —Eso pensaba yo también, aunque, al parecer, había olvidado alguna—. Es genial, ¿no?

No, no era genial. No después de verla empalidecer, no después de que le temblaran las manos al sujetar la bandeja del horno, no después de que sus ojos se tornaran brillantes y sus labios compusieran una sonrisa que se quedó en una mueca extraña. Desde que recibí la llamada, esa misma tarde, había estado temiendo la reacción de April, y ahí la tenía, sin filtros. Se alegraba por mí, pero no la hacía feliz.

Se bebió la copa de vino de un trago sin darme la oportunidad de

proponer el brindis que me picaba en la punta de la lengua y continuó con su tarea de hornear, como si no acabara de decirle que se había abierto un nuevo camino hacia el resto de mi vida.

—Háblame, dime qué te parece. Di algo, por favor.

—Al alcalde Merryweather no le va a hacer gracia que te vayas después de haberte interesado por el concurso público del nuevo centro social —comentó mientras se movía por el reducido espacio de la cocina sin ton ni son—. Y te sugiero que se lo digas a Emma antes de que se haga más ilusiones con la ampliación de su casa. Desde luego, a Rosie no le va a sentar bien que la dejes…

—April, ¿puedes mirarme?

—Sí, claro —respondió con ese tono agudo que estrangulaba su voz cuando estaba entre el enojo y el llanto—. Será mejor que hables con Terence y le dejes indicaciones para que la reforma del granero siga adelante. ¿Cuándo… cuándo te vas?

La miré a los ojos con tanta intensidad que fui testigo del momento en el que se le formaba la primera lágrima.

—¿Y si no me voy?

—¿Por qué no ibas a irte? Es lo que querías.

—Ahora quiero otras cosas —confesé muy serio, pero a ella no le impactó mi declaración. Reanudó su ir y venir por la cocina con una expresión tan triste que me preocupó—. ¿Has oído lo que te he dicho?

—Perfectamente —respondió.

—¿Y?

Me estaba poniendo de los nervios con tanto mutismo y miradas de reojo que no sabía interpretar. Por un instante, me dio la sensación de que sus «te quiero» habían dejado de tener protagonismo, de que quien dirigía la mente de April era la razón, la lógica y la conciencia.

No me equivoqué.

—Y nada, Nathan —dijo, por fin—. Has hecho amigos, tu hijo es feliz y la gente te pide ayuda con sus casas. Lo sé, es genial, te sientes bien, y a mí me encanta que estés tan animado. Pero ¿qué pasará dentro de seis meses o de un año? ¿Qué pasará cuando te canses de supervisar reformas y de hacer planos insignificantes? Esto es Stowe, no es Boston. Tú… tú eres de ciudad. Te gusta el ruido, llevar trajes caros y corbatas y las reuniones que se alargan durante horas. ¡Me lo dijiste!

—En cuatro meses en este pueblo me he dado cuenta de muchas cosas que antes no me importaban, April. También he dejado atrás otras muchas que creía imprescindibles.

—¿Como qué?

—No sé, como los cafés para llevar de los puestos ambulantes del distrito financiero. Antes no podía vivir sin ellos, pero después de probar el café de Emma…

April se exasperó, más molesta todavía.

—Estoy hablando en serio, no es momento para bromas.

—¡No es una broma! —exclamé, y me acerqué a ella, porque estar separado por una isla de cocina era como tener un océano entre nosotros—. Quiero quedarme, y detrás de ese ceño fruncido que te ha salido, sé que tú también quieres que me quede.

—Quiero que te quedes —admitió—, pero no quiero que me hagas daño cuando te des cuenta de que no estás en el lugar correcto.

—No te haré daño, April. No podría hacerlo, aunque quisiera.

—No lo sabes. Un día te preguntarás qué demonios haces en un pueblo de Vermont, pensarás que has echado tu carrera a perder por quedarte aquí con una chica a la que pusiste tres quejas absurdas, buscarás culpables y yo seré la primera de tu lista porque te dije que te quería y que no me hicieras daño —soltó de carrerilla, sin respirar, y yo parpadeé, alucinado—. Te quemarás, empezarás a ser una mala persona y harás que te odie para poder volver a tu vida anterior, a ser un carismático arquitecto de ciudad. Me olvidarás y solo te acordarás de mí cuando alguien te invite a esquiar porque una vez conociste a una chica que vivía en un pueblo alpino con una estación de esquí.

—Joooder, cariño. —Flexioné las rodillas un poco para ponerme a su altura y mirarla cara a cara.—. ¿De dónde ha salido todo eso? ¿Es la trama de una película?

—Es lo que suele pasar, no te burles.

—¿A quién le suele pasar? ¿A Julia Roberts? ¿A Kate Hudson?

—Eres un idiota, Nathan Farley.

Vale, me había pasado con el comentario y herí un poco sus sentimientos. ¡Culpable! Pero no se podía negar que la imaginación de April volaba con las comedias románticas que engullía los domingos por la tarde, y no se correspondía con la realidad. Con nuestra realidad. ¿O sí?

«Ella lo ve así».

Bien, si ese era el camino para hacerle entender de una vez lo que quería, iba a demostrarle que yo también había visto alguna que otra película.

—De acuerdo, acepto la oferta, me voy a Boston, me convierto en alguien reconocido en el sector a quien, un día, invitan a esquiar. Me acuerdo de la chica con la que pasé los mejores meses de mi vida en un pueblo alpino con una estación de esquí y, ¡sorpresa!, vamos al mismo sitio. ¡Qué casualidad! —Abrió la boca para interrumpirme, pero levanté la mano para que no lo hiciera. No había terminado—. El pueblo está igual, pero yo finjo que no me importa, que la gente a la que conocí no significó nada. Seguro que la chica ha encontrado a un hombre que la merece más que yo, y tiene hijos, y un negocio floreciente.

—Déjalo ya, ¿quieres?

—¡Oh, no! Verás qué divertido: Resulta que voy a esquiar, algo que antes no me gustaba y ahora me apasiona porque soy un tío con mucho carisma, y cuando salgo del ascensor ¡pam! ¡Ahí está ella! Por alguna extraña razón, va cubierta de pintura roja de pies a cabeza, pero su voz chillona y acelerada es inconfundible.

April bufó, pero le afloró una sonrisa y me tomé la libertad de atraerla a mis brazos. Me senté en un taburete y la acomodé entre mis piernas.

—No te acordarías de su voz. Habrías estado con mil mujeres después de ella.

—¡Con cientos de miles! —exageré, y me dio un golpe en el brazo —. Estuve con muchas mujeres después, sí, pero ninguna como ella. No habría podido olvidarla ni en un millón de años. —Mi voz se transformó en un susurro y la historia dejó de ser divertida—. Esa chica me enseñó a ver la grandeza de las cosas pequeñas, me mostró el mundo real y la luz que había más allá de la oscuridad. Me enamoré de ella sin darme cuenta, y justo ahí, a la salida de aquel ascensor, vuelvo a ser consciente de que es la persona que quiero tener a mi lado cada día, que me siento vacío en la gran ciudad, en mi puesto de responsabilidad, en mi ático de lujo con vistas al río; que echo de menos cargar con ella en medio de la nieve o verla en plena guerra de merengue con unos adolescentes; que me encantan sus galletas y su falta de destreza para jugar a los bolos; que he pensado en ella tanto que no soy capaz de querer a nadie más.

—¿Tú estás…?

—¿… enamorado de ti? ¡Claro que estoy enamorado de ti! ¿Es que no has oído mi historia, señorita Williamson? ¿Entiendes ahora por qué no voy a ir a ninguna parte?

49. April

COSAS QUE NO PUEDEN FALTAR CUANDO VAS A DARLE UNA MALA NOTICIA A UN NIÑO:

- Bol extragrande de palomitas
- Hamburguesa doble con queso
- Batido de chocolate con extra de nata
- Gran dosis de coraje

Después de una semana de vernos a diario y de discutir hasta la saciedad la forma más conveniente de decirle a Adrien que estábamos juntos, Nathan dio su brazo a torcer y organicé la mejor tarde de sábado que un niño pudiera imaginar.

—*¡Superagente canino!* —exclamó el pequeñajo al ver las entradas de la película que habíamos elegido—. ¿Cómo sabíais que quería verla? ¡Es genial!

Nathan y yo nos miramos por encima de la cabeza del niño e hicimos una mueca de resignación. Él hubiera preferido ver *Han Solo*; y yo *Book club* o *Un mar de enredos*. Pero era importante que Adrien estuviera receptivo porque no sabíamos cómo se tomaría nuestra relación.

Relación. Tenía una relación. Con Nathan. ¡Tenía una preciosa relación con Nathan!

Lo gritaba varias veces al día en mi mente. Aún no podía creer que estuviera enamorado de mí, por eso se lo preguntaba cada vez que tenía oportunidad; por eso él me lo repetía mientras hacíamos el amor. Y lo hacíamos mucho los últimos días, la verdad. Cualquier momento era bueno para… ejem, ejem.

—Un bol mediano de palomitas, por favor —pidió Nathan al dependiente de la tienda de la sala de cine.

—¿Mediano? ¡Mediano no, papi! —se quejó Adrien—. ¿Es que no has visto cómo come April? Cuando empiece la peli no quedará ni una.

—¡Eeeh! ¡Yo no como tanto, canijo! —me defendí—. Es que tú vas muy lento.

—Porque quiero que duren. —Adrien buscó apoyo en su padre—. ¿A que es mejor comer despacio y que duren más?

Nathan nos observó a ambos y pidió un bol extragrande.

Fueron los noventa y dos minutos más largos y surrealistas de toda mi vida. Estábamos solos, ni un mísero niño, ni un solo adulto. El acomodador no dejó de reírse de nosotros desde que nos acompañó a

las butacas hasta que abandonó la sala, cinco minutos después. Creo que oí reírse al tío que apagaba las luces y al que conectó la película. La peor de la historia del cine.

Lo único bueno de aquella hora y media fue la mano de Nathan buscando la mía por el respaldo de Adrien, sentado en medio de nosotros. O sus ojos brillantes, en los que podía leer lo que estaba imaginando. Desde luego, no incluía a ningún niño de ocho años ni una película de perros policía con voces horripilantes.

—¿Qué os parece una hamburguesa con patatas para rematar la tarde? —propuse sin salirme de mi plan.

El momento de la verdad se acercaba. La idea era decírselo poco a poco, tanteando el terreno, atentos a sus emociones para abortar la misión si veíamos que se nos iba de las manos. Como estrategas, no teníamos precio. Como adultos, éramos patéticos.

—Hamburguesa doble con queso y patatas con kétchup, por favor —pidió Adrien a la camarera con mucha educación—. ¡Ah! Y un batido de chocolate con extra de nata y dos guindas.

—Creo que te estás pasando, campeón. Luego te dolerá la barriga —le advirtió su padre, y yo no pude hacer más que estar de acuerdo.

—Pero me encantan los batidos de chocolate, ¿a que sí, April? —Juntó las manitas a la altura de la cara y me rogó en silencio que me pusiera de su lado—. He dejado que comas muchas palomitas, ahora es el momento de agradecérmelo.

—¡Adrien!

—¡Está bien! —claudiqué—. Pero si te pones malo y tu padre me llama para reñirme, te raparé el pelo al cero mientras duermes.

—Eso es muy sensato, April —ironizó Nathan, pero lo importante era que Adrien estuviera contento para poder soltarle lo nuestro sin que se montara un drama, y, a juzgar por su sonrisa, lo estábamos logrando.

Cenamos entre risas, disfrutamos de nuestros batidos y Nathan por poco se atraganta cuando imité a una morsa con dos patatas fritas colgando del labio superior. No se parecía en nada al hombre que nos acompañó a patinar aquella primera vez, no había rigidez en sus gestos ni incomodidad en su rostro. No censuraba las travesuras de su hijo ni le daba importancia a las manchas que habían aparecido en su suéter por arte de magia.

Tenerlo sentado frente a mí me dio la oportunidad de contemplar el amor que sentía por Adrien. Lo escuchaba, bromeaba con él, hacían los mismos gestos cuando se apartaban el pelo de la frente o cuando cerraban los ojos al degustar el sabor del chocolate.

La mirada de Nathan coincidió con la mía y ambos asentimos. Había llegado el momento de darle la noticia, y que fuera lo que Dios quisiera.

—¿Tú crees que a mamá le habrían gustado estos batidos tan ricos? —preguntó Adrien, de pronto, después de un sorbo que le dejó un bigote de nata—. Yo creo que sí, porque, aunque siempre estaba trabajando, también era divertida. Ojalá estuviera aquí.

Nos desarmó, nos dejó sin opciones. La conversación se centró en Diane y en los recuerdos que Adrien guardaba de ella y el plan se fue al garete.

Nathan buscó mi mano por debajo de la mesa para infundirme paciencia y yo hice lo mismo para inyectarle coraje. Si él empezaba la conversación, yo lo seguiría sin dudar. Pero si Nathan no daba el primer paso…

No lo dio, y abandonamos el recinto del cine con un regusto amargo en la boca y la sensación de haber perdido una oportunidad perfecta.

Adrien dormitó en el asiento de atrás del coche de camino a mi casa mientras nosotros nos lo decíamos todo en silencio. Habría más ocasiones, estaba segura, pero la decepción me mordisqueaba por dentro y no pude evitar molestarme un poco.

Cuando Nathan estiró la mano para enlazar sus dedos con los míos, mi primera reacción fue apartarme y mirar al niño que daba cabezaditas, agotado.

—Deberíamos habérselo dicho —susurré de mal humor.

—Lo haremos, te lo prometo. Joder, es que cuando se ha puesto a hablar de Diane…

—Lo sé —admití—, pero…

—¿Hemos llegado? —preguntó Adrien con voz soñolienta.

—Estamos en casa de April. En cinco minutos estarás en tu cama, campeón.

—¿Te lo has pasado bien? —quise saber. Quería alargar el tiempo con ellos, no quería irme a casa sola—. ¿Te ha gustado la peli?

—¡Ha sido súper! —exclamó. A continuación, un bostezo lo devolvió a su estado de somnolencia.

—Otro día podemos ir a ver el teatro de marionetas del centro cultural, ¿te parece? —propuse con toda mi buena fe.

Adrien compuso una mueca, como si hubiera chupado un limón, y negó repetidas veces.

—¡Eso es para bebés! Yo quiero ir al parque de atracciones de Burlington. Eso sí sería guay.

—Ya lo creo que sería guay, ¿verdad, April? —apostilló Nathan, con una expresión pícara bailándole en los ojos. «Tomo nota para el próximo intento», pensé—. Voy a acompañarla, ¿vale, enano? Duérmete y te despierto cuando lleguemos a casa.

—Vale —aceptó, pero antes de que abriera la puerta del coche, añadió—: ¿Vosotros sois novios?

Me quedé inmóvil, mirando al frente, sin parpadear. Si fuera un dibujo animado, la mandíbula se me habría descolgado hasta el suelo. Cuando reuní el coraje suficiente para mirar a Nathan, él me observaba con el mismo asombro.

—¿Por qué lo preguntas? —Fingir desinterés no era el punto fuerte de Nathan. Estaba tan tenso que los músculos de sus brazos se marcaban debajo de la tela de la camiseta.

—No lo sé, porque parecéis novios.

—¿Parecemos novios? —me sorprendí—. ¿Por qué parecemos novios?

—Porque papá te mira y tú lo miras, os reís, os decís cosas al oído…

«Dios mío, ¿hacíamos eso delante de Adrien?».

—¿Y qué pasaría si lo fuéramos? —se decidió Nathan, por fin.

—Nada, sería guay.

—¿Sería guay? —repetí, más sorprendida aún—. ¿Y lo que pasó en la Bienvenida de la Primavera?

—¡Eso fue porque te quería! Pero ya no, ahora quiero a Martha Sullyvan, que es de mi clase. Pero no la he besado, ¿eh? La señorita Gilmore dice que hay un momento y una edad para cada cosa. Aunque sí le doy la mano cuando salimos al patio.

Nathan y yo abrimos la boca y la cerramos tan coordinados que ambos sonreímos al darnos cuenta.

—Entonces, ¿no te importa si April y yo nos cogemos de la mano? —Adrien negó despacio—. ¿Y si le doy un beso?

—¿En la boca? A mí no me gustó mucho. Los besos son un asco.

—¡Oye, granuja! ¡No son un asco! —lo regañé en broma, y le hice cosquillas hasta que se retorció y salió de mi alcance—. Un día, cuando beses a la persona adecuada, te arrepentirás de haber dicho eso.

—Esperemos que sea dentro de muchos años —murmuró Nathan —. Bueno, entonces, hemos quedado en que no te molesta que April y yo estemos juntos, ¿verdad?

Adrien se ruborizó y sus ojos escondieron la vergüenza bajo las pestañas. Tenía muchas preguntas y me hubiera gustado que entraran en casa para responderlas, pero le sobrevino un nuevo bostezo y di por finalizada la charla con una caricia sobre su mejilla.

—Mañana hablaremos más, ¿de acuerdo? Buenas noches, pequeñajo.

—Buenas noches, April.

50. Nathan

Era sorprendente cómo pasaba el tiempo cuando todo iba bien en la vida. Un día de enero estaba contemplando la nieve desde la ventana y al día siguiente terminaba mayo con una explosión de color.

Vale, quizá no fuera cosa de un día para otro, pero no podía desprenderme de la sensación de que en Stowe las horas pasaban a un ritmo vertiginoso. ¿Sería el efecto de la felicidad? ¿Que la energía de April me hacía inagotable? ¿O por culpa de todo el trabajo que tenía en el pueblo?

—¡Farley! Dichosos los ojos que te ven, tío —exclamó Walter desde la acera de enfrente—. ¿Dónde te metes? Llevas todo el mes desaparecido.

Tiré a la papelera el envoltorio del emparedado que Ginger me había preparado para almorzar y crucé la carretera hasta la puerta del taller. Unos minutos de conversación con Walter no me retrasarían demasiado.

—A este pueblo le ha dado por hacer reformas con la llegada del buen tiempo —me justifiqué—. Se ha corrido la voz y ahora todo el mundo necesita un arquitecto para que el ayuntamiento apruebe sus planes de obras.

Walter rio y me palmeó la espalda.

—¿Qué me vas a contar? ¿Has visto cómo tengo el taller? Hay lista de espera. Desde que el viejo Cromwell cerró su negocio, he tenido que contratar a dos chicos más para que me ayuden.

Eché un vistazo al interior del local y le señalé la grieta que uno de los muchachos de Terence Mosley, el contratista, le había arreglado semanas atrás.

—Se mantiene bien, ¿no?

—Como nueva, tío —respondió mientras se limpiaba las manos con un trapo lleno de grasa—. Tenías razón, era por culpa de las vigas del sótano. Con el peso que soporta este suelo, no quiero pensar en lo que podría haber pasado. —Dio un par de indicaciones a un joven que hacía un cambio de aceite y volvió a centrarse en mí—. ¿Y tú qué? ¿En qué estás metido ahora? Terence me dijo que el granero estaba casi terminado.

—Casi —apostillé—. April no para de hacer cambios en la propuesta inicial y hemos tenido que rehacer los planos. Pero bueno, lo importante ya está terminado. Ahora estoy con la ampliación de Emma y con la habitación extra que quieren hacerse los Parker en el piso de arriba de la panadería.

—¿Y el concurso del centro social? —curioseó en confidencia—.

Danielle dice que el alcalde apostará por ti.

—No lo sé. Estoy preparando el proyecto en mis ratos libres, pero entre el trabajo, Adrien y… April.

Lo miré con cautela. No habíamos tenido mucho tiempo de comunicar lo nuestro oficialmente. Las chicas lo sabían, no me cabía la menor duda, pero ellos también eran amigos de April, y me daba un poco de apuro hablar del tema.

—Parece que vais en serio.

Walter no era un tipo dado a sensiblerías ni a conversaciones profundas, y el comentario, lejos de incomodarme, me hizo gracia. Su tono, tan paternal, no iba con su personalidad.

—Vamos en serio. Adrien está contento, a Ginger y a Percival les parece bien que rehaga mi vida, y quiero a April.

—Pues entonces, colega, bienvenido al club de los condenados. Por cierto, tu carcelera y la mía vienen por ahí.

April y Danielle sonrieron al vernos. Walter estampó su boca contra la de su mujer y la sujetó por la cintura sin que sus manos grasientas importaran lo más mínimo. April y yo, sin embargo, nos quedamos mirándonos, indecisos, con dudas sobre si besarnos en los labios o mantener las distancias.

Al final, di un paso al frente y deposité un suave beso en su mejilla. Mis dedos le acariciaron la piel del cuello y mis ojos buscaron los suyos con aprobación.

—Te eché de menos anoche —le susurré al oído, y ella me recompensó con un gemido de necesidad que sonó a música celestial.

—Pues esta noche también me echarás de menos. Tengo tanto trabajo que no sé cuándo podré volver a dormir. Sigue en pie lo de mañana, ¿no? ¿Vendrás a West Danville?

—No me lo perdería por nada del mundo.

April había estado ocupada todo el mes de mayo con la organización de su primera boda. Era una modesta celebración de pocos invitados en una granja, a una hora de Stowe, pero la carretera no estaba en buen estado y había decidido hacer noche en un pequeño motel para no tener que volver de madrugada. Cuando me pidió que la acompañara, no lo dudé. ¿Una noche a solas con ella sin preocuparme de despertar a tiempo para estar presente en el desayuno de mi hijo? ¡Gracias a Dios por oportunidades así!

—Tengo que volver a casa de los Parker o creerán que me he dado a la fuga con sus planos. —April me sonrió, pícara, y tiró de mi camiseta para que me acercara a ella un poco más. Me volvía loco cuando hacía eso—. Después de recoger a Adrien pasaré por el granero para tratar con el electricista unos asuntos de la instalación. ¿Nos vemos allí?

—Intentaré llegar a tiempo. Salgo ahora para West Danville. Si no

estoy allí, es probable que monten las mesas de la boda en el corral. April llamó a media tarde para avisar de que no llegaría a tiempo al granero. El electricista se demoró más de lo previsto con sus explicaciones sobre la instalación eléctrica y Adrien empezó a impacientarse hasta llevarme a la desesperación.

—¡¿Quieres hacer el favor de bajarte de ahí de una maldita vez?! —le grité al verlo haciendo equilibrios sobre los tablones que utilizaba el equipo de Terence para cortar azulejos y madera—. ¿Es que tengo que repetirte cinco veces las cosas para que me hagas caso?

Se detuvo sobre un pie y se balanceó de un lado a otro. El electricista me miró con los ojos muy abiertos y me di cuenta de que el eco había magnificado mi voz y la regañina había sonado exagerada. El estrés y el cansancio empezaban a pasarme factura, pero Adrien no tenía culpa de que el cableado del granero nos fuera a costar el doble de lo que teníamos presupuestado.

—Venga, vámonos a casa —dije al pasar por su lado, unos minutos después. Le revolví el pelo en un intento de animarlo y lo rodeé con el brazo—. Si te bañas rápido y te comes la cena, igual podríamos ver una peli de las que te gustan.

—¿Y vendrá April? —se interesó de inmediato—. A April también le gustan.

—Lo sé, pero hoy está ocupada.

—¿Y mañana?

—Mañana lo estará tanto que tendré que acompañarla para echarle una mano.

Adrien, disconforme, pateó el suelo antes de subir al coche.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esa cara?

—Necesito hablar con April. Tengo que preguntarle una cosa —murmuró, avergonzado.

—Puedes preguntármela a mí. A lo mejor te puedo ayudar.

—No puedes.

—No lo sabes —insistí—. Prueba a ver.

Dio un par de pataditas al sillón delantero y el mechón de pelo rubio pajizo que le caía sobre la frente revoloteó delante de sus ojos.

—El 29 de junio es mi cumpleaños y yo quería… quería saber si April… si April podría hacer… hacerme… una fiesta.

Lo dijo en voz tan baja que me costó entender de qué estaba hablando, pero la bombilla se me encendió antes de quedar como un mal padre. Adrien quería una fiesta para celebrar su noveno cumpleaños e iba a preguntárselo directamente a la mejor organizadora de fiestas infantiles del estado de Vermont.

Aguanté la sonrisa y asentí con contundencia.

—Me parece una idea fenomenal.

—¿Lo de la fiesta?

—No, lo de que le preguntes a April. —Arranqué el coche y salí del recinto del granero, sin perder de vista a mi hijo por el espejo retrovisor—. Tendrá que comprobar su agenda. Tiene mucho trabajo y, a lo mejor, ese día ya tiene otro compromiso.

—Si es mi fiesta, seguro que lo deja todo —aseguró con total convicción.

—No sé yo, ¿eh? —Adrien dudó, y a mí me pareció el niño más inocente y tierno del mundo entero—. ¿Y has pensado cuánto dinero te quieres gastar?

—¿En qué?

—¡En la fiesta! Tendrás que pagarle. April no trabaja por amor al arte.

—Pero yo no… yo no tengo dinero. ¿No puede hacerla por amor a mí? Me quiere, me lo dice siempre.

Se me escapó una carcajada, seguida de una punzada de algo inexplicable. ¿Qué era? ¿Una duda atravesada en el pecho? ¿Un poco de resentimiento? Adrien tenía razón: April siempre le susurraba al oído que lo quería; a mí, sin embargo, no me lo había vuelto a decir.

51. April

NECESER DE EMERGENCIAS:
- Cinta de doble cara
- Kit de maquillaje
- Quitamanchas ultrarrápido
- Antiácido
- Lechón con lazo

Una boda siempre era una boda, más multitudinaria o más íntima, lo importante eran las emociones de la pareja y los recuerdos que se llevarían de ese maravilloso día. Los errores no tenían que parecerlo, los problemas no debían de ser visibles, había que estar preparada para cualquier cosa, por muy descabellada que fuera, incluso si se trataba de reponer la almohadilla de la dentadura postiza del abuelo de la novia. Y la cinta adhesiva de doble cara era un remedio infalible para todo. O casi.

Tenía suerte de contar con la inestimable ayuda de Jenna, que además de ser una romántica empedernida, la más joven de nuestro club de lectura, era una estudiante de Ciencias de la Salud ejemplar y una chica de lo más resolutiva en los momentos de crisis. Su abuela vivía en West Danville y su entusiasmo fue un soplo de aire fresco cuando le pedí que me ayudara con la boda de los Finch.

No había familia más extravagante al este del país que los Finch.

Tenían una granja de cerdos que los había convertido en los más pudientes del pueblo y no dudaban en hacer ostentación de su riqueza mediante todo tipo de excentricidades. Reprimí una carcajada cuando vi la expresión de Nathan al contemplar la granja, porque la estructura de aquella casa, de dimensiones colosales, no se correspondía con ningún estilo arquitectónico conocido.

—Es como una mezcla del griego clásico, rococó, deconstructivista, envuelto bajo el paraguas de Nueva Inglaterra —comentó mientras intentaba que los ojos no se le salieran de las órbitas.

—¿Eso existe?

—En mis pesadillas.

—Pues bienvenido a tus pesadillas, Nathan Farley. Bienvenido a la granja de los Finch.

Por suerte, la responsable de la decoración y de que todo fuera sencillamente perfecto era yo, y no dejé que las ideas de la madre de la novia, de la abuela de la novia o de la propia novia echaran por tierra el encanto de un día tan especial como aquel.

—¿El pastor acaba de decirle al novio «serás feliz entre los muslos de esta muchacha» o lo he oído mal? —me preguntó Nathan, tan consternado como Jenna y como yo.

—Ha sido peor lo de «te llevas a la cerda más lustrosa» —susurró Jenna sin poder reprimir la risa.

—¿Podéis dejarlo ya? —los regañé con toda mi atención clavada en el altar improvisado al fondo de un granero más destartalado que el mío—. Lo que diga el pastor no es asunto nuestro. Nuestro trabajo empieza en cuanto acabe la ceremonia.

—¿Los anillos? ¿Dónde están los anillos? —pidió el pastor a voz en grito.

Un murmullo se alzó entre los asistentes y maldije en voz baja. El encargado de llevar los anillos a los novios era un pequeño lechón con un lazo rojo llamado Napoleón, y el encargado de que Napoleón hiciera su entrada en el momento oportuno era el tío de la novia, el mismo que se estaba dando un festín de mocos en la puerta del granero.

—¡Señor Finch! —lo llamé. Se limpió el dedo en el pantalón y me sonrió. Le faltaban dos dientes—. El cerdo, señor Finch, deje entrar al cerdo.

—Ese maldito hijo de Satanás quería escaparse —mascullé el hombre mientras tiraba del animal—. Pero lo tengo bien sujeto. ¡Vamos, Napoleón! ¡La Peggy Sue nos espera!

Peggy Sue, la novia, se emocionó cuando vio a su mascota corretear hasta ella con la lazada roja y los anillos tintineando.

Para cuando recobré mi posición al final del granero, Nathan y Jenna estaban morados de tanto aguantar las carcajadas.

—No me habías hablado de Napoleón —me susurró Nathan. Me entraron ganas de darle un manotazo para que dejara de burlarse, pero tenía que admitir que la situación era surrealista y que yo también estaba al borde del ataque de risa.

Les hice un gesto para que guardaran silencio. Ya habría tiempo de comentar lo descerebrado que era todo aquello.

Cuando la ceremonia terminó, los invitados salieron al exterior donde los esperaba el cóctel. Los novios y la familia más cercana iban a hacerse unas fotos antes de reunirse con los demás para dar comienzo al banquete. Envié a Jenna a controlar que todo estuviera dispuesto y Nathan se encargó del reproductor de música mientras yo me acercaba a los recién casados para darles mi enhorabuena.

—Ha sido una ceremonia preciosa, pastor —dije con mi mejor sonrisa—. En cuanto terminen con las fotos, podemos ir…

Me interrumpí al ver el rostro de la novia. El sudor de la frente había arrastrado el maquillaje, el rímel le había dejado surcos negros bajo los ojos, debido a las lágrimas de la emoción, y el beso de tornillo

que se dio con el novio, la había convertido en una horripilante imitación del Joker. El novio tampoco había salido indemne. Con la boca manchada de carmín, parecía que acabara de comerse a Napoleón.

Con toda la calma de la que solía echar mano en situaciones extremas, abrí mi neceser de emergencias y extraje una toallita limpiatodo para él y un set de maquillaje en miniatura para adecentar a la novia.

Por suerte, el banquete se llevó a cabo sin imprevistos, más allá del estado de embriaguez de los progenitores de los novios y de alguna que otra copa derramada sobre el vestido de Peggy Sue, nada que un buen quitamanchas no pudiera resolver.

Sin embargo, aún había una última sorpresa de la que me habían hecho responsable. Los padres de la novia querían que su regalo hiciera una entrada triunfal en el granero, al más puro estilo Finch. Para ello, había tenido que seleccionar personalmente sus mejores cerdos, que aparecerían en fila con sobres repletos de billetes de cien dólares en el lomo. Cuando Nathan y yo fuimos en busca del tío de Peggy Sue, el encargado de los animales, no encontramos ni rastro de él. Los cerdos, por el contrario, esperaban tranquilos en un pequeño corral junto al granero.

—No tiene que ser muy difícil, ¿no crees? Si tú te pones a un lado de la valla y yo al otro, los guiaremos hasta el granero y allí ya se encargarán los demás.

Nathan se acarició el mentón, pensativo. No estaba muy convencido.

—Los cerdos no son como las ovejas, April. No sé yo si funcionará. ¿No sería mejor esperar al tío Finch?

—El tío Finch estará borracho debajo de algún árbol de la granja. Si no soltamos a los cerdos ahora, no nos iremos de aquí en la vida. —Napoleón se subió a la valla con sus pezuñitas delanteras y gruñó, como si se mostrara de acuerdo conmigo—. ¿A que tengo razón? Tú los guiarás hasta tu mamá, ¿verdad, bonito? —Le hice una carantoña, como a un bebé, y Nathan se burló de mí—. ¡Venga, no hay más que hablar! Pongámosles los lazos con los sobres, y andando, que no tenemos toda la noche.

No supe lo complicado que era ponerle un lazo al cuello a un lechón nervioso hasta aquel momento. Cuando Napoleón se me escurrió entre las piernas y salió corriendo en dirección a ninguna parte, recordé las palabras del tío Finch.

«Maldito hijo de Satanás».

—¡April, déjalo! —me gritó Nathan mientras yo corría detrás del cerdito.

¿Dejarlo? ¡Ni hablar! Ese lechón era la mascota de Peggy Sue, los

señores Finch habían insistido en que debía estar presente con su maldito lazo rojo, y no iba a faltar a mi palabra por muy escurridizo y juguetón que fuera el animal.

Más pronto que tarde tuve que reconocer que Napoleón jugaba con ventaja, estaba en casa, y su casa no era apta para chicas con botines de piel y pantalones pitillo. El lechón se coló por un agujero en el cercado de la piara y se reunió con el resto del criadero.

—No me hagas meterme ahí dentro, te lo ruego —le imploré al cerdo—. No estoy preparada para soportar este olor, Napoleón. Ten piedad de mí.

Oí la voz de Nathan llamándome, pero estaba demasiado ocupada andando de puntillas entre cerdos de trescientos kilos como para levantar la voz. Los restos del lazo rojo de los anillos identificaban a Napoleón, pero llegar hasta él iba a ser una aventura. Los cerdos me gruñeron, me olisquearon, y mis pies pisaron barro y excrementos para toda una eternidad. Recé para que el lechoncito no se revolcara en la mierda, como estaban haciendo algunos de sus amigos, recé también para que no se me escabullera cuando lo tuviera al alcance y para que mi memoria y mi pituitaria olvidaran aquel maldito momento.

Un pasito más, otro, y otro, tenía a Napoleón a tiro, solo había que estirar los brazos, flexionar las rodillas y…

—¡¿April?! ¿April, estás aquí? —voceó Nathan junto a la puerta.

Una estridente cacofonía de gruñidos se elevó de improviso, los cuerpos orondos de los cerdos se refregaron los unos con los otros, Napoleón salió disparado y, al intentar retroceder para alcanzarlo, un culo rosado con rabito retorcido se puso en mi camino y fue mi trasero el que dio contra el suelo en medio de un charco de inmundicia.

Mi grito no le sentó bien al grupo. Los cerdos me rodearon, me babearon, y me enseñaron los colmillos. Intenté levantarme sin éxito. Y cuanto más alarmada estaba yo, más entretenidos estaban ellos.

—¡April! —volvió a llamar Nathan—. ¿Qué haces ahí?

—¡¿A ti qué te parece?! ¡Ayúdame! ¡Quieren comerme!

No sé qué me molestó más: estar rebozada en mierda de cerdo o la risa de Nathan.

En ese momento, Napoleón se acercó a mí con su carita amorosa y lo enganché del pescuezo antes de que volviera a escabullirse. Nathan me sujetó por las axilas para ponerme en pie, y tras varios resbalones y maldiciones, conseguí mantenerme estable sobre mis preciosos botines de piel cubiertos de excrementos de gorrino.

—Puedes soltar al lechón. Los cerdos ya han hecho su entrada estelar, todos han aplaudido y los sobres con la pasta han llegado a sus destinatarios. La gente empieza a marcharse —me informó Nathan con una expresión a medio camino entre el asco y la risa—. ¡Ah! Y Peggy

Sue me ha dicho que ha sido la mejor boda del mundo y que le han dado a Jenna un sobre con propina que es para ti.

—Ahora mismo lo único que quiero es quitarme esta ropa y meterme en la ducha —gruñí. ¿Cómo iba a presentarme delante de los invitados tal cual iba?—. Y morirme, eso tampoco estaría mal.

—Venga, vamos, señorita Williamson, no es para tanto.

—Una carrera en una media no es para tanto; que alguien te tire una copa de vino, no es para tanto; quedarte en blanco a mitad de un discurso, no es para tanto. Pero que te ataque una piara de cerdos y estar de mierda hasta el cuello, literalmente, ¡sí es para tanto! —Nathan abrió la boca para hablar, o para reírse, o para resoplar, todo al mismo tiempo, pero lo apunté con un dedo censurador—. Y ni se te ocurra decirme que estoy montando un drama. ¡Ni se te ocurra reírte! O te juro por lo que más quiero que esta noche duermes en el suelo, Nathan Farley.

52. Nathan

—¿Me prometes que se lo preguntarás? —me rogó Adrien por teléfono.

—Te lo prometo.

—¿Y le dirás que no tengo mucho dinero, pero que puedo darle muchos abrazos de esos que dice la *abu* que no tienen precio?

April salió del cuarto de baño en ese momento envuelta en una toalla que apenas la cubría.

—Se lo diré, descuida —respondí sin apartar la mirada de ella. Aún arrugaba la nariz como si todo le oliera mal—. Ahora, a la cama. Deberías estar dormido hace horas.

—Es que he comido mucho helado de galletas y me dolía la tripa.

—Sí, ya hablaremos de eso cuando vuelva. Buenas noches, campeón.

Dejé el teléfono sobre la mesilla y me recosté contra el cabezal de la cama para observar el ritual de la crema hidratante de April. Esperaba con interés que se deshiciera de la toalla para aplicársela por todo el cuerpo, pero no tuve suerte.

—¿Era Adrien?

—Sí, el mismo. Te manda saludos. —April compuso una sonrisa rápida y volvió a su tarea de hidratarse los codos—. ¿Estás mejor?

—No creo que recupere el olfato en mucho tiempo. Por lo demás, creo que me he quitado toda la porquería del pelo y del cuerpo.

—Yo podría haberte ayudado —le recordé con una risilla traviesa.

—Gracias, pero lo último que necesitaba era la compañía de un novio que no sabe cuándo es el momento de bromear y cuándo no. —«¿Novio?», pensé, y parpadeé varias veces. A ella también le afectó la palabra, pero lo disimuló mejor que yo—. ¿Adrien está bien?

—¿Quién? —pregunté, desorientado por el cambio de tema—. ¡Ah, sí, Adrien! Sí, está bien. Se ha dado un atracón de helado y ya sabes lo que pasa. Por cierto, quiere que te pregunte si podrías organizar su fiesta de cumpleaños… gratis.

Se le iluminaron los ojos y dejó el bote de crema hidratante olvidado sobre el mueble de la habitación.

—¡Por supuesto que sí! ¿Cuándo es su cumpleaños?

—El 29 de junio.

—¡Solo queda un mes! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no supe que mi hijo quería contratarte hasta ayer y me lo ha recordado hace un momento.

—¡Qué encanto! —Aplaudió, emocionada, y se quedó pensativa unos instantes—. Tengo que hacer una lista. ¿Podremos hacer la fiesta

en el jardín de Ginger y Percival? No se me ocurre un lugar mejor, aunque habrá que llevar cuidado con las begonias de Ginger, son muy delicadas.

Siguió parloteando, enumerando todo lo que iba a necesitar para la decoración. Y mientras ella hablaba, yo solo podía pensar en la palabra «novio» y en la última vez que alguien me llamó así.

«Olvídalo, solo es una palabra».

Aparté la sábana y fui a su encuentro al otro lado de la cama. El aroma de la crema era un afrodisíaco que me hacía desear lamerla de pies a cabeza, con especial atención a ciertas zonas de lo más placenteras.

—¿Crees que le gustará una temática pirata o es demasiado mayor para parches en el ojo y espadas de madera? —preguntó sin percatarse de mis intenciones al acercarme a ella. Tiré de la toalla con la fuerza justa para que April cayera entre mis brazos, desnuda—. ¡Nathan!

—Estás hablando mucho, cariño.

La silencié con un beso y conseguí lo que había deseado durante toda la maldita boda: tenerla para mí. Solo para mí.

Un par de horas más tarde, después de varios asaltos y de vaciar el minibar, se acomodó contra mi pecho y me sentí un hombre completo.

—He estado pensando… —empezó a decir. Su dedo dibujaba figuras abstractas en mi esternón; los míos hacían lo mismo en sus nalgas—. Mis padres ya saben lo nuestro. De hecho, no hay nadie en el pueblo que no lo sepa. Pero son un poco tradicionales y me preguntaba si querrías que fuéramos a comer a su casa un día de estos.

—Bien, vale. Pon fecha y allí estaré.

—¿El lunes? —propuso enseguida—. Es el Día de los Caídos, habrá un pequeño homenaje en el cementerio de Stowe, y luego, mi madre preparará su famoso asado Memorial Day.

—¿Puedo llevar a Adrien?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —se extrañó—. Si Adrien no viene, tú tampoco.

—Muy bien, listilla. Allí estaremos, entonces.

—Por cierto, Emma y Gael también vendrán.

«Estupendo», ironicé.

Aún existía cierta tensión en el trato con el hermano de April y estaba seguro de que convertiría la comida familiar en un infierno. Pero un solo vistazo a la mujer que me observaba fue suficiente para aceptar cualquier desafío de Gael Williamson.

—Mantendré a raya a mi hermano —adivinó.

—No me importa tu hermano. —Y era cierto, sus demonios no eran de mi incumbencia, por mucho que él creyera que sí—. Me importas tú.

—¿Te importo porque me quieres?

—¿Quién hace las preguntas absurdas ahora? —April se sentó a horcajadas sobre mí con demasiado ímpetu y su entrepierna impactó contra la mía—. Uff, cariño, si vuelves a hacer eso, yo…

—Responde a la pregunta.

—Me importarías aunque no estuviera enamorado de ti. Y te quiero porque eres la única capaz de llevarme a una boda surrealista donde la organizadora termina rebozada en mierda de cerdo.

Estallé en carcajadas de nuevo y ella me golpeó el pecho con los puños, indignada. Encontré la oportunidad de cambiar de posición y, con un giro estudiado, la dejé de espaldas al cochón, jadeante.

—Todo lo que pase en tu vida me importa, sea lo que sea. —La besé en los labios con ternura—. Y si tengo que sentarme a la mesa con tu hermano el próximo lunes, lo haré con mucho gusto, señorita Williamson.

53. April

CÓMO EVITAR SITUACIONES INCÓMODAS:
- No juntes a tu hermano con tu novio
- No desempolves viejas anécdotas
- No hables de trabajo
- No mientas a tu pareja
- No hagas anuncios no consensuados

Asistí al memorial que el ayuntamiento organizó en el cementerio municipal de Stowe, como cada año, para honrar a los caídos en cualquiera de las guerras en las que había participado nuestro amado país. Mi abuelo murió en la Segunda Guerra Mundial, poco después de convertirse en padre. A mamá le gustaba regodearse en el dolor de aquella historia que ella vivió a través de las palabras de nuestra abuela, tan dramática como ella.

Gael se pasó todo el servicio refunfuñando por el calor y por cuánto le apretaba la corbata, mientras Emma le daba tirones de la mano para que estuviera callado y dejara de importunar.

También protestaba por la presencia de Nathan, sentado unas filas atrás, con los McPherson. Adrien, a su lado, escuchaba con atención las palabras del alcalde, como si un niño de ocho años pudiera entender los horrores de la guerra.

—El comandante Mortimer Sanders estuvo al frente del cuarto batallón de la Armada en la Batalla de Midway, donde nuestros valientes soldados detuvieron la expansión japonesa…

—Todos los años el mismo discurso —refunfuñó Gael.

—Ay, cállate, no me dejas oír lo que dice —se quejó Emma, al otro lado de mi hermano.

—A mí me parece que ensalzar lo que Estados Unidos ha hecho bien es una bonita forma de conmemorar a los que cayeron por defender a nuestro país —alegué mientras seguía los teatrales ademanes del alcalde.

—No defendían a nuestro país, April. Defendían la causa de otros y la tiranía de ciertos listos como los japoneses o los alemanes.

—Te noto un poco más irritable de lo normal esta mañana. ¿Va todo bien? ¿Has tomado suficiente café? —me burlé.

Emma rio detrás de la mano con la que se tapaba la boca y Gael la reprendió con un leve codazo.

—Y tú estás muy contenta, ¿no? Ya has conseguido lo que querías de ese tío, ¿verdad?

—¡Por el amor de Dios, Gael! —exclamó Emma—. Tu hermana ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones. Además, yo creo que hacen una pareja preciosa.

—No te metas en esto, Emma —la reprendió mi hermano, y me molestó mucho que lo hiciera. Tanto como a ella—. No me gustan nada los acuerdos a los que llegáis sin que haya papeles de por medio. No me fío de él.

—Te refieres al dinero —mascullé con los dientes apretados.

—¡Claro que me refiero al dinero! Deberíais tener algún tipo de documento donde queden claros los términos de ese acuerdo al que habéis llegado.

—Bien, redáctalo —le concedí de malas formas. Mi madre nos chistó como cuando éramos pequeños—. Tú eres el abogado, ¿no? Pues hazlo.

—Ese no es mi campo, ya lo sabes.

—Pero seguro que conoces a alguien. De hecho, se lo diré a Nathan. Estoy segura de que estará encantado de firmarlo.

Nos reunimos con Nathan y con Adrien al acabar el memorial y dimos un paseo por los alrededores del cementerio. Adrien se colgó del brazo de Emma, que reía sin parar por las ocurrencias del niño, mientras Gael caminaba a su lado, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

Nathan y yo nos quedamos rezagados, nos rozábamos los dedos como por descuido y nos moríamos de ganas de hacer lo que todas las parejas hacían cuando daban un paseo. La verdad era que no entendía por qué nosotros no nos cogíamos de la mano; tampoco lo hacían Emma y Gael.

—Mi hermano ha sugerido que firmemos algún tipo de acuerdo sobre el granero, un documento que recoja las condiciones del trato. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. ¿Lo redactará él?

—No, otro abogado del bufete donde trabaja. No es su especialidad.

—Me dejas más tranquilo. Teniendo en cuenta el cariño que siente por mí, no me gustaría salir beneficiado de más —ironizó. Le di un empujoncito con el hombro y él aprovechó para rodearme con el brazo y besarme el pelo—. Firmaré lo que me digas, señorita Williamson. Tal vez luego tú y yo podríamos discutir los puntos del acuerdo en privado. No necesitamos un abogado para eso.

—Mmm, mi antigua habitación me parece un lugar muy adecuado para debatir esos puntos, señor Farley.

El paseo terminó en casa de mis padres. El delicioso olor del asado nos hizo la boca agua y los halagos a la cocinera no tardaron en sucederse. Mi madre lo había dejado todo preparado, y apenas

atravesamos la puerta, dio comienzo el almuerzo.

—Entonces, ¿es cierto lo que dice el alcalde, Nathan? ¿Vas a optar al concurso del nuevo centro social? —se interesó mi padre mientras degustábamos el asado.

—Si consigo terminar el proyecto antes de que expire el plazo… Tengo varios trabajos en marcha que me ocupan bastante tiempo —La mirada que le dirigió a Emma dejó claro que el diseño de la ampliación de su casa era uno de ellos—, pero no me importaría hacerme cargo del centro social. Sería todo un honor.

—Si los miembros de la Sociedad Histórica pueden evitarlo, lo harán —comentó Gael—. Ed Knightley no permitirá que uno de fuera se lleve el trozo más grande del pastel.

—Ed Knightley puede irse al infierno —intervino mi madre—. Ese perro viejo, cascarrabias, no sería capaz de ver el talento ni aunque le aporrearan con él en su cabezota calva. Pero no hablemos de cosas desagradables. —Posó sus ojos en Adrien, que se había mantenido callado durante la comida, y le sonrió con cariño—. ¿Y tú? ¿Cuántos años tienes ya, jovencito?

—Cumpliré nueve en unas semanas —respondió él con orgullo.

—¡Nueve! ¡Maravilloso! Es una edad muy importante.

—Sí, April me va a hacer una fiesta para celebrarlo. ¡De piratas!

—¡Oh, vaya! ¡De piratas! —exclamó mi madre—. April también fue vestida de pirata durante unas semanas a los nueve años. Se clavó la punta de un lápiz en el ojo por arte de magia.

Nathan me miró, sorprendido; Adrien se tapó la boca, horrorizado; Emma se rio, porque era la única que conocía la verdadera razón por la que el lápiz terminó clavado en mi esclerótica; y mi padre elevó una plegaria al cielo, pues detestaba aquella historia.

—Le pusieron un parche para que no forzara el ojo.

—Y mi querido hermano me pintó una calavera mientras dormía —le resumí.

Adrien se carcajeó con la historia y se arrancó a contar algunas de las batallitas que le habían sucedido en el colegio.

—Cuando tenía seis años, mi amigo Kevin se pegó un coscorrón contra mi cabeza y me salió un chichón como en los dibujos animados. Estuve en la enfermería del cole hasta que vino mi madre a por mí, pero a ella no le gustaban los chichones y se mareó cuando me vio, y entonces tuvo que venir papá. ¿Te acuerdas, papi?

Nathan se convirtió en el centro de todas las miradas. La tenue sonrisa de sus labios no era rival para la tristeza que reflejaban sus ojos. El recuerdo de Diane todavía le dolía, aunque no era el único que sufría por aquella mujer. Gael tenía los puños apretados y contenía las ganas de abandonar la mesa. Temí que fuera a hacer o decir alguna estupidez, y creo que Emma pensó lo mismo porque, de pronto, sin

venir a cuento, se puso en pie y anunció:

—¡Estoy embarazada!

54. Nathan

Cuando cerré la puerta de la habitación en casa de los McPherson, todavía me resonaban en los oídos los gritos de felicidad de Loreen después de que Emma hiciera su anuncio.

Agradecí en silencio la distracción y me entretuve rememorando cómo se transformaba el rostro de Gael, que no parecía estar al tanto de la buena nueva. Mientras los demás le dábamos la enhorabuena a la futura madre de su hijo, él se mantuvo a un lado, con cara de querer destrozar al primero que se le acercara.

En parte, me dio pena, pues celebrar una nueva vida era emocionante, pero los demonios de Gael le impedían ver más allá. Pobre tonto, nunca había perdido a nadie, no sabía lo que era estar sumido en la más absoluta desesperación, tan ciego e insensible que dejabas de ver incluso las cosas más maravillosas de la vida.

Pero a mí no me importaba Gael Williamson. Bastante tenía yo con mis propias emociones, que me traicionaban cuando menos lo esperaba, que sacudían mis recuerdos y dejaban en evidencia el dolor que aún sentía ante la pérdida de Diane. ¡Eso sí era duro! Oír a Adrien hablar de su madre era algo insólito, la mencionaba en muy pocas ocasiones.

Sin embargo, se acordaba de aquel día, de la fuerte impresión de Diane al ver el chichón, del mareo que sufrió, de la camilla que pusieron junto a la suya para que reposara mientras yo iba a recogerlos a la enfermería del colegio. Dios mío, aquel día… Hacía tres años de aquel terrible día. Me enteré de que estaba embaraza de nuevo justo antes de sufrir un aborto natural. Después de eso, no quiso volver a hablar de tener más hijos.

Los detalles hacían más cruel la pérdida, quizá por eso no solía entrar en la habitación donde dormía Adrien, porque era la de Diane y estaba repleta de ella.

Algunas prendas de ropa todavía colgaban en el armario, su crema de manos estaba en el cajón de la mesilla, en el espejo del tocador había fotos de su adolescencia, en el cuarto de baño seguía su rizador de pelo colgado de un gancho. Su olor se había extinguido después de tanto tiempo, pero su esencia impregnaba cada rincón y, durante unos segundos, cerré los ojos y me sentí culpable. Si no la hubiera animado a correr para llegar a casa… Si hubiera hablado más con ella… Si la hubiera obligado a bajar el ritmo… Si no hubiéramos perdido ese bebé… Los recuerdos me dolían, pese a querer a otra mujer.

«April».

Me había llamado varias veces, pero no me encontraba de humor

para responderle.

Estaba seguro de lo que sentía por ella, pero a veces me resultaba difícil procesar qué había en mi corazón, y cuando eso pasaba, escabullirme era un alivio, como había hecho después de comer. El alboroto por la noticia de Emma me sirvió de excusa para dejarle espacio a su familia y para dármelo a mí. No quería hacerle daño, pero tampoco podía explicarle que había recuerdos que todavía me deprimían y me hacían dudar de mis sentimientos.

Me senté en el tocador y acaricié la superficie que tantas veces habría tocado Diane. El nudo de lágrimas que me cerraba la garganta se aflojó un poco al abrir el cajón y ver una foto suya con una horrible ortodoncia en los dientes. Nunca quiso hablarme de su infancia ni de su adolescencia. Mantuvo su vida cerrada a cal y canto, como si temiera que pudiera quererla menos por ser una chica de pueblo.

«Las chicas de pueblo son sensacionales», pensé, y la cara de April se dibujó en mi mente, con sus enormes ojos de color azul verdoso cargados de pena al ver cómo me iba de forma tan apresurada.

—Se lo diré, le contaré que no tiene nada que ver con ella —me dije, pero no en ese momento.

Encontré un cuaderno de matemáticas debajo de la foto, y otros muchos papeles de su paso por el instituto de Stowe. Saqué el anuario de su último año y seguí con el dedo las caras de los chicos y chicas que la acompañaron hasta que se marchó a estudiar fuera. La hermana de Krista, la de Constance, alguna que otra chica del pueblo que conocía de pasada. Cameron Blevins tenía la misma cara veinte años después y, unas fotos más allá, vi a Walter, que repitió un curso «por borrego», como solía remarcar Danielle.

Pasé las páginas del libro y leí algunas dedicatorias. Diane hubiera montado en cólera de saber lo estaba haciendo. Frases de buena suerte, consejos de los profesores, deseos por cumplir y un «nunca dejaré de quererte» de algún enamorado incondicional. Yo ni siquiera sabía dónde estaba mi anuario del último internado.

Vacié el cajón papel por papel, empapándome de la Diane ambiciosa que se fraguaba en los sueños de aquella adolescente. Ya quería ser política a los dieciséis, fue delegada de su clase en tres ocasiones. Era inteligente, estratega y muy persuasiva. Al final, no llegó a ser alcaldesa de una gran ciudad, pero no había un político en millas a la redonda de Boston que no deseara a Diane McPherson en su equipo.

Nunca quiso ser Diane Farley y yo estuve de acuerdo con ella.

En el fondo del cajón encontré una carpeta por la que no parecían haber pasado los años. Unas bonitas iniciales blancas destacaban contra un fondo azul marino satinado en un cartón suave, de calidad.

En el interior había varios documentos, pero yo solo leí tres

palabras, las suficientes para hacer trizas todo cuanto habíamos construido juntos. Tres golpes de efecto que me dejaron sin respiración.

Tres puñaladas por la espalda.

«Demanda de divorcio».

55. April

LO PEOR QUE PODRÍA PASAR:
- Que se acabe el agua caliente
- Que se me pinche una rueda
- Que no me respondan al teléfono
- Que llegue muy tarde
- Que alguien se haga daño

Si Anthony no ponía remedio a mis problemas con la caldera iba a explotar. ¡No podía ir a trabajar sin una ducha! Había pasado muy mala noche. Primero, por culpa de mis terribles pensamientos sobre la actitud de Nathan; y segundo, por las pesadillas que me provocaron mis terribles pensamientos sobre la actitud de Nathan. Me desperté sudando en mitad de la noche, y cuando logré conciliar el sueño, volví a soñar cosas horribles relacionadas con la historia entre Gael y Diane.

Era la maldita conciencia la que me castigaba. Me repetía una y otra vez: «Las mentiras tienen las patas muy cortas», y yo no hacía más que inventar excusas a esa frase. Pero ¿por qué me reconcomía? No tenía sentido. Ocultarle a Nathan lo que pasó entre su mujer y mi hermano no era mentir. No sabía qué diría un juez sobre la omisión de la verdad, pero a mí me parecía que no hacía del todo mal.

Si Gael cambiara de actitud de una vez… ¡Ahora tenía a Emma e iban a ser padres!

—¡Voy a ser tía! —grité mientras conducía hacia West Danville.

Tenía que visitar de nuevo la granja de los Finch. ¡Malditos Finch! La empresa de cáterin se había quejado porque le faltaban algunas piezas de la mantelería. Una docena de servilletas de hilo de la boda habían desaparecido, y aunque la madre de Peggy Sue me aseguró que ellos no sabían nada, dos días después aparecieron en un cajón de su horripilante casa. Tenía que recogerlas, llevarlas a la tintorería y devolvérselas a la empresa si quería seguir trabajando con ellos.

El manos libres del coche se activó al sonar una llamada entrante. En la pantalla del navegador vi el nombre de Nathan y contuve la respiración. No había conseguido hablar con él desde que se marchó de casa de mi madre la tarde anterior.

—¿Hola? ¿Nathan? ¿Le pasa algo a tu teléfono? Te estuve llamando ayer por la noche. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila, todo está bien. —«Mentira», pensé. Su tono fúnebre era un claro indicio—. ¿Puedes ir a recoger a Adrien esta tarde? Tengo un asunto importante que solucionar y no voy a llegar a tiempo al

colegio.

—Vale, sin problema. ¿De qué va ese asunto?

—Temas de trabajo. —«Mentira», repitió mi mente—. ¡Ah! ¿Y puedes llevártelo a dar un paseo después? No lo traigas a casa. Ginger y Percival no estarán.

—De acuerdo. ¿Seguro que va todo bien?

—Todo bien. Luego te veo.

—Vale. Te…

Colgó antes de que terminara la frase y me sentí tonta por susurrar un «te quiero» al aire, incluso después de haber finalizado la llamada.

Me preocupaba. ¿Qué le estaba pasando? Su actitud en casa de mis padres fue de lo más normal hasta que Adrien habló de Diane. Le dolía recordarla, era lógico, pero ¿por qué no hablaba conmigo? ¿Por qué se escondía?

«Venga, April, no tiene que ser muy agradable hablar con tu novia de los sentimientos que aún te despierta tu difunta mujer, ¿no crees?».

Lo cierto era que durante las últimas semanas había estado más ocupado que de costumbre, que había asumido muchas responsabilidades con la gente del pueblo y que no deseaba defraudar a nadie. Y, ¡ojo!, no me estaba quejando, me encantaba verlo trabajar duro y me sentía muy orgullosa de que se hubiera integrado en el pueblo gracias a su profesión, pero quizá eso lo estuviera agobiando en exceso, lo que repercutía en nuestra relación. O yo tenía demasiados pájaros en la cabeza o nos estábamos olvidando ya del romanticismo de los primeros días.

—A lo mejor solo pasa en los libros y en las películas… —me resigné.

«¡No! —me retracté inmediatamente—. Me niego a pensar que el comienzo de una relación sea así de extraño y soso».

¡¿Tan difícil era vivir una bonita historia de amor en la vida real?!

Fui de West Danville a la maderera de Morrisville con la duda rondándome la cabeza, y de Morrisville a Burlington con los dientes apretados por la tensión. Le hablé mal al amigo de Gael cuando me mostró el acuerdo que había redactado el bufete para que Nathan y yo lo firmáramos, y también a mi madre que quería hablar conmigo sobre su papel como futura abuela.

Unas millas antes de llegar al pueblo, paré en el ultramarinos de la carretera para comprarle la merienda a Adrien. La tarde se presentaba complicada, pero me iría bien un acompañante tan parlanchín como el pequeñajo. Tenía que ir al granero a tomar medidas del espacio para las mesas que iba a comprar y a recoger las muestras de pintura que Terence me había dejado por la mañana. Así tendría la oportunidad de ver cómo había quedado la habitación de arriba, después de revestir la pared principal con aquel azulejo de imitación a la piedra natural que

Nathan vio por Internet. Estaba deseando que llegaran los muebles del dormitorio nupcial para ver si mi diseño quedaba tan romántico como en mi cabeza.

Volví al coche con un par de bollos de chocolate y un zumo de frutas, arranqué con una actitud más positiva y la rueda delantera hizo ¡pluff! En realidad, sonó como un disparo, un petardazo, y todo el mundo se me quedó mirando en el aparcamiento como si hubiera disparado al aire.

—¡Has pinchado, April Williamson! —me gritó el anciano señor Andrews desde su eterno lugar de reposo en la puerta del supermercado.

—¿Sí? ¿No me diga? —ironicé—. Joder, qué mente tan aguda se perdió la NASA —murmuré.

De acuerdo, un pinchazo. Había que cambiar la rueda. ¿Quién no sabía cambiar una rueda en el siglo XXI? Yo, por ejemplo.

—Se supone que aquí detrás tiene que haber una puñetera rueda de recambio, ¿no? —me dije a mí misma, con calma, intentando no perder el control—. Luces de emergencia, un botiquín caducado, las bolsas de la compra, un gato… ¡Un gato! —Levanté el artilugio hidráulico como si hubiera hallado un lingote de oro y me sentí orgullosa de identificar un cachivache que no había utilizado en mi vida—. Bien, ahora… ¿dónde está la rueda?

—¡Será mejor que llames a la grúa, April Williamson! —voceó el señor Andrews una vez más—. Dios no puso a las mujeres en la Tierra para hacerse cargo de la mecánica de un coche.

—Eso es muy machista, ¿sabe? —lo regañé con los brazos en jarras, sin soltar el gato.

Yo sería muy capaz de hacerlo si me hubiera tomado la molestia de aprender. Pero para eso estaban los mecánicos, ¿no?

—Tengo que llamar a Walter —me dije—. Sí, Walter es mi salvación. Vendrá, me cambiará la rueda y podré ir a por… ¡Adrien! ¡Por Dios! ¡Tengo que ir a por Adrien!

Era casi la hora de salida del colegio. Por mucho que corriera, por mucha prisa que me diera, iba a llegar tarde.

—Beth, Beth, Beth, soy April. ¿Puedes quedarte con Adrien mientras llego? He pinchado y estoy como a diez minutos —le solté de carrerilla en cuanto respondió a mi llamada de auxilio.

—Tengo claustro de profesores, April. ¿No puede venir Nathan o los McPherson?

—¡No pueden, no están, o yo qué sé! —gruñí, cabreada por la situación—. ¿No puedes dejarlo en clase haciendo algún trabajo? Que pinte o que estudie. ¡Ya sé! Dile que repase los diálogos de la obra de teatro. Le pediré a Walter que me lleve y luego ya vendrá a cambiar la rueda. Por favor, por favor…

—¡Cinco minutos, April! Luego tengo que irme al dichoso claustro, ¿de acuerdo?

—Cinco minutos, oído.

Llamé a Walter, al taller de Walter, al anciano padre de Walter y cuando en ninguno de los tres teléfonos me respondieron, llamé a Danielle, al borde de la desesperación.

—Necesito a tu marido.

—¡Te lo regalo! ¿Te lo envuelvo? ¿No necesitas a alguno de mis hijos también?

—Hablo en serio, Dani. He pinchado en el ultramarinos de las afueras y tengo que recoger a Adrien en el cole. Estoy intentando hablar con Walter para que venga a cambiarme la rueda, pero no hay manera de dar con él.

—Estará en el cuarto de baño, cielo. ¿Puedo hacer algo por ti? —Su ofrecimiento me supo a gloria. Si Danielle podía recoger a Adrien…—. Voy de camino al dentista con los niños, pero si necesitas…

«Mierda». Adiós a mi plan.

El pitido de la llamada en espera me metió de nuevo en la carrera por salvar la situación. Era Walter. Me despedí de Danielle con una frase acelerada y tomé una gran bocanada de aire cuando mi amigo me aseguró que no tardaría en llegar.

No tardó, aunque para cuando la grúa me dejó delante del colegio, a Beth ya le salía humo de las orejas.

Adrien me abrazó al verme y se alegró mucho más cuando vio los bollos para merendar. Mi soborno lo disuadió para que no protestara cuando le dije que teníamos que ir al granero andando. Solo eran diez minutos de camino.

—Voy a ser el duende Puck en la obra de fin de curso, ¿sabes? La señorita Beth dice que lo hago muy bien y que seré el mejor duende que *Sespir* pudiera desear.

—¿Quién? —pregunté, distraída con los mensajes de móvil que me estaba mandando Walter.

—*Sespir*, el que escribió la obra.

—*¿Sespir?* —dudé, y Adrien asintió con convicción—. ¡Ah! ¡Shakespeare! Hablas de *El sueño de una noche de verano*. ¡Y vas a ser Puck! Me encanta Puck.

—¿A que es el mejor personaje de la obra? Mi amigo Gary dice que Lisandro es mejor, pero a mí me parece que Lisandro es un bobo. ¿A que Lisandro es un bobo, April?

—Sí —respondí sin atender a la pregunta. Estaba más preocupada por las noticias de Walter: mi coche pasaría la noche en el taller porque la rueda de repuesto también estaba pinchada—. ¡Me cago en la puñetera rueda!

Adrien contuvo la respiración y se llevó la mano a la boca. Tragó

con fuerza el bocado de bollo con chocolate que estaba masticando y se soltó de mi mano.

—Has dicho dos palabrotas juntas —susurró, y me di cuenta del error. Tarde.

—Esto… Sí, se me ha escapado, pero ha sido sin querer. Venga, ve a jugar, ya hemos llegado. Llamaré a tu padre para que venga a por nosotros.

Nathan tampoco respondió a mis llamadas. ¡¿Es que nadie podía hacerme un poquito de caso a la primera?!

«Respira, April. El mundo no gira a tu alrededor».

—¡Mira lo que hago, April! —me gritó Adrien desde la mesa de trabajo de los obreros—. ¡Con un pie, mira!

Miré sin ver, me centré en la pantalla del teléfono, pero miré de nuevo.

—Baja de ahí, por favor. Puedes hacerte daño. —Me llevé el móvil a la oreja y esperé, cansada. Los tonos me desesperaron aún más—. Adrien, baja ya de ahí. No te subas a esa mesa.

—Papá me deja.

—Papá no está aquí.

—No pasa nada. Mírame, puedo ir a la pata coja.

—¿Dónde coño estás, Nathan? —mascullé, aunque no lo suficientemente bajo. Adrien me oyó.

—¡Has dicho otra palabrota!

—¡Te he dicho que bajes de ahí! —levanté la voz más de lo habitual.

El niño se sorprendió tanto como yo y perdió el equilibrio. Pensé que daría un salto a un lado y terminaría con sus monerías, pero el cuerpecito se le fue para el otro lado, justo donde los muchachos de Terence tenían las herramientas.

Al principio, cuando Adrien gritó, no fui consciente de lo que había pasado. Creí que solo había sido una mala caída, un breve alarido que se solucionaría con una sacudida en las rodillas y quizá un poco de agua para limpiar las raspaduras. Pero Adrien siguió gritando sentado en el suelo y, al acercarme, vi la sangre.

—¡Joder! ¡Joder, joder, no!

Se había cortado con la hoja de la sierra eléctrica, un corte profundo en el antebrazo que sangraba con mucha intensidad. Estaba muy pálido, tanto que temí que fuera a desmayarse. ¿Pasaba alguna arteria por ese punto? ¿Qué decía el manual de primeros auxilios de las *canguritas*? ¡¿Qué cojones decía el maldito manual?! ¡¿Y por qué la sierra no llevaba puesta la protección?!

—¡April, me duele! ¡April! ¡April!

—Tranquilo, cariño. No es nada, ¿vale? Voy a por algo para tapar la herida y te llevaré al médico en un santiamén.

Un santiamén era mucho decir, teniendo en cuenta que no tenía coche y que las únicas personas que podían llevarme a ver a la doctora Weasly estaban ocupadas con sus asuntos.

Cogí la toalla que había en el cuarto de baño y corrí de regreso donde Adrien continuaba sentado, llorando y gritando. La sangre no salía con tanta fuerza ya, pero salía, y empecé a temerme lo peor.

—Voy a llamar a papá.

Pero a su papá parecía habérselo tragado la tierra. Después de cuatro intentos, me decidí por Ginger y Percival, con idéntico resultado. Al final, llamé a emergencias. La toalla ya no era blanca y no podía arriesgarme a que Adrien perdiera más sangre.

—¡La ambulancia no, April! ¡Quiero a papá! ¡Llama a mi papá! —berreó cuando vio las luces parpadeantes.

En su defensa diré que yo también me puse bastante nerviosa cuando vi bajar a Oscar y Stan, los gemelos McConaughey, vestidos de paramédicos. ¿Ya tenían edad para ocuparse de asuntos tan graves?

—Hola, señorita Williamson —dijeron con la misma cara de inocencia que cuando cuidaba de ellos los sábados por la noche. Se arrodillaron junto a Adrien y abrieron la bolsa de loneta que llevaban con ellos—. Veamos ese corte, campeón. ¿Cómo te lo has hecho?

Adrien me miró con los ojos llenos de lágrimas y un puchero. No quiso soltarme la mano cuando Oscar me pidió espacio. Al retirar la toalla, el corte no parecía tan grave, pero con un poco de presión en los costados de la herida, comenzó a sangrar de nuevo.

—Hay que limpiar bien y suturar, señorita Williamson. Tenemos que llevarlo al hospital.

—¡No! ¡Al hospital no! —voceó Adrien, que huyó del contacto de los paramédicos y se subió a mi regazo hasta quedar hecho un ovillo —. No quiero ir al hospital, April.

—Pero es necesario, cariño. Tiene que verte un médico, que te lo cure bien y te haga un bordadito. —Los gemelos sonrieron y asintieron—. Por cierto, se lo ha hecho con la hoja de la sierra.

—Con más razón. Necesitará un pinchacito contra el tétanos, por si acaso —aseveró Stan—. Venga, será un paseo de nada hasta Morrisville.

—Seguiré llamando a papá por el camino y seguro que él estará allí cuando nosotros lleguemos.

Adrien no quedó muy conforme, pero permitió que me pusiera en pie y que lo ayudara a caminar. No se despegó de mí ni para subir a la ambulancia.

—April —musitó con la carita pegada a mi hombro. El vendaje que le habían puesto empezaba a oscurecerse—, no le cuentes a papá cómo me lo he hecho, *porfi*.

Se echó a llorar de nuevo, pero ya no era tanto de dolor como de

arrepentimiento, de vergüenza y de miedo a las consecuencias. Su padre se enteraría antes o después, pero mi corazón de peluche se enterneció y, cuando se apretó contra mí, como si buscara el calor de su madre, me venció.

—Yo no le diré nada si tú no le cuentas que he dicho muchas palabrotas, ¿de acuerdo?

56. Nathan

E
speré a que Ginger y Percival llegaran de sus clases de baile con los papeles del divorcio en la mano, sentado en el salón casi a oscuras. Había pasado la mañana sopesando los pros y los contras de sacarlo a la luz, me sentí estúpido haciendo una lista, como April, pero después de analizarlo durante horas, llegué a la conclusión de que quería respuestas, las necesitaba. Si los McPherson sabían algo, no habían hecho bien ocultándomelo. Y si no lo sabían… Merecían conocer las intenciones de su hija tanto como yo.

El reloj de la chimenea dio las seis de la tarde y me extrañó que no hubieran regresado ya, pues la serie favorita de Percival comenzaba a y cuarto, y nunca se la perdía. Mi teléfono, que había estado en silencio desde que salí de casa de los Williamson el día anterior, tenía un buen puñado de llamadas sin responder. La mayoría eran de April, muy recientes. Demasiado recientes.

De repente, el número de Ginger apareció en la pantalla.

—Ya me estaba preguntando si os habrían castigado sin salir de clase de baile —bromeé, pese al humor funesto que me acompañaba.

—¿No has hablado con April? —me preguntó mi suegra con urgencia.

—No, iba a llamarla más tarde para…

—¡Ay, hijo! Van camino del hospital. Adrien se ha caído y lo llevan a Morrisville.

—¡¿Qué ha pasado?!

—Se ha caído, se ha cortado. April dice que ha perdido mucha sangre, pero que está consciente. Iba en la ambulancia, estaba muy nerviosa, y Adrien lloraba…

Me quedé helado. Mis músculos se movieron por inercia y salí corriendo de la casa, apenas podía oír a Ginger, la sangre me rugía en los oídos. Me puse en lo peor, y mi mente volvió a aquella noche, al rostro desolado de los dos agentes en mi puerta, a las luces del pasillo del hospital, al cuerpo de mi mujer cubierto con una sábana. Las lágrimas me enturbiaron la vista al salir del pueblo y por poco me paso el desvío a Morrisville.

Entré en urgencias guiado por la desesperación y el miedo, y me encontré con los rostros pálidos de Ginger y Percival.

—¡Nathan! April está dentro con él.

—Pero ¿dónde está? ¿Cómo está? ¿Qué os han dicho? ¿Lo habéis visto? ¡Tengo que entrar, joder!

Percival me señaló el puesto de enfermeros que había en el pasillo y corrí como si me fuera la vida en ello. April no me había cogido el

teléfono en todo el trayecto y estaba volviéndome loco de preocupación.

—Mi hijo está ahí dentro, ha tenido un accidente.

—Tiene que esperar a que salga el doctor que lo atiende. Vaya a la sala de espera —me comunicaron con un tono aburrido que me alteró mucho más.

—¡He dicho que mi hijo está ahí dentro y tengo que entrar! —grité.

—Señor, entiendo que esté nervioso, pero por favor, no levante la voz o tendré que llamar a seguridad. —Tecleó un par de veces en el ordenador y levantó de nuevo la vista—. Dígame el nombre de su hijo.

—Adrien, Adrien Farley.

—Adrien Farley —repitió mientras comprobaba el ingreso—. Aquí está. Ya lo ha visto el médico y se lo han llevado a curas. No tardará en salir.

—Pero está solo ahí dentro. Tengo que entrar.

Al enfermero le sorprendió mi declaración y volvió a teclear. Negó un par de veces y me habló sin apartar los ojos del ordenador.

—No está solo. Ha entrado su madre con él.

—¡No! —voceé—. ¡Es una amiga, joder! No es su…

—¡Papi!

Justo detrás del control de acceso, Adrien se soltó de la mano de April y tuve el tiempo justo para arrodillarme antes de que me abrazara. Hundió la cara en mi hombro y lloró sin consuelo mientras mis manos le acariciaban el pelo y la espalda con suavidad. Le habían vendado el antebrazo y lo llevaba en un cabestrillo con estampado de colores.

—¡Eh, campeón! ¿Qué ha pasado?

—Se ha cortado. Le han dado cinco puntos —respondió April, de pie a mi lado. Me impresionó el diagnóstico, pero también su tono severo. Abrí mucho los ojos al ver el estado de su ropa. Tenía manchas de sangre por doquier—. Sí, voy cubierta de la sangre de tu hijo. Súmalo a la lista de cosas de las que puedo acabar cubierta.

Me tendió el parte de urgencias donde estaban las indicaciones del médico y se encaminó hacia la salida sin esperar a que me pusiera en pie.

—¡Eh, April! —la llamé. Dejé a Adrien con mis suegros y corrí detrás de ella—. ¡Espera! ¿Adónde vas? ¿Puedes esperar un segundo?

Se dio media vuelta, enfurecida, y me señaló con un dedo.

—Te he llamado treinta veces, Nathan. ¡Treinta! —gritó—. No sé dónde demonios estabas ni qué te tenía tan ocupado como para no responderme, pero ¿no te parece que treinta son suficientes llamadas como para que entiendas que pasa algo grave?

—No tenía el teléfono a mano.

—¿No tenías el teléfono a mano? ¿En todo el día no has tenido el

teléfono a mano? Porque me he quedado tirada con el coche, he llegado tarde a recoger a Adrien, tu hijo se ha hecho daño y tú… tú… —Levantó los brazos al cielo en una súplica y me dio la espalda de nuevo. Llevaba manchas de sangre hasta en la espalda y me hubiera gustado acompañarla a su casa y prepararle un baño—. Procura tener el teléfono a la vista en unas horas. Voy a querer saber cómo está Adrien.

—¿Has venido con tu coche?

—No, he venido en la ambulancia. Mi coche está en el taller de Walter.

—¿Y cómo piensas volver a Stowe? —April miraba a un lado y a otro de la calle, como si esperara ver llegar una carroza—. ¿Quieres que te llevemos?

—Preferiría ir a pie —rumió entre dientes.

Me acerqué a ella muy despacio y abracé su cuerpo en tensión. Tenía sangre hasta en el pelo y me pregunté de cuánta templanza habría tenido que echar mano para sobrellevar la situación.

—Gracias por hacerte cargo de todo. Has sido muy valiente, y quiero que me des la mano ahora mismo y vengas con nosotros en el coche. Te dejaré en casa y hablaremos más tarde. ¿Quieres que vaya a verte cuando acueste a Adrien?

—No.

—¿Seguro? Estás muy tensa. —Le masajeé los hombros y noté cómo cedía a la presión de mis dedos—. Puedo pasarme un rato.

—Él te necesita más que yo, está muy asustado aún.

—Puedo hacerme cargo de los dos.

April se apartó de mí, volvía a estar molesta.

—Yo puedo cuidarme sola, ¿sabes? Pero tu hijo no. Quédate con él. —Miró a un lado y a otro de la calle justo cuando se aproximaba un taxi—. De hecho, creo que volveré a casa por mi cuenta.

—¿Estás enfadada por lo que ha pasado o hay algo más? —le pregunté un poco cansado de su juego—. Tengo la extraña sensación de que he hecho algo mal, pero ahora mismo no tengo la cabeza para adivinanzas, April.

Se lo pensó, abrió y cerró la boca un par de veces. Cuando se decidió a hablar, perdió toda la entereza.

—Le has dicho al enfermero que era tu amiga. No soy tu amiga, Nathan, soy tu novia. Puede que suene cursi o anticuado, pero a mí me gusta pensar que eso es lo que me define en relación a ti.

—Solo es una forma de hablar, April —me justifiqué—. Estaba nervioso, no sabía lo que decía. Lo único que quería era que me dejaran entrar a ver a Adrien. ¿De verdad te has enfadado por eso?

No contestó, pero sí, estaba muy molesta. Me dejó que la abrazara y sentí cómo temblaba entre mis brazos. No había sido un buen día

para ninguno de los dos; tampoco para Adrien, desde luego. Nos merecíamos un respiro y se me ocurrió que, tal vez, si el niño se encontraba bien y a April le parecía correcto, el sábado podríamos hacer noche de películas en su casa.

Y quedarnos a dormir.

Como una familia.

57. April

CUATRO ERRORES IMPERDONABLES EN UNA FIESTA:
1- Generar expectativas
2- El exceso de invitados
3- Hablar de temas espinosos
4- Que la anfitriona se emborrache

El primer error que cometí aquel fin de semana fue comentar en el club de lectura del viernes que Nathan y Adrien se quedarían a dormir en casa al día siguiente.

—¡Qué bonito! —se emocionó Constance—. Estarás nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Por qué tendría que estar nerviosa?

Y si no lo estaba, lo estuve a partir de ese instante. A pesar de las divertidas historias de mis amigas sobre cómo fueron los primeros días de convivencia con sus maridos, nada era comparable con mi situación, porque quería hacerlo bien, quería que Adrien estuviera a gusto, que Nathan se sintiera bien con el niño allí y que, cuando cerráramos la puerta del dormitorio, me hiciera el amor en silencio, como cualquier pareja que no quiere que su hijo se despierte. Y quería un desayuno en familia por la mañana, con besos de sirope de arce y miradas cargadas de promesas de futuro.

—Igual deberías rebajar un poco las expectativas —me sugirió Danielle—. Puede que lo de follar en silencio te parezca fácil, pero como Adrien tenga el oído tan fino como mis demonios…

—Llamará a la puerta de la habitación y te dará un susto de muerte —comentó Beth.

—Y luego querrá dormir en la cama con vosotros, y tú estarás desnuda debajo de la sábana, y él tendrá una erección de las bestias, y a ver quién es el valiente que le dice al niño que no puede dormir allí —predijo Constance.

—No me estáis ayudando, chicas.

—Lo mejor es follar de madrugada —apuntó Krista con un ademán —. Anthony y yo nos ponemos el despertador.

—Sois unas exageradas —intervino Emma—, no tiene por qué ser así. Seguro que el ideal de April se acerca más a lo que va a pasar.

—Oh, cariño, qué inocente eres —se burló Krista—. Como se nota que no tienes hijos. ¿A que Gael y tú lo hacéis mucho? Pues olvídate de eso cuando forméis una familia.

—Y durante las vacaciones escolares ya ni te cuento. ¡Odio cuando se acaban las clases! —lloriqueó Danielle.

—Por suerte, os queda mucho para eso —resolvió Krista.

—No tanto —murmuró Emma, y se impuso el silencio en la biblioteca.

—¡Emma Shaffer! —exclamó Constance—. ¿Qué no nos has contado?

—Nada, nada… Yo solo…

—¡Estás embarazada! —gritó Danielle—. ¡Joder! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? La piel, las tetas… —Alargó una mano para tocarle el pecho, pero ella se apartó a tiempo—. ¡Y no has probado el tequila! ¡Emma!

Se formó un escandaloso revuelo de felicitaciones, abrazos y besos, la bombardearon a preguntas que la pobre Emma respondió con la calma que la caracterizaba, y cuando la algarabía se extinguió, rompió a llorar para consternación de todas.

«Maldito Gael», fue lo primero que pensé al abrazarla.

—Son las hormonas —dijo Danielle.

—Y la emoción —añadió Krista.

—Y Gael, ¿verdad? Esto es por Gael —adivinó Constance. Emma asintió entre mis brazos y aceptó el pañuelo que le pasó una de las chicas—. Ya sé que es tu hermano y que lo quieres mucho, April, pero es un auténtico gilipollas.

—¿Qué ha pasado? ¿No es capaz de asumir la responsabilidad?

—No, no es eso. Es que… está como ausente —se explicó entre hipidos—. Nunca ha sido un hombre muy comunicativo, pero ahora está aún más callado, y parece como si… como si estuviera preocupado por algo todo el tiempo.

—¿Atormentado, quizá? —preguntó Krista, pero me miraba a mí con una ceja levantada.

Tenía que hablar con Gael. El tema de Diane había llegado demasiado lejos y no podía ir por la vida destrozando las ilusiones de alguien tan maravillosa como Emma. Tampoco Nathan se merecía que le ocultara lo que sabía de su mujer. Tanto Gael como yo lo habíamos hecho mal y debíamos ponerle solución al problema antes de que nos estallara en la cara.

«Pero este fin de semana no», me dije.

El segundo error que cometí fue convertir el sábado de películas en una cena de amigos para dar la bienvenida al mes de junio y al final de las clases. No sé cómo pasó. Supongo que Emma necesitaba que la animaran, las chicas estaban más revolucionadas de lo habitual y a Nathan no le pareció mal cuando se lo comenté. De hecho, le pareció tan buena idea que pidió hacerse cargo de la barbacoa, como si fuera una proeza de la que nadie más pudiera ocuparse.

—Es por la relación directa con el fuego —interpretó Constance mientras mirábamos a los chicos desde la ventana de la cocina—. En

el fondo, siguen siendo un poco neandertales.

Brindé con mi botellín de cerveza, el segundo desde que habían llegado a casa, y salí al jardín trasero con los platos bajo el brazo.

—Tengo serias dudas de poder acabar la noche sin arrancarte esos pantaloncitos que llevas —me susurró Nathan al oído mientras yo repartía los platos en la mesa. Pegó su pelvis a mi trasero y noté su dureza debajo de las bermudas—. No veo el momento de estar a solas contigo, señorita Williamson.

Su mano vagó por mi estómago y agradecí sus caricias con un estremecimiento de placer. No me había puesto nada especial, pero sabía el efecto que mis *shorts* y la camiseta corta causarían en él. La ola de calor con la que había comenzado el mes de junio tenía la culpa de que me sintiera más excitada de lo normal.

—¿Le has enseñado a Adrien dónde va a dormir? Creo que la habitación del desván ha quedado muy bonita.

—Le ha encantado. Es posible que no quiera volver a casa de Ginger y Percival. Allí no tiene una lámpara de lava ni un techo de estrellas que brillan por la noche. ¿De dónde has sacado todo eso?

—Es un secreto —le dije al oído. Le arrebaté su botellín de cerveza y di un buen trago antes de aceptar un beso repentino que se alargó más de lo recomendable para una reunión de amigos. Cuando Walter y Gareth empezaron a silbar, me aparté de él, abrumada—. Voy a ver qué tal está Emma. Mi hermano aún no ha llegado.

El timbre sonó en ese instante y Gael hizo acto de presencia con su semblante de amargado. No esperé a su saludo, cerré la puerta y tiré de él hasta el cuarto de baño.

—¿Vas a obligarme a lavarme las manos como hace mamá? —se mofó.

—Cállate, idiota. Tienes que contarle a Emma lo de Diane, y yo se lo diré a Nathan. Lo que estamos haciendo está mal, Gael, lo sabes tan bien como yo.

—¿Quieres decirle a tu novio que su mujer se tiraba a tu hermano y que tenía intención de abandonarlo para vivir conmigo? ¿Quieres que sepa que has mantenido en secreto una noticia así todo este tiempo mientras jugabas a ser feliz con él? ¡Adelante, April! ¡Hazlo! Me encantará ver cómo se larga echando leches de este pueblo.

—¡Él no tiene la culpa de que Diane muriera! —le grité, harta de que sus secretos se colaran en mi vida y amenazaran con destruirla—. No sé por qué lo odias tanto.

—Porque tu querido señor Farley me quitó a la mujer de mi vida —confesó—. Él y su maldito dinero, él y su gran trabajo de arquitecto, él y su influyente familia. Diane solo lo quería porque el apellido Farley le abría muchas puertas, y esperé, April, Dios sabe que la esperé hasta que consiguió lo que tanto deseaba.

Y cuando ya no tuvo nada que rascar de su vida con Nathan, le pidió a Gael que prepara los papeles del divorcio. Se aprovechó de un hombre bueno, lo exprimió. Me pregunté, y no era la primera vez, si el embarazo de Adrien no fue para ella tan solo un error de cálculo.

De repente, me asaltó una duda y contuve la respiración. Mi expresión de horror alarmó a Gael.

—¿El niño es…?

—No, no es mío. El mío lo perdió.

Me llevé las manos a la boca, consternada por aquella revelación que llegaba en un momento tan delicado, pero unos golpes en la puerta del baño me impidieron preguntar más, y la voz de Adrien pidiendo paso con urgencia nos obligó a salir. Emma nos miró desde la distancia, con temor, pero se le dibujó una sonrisa tímida cuando Gael la sujetó de la cintura y la besó despacio.

—Tienes cara de haber visto un fantasma —observó Krista. Me puso un vasito de tequila en la mano y me animó a vaciarlo—. Bebe, te hace falta. Lo que sea que os hayáis dicho en el aseo no te ha sentado nada bien.

Walter anunció a voz en grito que la carne estaba lista y los niños corrieron a la mesa, hambrientos como coyotes. Descorchamos varias botellas de vino que había traído Dave y conseguí olvidar que, en el otro extremo de la mesa, mi hermano me odiaba con todo su ser. Al menos, Emma sonreía sin parar.

No habíamos llegado al postre cuando las chicas empezaron con el repertorio de anécdotas del colegio y del instituto. Ellos no se quedaron atrás y la conversación se transformó en una sucesión de datos, nombres, hazañas y desventuras, donde unos se corregían a otros levantando la voz para hacerse oír por encima de los demás.

Fue divertido hasta que, entre tanta historieta, surgió el nombre de Diane. Noté el cambio en la actitud distendida de Nathan, sentado a mi lado. Le puse una mano sobre la rodilla por debajo de la mesa y él me correspondió con un guiño.

—Estoy bien, no importa.

El semblante de Gael se oscureció aún más, pero nadie le dio importancia. Todos lo conocían, sabían que no era el alma de la fiesta.

—El otro día encontré el anuario de vuestro último año en el instituto —declaró Nathan, y Gareth soltó una sonora risotada—. Cameron está igual que entonces.

—¡Ya te digo, tío! —voceó Walter—. Yo, al menos, he ganado con los años.

—Has ganado tripa —lo provocó su mujer.

Él, lejos de sentirse atacado, le rodeó los hombros y le dio un morreo de lo más provocador que alentó las risas de los presentes y las caras de asco de los niños.

—¿Tú sabes con quién salía Diane en aquella época?

No saber reconducir la conversación fue mi tercer error. ¿En qué demonios estaba pensando yo cuando Nathan soltó lo del anuario? Debería de haber desviado el tema de inmediato.

Palpé la incomodidad en el ambiente. Me bebí media copa de vino de un trago, debido a la impresión. Krista me miró, alarmada; era la única que sabía lo que me ocurría. No obstante, Constance entrecerró los ojos y activó la maquinaria de sus recuerdos. En cuanto encontró la respuesta a la pregunta de Nathan, miró a Gael, luego a mí e intentó cambiar de tema, como debería haber hecho yo.

—¡Oye, Nathan! ¿Qué tal va el granero? ¿Cuándo podremos inaugurarlo?

El interés que mostró el grupo por los avances salvó la situación. Pero la ayuda de Constance me iba a costar una explicación, y cuando me levanté para sacar el postre, se pegó a mí como un mejillón a una roca. Por suerte, Krista acudió en mi auxilio.

—¿Qué está pasando? —Nos señaló a las dos con toda su autoridad y se cruzó de brazos—. Podéis dar gracias a que Walter no sabe sumar uno más uno, porque la historia de Diane con tu hermano en el instituto fue bastante sonada.

—Tampoco tanto —discrepó Krista.

—¡Oh, por favor! ¡Era Gael! Todas, en algún momento de vuestra adolescencia, soñasteis con los ojos de Gael, con el trasero de Gael y con el torso de Gael. Hacíais cola en el campo de fútbol para ver cómo se quitaba la camiseta. Y luego llegó el Gael universitario. ¡Por Dios! Rompió los corazones de medio Stowe cuando empezó a salir con Diane.

Constance tenía razón. Mi hermano era el típico líder de instituto, *quarterback* del equipo de Stowe, con una moto que llevaba de cabeza a mis padres y un aire medio bohemio que volvía locas a las chicas. Hasta que se enamoró de Diane McPherson.

—Entonces, ¿me lo vais a contar o tengo que ir a preguntarle a él qué demonios pasa?

Me serví otra copa de vino y la apuré hasta el fondo. Cuanta más gente supiera lo de Diane y Gael, más probabilidad había de que alguien se fuera de la lengua. Pero Constance no pararía hasta saber la verdad.

—Mi hermano y Diane Farley tenían un lío —murmuré, no sin antes asegurarme de que nadie más podía oírme—. Nathan no lo sabe y Emma tampoco, así que, por el bien de los dos y de todo este pueblo, espero que no salga de aquí.

Constance boqueó como pez fuera del agua y se sirvió vino en la misma copa que había usado yo. Tenía muchas preguntas, pero Emma entró en la cocina en ese instante.

—Chicas, creo que me voy a ir a casa. Tengo mucho sueño y Gael no está de buen humor.

—Qué novedad —dijo Krista. Le arrebató la copa a Constance y bebió un trago de vino.

—Descansa, cariño. El primer trimestre suele ser un poco caótico, pero ya verás cómo te encuentras mejor después de unas cuantas horas de sueño. —Constance le acarició la mejilla con amor y le apartó el pelo de la frente—. Me gustaría decirte que dormir también te ayudará con Gael, pero él no tiene remedio.

—Eso ha sido muy ingenioso, Constance —nos sorprendió el aludido con su tono irónico monocorde. A continuación, le tendió la mano a Emma y le hizo un gesto con la cabeza—. Vámonos.

Los demás no tardaron mucho en seguir los pasos de Emma y Gael. Después del postre y de un poco más de sobremesa, los niños empezaron a ponerse pesados y mis amigas dieron la noche por finalizada.

Cuando los últimos se fueron y cerré la puerta, me dejé llevar por la suave música que venía del jardín y bailé por el salón como si estuviera sola.

—April, ¿qué haces?

—¡Ah, joder! ¡Qué susto, Adrien! ¿Qué haces ahí? ¡Por el amor de Dios, por poco me matas!

El niño se frotó los ojillos velados por el sueño. Se había quedado dormido en el sofá y mis pasos de baile lo habían despertado.

—¿Dónde está papi? ¿Se ha ido?

—Nooo, claro que no. O eso espero —murmuré—. Estará en el jardín recogieeendo. Pero tú, señorito, tienes que irte a la caaama ya mismo. ¡Aaandando!

—¿Por qué hablas tan raro? ¿Qué te pasa en la lengua?

—¿A míííí? —Saqué la lengua para mirarla y bizqueé. Adrien se rio de mis payasadas, y cuando fui a sentarme junto a él en el sofá, calculé mal y me caí de culo. Era toda diversión para él—. ¡Hazlo otra vez! ¡Hazlo otra vez!

—Nada de otra vez —sonó la voz de Nathan, y noté como sus manos me elevaban hasta dejarme bien sentada en una superficie blandita—. Voy a acostar a Adrien. No te muevas de aquí. Ahora vengo.

Perdí la conciencia antes de oír el «buenas noches» de Adrien.

Y aquel fue el cuarto error.

58. Nathan

Estaba dormida con la boca abierta cuando volví al salón. Se había caído hacia un lado y tenía el cuello en una posición antinatural. Durante la velada, no me pareció que bebiera tanto. De lo que sí estaba seguro era de que no la había visto probar bocado.

—Si bebes, come. Eso es de primero de borrachuzos, señorita Williamson —recité mientras cargaba con ella en brazos.

Gruñó algo cuando la deposité con cuidado en la cama y trató de hacerse un ovillo antes de que la desvistiera.

Me había imaginado quitándole los pantalones cortos en muchos momentos, pero no en esas circunstancias. Debajo, aparecieron unas preciosas braguitas de encaje negro que me aceleraron el pulso. Con la camiseta ocurrió lo mismo, su sujetador rosa me provocó un tirón en la ingle y una maldición, pero le puse el pijama con sumo cuidado.

—Mmm, ¿vas a hacer eso que me haces con la lengua? Me gusta mucho —balbució, y con los ojos cerrados, levantó una mano para tocarme.

—Esta noche no, cariño.

Le costó enfocar la mirada y se le dibujó una sonrisa traviesa que me puso las cosas muy difíciles. La April Williamson ebria era el colmo de la desinhibición. Contoneó el cuerpo hasta que la camiseta se le subió por encima del pecho y emitió un gemido gutural que fue directo a mi entrepierna.

—¿No quieres… follar? —preguntó, pero bajó la voz en la última palabra y la convirtió en un ronroneo.

—Claro que quiero, pero también que te enteres de lo que hago y que lo recuerdes mañana, y, en tu estado, no creo que pase ni lo uno ni lo otro. Duérmete, anda. Voy a terminar de recoger fuera y a echarle un vistazo a Adrien.

Hizo un par de pucheros, pero no opuso resistencia cuando la cubrí con la sábana. Se le cerraron los ojos antes de que apagara la luz y en la siguiente exhalación ya estaba dormida.

No era así como me había imaginado la noche.

Adrien se despertó temprano a la mañana siguiente y sus pisadas por las escaleras de madera del desván me pusieron en marcha. No quería que viera el aspecto de April después de haber estado vomitando media noche.

—Papi, ¿verdad que April es la chica más divertida del pueblo? —afirmó mi hijo mientras le hacía la cura de la mañana en el cuarto de baño—. Más que mamá y que la *abu*, ¿a que sí?

—Desde luego que sí —admití.

—¿Y podremos quedarnos más días a dormir aquí? La habitación de arriba es superchula y no me ha dado miedo, ¿sabes?

—Bueno, le preguntaremos a April.

—Podéis quedaros siempre que queráis. —La voz de ultratumba de April nos cogió por sorpresa y tanto Adrien como yo dimos un respingo. Cuando asomó la cabeza por la puerta del aseo, contuve una risotada—. Buenos días. ¿Qué tal has dormido, pequeñajo?

—¿Estás enferma? —dudó Adrien, un poco asustado.

—No, cielo, no te preocupes.

—Parece que te hayas peleado con un oso —insistió mi hijo—. ¿Seguro que estás bien?

—Segurísimo. En cuanto me tome un café o dos estaré como nueva.

Mandé a Adrien a ver la tele y me quedé observándola.

—Sé lo que vas a decir, y lo siento —se excusó—. No sé en qué momento se me fue de las manos. No me pasaba esto desde los veinte años.

—No cenaste casi nada.

—No, la verdad es que no recuerdo ni lo que había.

Se miró en el espejo y se horrorizó al ver su reflejo.

—Necesitas una ducha, señorita Williamson.

—Y café. Uno grande y cargado, por favor.

Abrí el grifo para activar el agua caliente y le tendí la toalla que había en la pared.

—Yo me ocupo de eso. Luego, tal vez te apetezca venir con nosotros a dar un paseo por el bosque. Hace un día precioso.

Cuando salió del cuarto de baño parecía otra persona, una más parecida a la April de siempre. Se tomó el café a pequeños sorbos y mordisqueó un poco de la tostada que puse junto a la taza. Adrien se sentó a su lado y parloteó sobre la fiesta hasta que terminó de desayunar. A pesar del malestar de la resaca y de lo cansada que parecía, escuchó cada palabra del niño como si fuera lo más interesante que le habían contado en su vida. Hacía muecas cuando Adrien elevaba la voz demasiado y entrecerraba los ojos cuando se reía, pero aguantó estoica, tan entregada a hacer que el pequeño se sintiera bien que me pregunté qué haría por mí si se lo pedía.

La acorralé contra la puerta del dormitorio en cuanto Adrien subió a asearse y a vestirse. Acababa de cepillarse los dientes y el sabor mentolado del dentífrico me supo a gloria mezclado con su saliva. Mis manos fueron directas a sus pechos y mi rodilla le abrió las piernas sin demasiada dificultad.

—Pídeme ahora que te folle como me lo pediste anoche —le recordé al tiempo que le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—¿Te pedí que me…? ¿Y tú…?

—No, cariño, no pasó nada, pero no fue por falta de ganas. Me

pusiste muy al límite.

Metí la mano en el pantaloncito de pijama que se había puesto después de la ducha y le acaricié el clítoris por encima de las bragas. La tela se empapó sin remedio y su piel se cubrió de un intenso rubor. Me encantaba cuando se sonrojaba y, al mismo tiempo, abría las piernas un poco más para darme mejor acceso.

—Nathan… Adrien está…

—No entrará en la habitación, descuida.

—Pero…

—Tú cierra la boca y no grites.

Me arrodillé delante de ella y le bajé el pantalón y las bragas de un tirón. Su respiración se agitó en cuanto vio mis intenciones y le sonreí. Iba a darle lo que me había pedido la noche anterior, y podía ser que después, cuando se hubiera corrido, me diera yo el capricho de desahogarme por fin.

—Sujétate a la pared —ordené. Le levanté una pierna para ponérmela en el hombro y la dejé expuesta delante de mis ojos. El aroma de su esencia aumentó mi temperatura—. Recuerda: no grites.

La degusté, la paladeé, le hice el amor con la boca como si fuera un muerto de hambre. Su sangre concentrada en ese punto tiñó su vulva de un rojo intenso y caliente que me supo al cielo en cada lengüetazo que le regalé. El clítoris me llamaba a gritos y la mano de April me empujaba contra él, pero aquel pequeño guijarro de nervios y placer terminaría con su disfrute en cuanto lo tocara y aún nos quedaban unos minutos de deleite antes de llevarla al clímax.

—Nathan, por favor… —me rogó.

Sus dedos se enredaron en mi pelo con una súplica silenciosa, pero no cedí a su necesidad. Mi lengua tenía otros planes.

Puse una mano en su abdomen para mantenerla pegada a la pared y hundí un dedo de la otra con la curvatura necesaria para acariciar su interior. Un intenso río de esencia se mezcló con mi saliva y se deslizó por sus muslos como lava candente. Estaba a punto y yo también. Si no la conducía al orgasmo en ese momento, no podría resistirlo.

—Ahora, en silencio, por lo que más quieras, April.

—No podré…

Se llevó el puño a la boca y se mordió los nudillos justo cuando mi boca succionaba su clítoris y mi lengua trazaba alocados círculos a su alrededor. Introduje un dedo más y bombeé con ritmo solo un par de veces antes de que los músculos de su interior me estrangularan y su sexo se convirtiera en un manjar para los sentidos. Los gemidos ahogados sonaron como lamentos, la presión de su cuerpo pidiendo más me colmó de placer, la piel húmeda de sus muslos demandaba mis caricias, pero la rodilla le flaqueó y solo tuve tiempo de cogerla en brazos para llevarla a la cama. Me hundí en su interior sin aviso,

cuando su sexo aún se contraía por el éxtasis y, apenas un minuto más tarde, era yo el que ahogaba un juramento en su hombro mientras me corría como nunca.
Una hora más tarde, después de otra ducha y de ver los dibujos en la tele con Adrien, partimos en coche hacia la cima del monte Mansfield a lo largo de la histórica Toll Road. El día era espléndido, las familias estaban ansiosas de buen tiempo para estar al aire libre y, en el recorrido, pudimos ver cómo de concurrida estaba la montaña aquel domingo por la mañana.

—Desde arriba dicen que hay unas vistas impresionantes del lago Champlain y de las montañas Adirondack —comenté.

—No hemos cogido nada para almorzar. Allí no hay bares ni nada parecido, es todo salvaje.

«Como tú».

Me leyó el pensamiento cuando la miré. Se ruborizó y la comisura de los labios le tiró hacia arriba para formar una sonrisa tímida. La noche no había sido nada memorable; en cambio, la mañana que estábamos construyendo me pareció perfecta.

Adrien salió disparado por el camino del mirador en cuanto abrió la puerta del coche. Yo, por el contrario, me demoré hasta que April se puso la chaqueta. Quería contarle lo que había descubierto de Diane, pero no con el niño delante.

—¿Recuerdas que ayer dije que había encontrado el anuario de Diane? —Su mano, que sujetaba la mía mientras caminábamos, dio un pequeño apretón—. Pues encontré algo más reciente en el mismo cajón.

—¿Más reciente? No te entiendo.

—Debajo del anuario había una carpeta con papeleo. Diane iba a pedirme el divorcio, April.

Se detuvo de golpe y me soltó la mano, pero le rogué que no lo hiciera y volví a sujetarla. Necesitaba su contacto más que nunca y, ya de paso, su opinión sincera. Porque me había echado atrás en mi decisión de hablar con Ginger y Percival, pero no podía mantener en secreto un tema así. Necesitaba hablarlo con alguien, y ella era la mujer con la que compartía mi vida en ese momento.

—¿Por eso has estado tan raro? —Asentí—. No sé qué decir. ¿Estabais mal? ¿Vuestra relación era buena?

—¡Sí, claro que sí! Ella… ella trabajaba mucho y viajaba, pero nosotros… estábamos bien.

Al decirlo en voz alta me di cuenta de que no era cierto. La misma noche del accidente me planteé una separación temporal porque lo nuestro no funcionaba. Ya fuera por mi falta de trabajo o por exceso del suyo, apenas manteníamos una conversación sin que el teléfono se interpusiera entre nosotros. En cuanto al sexo, cuando lo había, no se

parecía en nada a lo que tenía con April. Nunca fue así. Diane era apresurada, metódica, no había margen para la improvisación. Su prioridad era siempre su propio placer y, en cuanto lo conseguía, parecía aburrirse.

—No te veo muy convencido. ¿Seguro que estabais bien?

Me reí sin humor y negué varias veces.

—No, tienes razón, no estoy nada convencido. Empiezo a pensar que seguíamos casados por el bien de Adrien, pero, al parecer, ella ya tenía preparado el siguiente paso.

—Entiendo que te sientas defraudado y traicionado, pero ahora ya no tiene sentido darle vueltas.

—Ya, es lo que me digo cada vez que lo pienso, pero ¿sabes? Hay algo que… Vino a Vermont a gestionar los papeles, ¿por qué haría eso? Como si no hubiera buenos abogados en Boston. Yo creía que ella no venía por aquí.

—¿Has hablado con Ginger y con Percival? A lo mejor ellos pueden aclararte las cosas.

—No, aún les duele hablar de Diane. Si no sabían lo del divorcio, no quiero causarles más daño; y si lo sabían, no quiero que se sientan culpables por habérmelo ocultado.

—¡Papi! ¡April! ¡Venid! ¡Mirad qué alto! —Adrien reclamaba nuestra atención agitando un brazo junto al mirador.

—¿Estás bien? —se preocupó April al verme tan pensativo.

No, no estaba bien. La rabia y la incertidumbre me habían estado consumiendo desde que encontré los papeles, un par de sentimientos más que sumar a la culpa que ya me corroía por dentro cuando pensaba en la muerte de Diane. Pero April no era responsable de lo que me pasaba; ella seguía a mi lado pese a las sombras que me oscurecían el ánimo.

La sujeté de las mejillas como si sostuviera la luna en mis manos y la besé con plenitud. Mi corazón, con sus grietas y sus heridas, era suyo, y lucharía por superar los remordimientos porque, a pesar de todo, merecía ser feliz, a su lado, con mi señorita Williamson.

59. April

HABLEMOS DE…
… globos
… reformas
… regalos
… cumpleaños
… divorcios

Dormir los fines de semana en mi casa se convirtió en una costumbre que me hacía muy feliz. No había nada más bonito que ver entrar a Adrien a la carrera para coger el mejor sitio en el sofá en la noche de peli del viernes. Nathan, cargado con la mochila de los dos, negaba, y sonreía, y me besaba, y me prometía el mundo con su mirada insinuante. Quizá por eso no volví a preguntarle por los papeles del divorcio, a pesar de que en mi cabeza se repetía sin cesar que los secretos eran como una bomba bajo tierra: podía estallar en cualquier momento y nada lo impediría.

Salvo la verdad.

Tampoco le comenté a Gael nada al respecto. ¿De qué serviría? No era probable que Nathan atara cabos entre mi hermano y el despacho de abogados que se había hecho cargo, por muy extraño que le resultase que Diane hubiera venido a Vermont para redactar los documentos.

Pero la conciencia me remordía tanto que empezaba a afectarme en el día a día. Me aterraba que los McPherson confesaran lo que sabían; me preocupaba que, cualquier día, en cualquier lugar, alguien recordara haber visto a Diane con Gael y todo saltara por los aires. A mí me pillaría en medio.

Tenía que contarle lo que sabía, no continuaría ocultándole una información que podía hacernos tanto daño.

«El jueves por la noche», me dije.

El jueves por la noche había asamblea vecinal en el ayuntamiento para hablar de la temporada de verano y de las celebraciones que estaban por venir. Nathan había sugerido ir a cenar al acabar. A los McPherson no les entusiasmaban esas reuniones y nosotros necesitábamos hablar de la fiesta de cumpleaños de Adrien. Junio estaba llegando a su fin y había mucho por hacer.

—El primer punto del orden del día es el 30 aniversario del festival de globos aerostáticos —anunció Fitzgerald Merryweather tras su habitual golpe de mazo en la mesa sobre la tarima del salón de plenos

—. Este año tendrá lugar después de los festejos del 4 de Julio. Los hoteles están llenos y se espera más público que en años anteriores, por lo que será necesario reforzar los servicios del pueblo.

—¡Yo no pienso reforzar mi váter para que ningún extraño haga sus necesidades! —voceó una mujer al fondo.

Se alzó un murmullo de indignación en la sala consistorial acompañado de risas, y Nathan puso los ojos en blanco. Vi venir su sarcasmo de lejos.

—La inteligencia de algunos miembros de esta comunidad es abrumadora.

Me reí y le di un codazo para que guardara silencio. El alcalde golpeó la mesa una vez más y pidió calma para explicar que no se estaba refiriendo a ese tipo de «servicios».

Una hora después, cuando todos los asuntos del festival estuvieron zanjados, pasamos a las quejas vecinales, donde el perro de los Hansen volvió a ser el protagonista del orden del día. Tras debatir el inconveniente de los ladridos, y puesto que los dueños del animal no estaban presentes, nos centramos en otras cuestiones de mayor interés.

Albert Moss, el propietario de la ferretería y miembro de la Sociedad Histórica, tomó la palabra:

—Me parece muy grave que el ayuntamiento haya puesto a un extraño al servicio de la comunidad para resolver los problemas estructurales de las casas de este pueblo.

Nuevos murmullos llenaron el ambiente.

—Creo que habla de ti —le susurré a Nathan.

—Sí, eso parece. Está cabreado.

—¿Sabes por qué? —Nathan asintió.

—¡Es injustificable que ese individuo se aproveche de la buena gente de Stowe y se salte las ordenanzas municipales a la ligera!

Lo sobrecogió un repentino ataque de tos, y el cuerpo encorvado del anciano se sacudió con tanta fuerza que los más allegados creyeron que se rompería, y lo ayudaron a sentarse.

Fitzgerald puso los ojos en blanco y suspiró con teatralidad. A su lado, la secretaria del ayuntamiento tomó nota de la queja sin demasiado entusiasmo. Estaban al tanto de la opinión del señor Moss, no era la primera vez que se oponía al trabajo de Nathan. ¿La razón? Algo sobre unos cimientos podridos que iban a costarle un buen pellizco. Pero le costarían la casa entera si no los arreglaba. Por lo visto, no le parecieron bien las recomendaciones de Nathan y, desde entonces, estaba en pie de guerra con él.

—Albert, Albert —lo apaciguó el alcalde—, ya hemos hablado de esto un par de veces. Nathan Farley no está al servicio del ayuntamiento. Cualquiera es libre de contratarlo o de hacerle una consulta, como hiciste tú. Es un arquitecto independiente.

—¡Y muy bueno que es! —gritó la señora Swanson. Muchos estuvieron de acuerdo con ella—. Si dependiéramos del arquitecto municipal, mi panadería se habría derrumbado hace meses —exageró.

—¡Ed Knightley dijo que mi sótano estaba en perfectas condiciones y una semana después hubo un desprendimiento! —aseveró Theresa Blankenship, la enfermera que asistía a la doctora Weasly—. De no ser por Nathan Farley, se me habría hundido la cocina entera.

—¡A mí me solucionó un problema con las ventanas de la inmobiliaria! —voceó Cameron desde el fondo de la sala.

—¡A nosotros nos dijo de dónde venían las grietas de las paredes del salón! ¡La madera estaba podrida!

Varias voces más se alzaron en defensa de Nathan, y el alcalde se vio obligado a golpear la mesa con el dichoso mazo.

—Ya que se encuentra aquí presente, dejemos que sea él quien se defienda. Señor Farley, si es tan amable. —Fitzgerald le cedió la palabra a Nathan con un estudiado movimiento de la mano y él se levantó con un gesto de resignación—. Sea breve.

Nathan se aclaró la garganta antes de comenzar su alegato y mi imaginación se desbordó. Tenía un aspecto tan seductor, tan increíblemente atractivo, que soñar con el futuro era lo menos que se me ocurría cuando lo miraba. ¿Cómo serían nuestros hijos? ¿Cómo sería cuando tuviera sesenta años? ¿Conservaría ese poder de atracción que rezumaba cada uno de sus poros?

Su voz llenó el salón con el tono justo para hacerme temblar de placer, y cada vez que agitaba las manos recordaba dónde habían estado y lo que me habían provocado. Me removí en la silla, la boca se me secó y mi mente dio rienda suelta a las imágenes de los últimos fines de semana, cuando cerrábamos la puerta del dormitorio y nos amábamos hasta caer rendidos. Me abandoné un minuto a los recuerdos, a las caricias, a la brusquedad de sus exigencias, a su voz susurrante que me cortaba la respiración cuando pronunciaba palabras sucias en mi oído.

—April podrá decíroslo mejor que yo, ¿verdad, April? —oí de repente.

Krista me dio un codazo, y parpadeé varias veces. Tenía a medio pueblo esperando una respuesta, expectante.

—¡Oh, sí! Claro —reaccioné.

—¿Sí? —se extrañó Nathan—. Creo que…

—O no. No, no, claro que no. —¿De qué demonios estábamos hablando?

Nathan se tragó una carcajada y me guiñó un ojo. Al otro lado de la sala, Danielle y Constance se reían de mi azoramiento.

—¿En qué pensabas, pervertida? —me susurró Krista.

Pensaba… pensaba… pensaba en lo lejos que estaba mi casa del

ayuntamiento y en qué opinaría el pueblo si tiraba de la mano de Nathan y me lo llevaba a cualquier rincón oscuro.

Apreté las piernas y pensé en gatitos y perritos para alejar de mi mente las sucias imágenes de nuestros cuerpos retozando en cualquier penacho de hierba cubierta de rocío a espaldas del ayuntamiento.

—¿Qué tal he estado? —me preguntó Nathan al oído al acabar. Su nariz rozó mi cuello y se me erizó la piel.

—Muy convincente.

—Mentirosa. No prestabas atención. —Volvió a acariciarme—. ¿Tienes hambre?

Sus ojos se posaron en mi boca y me relamí.

—Mucha —respondí con un pequeño jadeo.

—¿Prefieres que vayamos al bar de Martin o…?

—A mi casa. —No le di opción—. Cenamos en mi casa.

—Bien, me gusta empezar por el postre.

Como cada vez que compartíamos la cama fuera del fin de semana, quise que se quedara a dormir conmigo, aunque sabía cuál sería su respuesta. Mientras disfrutaba del calor de su abrazo bajo las sábanas y de la placidez después del sexo, pensé en preguntarle por el divorcio y que la respuesta me diera pie a hablarle de lo que sabía. Pero el miedo continuaba guiando mi sentido común y cualquier distracción era buena para no sacar un tema tan espinoso.

—He pensado en comprarle a Adrien una bicicleta por su cumpleaños —comentó Nathan mientras su mano se deslizaba arriba y abajo por mi espalda desnuda—. Creo que es el momento de que aprenda a montar.

—Le encantará, estoy segura. ¿Qué puedo comprarle yo?

—¿Tú? —preguntó, extrañado—. Tú vas a montar su fiesta, no tienes que regalarle nada más. Por cierto, tu idea de poner una piscina hinchable en el jardín de Ginger…

—Lo sé, no será posible, me lo dijo Percival. El desnivel es demasiado pronunciado. Pero se lo prometí, y ahora que le han quitado el cabestrillo y los puntos… Por eso he decidido que la fiesta será aquí, en mi casa.

—¿Y cuándo has decidido eso, señorita Williamson? —Me hizo cosquillas en la cintura y me retorcí entre sus brazos. El roce del vello de sus piernas contra las mías estimuló mis terminaciones nerviosas—. No me habías dicho nada.

«Hay tantas cosas que no te he dicho», rumié, y el tema del divorcio volvió a mi cabeza.

Tenía que decírselo, tenía que contárselo, tenía que…

La boca de Nathan dejó un rastro de besos por mi clavícula.

—Mmm, necesito todo lo que pueda llevarme de ti para no echarte de menos.

—Mañana es viernes, vendréis a pasar el fin de semana —le recordé.

—Faltan muchas horas hasta el viernes, April. Soy un hombre débil.

Me besó en el abdomen al tiempo que su mano encontraba el camino entre mis piernas.

—Nathan… —gemí—, tenemos que…

—Sí, desde luego que «tenemos que». Me encanta «tener que» contigo.

¿Qué era eso tan importante que quería decirle? Ya no tenía importancia.

60. Nathan

Veinte niños y sus respectivos padres coparon el jardín trasero de April el viernes del cumpleaños de Adrien. La sonrisa de mi hijo era tan amplia que, por fin, entendí el verdadero significado de la palabra comunidad. Que se incorporase a mitad de curso no fue un problema, enseguida lo aceptaron, y el muchachito que llegó a Stowe triste, desconsolado y enfadado con el mundo —y conmigo—, se había transformado en una gran personita que cumplía nueve años.

—No te quedes ahí mirando, Nathan. Hay cuatro bandejas más de sándwiches en la cocina. ¡Sácalas! —me recordó Krista, cargada con platos de aperitivos. Llevaba un parche en el ojo y un pañuelo de calaveras al cuello, como todos los niños—. ¡Y dile a April que se dé prisa con los refrescos o se beberán el agua de la piscina!

Ayudé con las bandejas, entretuve a los padres, comenté los decorados de la obra de teatro del colegio con las madres y, además, no me perdí ni uno solo de los movimientos de April, por si necesitaba ayuda. Me tenía completamente abducido, era incapaz de quitarle los ojos de encima. Su felicidad estaba más allá de lo físico, la forma de apartarse el pelo del hombro, los guiños cómplices que les regalaba a los niños, su implicación en los juegos. Cualquiera diría que se lo estaba pasando igual de bien que Adrien.

—Estás poniendo el suelo perdido —señaló Danielle, que llevaba por la oreja a uno de sus demonios.

—¿Qué?

—¡Que estás babeando, Nathan!

Qué absurdo, yo no babeaba, pero mi corazón sí. Di gracias al cielo varias veces por mi suerte, porque, cuando todo el mundo se fuera a su casa, Adrien y yo la tendríamos solo para nosotros. Y cuando Adrien se fuera a dormir, sería toda mía.

Tenía algo importante que decirle, algo importante para los dos. Iba a hacer una oferta por la propiedad de Rosie Castaneda. Había hecho números para ver cuánto supondría una reforma a gran escala y estaba decidido. Quería que fuera nuestra casa, nuestro hogar.

Quería formar una familia con ella.

—¿Cuál de todos los piratas con parche en el ojo es el cumpleañero? —preguntó la dulce voz de Emma al llegar—. Soy incapaz de diferenciarlo. Le he traído un regalo.

—No tenías por qué. —Le señalé a Adrien, que se movía de un lado a otro del jardín, comandando un grupo de bucaneros de un metro de altura—. Hay una montaña de regalos en la mesa junto al columpio y seguro que termina jugando con las cajas de cartón.

Emma rio y echó un rápido vistazo sobre su hombro. Gael estaba en la puerta que daba al jardín.

—Solo hemos pasado a traerle unos papeles a April. No podemos quedarnos mucho rato, tenemos cita con el ginecólogo en Morrisville.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo bien. Náuseas, sueño, algún pinchazo inesperado, lo normal. Pero Gael prefiere que me vea la ginecóloga, por si acaso.

April le dio la bienvenida a Emma con un beso en la mejilla y acudió al encuentro de su hermano, que continuaba allí plantado. No me esforcé por ser cordial, nadie lo había invitado al cumpleaños de mi hijo. Emma podía quedarse tanto como quisiera, pero él…

Los niños armaron un gran revuelo al tirar varios vasos de refresco sobre la mesa, y Constance me pidió que le echara una mano. Terminé con la camiseta manchada de mantequilla de cacahuete por culpa de uno de los demonios de Danielle y mis zapatillas deportivas acabaron encharcadas gracias a la brillante idea de Charlie, que me perseguía con una pistola de agua más grande que él.

—¿Puedes dejar a Nathan un ratito, cielo? —lo regañó Krista con fingida dulzura—. Vamos a conseguir que se le quiten las ganas de tener más niños.

¿Ganas de tener más niños? No lo había pensado, la verdad, y aunque me parecía precipitado, teniendo en cuenta que aún no había hablado con April de vivir juntos, la idea no me horrorizaba en absoluto.

Unos minutos después, fui a la habitación a cambiarme de camiseta y de zapatillas. Cuando salí, me encontré con algo en la mesa del salón que jamás hubiera esperado ver allí.

—Pero ¿qué demonios…?

Una carpeta con iniciales blancas y fondo azul marino. La misma carpeta que encontré en el cajón de Diane, salvo por un detalle: dentro no había una demanda de divorcio.

Dentro estaba el acuerdo del granero que había redactado el bufete de Gael.

61. April

INGREDIENTES PARA UN CUMPLE «INOLVIDABLE»:
- Una piscina hinchable
- Un buen puñado de amigos
- Una montaña de regalos
- Una verdad dolorosa
- Un corazón roto

—¿Nathan? —Lo encontré en el salón, cabizbajo—. Vamos a sacar la tarta antes de que vuelvan a meterse en… ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Levantó la carpeta que había traído Gael y la dejó caer sobre la mesa. El golpe sonó como un latigazo contra la madera.

—¿Qué es esto?

—Son los documentos del acuerdo que…

—No, April. Esto. —Señaló la carpeta, el logotipo del despacho de abogados de Burlington—. ¿Aquí es donde trabaja Gael?

—Sí —respondí, cautelosa—. ¿Cuál es el problema?

Se rio de la pregunta y el desdén de aquella sonrisa me supo amargo. No entendí el cambio de actitud ni la hostilidad hasta que volvió a pasar la mano por la superficie de la carpeta y apretó el puño sobre ella. De pronto, elevé una plegaria de auxilio al cielo y recé para que Gael no hubiera sido tan estúpido como para…

—Aquí es donde trabaja Gael, claro —Nathan volvió a reír; yo tragué saliva—. Él lo sabía, ¿verdad? Sabía lo del divorcio. Lo redactó él, ¿no es eso? La hostilidad, la antipatía, ahora lo entiendo… Eran amigos, ¿no?

—¿Qué? No, yo no sé… —Miré al jardín, nerviosa—. Yo no…

Mis dudas fueron como una bofetada por sorpresa para Nathan, que chasqueó la lengua al comprender la situación.

—Tú también lo sabías —afirmó con un gesto de derrota—. Sabías que fue tu hermano. Cuando te dije que había encontrado la demanda de divorcio, ya lo sabías.

«No le mientas más».

—Sí, lo sabía. Y no te dije nada por…

—No me puedo creer que no me lo contaras —me interrumpió. Se llevó la mano al puente de la nariz y presionó unos segundos.

—No quería hacerte daño.

Una nueva risa, más cínica, más dolorosa.

—¿Y cómo llamas tú a ocultarme algo tan importante? ¿Creías que

no me enteraría? ¿Creías que lo dejaría pasar porque Diane no está?

No contesté a sus preguntas. Hacerlo hubiera sido peor. Nathan tenía razón y me merecía su enfado. Pero no esperaba su reacción cuando anunció:

—El cumpleaños se ha acabado. Iré a recoger mis cosas.

—Pero… podemos hablarlo. Me gustaría explicarte…

—No necesito explicaciones, está todo muy claro. —Aferró la carpeta con las manos y la rompió en dos de un fuerte tirón—. Espero que tu hermano y tú os hayáis divertido a mi costa.

—¡No, Nathan! No ha sido así. —Intenté detenerlo al pasar por mi lado, pero apartó el brazo con brusquedad—. ¡No es lo que crees, joder! ¡Escúchame!

—¿April? ¿Todo bien? —se preocupó Krista. Intenté parecer tranquila, pero ella ya conocía la historia y decidió que no era justo que yo cargara con todo el peso del enfado de Nathan—. Iré a por Gael.

—No hace falta, en serio. Podemos arreglarlo nosotros.

La verdad es que creí poder arreglarlo sin que trascendiera más, pero sentí que se me escapaba de las manos y Krista me conocía bien. Estaba agobiada, una legión de niños gritaba por todas partes, padres que preguntaban dónde había servilletas, amigas que se miraban de soslayo las unas a las otras, suegros con cara de culpa…

—¿Krista lo sabe? —Tragué saliva y asentí—. ¿Y quién más? ¿El resto de tus amigas? ¿Todo el club de lectura? ¿A eso es a lo que os dedicáis?

—¿Qué está pasando aquí? —tronó la voz de Gael desde la puerta del salón.

Detrás de él, Emma nos miraba con los ojos muy abiertos, tan abiertos como Ginger y Percival, que negaban una y otra vez.

—Eso mismo me pregunto yo —murmuró Nathan. Recuperó los pedazos de la carpeta y se los lanzó a Gael al pecho—. ¿Por qué todo el pueblo sabe que mi mujer estaba a punto de divorciarse de mí, menos yo? Tú redactaste la demanda, ¿no?

—Nathan, hijo… —rogó Ginger, que apretó las manos en una plegaria.

—Vosotros también lo sabíais, por supuesto. ¡Sois sus padres! —Una risa de incredulidad lo sacudió al darse cuenta del engaño—. Creí que no me importaría que estuvierais al tanto, pero, ¡joder!, sí me importa.

—No queríamos hacerte daño —se defendió Percival en un tono apagado, casi inaudible.

—¡Nadie quería hacerme daño! ¡Qué considerados! —bramó—. ¡Os habéis reído de mí, joder! ¡Todos!

—¡Eso no es verdad! —exclamé.

La situación se estaba descontrolando, y agradecí a Krista y a Constance que se hicieran cargo de la gente que había en el jardín para que termináramos de resolver nuestros problemas sin curiosos merodeando.

La única que se quedó fue Emma, que no estaba al corriente del asunto. No había soltado la mano de Gael desde que Nathan comenzó a dar voces, se aferraba a él como si tuviera miedo de lo que pudieran hacerse el uno al otro.

—Todo el pueblo lo sabe, ¿verdad? He sido un completo idiota.

—Nathan, no, no lo sabe nadie. —Intenté tocarlo, transmitirle confianza, demostrarle que seguía a su lado, que lo comprendía y que lo amaba. Pero él volvió a esquivarme y su mirada de repulsión me dejó sin aliento—. Lo siento, de verdad. No quería que te enteraras así, iba a contártelo…

—Ginger, dile a Adrien que nos vamos.

Dio dos pasos en dirección al dormitorio y bajé la cabeza, destrozada.

Pero aún podía doler más, aún guardaba secretos que no habían visto la luz y que sería mejor olvidar para siempre.

Yo los hubiera olvidado. Mi hermano, no.

—Iba a divorciarse de ti porque estaba conmigo.

—¡Gael, no! —grité.

Ginger sintió un ligero mareo y se apoyó en Percival. Emma soltó la mano de Gael, horrorizada ante semejante revelación. Yo me dejé caer en el sofá, no podía mantenerme en pie. Nathan, de espaldas a todos, cogió aire y apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Hacía años que estábamos juntos. Me quería, y yo a ella —prosiguió mi hermano con la voz firme, sin rastro de arrepentimiento—. Tú solo fuiste un medio para conseguir un fin, pero nada más.

—¡Cállate, Gael!

—¡No! Estoy harto de callarme —voceó—. Diane era la mujer de mi vida, íbamos a tener un hijo, íbamos a construir un futuro…

¿Es que no se daba cuenta de que no solo hacía daño a Nathan? Emma seguía ahí, mortificada. Se había llevado las manos al pecho y las lágrimas le bañaban las mejillas. Sus labios temblaban con una súplica y el rostro se le crispaba de sufrimiento con cada golpe que daba mi hermano con sus palabras. Mientras él hablaba del gran amor que habían compartido, el corazón de Emma se hacía trizas.

Nathan, sin embargo, no mostró emoción alguna. Sus hombros fueron perdiendo rigidez con cada dardo envenenado que recibía. Gael se estaba regodeando en su miseria, estaba cobrándose una deuda que no existía. Su dolor y su odio eran el reflejo de los sentimientos que Diane McPherson había dejado al morir.

—¡Papi! ¿Y la tarta? ¡Queremos tarta! —irrumpió Adrien, animado, pero enmudeció en cuanto vio lo serios que estábamos los adultos—. ¿Vamos a sacar la tarta?

—No, Adrien. Ve a recoger tus cosas. Nos vamos.

—Nathan, no hagas esto, por favor —le supliqué.

—Pero yo quiero bañarme otra vez y esta noche toca película y palomitas. ¡Te va a encantar la peli que he elegido, April! Ya verás como…

—¡Adrien! —bramó Nathan—. He dicho que subas a por tus cosas.

—Pero yo quiero quedarme.

—¡Y yo he dicho que nos vamos, maldita sea! ¡Sube a por tus cosas!

Fue tan aterrador que, lejos de obedecer, el niño se escondió detrás de mí.

—Ve a hacer lo que dice papá, cariño. —Le acaricié el pelo y le retiré el parche de pirata. La fiesta se había acabado—. Ginger, ¿puedes acompañarlo para que no suba solo, por favor?

—¿Por qué estás enfadado con April? —se resistió Adrien. Se agarró fuerte a mi mano y se negó a dar un paso hacia su abuela—. April no ha hecho nada, papi.

—Haz lo que te he dicho —masculló Nathan entre dientes.

—¿Es por lo que pasó? Ella no tuvo la culpa de que me cayera, te lo prometo. Yo… yo me subí a la mesa y ella me dijo que…

—No es por eso, mi amor —lo interrumpí—. Es un asunto de mayores. No te preocupes, ¿vale?

—Pero… pero… yo te pedí que no le dijeras nada a papá y ahora él está enfadado contigo —balbució, las lágrimas le llenaban los grandes ojos azules—. Tú me dijiste que no me subiera a la mesa y yo no te hice caso. Fue culpa mía. No quiero irme. Quiero quedarme contigo, April.

Nathan no soportó los ruegos y se dirigió al dormitorio a grandes zancadas. El clic de la puerta resonó entre los sollozos de Adrien y los hipidos de Ginger, que no era capaz de controlar el llanto. Finalmente, fue Percival el que consiguió que el niño subiera las escaleras para cumplir con las órdenes de su padre.

—Ya tienes lo que querías, hermano. Puedes estar orgulloso.

Gael continuó inmóvil un poco más con la vista fija en algún punto del respaldo del sofá. Parecía confundido, pero con él nunca se sabía. Había hecho daño a un hombre sensacional y, por cómo lloraba Emma, también a la mujer que lo amaba.

—Marchaos —les pedí a ambos—, llegaréis tarde a la consulta.

Emma negó y dio un paso atrás cuando Gael le tendió la mano.

—Bien, haced lo que queráis —resolví—. Tengo que dar explicaciones a una veintena de padres. Estoy convencida de que no se

han perdido ni un solo detalle.

Nathan todavía seguía en la habitación cuando despedí al último amiguito de Adrien. Las chicas se marcharon a continuación, no sin antes recordarme que estaban a una llamada de teléfono si las necesitaba. Danielle y Beth no tenían demasiado claro lo que había ocurrido, pero no necesitaban una explicación para darse cuenta de que el asunto era grave. Krista y Constance las pondrían al día en cuanto salieran de allí.

«¿Y ahora qué?», pensé al cerrar la puerta, agotada. «¿Debía entrar en el dormitorio? ¿Debía esperar a que él saliera? Si había que discutir, ¿no sería mejor en la intimidad? ¿Qué haría Kate Hudson si esto fuera una comedia romántica?».

«¡Al demonio Kate Hudson!».

La decisión era mía y no tenía tiempo para hacer una lista de pros y contras. Iba a entrar, iba a enfrentarme al problema y le iba a demostrar que… que… que era una completa idiota, mentirosa y conspiradora que había evitado llegar a ese punto porque me había enamorado de él y no quería perderlo.

«Muy hábil, April».

Adrien volvió a aferrarse a mi cintura en cuanto bajó de la habitación del desván. Estaba más calmado, como si hubiera entendido que la tormenta entre su padre y yo pasaría más pronto que tarde y todo volvería a ser igual.

—¿Podremos venir otro viernes a ver películas?

—Espero que sí, pero igual pasan algunas semanas hasta entonces. —Pareció desolado—. Hablaré con papá, ¿vale?

Percival y Ginger me besaron en la mejilla y el abrazo de ella apretó el nudo que había en mi garganta. Me supo a despedida, como si todo fuera a cambiar en cuanto Nathan abriera la puerta del dormitorio.

—¿Y podré ir a verte a la oficina? La *abu* puede llevarme, como antes.

—¡Por supuesto! —exclamé. Me arrodillé delante de él e intenté que mi sonrisa fuera sincera—. Tendré preparada una gran fuente de galletas para cuando pases a verme, ¿de acuerdo?

El abrazo de Adrien fue más duro de lo que esperaba y su agitación resquebrajó las murallas de mi entereza.

—Cuida mucho de papá, cariño. Y pórtate bien en casa de los *abus*. Ahora ya tienes nueve años.

Conseguí arrancarle una sonrisilla, pero se marchó cabizbajo. Le dije que le llevaría todos los regalos durante el fin de semana, que le reservaría un gran trozo de tarta, que tendríamos oportunidad de hacernos fotos con el parche de pirata más adelante. Le dije que lo quería y él me susurró al oído:

—Ojalá fueras mi mamá.

«Ojalá».

Una vez a solas, salí al jardín en busca de Gael. No tenía muy claro qué hacer o qué decir, pero se merecía que le cruzara la cara de un bofetón y que le gritara lo estúpido que era. Pero cuando llegué al rincón del columpio donde mi hermano y Emma discutían, fue ella la que dejó su mano grabada en la mejilla de Gael y la que lo insultó por denigrarla de una forma tan vil. Había dicho que amaba a otra mujer, una mujer casada y muerta, y todos lo entendimos muy bien cuando aseguró que era el amor de su vida. Mi pobre Emma, enamorada, embarazada, tan frágil…

Yo también lo hice mal con ella, debí habérselo contado, pero me dejé llevar por la fidelidad a un hermano que pocas veces miraba por alguien que no fuera él mismo. Le importó muy poco lo que yo sentía por Nathan, y le importó menos lo que Emma sintiera por él.

«Maldito Gael», pensé con rabia, y me aparté las lágrimas a manotazos. Todo esto era culpa suya.

De vuelta en el salón, desesperada por el silencio de Nathan tras la puerta, traté de ser positiva y de ver el lado bueno de lo que había pasado. Ya no habría más secretos, ya no tendría que disimular si alguien recordaba haber visto a Diane por el pueblo. No más mentiras, no más engaños. La tormenta pasaría. Nathan tardaría un tiempo en asimilar la historia, pero confiaba en él, confiaba en su perdón y en el amor que me había demostrado.

La puerta del dormitorio se abrió y nuestros ojos coincidieron una milésima de segundo; los míos, suplicantes; lo suyos, vacíos. Se cargó la mochila al hombro y se dirigió hacia la puerta con el semblante sombrío y la mandíbula tensa.

—Nathan, por favor, habla conmigo. Siento no habértelo dicho antes, siento haberte mentido. Sé que ahora mismo me odias, pero espero… espero que puedas perdonarme.

—¿Adrien se ha ido con mis suegros? —preguntó con una voz tan lúgubre que casi no pude aguantar las lágrimas.

—Sí. Yo le he dicho que…

Gael llegó del jardín, tan oportuno como siempre, y antes de percibir las intenciones de Nathan, lo golpeó con el puño por sorpresa. Le rompió la nariz de un golpe que mi hermano no le devolvió.

Grité, y me debatí entre ayudar a Gael, que sangraba muchísimo, o seguir a Nathan, que iba camino del coche mientras sacudía la mano.

Opté por lo segundo. No podía dejar que se fuera así.

—Nathan, por favor… Habla conmigo, te lo suplico. —Su silencio dolía más que un puñetazo—. Al menos dime si puedo llamarte o si podemos vernos mañana…

—Ahora mismo no quiero ni que me hables, April. Le diré a

Percival que venga a por los regalos de Adrien y a liquidar la cuenta contigo.

—¿Qué cuenta? ¿Por la fiesta? No quiero que me pagues. Dijimos… dijimos que… —Se me rompió la voz y las grietas en mi corazón se hicieron gruesas y aterradoras—. Es mi regalo.

—No, ya no.

—¿Qué significa eso? No puedes decirme lo que puedo o no puedo regalarle a Adrien.

—Sí puedo, es mi hijo, y a partir de ahora te prohíbo que te acerques a él. Y a mí.

62. Nathan

Dos meses y medio después.
Reaccioné como un idiota rabioso y me fui del pueblo a la mañana siguiente, entre los lamentos de Percival, el llanto de Ginger y el berrinche de Adrien, que me gritó más fuerte que nunca porque no quería irse. No me detuve a pensar en sus sentimientos ni en los míos. Tampoco en los de April, desde luego. Estaba tan furioso con ella…

Mi tortura comenzó de camino a Boston. Adrien preguntaba por April cada pocos minutos, por qué no la llamábamos, por qué no nos despedíamos, por qué no le pedía perdón. ¿Yo? ¡Yo no tenía por qué disculparme! Ella me había mentido, me había ocultado la verdad, se había burlado de mí…

«Eso no es cierto».

No, no era cierto, pero ojalá lo hubiera sido, porque, en ese caso, tendría un motivo para odiarla, para dejar de quererla.

Pasados los primeros días en la ciudad, empecé a ser consciente de lo que había hecho: la había sacado de mi vida como el que se quita una tirita, de cuajo, y me dolía hasta de pensarlo. Y aun así, mi orgullo no me permitió responder a ninguna de sus llamadas. Dejé que Adrien cogiera el teléfono y hablara con ella mientras yo escuchaba sus conversaciones a hurtadillas. Lloré porque la echaba de menos y porque necesitaba decirle tantas cosas…, pero mi amor propio me devolvía al momento en que se descubrió todo y me impedía dar el paso. Tardé un par de semanas en tragármelo y en aceptar que, si no oía la voz de April, moriría.

—Llevas dos horas dándole vueltas a ese vaso de *whisky*. Vas a estropear mi Glenfiddich. Sería un crimen desperdiciar algo cuyo valor no se encuentra a la mano de cualquiera —me sermoneó mi padre. Así era él, ostentoso en cada frase que pronunciaba.

Detuve el movimiento del vaso, miré el líquido ambarino que no había probado y lo tiré al césped del jardín sin que me temblara el pulso. Era una provocación, pero la única reacción que conseguí de él fue una risotada que llegó hasta los oídos de su perfecta esposa, Shannon Farley, una joven de veintinueve años mucho más inteligente y encantadora de lo que pensé la primera vez que la vi.

—¡Papi! ¡Mira, papi! ¡Mira lo que sé hacer! —Adrien, se lanzó a la enorme piscina de la mansión de mi padre en un vano intento por tirarse de cabeza. El socorrista lo aplaudió al salir a la superficie y él me buscó con la mirada para obtener mi aprobación—. ¿Lo has visto? ¿Has visto lo que he hecho?

—¡Muy bien! Pero ten cuidado, ¿de acuerdo? Haz todo lo que te

diga Rolf. —Bajé la voz y me dirigí a mi padre—: Ese Rolf es una joya.

—¿Vas a decirme por qué estás aquí mirando como tu hijo se baña en mi piscina mientras tienes tantas cosas que hacer? ¿O es que aún no te fías de mí y de mi mujer para cuidar a mi nieto? Te recuerdo que soy yo quien lo lleva y lo recoge del colegio.

—Es tu chófer —puntualicé.

—¡Pero yo estoy dentro del coche!

Y era maravilloso que así fuera, porque de no ser por él y por Shannon, no sabía en qué situación me encontraría en ese momento.

Al error de abandonar Stowe de la noche a la mañana se le sumó mi situación laboral. Confié en que el dinero que tenía ahorrado y la oferta de empleo de Woods Bagot serían suficientes para empezar una nueva vida. Alquilé un apartamento, llené la nevera y me olvidé de lo más importante: ¿qué iba a hacer con Adrien? Todavía quedaba una semana de vacaciones estivales, no había colegio. ¿Con quién iba a dejar a mi hijo?

Recurrí a un servicio de canguros que nada tenía que ver con las *canguritas* de April. Nunca pensé que las echaría tanto de menos. Aun así, creí que me las apañaría, que esta vez sería diferente, pero estaba equivocado.

En mi primer día de trabajo descubrí que me habían contratado por los mismos motivos de siempre, porque era el hijo de Lewis August Farley, y alguien le debía un favor. Me dejaron claro que solo tenía que sentarme en la mesa de directores de equipo y sonreír a la prensa cuando me entrevistaran. Mi apellido les daba prestigio.

A mí ellos me dieron asco.

Fue otro duro golpe a mi orgullo.

Por muy irresponsable que pudiera parecer para un hombre con un hijo a su cargo, me negué a aceptar aquellas condiciones y dejé la empresa días después.

Me presenté en casa de mi padre para decirle dónde podía meterse su ayuda, para recordarle que no necesitaba su dinero, y me encontré con la sombra de un hombre que ya no era el gran magnate de las finanzas de siempre.

Había tenido problemas de corazón, la muerte se había asomado a su puerta en dos ocasiones y, tal y como le gustaba decir a él, le hizo un corte de manga y la mandó a por otro pringado. De no haber sido por Shannon, hubiera continuado con el mismo ritmo de trabajo que siempre, pero aquella joven, con un cerebro de categoría para la Historia del Arte, le puso un ultimátum sobre la mesa: si no se jubilaba de una vez, pediría el divorcio.

Cuando mi padre me contó la historia, me reí con ironía y pensé que el karma era mejor jugador de cartas que él. Me complació que su vida hubiera dado aquel giro radical, casi me regodeé en su desgracia,

hasta que entendí que, además de Adrien, yo no tenía a nadie más en el mundo. Por muy malas decisiones que hubiera tomado en el pasado y por muy poco afecto que hubiéramos compartido, era mi padre.

—Eh, muchacho, venga. Cuéntame qué te pasa —se preocupó—. Si sigues arrugando el ceño de esa forma, tendré que pasarte el número de mi cirujano plástico. ¿Es por la empresa?

—No, no es por eso. Es porque no sé si estoy haciéndolo bien. ¿Y si…?

—¡No! No vayas por ahí, no dudes. Las dudas son unas hijas de puta que se agarran al cerebro como garrapatas y te chupan hasta el hígado. No cometas ese error, hijo. —Su mano apretando la mía era un gesto al que no me acostumbraba, por muchas veces que hubiera ocurrido desde que recuperamos la relación—. Lo que haces, lo que vas a hacer y las decisiones que vas a tomar son las adecuadas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no me estoy metiendo en un lío? ¿Cómo sabes que va a salir bien? Lo último que quiero es que tanto cambio acabe afectando a Adrien.

Mi padre efectuó un gesto desdeñoso con la mano para descartar ese pensamiento.

—Tu hijo es un Farley. Míralo. Es un crío con una capacidad de aprendizaje mayor que la tuya cuando tenías su edad. Es muy adaptable.

—Ha salido a su madre.

—¡Y un cuerno! —exclamó—. Con mis debidos respetos a tu difunta mujer, tu hijo es como tú. Te lo digo yo.

—¿Me lo dices tú? ¿Tú, que me enviabas postales desde los Alpes en Navidad cuando yo volvía a casa por vacaciones desde el internado? —le reproché con afecto—. ¡Ja!

—De acuerdo, no he sido el mejor padre del mundo, pero eso no me ha impedido ver el hombre en el que te has convertido, Nathan. Te he ayudado a caminar durante toda mi vida, incluso cuando tú no querías que lo hiciera, y siempre he tenido un ojo puesto en ti, estuvieras donde estuvieras.

—Yo no necesitaba tu ojo, te necesitaba a ti.

—¡Pues aquí me tienes! —Abrió los brazos y la bata de baño se le abrió, mostrando un pecho perfectamente depilado y una medallita de oro con una virgen. Era de mi madre—. Viniste con el hacha de guerra en alto pidiéndome que no me metiera en tus asuntos. No querías mi trabajo, no querías mi dinero, no querías mi hospitalidad… ¿Y yo qué te dije? ¿Eh? ¿Qué te dije?

—Que dejara de mendigar como un perro.

—Sí, vale, eso también, pero me refiero a tu vocación. ¡Bah! Ni te acuerdas. Te dije que si querías dedicarte a planificar y construir casas familiares, parques de recreo y edificios sostenibles, que lo hicieras

para ti, no para otros.

—Y ahora es cuando me vas a recordar que fuiste tú el que me animó a fundar mi empresa. He captado la idea.

—¡Claro que fui yo! —se ofuscó. No le convenía exaltarse tanto. La enfermera, que leía una revista en la sala junto al solárium, tuvo el mismo pensamiento y se enderezó para controlarlo. Él me señaló con un dedo—. Prefiero eso a que andes de empresa en empresa pidiendo trabajo como un desarrapado. ¡No lo hiciste bien, Nathan! Debiste llamarme.

—Lo hice a mi manera.

—Lo hice a mi manera, lo hice a mi manera —se burló—. Las cosas que haces a tu manera son absurdas. Igual que esa tontería de alquilar un apartamento, ¿es que no hay suficientes habitaciones en esta casa para ti y para mi nieto?

—Papá, no vamos a hablar de eso otra vez.

—¡Sí vamos a hablarlo! Y si me hubieras dejado que invirtiera en tu empresa hace dos meses, estarías ya en la cima del sector. —Fingí un bostezo. Teníamos la misma conversación cada tarde—. Tengo buen ojo, ya lo sabes, me convertí en el puto amo de los mercados internacionales gracias a mi olfato y a mi capacidad para detectar manzanas podridas.

—Una pena que no funcionara con tus matrimonios —me mofé, y recibí una mirada hostil de Shannon, que me fulminó por encima de las gafas de sol. Brindé en dirección a ella con mi vaso de *whisky* vacío —. No iba por ti, mamá. —Ella me mostró su esbelto dedo corazón.

—No te metas con mi mujer, está estresada por el ciclo de conferencias del próximo semestre. Dar clase en la universidad pública es una cosa, pero Harvard es otra muy diferente. Pero hablábamos de ti y de tu actitud de estos últimos días. Esas dudas no serán por lo de Diane otra vez, ¿no?

—No, no —respondí, pero me arrepentí de inmediato—. O sí. ¡No lo sé, joder!

—Creo que vamos a necesitar la botella de *whisky*. —El mayordomo asintió, serio, y se retiró—. Escúchame, Nathan: olvídate de Diane y de lo que hizo. Tu hijo y tú os merecéis ser felices, y sabes muy bien cómo lograrlo. ¡Llama a esa chica! Dile cómo te sientes, dile todo lo que estás haciendo. No me puedo creer que la quieras tanto y que solo hayas hablado con ella en un par de ocasiones. ¡Por el amor de Dios! ¡Eres un Farley!

—Si oigo otra vez «eres un Farley», me pondré a gritar, Lewis —gruñó Shannon, que se acercó a nosotros con paso seductor. La bata de seda con la que cubría el bañador se abría acompasada al movimiento de las piernas, y a mi padre se le dilataron las pupilas. Yo, en cambio, me sentí incómodo—. Deja a Nathan. Es sábado, hace un

día estupendo y Adrien quiere jugar con vosotros. ¿Qué hacéis aquí dando voces?

El mayordomo apareció con la botella de *whisky* y dos vasos, pero en cuanto vio la expresión de advertencia de Shannon, dio media vuelta.

—Tiene dudas —dijo mi padre, y se levantó para ofrecerle a su mujer el enorme sillón de ratán que había a mi lado—. Y aún no ha llamado a esa chica. ¡El niño habla con ella cada día, y él es incapaz de marcar su número!

—Estoy de acuerdo con tu padre. Estás dejando en manos de Adrien tu relación con April. Eso no está bien, Nathan —me reprendió.

—¡No estoy dejando nada en manos de nadie! —protesté.

—Pero tú quieres recuperarla, ¿no? —dudó Shannon—. Dijiste que tenías un plan.

—¡Y lo tengo! Pero he estado ocupado, por si no os habéis dado cuenta. Tus amigas me llevan de cabeza desde que trabajan conmigo.

—Mis amigas son dos profesionales y tú no tienes ni idea de montar una empresa —contraatacó—. Si no dejas que sea la gente de tu padre quien se ocupe, las necesitas a ellas.

Margarite y Olga llevaban volviéndome loco desde que puse en sus manos la gestión de mi despacho de arquitectura. Eran mis ojos, mis asesoras. Ya las consideraba unas buenas amigas. Y sobre todo, tenían un olfato extraordinario para los negocios. Habían conseguido un contrato muy interesante con una constructora familiar y se estaban haciendo cargo de algunos asuntos relacionados con mi inminente viaje a Stowe.

Sí, volvía al pueblo. Ese era el plan. Percival cumplía sesenta y cinco años, estaba a punto de celebrarse el Festival de la Calabaza y a cierta señorita con tendencia al desastre iban a darle por fin el reconocimiento a la mejor empresaria del año en Stowe. Adrien no quería perderse nada de eso, y yo no quería perdérmela a ella.

Teníamos que hablar, tenía que contarle el millón de cosas que no le había contado en las escasas tres conversaciones que habíamos mantenido desde que me fui. Y ni siquiera fui yo quien la llamó. Fue Adrien, siempre era Adrien. Se inventaba cualquier excusa para pasarme el teléfono cuando me veía cerca y yo… yo me quedaba callado como un tonto mientras ella improvisaba, tan nerviosa que, a veces, no le salía la voz. Y cuando colgaba, me daba cabezazos contra la pared por no haberle dicho lo importante: que entendía sus motivos para no contarme lo de Diane, que no le guardaba rencor, que la echaba de menos, que la quería más que a mi vida.

—¿Por qué no le decimos a April que vamos a volver al pueblo? —me preguntó Adrien una noche—. Yo creo que le haría mucha ilusión.

—Es una sorpresa, y tienes que guardar el secreto.

—Pero los *abus* ya saben que vamos a volver, y seguro que se lo han contado.

—No, pequeñajo, los *abus* saben que no pueden decir nada.

—¿Y viviremos en casa de los *abus* como la otra vez? —se interesó.

—Bueno, puede que una temporada.

—¿Y por qué no vivimos en casa de April? A mí me gusta más la habitación del desván.

—No creo que a April le guste que nos metamos en su casa, así sin más, ¿no te parece?

—¡Pues se lo preguntamos!

—No podemos, es un secreto —le recordé con infinita paciencia.

—Pues vaya asco de secreto —refunfuñó antes de dar por finalizada la conversación.

Sí que era un asco, pero pronto dejaría de serlo.

63. April

MOTIVOS PARA COMERME LAS UÑAS:
- La inminencia de un evento importante
- Noticias nada esperanzadoras
- Tener que dar un discurso
- El regreso de Nathan Farley

Septiembre era un mes maravilloso en Stowe. El otoño abría sus puertas, los bosques se cubrían de naranjas y ocres, el pueblo se llenaba de hojas, y Krista celebraba su barbacoa anual. Era algo así como la antesala al Festival de la Calabaza, que tendría lugar el último fin de semana del mes.

—¿Este año has invitado a menos gente o me lo parece a mí? —preguntó Constance con una mueca de asco dirigida a su plato. A Anthony se le habían chamuscado las hamburguesas.

—Quería algo más íntimo. Estaba harta de aguantar a los vejestorios de la Sociedad Histórica. No han sido muy amables. —Emma brindó por eso con su limonada y me dio un manotazo para que no me mordiera las uñas—. Aunque estoy convencidísima de que a los dueños de la casa Castaneda se lo habrán puesto peor que a ti, cariño. ¿Habéis visto la de máquinas que hay? Da la impresión de que vayan a tirarla abajo.

—Ya estaba abajo —apuntó Beth—. Y sí, he visto y oído las dichosas máquinas. Cuando sopla el viento del este se me llena la casa de polvo. Dave se acercó a curiosear hace unos días y se encontró a dos chicas que no son de por aquí.

—¿Una francesa y una rusa? —indagó Emma—. ¿Altas, guapas, delgadas y con zapatos de firma? —Beth asintió—. Son simpáticas. Estuvieron en la cafetería hace un par de semanas. Llevan la contratación de la obra.

—¿Y te dijeron quiénes eran los dueños? —quise saber.

—No, dijeron que trabajan para una empresa de la ciudad, pero poco más. Estaban más interesadas en visitar la zona. Solo estuvieron tres días —me explicó, y volvió a darme otro manotazo para que dejara de mordisquearme la uña del pulgar. ¡Estaba nerviosa, maldita sea!

Y triste. A Nathan le encantaba esa casa.

Me apenó mucho saber que Rosie había vendido la propiedad. Según Cameron, le ofrecieron una suma imposible de rechazar y, gracias a eso, estaba disfrutando de unas merecidas vacaciones en

Hawái, a sus ochenta años.

—Cielo, ¿estás bien? —se preocupó Danielle—. ¿Es por la casa? Todas sabemos el interés que tenía…

Krista la amonestó para que no sacara el tema. Cada vez que una de ellas hablaba de Nathan terminaba ahogando las penas con helado y galletas con chocolate.

—¿Va a venir? —preguntó Emma, que ignoró la sugerencia de Krista—. El viernes que viene es el cumpleaños de Percival, tendrá que traer a Adrien, ¿no? ¿Has hablado con él estos días?

—¿Con Nathan? No. ¿Con Adrien? Sí, ayer, y hubiera preferido no hacerlo.

—¿Otra rabieta? Deberías dejar que su padre se encargue de eso —me aconsejó Beth.

—No fue otra rabieta. ¡Fue peor! Me dijo… me dijo que… que su papi trabaja mucho y que tiene unas amigas nuevas que, a veces, van a casa de su abuelo Lewis a bañarse en la piscina, porque son superamigas de su abuela Shannon.

—Su abuela Shannon, la de veintinueve —recordó Krista, por si alguna lo había olvidado.

—La misma —confirmé—. Y como no sé tener la bocaza cerrada, le pregunté si su papá salía con alguna de esas amigas. ¡Y dijo que sí! —exclamé, y me llevé las manos a la cara—. ¿Lo veis? Os lo dije, ha rehecho su vida.

—Pero vosotros hablasteis después de que se fuera, ¿no? —dudó Beth—. ¿No fue él quien te dijo que era un gilipollas y que no se merecía tenerte?

—No, ese fue Gael —le aclaró Emma.

No hacía mucho que lo había perdonado. Que mi hermano desapareciera después de lo que ocurrió no fue lo más acertado. Emma se merecía una explicación, que el futuro padre de su hija sintiera por ella lo mismo que ella sentía por él. Pero Gael no sabía hacer las cosas fáciles. Después de algunas semanas ausente, sin responder a las llamadas de nadie, apareció en la puerta de Emma. Estaba arrepentido y le pidió una segunda oportunidad que ella le negó.

«No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes», fue lo que le dijo mi madre después de días mendigando la atención de Emma en la cafetería, y tuve la sensación de que también lo decía por mí, porque los hermanos Williamson éramos únicos para cagarla cuando se trataba del corazón.

Sin embargo, si algo quedó claro en el pueblo después de varias semanas de insistencia, era que Gael amaba a Emma. De la noche a la mañana, apareció una pancarta gigantesca con una disculpa sincera delante de la cafetería. Le llevó flores cada día y la esperó cada noche para acompañarla a casa, le compró sus dulces favoritos… Paseaban

por el pueblo sin tocarse, se despedían sin besos y aprendieron a quererse de nuevo.

Las chicas del club, que se opusieron desde el principio a una reconciliación, se fueron relajando hasta que Gael las conquistó con sus gestos. Incluso Agnes admitió que tenía mucho mérito. Emma había recuperado el brillo en los ojos, mi hermano la hacía feliz. Y, después de mucho tiempo, él también lo era.

Y yo me alegré por ellos.

Ahora que ya habían resuelto sus diferencias, Gael iba a pedirle matrimonio a Emma en la Fiesta de la Calabaza. Iba a ser una gran sorpresa, el final que ambos merecían. Sería mi primera boda en el granero.

—¡April! —Beth chasqueó los dedos delante de mis ojos para traerme de vuelta al presente—. Y, entonces, ¿qué fue lo que te dijo Nathan cuando hablasteis?

—Nada, en realidad. Sé que ya no está enfadado, y supongo que eso significa que me ha perdonado, porque si no tampoco me dejaría hablar con Adrien. También me dijo que estaba metido en un proyecto importante que le consumía todo el tiempo libre —les conté con mucho desánimo—. Pero casi todo lo que sé de él es por Adrien.

Emití un gemido lastimero y picoteé de mi plato de verduras asadas. Se me había quitado el apetito.

—Cariño, ya sé que quieres mucho a Adrien y que te gusta que te llame y te cuente, pero deberías dejar de responder a esas llamadas. No te hacen bien —me sugirió Constance en un tono muy maternal—. En algún momento tendrás que desvincularte de ellos y continuar con tu vida.

—Busca a algún soltero disponible. ¡O mejor! ¡Buscaremos nosotras por ti! —se animó Danielle—. Suelen venir muchos al Festival de la Calabaza para participar en el lanzamiento.

—En el lanzamiento solo hay granjeros paletos que no van nada con el estilo de April y que solo tienen ojos para esas catapultas infernales lanzadoras de calabazas. —Todas estuvieron de acuerdo con las palabras de Emma, menos Danielle.

—Perdona, pero mi marido no es un granjero paleto y ganó ese concurso dos años consecutivos.

—¡Pero ya os conocíais! Eso no cuenta.

El alcalde Merryweather, con una chaqueta de color ocre y un adorno de calabaza en la solapa, interrumpió nuestra acalorada discusión con un distinguido carraspeo y un movimiento grácil de la mano que terminó en su bigote.

—Señoras, no las vi anoche en la asamblea. ¿Algún problema?

—¿Le parece poco organizar esta fiesta? —se defendió Krista justo antes de que Anthony la llamara desde la barbacoa.

—Estábamos ayudando a Krista —alegué con un gesto inocente, y todas asintieron, aunque, en verdad, fueron los tres margaritas que nos tomamos los que impidieron que llegáramos a la reunión—. ¿Alguna propuesta destacable?

—Ninguna, pero puesto que el Festival de la Calabaza es la semana próxima, esperaba contar con la mayor afluencia de vecinos para repartir las responsabilidades.

—Yo ya tengo controlada a la banda del colegio, alcalde. Una preocupación menos —lo informó Beth.

—Contaba con ello, Bethany. —Fitzgerald le guiñó un ojo, cómplice. Beth era su favorita—. ¿Y las demás? Constance, ¿mercado de artesanía? El año pasado se te dio muy bien.

—Vale —aceptó sin demasiado entusiasmo—. Gareth está en el equipo de montaje con los demás y Malcom va a participar en la división junior de lanzamiento. ¡Soy toda suya, alcalde!

Merryweather se sonrojó y miró alrededor por si alguien hubiera oído a Constance.

—Bien. —Se aclaró la garganta de nuevo y miró a Emma—. ¿Y usted, señorita Shaffer? Le ofrecería gestionar la ubicación de los camiones de comida, pero en su estado…

—¿Qué le pasa a mi estado? ¡Si ni siquiera tengo tripa! ¿Me está discriminando por ser mujer y estar embarazada, alcalde? —Sin duda, se estaba burlando de él. A todas nos hacía mucha gracia ver cómo se le coloreaban las mejillas—. Tranquilo, sé que lo hace por mi bien. Me quedaré en el puesto de la recaudación benéfica, si le parece correcto.

—¡Correctísimo! ¡Estupendo! Ahora solo nos queda asignar las tareas de Krista.

—¡Eh! ¿Y yo? —señaló Danielle—. ¿Y April? ¿Le caemos mal?

El pobre hombre, armado de paciencia, chasqueó la lengua, como si debiéramos saber qué tareas nos correspondían.

—April está excusada, tiene que dar un discurso. Espero que te lo estés preparando, jovencita.

—¿Un discurso? ¿Por qué tengo que dar un discurso? —me horroricé—. No recuerdo a nadie que haya dado un discurso al recibir la mención honorífica. ¿Por qué yo sí?

—Si hubieras venido a la asamblea vecinal…

—¡Alcalde, no me fastidie! No me he preparado ningún discurso.

—Pues tienes una semana, April Williamson.

—¿Y yo? —insistió Danielle.

—Tú no tienes que dar ningún discurso.

—¿No me diga? —ironizó ella—. Me refiero a por qué no tengo tarea asignada.

—Querida Danielle, tu tarea y la de tu marido es la más importante de todas: mantener a vuestros adorables demonios lejos de las

catapultas, ¿o tengo que recordarte lo que ocurrió el año pasado? ¿Cuál de los tres terminó volando por encima del campo de tiro? ¿Marion? ¿Samuel? ¿Drake?

—Drake —respondí yo sin poder aguantar la risa. Gracias a Dios, aterrizó en un montón de paja.

El alcalde inclinó la cabeza a un lado a la espera de que Danielle diera su brazo a torcer y reconociera que, para bien o para mal, ese era su cometido.

—Bien, si no tienen nada más que decir…

—Yo quiero saber qué ha pasado con el centro social —se interesó Constance—. Gareth dice que la adjudicación ha quedado desierta.

—Pues eso mismo. ¡No se ha presentado nadie! —dijo, indignado. No había sido buena idea tocar ese tema—. ¿No os parece una ofensa? ¡Es inaceptable!

Merryweather se marchó en busca de otro refresco para sofocar los ánimos y estallamos en carcajadas en cuanto estuvo a suficiente distancia. Era un personaje, pero no había mejor alcalde.

—¿Nos mencionarás en tu discurso? —quiso saber Danielle, que aplaudió con entusiasmo—. ¡Nunca he tenido una amiga tan importante!

—¡No quiero dar un maldito discurso! ¿Y si se me olvida? ¿Y si tartamudeo? ¿Y si digo algo inadecuado y quedo en evidencia?

—Sé tú misma, cariño.

—¡Pues ese es el problema! —me lamenté.

—Y como venga Nathan, ya ni te cuento.

—¡Danielle! —la reprendió Emma—. No la pongas más nerviosa.

—Pero es una posibilidad —volvió a la carga—. Nathan no dejará que Adrien se pierda el cumpleaños de Percival.

Danielle estaba en lo cierto. Nathan perdonó a los McPherson igual que me había perdonado a mí, pero su relación con ellos era más estrecha y cordial.

No le había dicho que seguía enamorada. No le había pedido que volviera.

Me repetí muchas veces que éramos amigos, que mejor tres o cuatro llamadas que nada, y que eso no significaba que lo estuviera perdiendo, pero me estaba engañando.

Su vida estaba en Boston, siempre fue así, y yo era la chica de pueblo que había pasado a la historia.

64. Nathan

—¿Seguro que a tus suegros no les importa que vaya a cenar? —preguntó Shannon por tercera vez en lo que llevábamos de viaje—. No me gustaría molestar. Puedo quedarme en el hotel, no me importa.

—Ya te lo he dicho. He llamado para que pusieran un cubierto más para mi madre. —Me reí. Era imposible no hacerlo. A mí me divertía mucho y a ella le molestaba más—. Lo sé, lo siento, ya paro.

—¿Por qué Shannon es tu madre, papi? —curioseó Adrien. No había podido estarse quieto desde que salimos de Boston—. ¿Y por qué no viene el abuelo Lewis?

—Porque tenía asuntos que atender. Vendrá mañana para el Festival de la Calabaza —respondió ella, que ignoró la primera cuestión con mucha pericia—. Me han dicho que es chulísimo. Y habrá música y comida y un montón de artesanía.

—¡Y catapultas para tirar calabazas! ¿Podremos tirar una, papi? Seguro que Charlie ha hecho una con su padre. Charlie es mi amigo, ¿sabes? —le explicó a Shannon—. ¡Y veremos a April! April es genial, te va a encantar.

—Sí, me lo has dicho muchas veces. ¡Estoy deseando conocerla! —añadió, pero me miró a mí. Por alguna extraña razón, mi reacción al oír su nombre le causó una risa que contuvo por educación—. Relájate, Nathan. Todo va a salir bien.

Relajarme cuando estaba a menos de veinticuatro horas de volver a ver a April era imposible. Ginger la había invitado al cumpleaños de Percival, pero ella le había dicho algo de un discurso y excusó su asistencia. Adrien se enfadaría cuando no la viera, pero esperaba que la presencia de Shannon lo calmara un poco.

Cuando Shannon sugirió venir con nosotros a Stowe a pasar el fin de semana, me pareció una mala idea. ¿Qué iban a hacer mi padre y su jovencísima esposa en un pueblo alpino, en una celebración tan particular como el Festival de la Calabaza? A ellos les iban más las exposiciones de arte, las galas benéficas o las entregas de premios. Era a lo que estaban acostumbrados. No pensé, ni por un segundo, que lo hicieran para ofrecerme su apoyo.

Sin embargo, un asunto importante de última hora entretuvo a mi padre en una reunión en Nueva York. Le aseguró a su mujer que estaría con nosotros al día siguiente, sin falta. Le hacía especial ilusión vivir con Adrien el Festival de la Calabaza, o esa fue su excusa para no admitir que su verdadero propósito, y el de Shannon, era conocer a la mujer que se había apropiado de mi corazón.

—¿Qué vas a decirle cuando la veas? —me provocó en voz baja

para que el pequeñajo no se percatara de quién era la protagonista de la conversación—. ¿Vas a entrar a saco o eres de los que titubean? A mí me parece que los hombres son muy tiernos cuando titubean.

—No creo que hayas visto a mi padre titubear jamás.

—Te sorprendería lo que he visto hacer a tu padre, Nathan. No lo subestimes. ¿Y bien? ¿Qué le vas a decir?

—Que voy a quedarme.

—¿Así? ¿Sin más? —Arqueé una ceja, interrogante. ¿Qué esperaba que le dijera?—. ¡El romanticismo ha muerto! Dile algo más apropiado, hombre.

—¿Cómo qué? Y que conste que no me apetece nada hablar de esto contigo.

—Bobadas, te encanta. Dile que la has echado de menos, que escuchas a hurtadillas las conversaciones que mantiene con tu hijo, que han sido los peores meses de tu vida, que la amas como no has amado a nadie y que no vas a ir a ningún lado porque ella es el único sitio donde quieres estar.

Lo que empezó pareciéndome una cursilería, terminó por conmoverme como a un tonto. Tragué saliva y busqué alguna gilipollez para poner fin al intenso momento que había creado Shannon, pero no encontré palabras.

—¿Por qué tienes tanto miedo?

Miré por el retrovisor para asegurarme de que Adrien se había puesto los auriculares, y dejé caer los hombros. No me iba a dejar en paz hasta que le abriera mi alma.

—Porque han pasado casi tres meses, Shannon, por eso tengo miedo. No he hecho bien las cosas, no la he llamado, no le he explicado mis intenciones. La poca confianza que teníamos se esfumó el día que me fui del pueblo. ¿Y ahora qué? *¿Vini, vidi, vinci?* No creo que sea tan fácil. April es una mujer muy comprensiva, pero dudo mucho que me lo vaya a poner en bandeja. Eso si no ha rehecho su vida y está con otro hombre.

—¿Y si es el caso? ¿Te quedarás igualmente?

No tenía respuesta a esa pregunta.

65. April

HORARIO DE BELLEZA:
8:00 a.m. - Desayuno completo
9:00 a.m. – Depilación
10:15 a.m. - Peluquería
12:45 p.m. – Manicura y pedicura
1:30 p.m. – Maquillaje
2:00 p.m. – Volver a la peluquería
2:01 p.m. – Tirarme por un puente

Mi madre debía de pensar que recibir la mención honorífica del pueblo era como el baile de fin de curso del instituto. Me había reservado hora en la peluquería, en el centro de estética y había sacado de mi armario todo conjunto, vestido o trapo que ella consideraba adecuado para el Festival de la Calabaza.

—Esto es una pesadilla —me quejé a Emma, que me había preparado un desayuno completo en mi mesa favorita del local—. ¿Qué hay de malo en ponerme unos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros? Todo el mundo irá así.

—Eres la mención de honor, April. No digo que te pongas un vestido de lentejuelas, pero tampoco me parece normal que vayas vestida como si fueras a revolcarte por el heno.

La puerta de la cafetería se abrió y mi equipo de *canguritas* llenó el local con sus risas habituales. Me desearon suerte con el discurso y me pidieron que les mandara un saludo desde el escenario. Todo el mundo quería que lo mencionara. No terminaría de hablar jamás.

—¿Ves cómo van vestidas? —le señalé a Emma—. Incluso tú llevas camisa de cuadros.

—Pero ni ellas ni yo vamos a dar un discurso tan importante. —Cogió el papel que mi madre me había dejado sobre la mesilla de noche y se rio bajito—. Según la lista de tareas de Loreen, llegas tarde.

—Lo sé, pero es que no me apetece cubrirme de cera depilatoria —lloriqueé—. ¡Duele! Y hoy estoy muy sensible.

Emma me acarició la cabeza cuando apoyé la frente en la mesa.

—Sé que todo el mundo te pregunta lo mismo, pero ¿lo has visto ya? —La campanilla de la puerta ahogó mi gemido acongojado y moví la cabeza a un lado y a otro—. Pues creo que eso va a cambiar. Nathan está aquí —murmuró entre dientes.

—¡April! ¡April! ¡Mira, papi, es April!

Levanté la cabeza tan rápido que me golpeé con la bandeja de

Emma. Ni siquiera me dio tiempo a quejarme. El cuerpo de Adrien se abalanzó sobre mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—April, hemos venido. ¡Estamos en Stowe! —me gritó—. ¿Por qué no viniste ayer al cumple del *abu*? Le han regalado un aparato que pone música y cuenta chistes y le dice cuándo se tiene que tomar las pastillas de la tensión, ¿sabes?

—Vaya, eso es genial. ¡Oye! ¿Has crecido? Estás muy alto. ¿Cómo es que has crecido tanto?

Él se estiró con orgullo y levantó el mentón en un gesto que le había visto hacer a su padre infinidad de veces.

—Es porque me como el brócoli y las judías. El abuelo Lewis dice que es importante comer sano y estudiar mucho para hacerse alto y listo. ¿Vendrás a conocer a mi abuelo Lewis? Él y Shannon también han venido, pero duermen en el resort porque en casa de los *abus* no hay sitio, y Shannon necesita mucho sitio para sus zapatos.

—Vale, vale, campeón, creo que le has dado a April más información de la que necesita. —Nathan le revolvió el pelo y lo sujetó por los hombros con una sonrisa tímida—. Buenos días a las dos. Feliz Festival de la Calabaza.

Emma le devolvió el saludo con un gesto de la mano. Los ojos de Nathan se desviaron a su tripa, donde el delantal de la cafetería le cubría la curva que empezaba a notarse.

—Estás guapa, Em. Espero que el embarazo vaya bien.

—Va muy bien, gracias. Y bienvenido al pueblo. —Aceptó el abrazo que Nathan le ofreció y se le colorearon las mejillas—. Y bienvenido a ti también, pequeñajo —le dijo a Adrien—. April tiene razón: has crecido mucho. Ven, ayúdame con la bandeja de los dónuts, por si alguno sale rodando.

—No podemos quedarnos, he entrado solo a por un par de cafés para llevar.

—Te los preparo en un minuto. Ahora mismo volvemos.

Se llevó al niño con la clara intención de que Nathan y yo tuviéramos unos momentos a solas, pero llegaba tarde a mi cita con la depilación.

—Hola —saludó de nuevo, y dio un paso hacia mí justo cuando me ponía en pie.

—Hola —correspondí a media voz.

Me sudaban las manos, me ardían las mejillas. Los ojos de toda la cafetería seguían mis movimientos sin perder detalle, algo que no contribuía a calmar mis nervios.

—Te veo bien —comentó, y la mirada más bonita del mundo me recorrió de pies a cabeza.

El corazón se me aceleró.

—Eso es porque no ves lo que hay debajo de la ropa. Llego tarde a

depilarme.

«¡April! ¿Por qué tienes que decirle eso? ¡No le interesa!».

Nathan apretó los labios para no reír y se acercó un poco más.

—Hoy es tu gran día, ¿no? Mención Honorífica de Stowe. Lo conseguiste.

—Sí, pero tengo que dar un discurso y el alcalde me avisó la semana pasada. ¿Te lo puedes creer? —Saqué los cuatro papeles arrugados que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y me temblaron las manos al mostrárselos. ¿Por qué se los enseñaba?—. Esto se me da fatal.

—No es cierto, se te da bien, y lo harás genial. Y si no te acuerdas, siempre puedes hacerte una lista.

—Sí, hacerme la lista se me da de lujo —pronuncié, embelesada—. ¡No! Hacerme la lista no, hacer una lista. ¡Mira qué tarde es! —exclamé—. Tengo que irme.

Recogí mis cosas con atropello y levanté la mano para despedirme de Emma. Adrien ya se acercaba a nosotros con un dónut en la boca y el par de cafés para llevar que había pedido su padre.

—Espera, yo…

Su mano entró en contacto con mi brazo y se me escapó un jadeo por la impresión. ¿Cuánto hacía que no me tocaba? ¿Cuánto había deseado que lo hiciera?

—Llego muy tarde, de verdad.

—Pero tengo que hablar contigo. —Me retuvo un poco más, y gemí bajito. Si no salía de allí, corría el grave riesgo de ponerme a llorar.

—Nathan, ahora no puedo. Lo siento.

Un gesto de resignación le curvó los labios y abrió la mano para dejarme ir.

—En otra ocasión, supongo.

—Sí, en otra ocasión. ¿Hasta cuándo os quedáis? —No dejé que respondiera—. Bueno, ya hablaremos. Me alegro de verte. Y a ti más, pequeñajo.

—¿Irás al lanzamiento de calabazas? —me preguntó Adrien cuando ya estaba fuera del local.

—¡Allí estaré!

Sufrir con la depilación a la cera y discutir sobre un peinado no era el mejor plan para un día de nervios y de reencuentros inesperados. Lu Ann se había despachado a gusto con los tirones y los comentarios sobre el terrible estado de mis ingles, y la señora Candy, la peluquera, pretendía cumplir a pies juntillas los deseos de mi madre y se había propuesto hacerme un moño alto que diera protagonismo a mi cuello y al escote del vestido. ¿Qué escote? ¿Qué vestido? ¿Por qué todas las señoras del salón de belleza opinaban sobre cómo debería ir peinada en un día tan importante?

—Doce cuarenta y cinco, manicura y pedicura —repetí por enésima vez después de que la peluquera me pidiera que la mencionara en el discurso. Miré la lista que me había hecho mi madre, luego el reloj, y otra vez la lista—. Llego a tiempo, solo diez minutos de retraso. Si voy corriendo, seguro que…

¿Cuántas veces me había reído de la típica escena de película donde los protagonistas se chocaban por la calle por ir distraídos? ¿Cuántas veces pensé «¡qué casualidad!» mientras sentía un pellizquito de emoción en el corazón?

Pues sí, yo también choqué contra él, contra Nathan, que miraba la pantalla del teléfono y no me vio hasta que lo arrollé como un tren.

—¡April! ¡Qué casualidad! —Recogió el móvil del suelo y se lo guardó en el bolsillo de la bonita americana de paño azul que hacía juego con sus ojos—. ¡Vaya! ¡Estás muy guapa!

—Gracias, es lo que pasa cuando te peina la señora Candy. —Ni por todas las menciones honoríficas del mundo iba a dejar que me hicieran un moño alto. El pelo suelto y liso me sentaba mucho mejor.

—¿Tienes tiempo para un café? Podemos ir a…

—No, lo siento. Ya sé que es lo mismo que te he dicho antes, pero llego tarde.

—¿Más depilación? —bromeó. Me gustó que bromeara.

—Peor: manicura y pedicura. —Le mostré las manos y se sorprendió al ver el estado de mis uñas mordisqueadas. Quiso cogerme una, pero las aparté antes de que volviera a tocarme—. Ya nos veremos.

—¿Puedo acompañarte? Adrien está con mi…

—No creo que sea buena idea. Quizá en otro momento, ¿vale?

—Pero… Tengo que contarte algunas…

—¡En otro momento! —le grité mientras me alejaba a toda prisa.

Miré por encima del hombro unos segundos después y ahí seguía, en la puerta del salón de belleza, mirándome con tanta intensidad que por poco me llevo por delante los cubos de la basura del bar de Martin.

No había corrido tanto en un día desde el circuito de juegos de invierno de Navidad. Me escocían las ingles, me dolía la cabeza por culpa de los tirones de pelo, y por si eso fuera poco, aún tenía que enfrentarme a la peor tortura: la pedicura. ¡Odiaba que me tocaran los pies!

Encontré a Constance en el sillón contiguo al mío. Se había escapado de la plaza, donde el festival estaba en plena ebullición, para arreglarse las manos.

—Se me han roto tres uñas por ayudar con el montaje de los puestos de artesanía. Debería pasarle al alcalde la factura de la manicura. ¿Y tú? ¿Qué tal tu mañana? ¿Ya te sabes el discurso?

—He visto a Nathan —pronuncié con toda mi atención puesta en el enorme tarro de crema hidratante que acababa de abrir Rachel, la esteticista. Encogí los dedos de los pies de la impresión—. Dos veces.

—¡Sí! Yo también lo he visto. Gareth y él se han dado un abrazo de lo más conmovedor. Creo que han quedado esta tarde para verse en el lanzamiento de calabazas. —Le comentó algo sobre el color de las uñas a la joven que se ocupaba de su manicura y volvió a fijarse en mí —. Tu madre ha dicho que te ibas a recoger el pelo. ¿Qué ha pasado?

Gruñí y sufrí un espasmo cuando Rachel me embadurnó el pie de crema. Le conté a Constante la lista que me había hecho Loreen y todas las decisiones que había tomado por mí, como si yo no tuviera opinión, y cuando fui a enseñarle el papel con todo lo que tenía aún por hacer, no lo encontré.

—Se me debe de haber caído cuando he chocado con Nathan.

—¿Habéis chocado? —se interesó con una amplia y molesta sonrisa —. Qué cuquis, ¿no? ¿Y han saltado chispitas?

—Lo que van a saltar son tortas como sigas hablando como si fuera boba. Ya tengo suficiente con mi madre. —Constance emitió una ronca carcajada, más acorde con su personalidad—. Quería invitarme a un café. Dice que tiene algo que contarme.

—¿Y qué es?

—¡No lo sé! Estoy aquí, cumpliendo con la tortura previa al sacrificio. —Tiré de mi pie para que Rachel dejara de masajearme la planta. Me daba mucho repelús—. Y aún tengo que hacer un millón de cosas más, pero como he perdido la jodida lista…

Cuarenta minutos más tarde, con los pies como el culito de un bebé y las uñas de las manos cubiertas por unas de gel largas e incómodas, llamé a mi madre para que me recordara la hora del maquillaje. Me haría feliz tener un poco de tiempo para comer algo en la plaza. El olor de las hamburguesas del camión de Backyard llegaba hasta la calle de atrás, donde yo esperaba a que mi madre me cogiera el teléfono. La música creaba ambiente festivo, el pueblo estaba lleno de gente, las terrazas a rebosar, y las risas de los niños en los juegos infantiles me hicieron pensar en Adrien y en cómo me habría gustado estar un rato más con él en la cafetería.

Ante la falta de respuesta de mamá, me dirigí a casa de Lyn con cierto recelo. Lyn no era una maquilladora al uso, era la maquilladora del tanatorio de Morrisville, la misma que convirtió a la difunta hermana de Rosie Castaneda en una *drag queen* de Las Vegas en su lecho de muerte. Era cierto que las novias del pueblo y las jovencitas del último curso hablaban maravillas de ella, pero yo tenía mis dudas.

—Llegas tarde, señorita Williamson —dijo una voz escondida tras un cartel informativo del festival. Nathan, de brazos y tobillos cruzados, me regaló una sonrisa perezosa y me tendió un papel

arrugado—. Tenías la cita a la una y media. Son casi las dos.

—¿Por qué tienes tú mi lista de tareas? —Se la arrebaté de un tirón.

—La encontré en el suelo cuando te fuiste. He venido a dártela.

—Gracias. Y ahora, si me disculpas…

—Lyn se ha ido —me informó—. Me ha pedido que te diga que estará en la plaza, por si aún quieres que te maquille. Aunque, si mi opinión sirve de algo, yo creo que así estás perfecta.

«Y yo creo que necesitas que te revisen la vista», estuve tentada de decirle. Tal y como señalaba mi madre a todas horas, el estrés me apagaba el rostro, y después de lo mal que había dormido, se me habían acentuado las ojeras.

—¿Podemos ir a comer algo? —preguntó, solícito—. Me muero de hambre. Y seguro que tú también, ¿a que sí?

«Si tú supieras…».

—Un poco, pero no puedo quedarme mucho. Según esto, tengo que volver a la peluquería y luego ir a elegir algo decente que ponerme de todo lo que mi madre ha dejado sobre mi cama esta mañana. ¡Me ha despertado a las seis!

Su risa me provocó un vuelco en el estómago. El calor de su cercanía mientras caminábamos entre la gente de la plaza era extraño y, al mismo tiempo, cercano y esperanzador. Me daba lo mismo si no llevaba el maquillaje de una *top model* o si el pelo terminaba oliéndome a carne asada, cuando Nathan me tendió la mano para que no me separara de él, todo lo demás dejó de existir.

Encontró una mesa alta y dos taburetes y nos sentamos frente a frente. Vi de reojo a Danielle y a Krista con Walter y Anthony, y ellas me vieron a mí, pero abortaron la idea de acercarse en cuanto se les unió Constance. Era un momento importante.

—¿Patatas y hamburguesa? ¿O la señorita de la mención honorífica quiere algo más elaborado? ¿Costillas, tal vez? ¿Quieres nachos también o prefieres…?

Levantó la mirada de la carta con las especialidades y me perdí en aquellos ojos.

—¿Cómo estás? —pregunté sin venir a cuento—. Hacía mucho que no hablábamos y no sabía si…

—Ahora estoy mejor —contestó. Dejó a un lado el menú y vi cómo le temblaban las manos—. No te he llamado porque he estado…

—Ocupado, lo sé. No pasa nada, lo entiendo. Supongo que eso quiere decir que te van bien las cosas por Boston, ¿no?

Nathan resopló, exasperado por algún motivo, y se pasó la mano por el pelo. Un gesto de desesperación muy habitual en él.

—¿Vamos a tener otra absurda conversación sobre trabajo o sobre el clima? Porque, si es así, siento decirte que ahora mismo me importa

muy poco tu trabajo o el mío o si caen burros del cielo —me sermoneó. Su lado impaciente tenía un punto muy seductor, y cada vez me costaba más mirarlo y no pensar en cuánto lo había echado de menos—. Tengo cosas más importantes que contarte y me gustaría hacerlo antes de que nos interrumpan o vuelvas a salir corriendo.

—No tengo intención de ir a ningún sitio hasta dentro de —miré mi reloj de muñeca— … cuarenta minutos. Soy toda tuya.

«En todos los sentidos».

Masculló algo que el bullicio me impidió oír, y se aclaró la garganta.

—No estuvo bien ocultarme lo que había pasado —dijo, por fin.

—Lo sé.

—Y tampoco estuvo bien que me fuera sin decir nada.

—También lo sé, pero ya no tiene importancia.

—Sí la tiene, April. Para mí la tiene —insistió.

No era esa la conversación que esperaba cuando acepté comer con él. Tampoco era el mejor lugar para hablar del pasado, porque estaba a punto de ponerme a llorar y no quería que todo el pueblo oyera como se me rompía de nuevo el corazón.

—Te pedí perdón. Creí que me habías perdonado.

—Y así es, April. Te perdoné hace mucho, igual que a Ginger y a Percival, pero he pensado con calma durante estos meses. He pensado en lo que teníamos y en cómo habría sido todo de haber sabido antes lo de tu hermano y lo de mi mujer.

—¿Y cómo hubiera sido? —pregunté, temerosa, aunque una diminuta llama de esperanza brillaba muy dentro de mí.

—Yo creo que… —Su teléfono empezó a sonar en el interior de la chaqueta. Echó un vistazo a la pantalla y torció los labios en una mueca—. Perdona un momento, tengo que contestar.

Se alejó un par de pasos y, con solo dos frases, supe que allí acababa nuestra memorable conversación.

—Tengo que ir a ocuparme de un asunto urgente.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, tranquila. —Miró alrededor, y en cuanto localizó a los McPherson, se despidió de mí con un beso en la mejilla—. Te veo luego, ¿vale? Lo harás bien, y estás guapa tal y como vas.

Cuando subí al escenario de la plaza para dar mi discurso y recibir la mención de honor, en lo único en lo que podía pensar era en que me había salido con la mía y me había puesto los vaqueros con una preciosa camisa roja. Le di el gusto a mi madre de elegirme los zapatos e iba subida a unos *stilettos* rosa atados al tobillo que les sentaban de lujo a mis piernas.

También pensé en él y en las tres quejas que puso, y en cuánto me esforcé para que las quitara. Nunca llegué a darle las gracias por

haberlo hecho el primer día, aunque me tuviera engañada para sacar partido de la situación.

Pasear el discurso por todo el pueblo durante días me sirvió para darme cuenta de que no necesitaba frases grandilocuentes ni expresiones rimbombantes para dirigirme a las personas que tenía delante. Todos formaban parte de la chica que era, me habían visto crecer y participaban de mi felicidad cada día. No tenía que impresionar a nadie, solo darles las gracias.

Seguí el consejo de Nathan y me preparé una lista de última hora con cuatro anotaciones. Estaba deseando que oyera cómo empezaba mi discurso porque era un guiño a algo que había sucedido esa misma mañana y sabía que le arrancaría una carcajada.

Lo busqué entre la gente mientras el alcalde Merryweather hacía su intervención previa, y cuando lo encontré… quise echar a correr y no detenerme jamás.

Una joven rubia de ojos rasgados le dijo algo al oído. Él se rio fuerte, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia su pecho para besarle el pelo. Adrien corría alrededor de ellos, y la mujer, con toda la delicadeza de la clase alta, le hizo un par de carantoñas al niño y lo besó. Los tres se abrazaron, y en medio de aquel acto de ternura, Nathan buscó mis ojos en el escenario. Lo entendí todo al instante: el café para dos de la mañana, lo que quería decirme, por qué no me había llamado en estos meses, por qué estaba tan ocupado…

¡Qué tonta había sido!

Las palabras de Agnes en el último club de lectura me golpearon con tanta violencia que me flaquearon las piernas: «No hay nada que mantenga lejos a un hombre cuando ama a una mujer. Pero cuando no es amor, poco podrás hacer para que se quede. No le des la oportunidad de desperdiciar tu tiempo dos veces».

Al final, era él quien no me daba la oportunidad a mí.

Ya tenía quien lo hiciera sonreír de nuevo.

66. Nathan

—¿Crees que estará bien? —se preocupó Shannon. No había dejado de mirar el teléfono desde que salimos del resort—. Debería haberme quedado con él.

—Solo era cansancio, ya has oído lo que le ha dicho el médico —le recordé con cariño—. Mañana hablaremos con el cardiólogo para que te quedes más tranquila, ¿de acuerdo? No va a pasarle nada. Es un perro viejo, pero todavía tiene mucho que ladrar.

—No debería haber ido a Nueva York. ¡Le dije que le pasaría factura! Y ahora, encima, me siento culpable por estar aquí contigo.

—¿Quieres que te lleve al resort?

—Pero te perderás el discurso de April —dijo, apenada—. Esperaré a que termine. Además, si es tan divertida como dices, seguro que me alegra el día. Casi me muero del susto cuando he visto el estado en el que ha llegado tu padre.

—Ven aquí, anda, *mamá*. Deja de pensar en lo que podría haber pasado, ¿vale? —La abracé. Estaba temblando—. El viejo está bien. Seguro que ha aprovechado que no estabas para beberse el *whisky* del mueble bar.

Me dio un codazo cariñoso.

—No es viejo, y confío en él. Si le pasara algo, yo…

Lo amaba, joder. Lo amaba casi tanto como yo amaba a la mujer que había sobre el escenario, y eso me hacía feliz.

Mi mirada se encontró con la de April en la distancia y se me formó una sonrisa tonta. Estaba nerviosa, le temblaban las piernas. ¡Por el amor de Dios! Esas piernas enfundadas en vaqueros eran las puertas del cielo, y los zapatos de color rosa, la guinda perfecta. No era un hombre de fetiches, pero acababa de dar con el mío.

—Le pasa algo —comentó Shannon—. No parece muy contenta.

—Son los nervios. Lo va a hacer de maravilla —le aseguré con orgullo.

Sin embargo, en cuanto April empezó a hablar quedó claro que Shannon tenía razón.

—Lo ves, te lo he dicho. Le pasa algo.

Sus titubeos, la voz tomada por la emoción, los ojos vidriosos. Con el primer sollozo, solté a Shannon. Con el segundo, se me detuvo el latido del corazón.

—¿Qué le pasa a April, papi? ¿Por qué llora?

Los presentes interpretaron su congoja como fruto de la emoción por el nombramiento y aplaudieron en cada pausa para animarla a continuar. Yo, en cambio, me mantuve expectante, por si alguno de

sus gestos me daba un poco más de información.

El micrófono recogió cada suspiro y cada intento por reanudar su discurso, y cuando Fitzgerald Merryweather se acercó a ella para preguntarle si estaba bien, April negó y salió corriendo de la plaza.

—Pobrecita, ¿qué le habrá pasado? —preguntó Shannon.

—No lo sé, pero… —Vi a las chicas atravesar la plaza a la carrera para ir tras ella y quise hacer lo mismo, me moría de ganas, pero tenía que llevar a Shannon al resort—. Vamos, te llevo con mi padre. Lo averiguaré en cuanto vuelva.

Sin embargo, cuando regresé no hallé rastro de April ni de las demás. Walter no supo decirme adónde habían ido o si pensaban volver. Loreen y Howard Williamson conversaban con otros vecinos con gesto de preocupación. Ellos tampoco sabían dónde se había metido April. Esperé por si alguien podía darme alguna pista, la llamé por teléfono, también a Emma y a Constance, y como último recurso desesperado, me acerqué al corrillo donde Gael charlaba amigablemente.

—¿Podemos hablar un minuto? —le pedí sin rodeos ni cortesías.

El hermano de April se tomó su tiempo para atender a mi petición. Le dio un último trago a su botellín de cerveza y comentó algo con el hombre que había a su lado. Cuando se apartó del grupo, su rostro era una máscara de indiferencia.

—¿Sabes dónde ha ido tu hermana?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—¿Es que no has visto lo que ha pasado?

—Algo he oído, pero acabo de llegar. ¿Por qué? ¿Ahora te preocupan sus sentimientos? ¿Después de dejarla tirada?

Me presioné el puente de la nariz y conté hasta diez.

Cuando decidí que quería vivir en Stowe, asumí que mi relación con Gael no sería un mar en calma. Los dos teníamos motivos para odiarnos. Pero no iba a volver a comportarme como un loco. Eso no iba conmigo, por mucho que, como en aquel momento, me llevara al límite de la paciencia.

—¿Puedes llamar a Emma para ver si April está bien? Están con ella, las he visto ir detrás de tu hermana cuando ha bajado del escenario.

—Y si tanto te interesa cómo está, ¿por qué no has ido tú a buscarla?

Inspiré y espiré una vez, dos veces, hasta que controlé mis ganas de dejar de comportarme como un ser civilizado.

—¿Puedes llamar a Emma, por favor? —repetí con los dientes apretados—. Necesito saber que April…

—Vienes de visita un fin de semana, te ríen las gracias los cuatro viejos del pueblo y ya te crees con derecho a meterte en su vida de

nuevo. Deja a mi hermana en paz y lárgate.

—Eso tendrá que decírmelo ella.

—¡Te lo digo yo, joder! —me gritó cara a cara—. Le has hecho daño, Farley, le has hecho mucho daño, y seguro que ella te ha perdonado en cuanto te ha visto, pero yo no.

—No eres el más indicado para dar lecciones sobre hacer daño y perdonar. —Vi acercarse a Cameron por el rabillo del ojo, alerta por si alguno de los dos perdía las formas—. Te metiste en mi matrimonio, declaraste tu amor por mi mujer delante de Emma, involucraste a tu hermana en tus mentiras. Te tomaste muchas molestias para joderme la vida. Y, aun así, he perdonado a tu hermana, he perdonado a mis suegros y estoy aquí. —Respiré hondo y se me escapó una risa irónica. No era así como pretendía acabar la noche, pero aquel momento era tan malo como cualquier otro para decirle a Gael cuáles eran mis intenciones—. No voy a irme del pueblo, no he venido de visita. Quiero a April más de lo que nunca he querido a nadie y no voy a dejar que me jodas esto también. Así que llama de una puta vez a Emma y pregúntale dónde está tu hermana o te juro por Dios que convertiré tu vida en un infierno.

67. April

ACIERTOS Y ERRORES DE UNA NOCHE CAÓTICA:
Acierto: Desaparecer
Error: Salir corriendo
Acierto: Contar con ellas
Error: No saben guardar secretos
Acierto: Ser realista
Error: Inventarme la película
Acierto: Dejar de fingir
Error: ¡¿Que ella es quién…?!

Les pedí a las chicas que no comentaran con nadie dónde estaba, que le dijeran a todo el mundo que me encontraba bien y que solo había sido un arrebato de emoción. No se fueron muy convencidas, no querían dejarme sola después de lo que les había contado, pero tenerlas parloteando a mi alrededor, ideando formas para despellejar a Nathan, no era lo que me apetecía en ese momento. Tampoco un chupito de tequila o un canuto de marihuana, como sugirió Danielle.

Quería silencio y paz, escuchar mis propios pensamientos y reconciliarme conmigo misma, y no había un lugar mejor que el punto donde se concentraban todos mis sueños y mis expectativas de futuro.

El granero olía a madera nueva y a barniz, se había convertido en mi nuevo aroma favorito. Los tacones repiqueteaban en el parqué con musicalidad y la calidez de las luces me envolvió como una manta caliente, aunque yo no había dejado de temblar. Era un lugar especial y estaba impaciente por llenarlo de recuerdos, porque solo la felicidad de otras personas conseguiría borrar los instantes que Nathan y yo compartimos bajo aquel entramado de vigas, entre las paredes que ahora lucían con la más delicada decoración otoñal.

Fui una tonta por imaginar que aún había esperanza para nosotros. No debía castigarme así. Era una chica enamorada que veía su vida como la más conmovedora comedia romántica de sobremesa, eso no era ningún delito. Creí que había superado esa fase, pero me había engañado. La vuelta de Nathan despertó mis ilusiones y no era culpa de nadie que me hubiera equivocado. Las señales eran tan claras que no entendí cómo no me había dado cuenta.

Ni siquiera podía estar molesta con él. Nathan no hizo nada para alentar una posible reconciliación, mantuvo las distancias, fue cordial, sin más, e intentó explicarme la situación, aunque no le hubiera resultado posible.

Solo tenía que esconderme unas cuantas horas más. Al día siguiente, él volvería a Boston y ese capítulo de nuestras vidas se cerraría definitivamente.

Volví a llorar al pensar en Adrien y en cuánto iba a echar de menos nuestras conversaciones telefónicas. Sabía que se enfadaría cuando no respondiera a sus llamadas, pero Nathan se encargaría de explicarle que yo no podía ser nada más que un nombre en sus recuerdos.

«Ya está bien, April Williamson. Deja de lamentarte», me regañé, y me limpié las lágrimas que me mojaban las mejillas con un par de caricias.

Mi imagen en el precioso espejo del cuarto de baño de invitados me pareció tan triste… Di gracias a Dios por haber declinado la sesión de maquillaje o, a esas alturas, mi rostro se habría convertido en un cuadro de Jackson Pollock. Con el encrespamiento del pelo y la nariz congestionada ya no podía hacer nada, tampoco con las tres uñas que me había cargado de tanto morder el gel.

Yo nunca sería tan perfecta como esa mujer.

«¿Y a quién le importa qué aspecto tenga ella? Cualquiera puede ser guapa por fuera», me dije con convicción, y el precioso rostro de ojos rasgados de la novia de Nathan acudió a mi mente para burlarse. «Déjalo ya, April. Piensa en algo más alegre».

Como en la boda de Gael y Emma que se celebraría allí mismo antes de Navidad, antes de que naciera su pequeña Eileen. Las chicas no estaban de acuerdo en que se casara con una barriga de casi nueve meses, pero Emma quería celebrar la boda en esas fechas, que eran importantes para ella, y Gael habría hecho cualquier cosa por hacerla feliz. No podía haber mejor pareja para inaugurar mi granero.

Ya podía verlo, todas las luces encendidas, las gasas entre las vigas, la exquisita cubertería que había adquirido en la web de subastas sobre manteles blancos, las copas talladas que lanzaban destellos al contacto con los haces de luz que se colaban por las claraboyas del techo… Un sueño, un maravilloso sueño que se estaba haciendo realidad gracias a mi esfuerzo.

«Y a Nathan».

Se me inundaron los ojos de nuevo, pero, de pronto, unas pisadas apresuradas en el exterior me dejaron inmóvil en el centro de la sala. Fueron unos segundos de tensión contenida hasta reconocer la cadencia de esos andares inolvidables. Todo en él iba a ser inolvidable.

—Aquí estás, eres difícil de encontrar, aunque debí suponer que vendrías al granero. —Se adentró en el espléndido salón con las manos en los bolsillos y paso lento. Lo contemplaba todo con los ojos llenos de orgullo y con media sonrisa complacida—. Ha quedado perfecto.

—No tengo ganas de hablar con nadie, Nathan. No es un buen momento. ¿Quién te ha dicho que estaba aquí? ¿Las chicas?

—No, ellas no. Han estado a punto de darme una paliza cuando me las he encontrado por el camino. Ha sido tu hermano.

—¿Gael? ¿Y cómo sabía Gael…? —Chasqueé la lengua—. Emma. ¿Y te lo ha dicho así, sin más?

—¿Qué más da cómo me lo haya dicho? No entiendo qué haces aquí, ni tampoco a qué ha venido lo de salir corriendo. Krista me ha echado en cara que yo tengo la culpa, pero no sé por qué. Explícamelo.

—La única que tiene culpa soy yo. Tú no has hecho nada, no tienes de qué preocuparte, ¿vale? —Me abracé a mí misma para tratar de controlar los estremecimientos que sentía y me aparté de él un par de pasos—. Estoy bien, solo ha sido un poco de ansiedad. Ahora, si no te importa, me gustaría quedarme sola. Y tú deberías volver con Adrien y con… con… esa chica.

Intenté que mi voz sonara con ligereza para que no revelarle mis sentimientos, pero se me olvidaba que Nathan era experto en leer mis emociones y mi referencia a su acompañante le abrió los ojos.

—¿Esa chica? ¿Te refieres a Shannon?

«¿Shannon? ¿De qué me suena ese nombre?».

—Supongo que sí. Me alegro de que hayas encontrado a alguien. A Adrien parece gustarle mucho. Eso también es importante.

Nathan se echó a reír como si mis palabras fueran lo más gracioso que había oído nunca. Debían de serlo, porque le costó varios intentos explicar su hilaridad. Cuanto más lo intentaba, más se reía.

—Yo no le veo la gracia, la verdad, pero parece que tú sí, así que, si no te importa, ¿puedes ir a reírte a otra parte? Me gustaría estar sola.

—No, no, April, escucha… —Tardó un par de intentos más en ponerse serio. Se me estaba acabando la paciencia y él lo notó—. Shannon no es mi novia.

—¡Pues lo que sea! Tu lío, tu rollo de fin de semana, tu *follamiga*… ¡Me da igual! —exploté, y ante un nuevo amago de risa, le señalé el portón de salida—. ¡Fuera de mi granero!

Él negó despacio un par de veces.

—También es mi granero, ¿ya se te ha olvidado? —me recordó con insolencia.

—Te devolveré hasta el último centavo. ¡Ahora, fuera!

—No quiero tu dinero, April. Creí que había quedado claro. Lo que yo todavía no entiendo es por qué estás así. ¿Es por Shannon? ¿Estás… celosa?

—Más quisieras.

—Porque si estás celosa —continuó como si yo no hubiera hablado

—, es justo que sepas que no tienes motivos.

—¡Ya lo sé! Sé que no tengo derecho a estar celosa, ni a estar enfadada, ni a odiarte, ni a desear que te caiga una avalancha encima. ¡Lo sé! —exclamé, descontrolada—. Pero lo estoy. ¡Sí, lo estoy! Porque soy tonta y sigo enamorada de ti, y yo pensé que tú…

—¿Que yo qué, April? Dime qué pensaste.

Me rendí.

—Pensé que aún me querías. —Encogí un hombro, como si el gesto le restara emotividad a la situación. Pero la voz me salió aguda y estrangulada, y detesté ser tan ñoña cuando se trataba del corazón—. Ya sé que las señales que me has dejado decían lo contrario, no creas que no me he dado cuenta. Pero, no sé, tenía la esperanza de que al volver al pueblo…

Se le quitaron las ganas de reír y de bromear. Dio un paso adelante para acercarse, al que respondí con uno atrás. Y con el siguiente, levanté las manos para pedirle que se detuviera.

—April, Shannon es…

—¡No quiero saberlo! Me da igual.

—¡No te da igual! Me quieres y no te da igual. Shannon es mi madrastra, April. La mujer de mi padre.

68. Nathan

Que Dios me perdonara, pero su turbación fue la mejor recompensa después del sinvivir que había atravesado hasta encontrarla. Cuando me enteré que habían sido sus sentimientos por mí los que desencadenaron aquella situación me hizo sentir fatal, pero, al mismo tiempo, se me hinchó el pecho de felicidad y de amor. Casi no podía contener las ganas de abrazarla y de besarla porque ¿para qué quería las palabras si con un beso resolvería todas sus dudas?

—Me siento muy estúpida ahora mismo —reconoció—. Es la mujer de tu padre.

—Exacto, y te la habría presentado si no hubieras salido corriendo. Quería conocerte. Y mi padre también, desde luego.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque son dos personas muy retorcidas y quieren conocer a la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida —declaré, medio en broma, medio asustado, y como April aún parecía confundida, añadí—: Me estoy refiriendo a ti, por si no te has dado cuenta.

Le bailó una sonrisilla en los ojos y se mordió el labio inferior, un único gesto, suficiente para saber cuánto le habían gustado mis palabras.

—¿Tú… tú quieres estar conmigo?

—April… —No pude soportar más la distancia entre nosotros. Si no la tocaba, me moriría—. No he querido nada tanto como te quiero a ti. ¿Es que no lo ves?

Le acaricié el cuello y deslicé la mano hasta su nuca. Cuando mi frente rozó la suya, se le escapó un suspiro que se mezcló con el mío.

—¿Y Diane?

Respiré hondo.

—Diane será siempre parte de mi vida y de la de Adrien, nada podrá cambiar eso —le expliqué con la esperanza de que lo comprendiera. Tomé asiento en el banco que había junto al portón y apoyé los codos en las rodillas—. Lo que hizo, lo que pasó… todavía no sé cómo encajarlo después de estos meses. Sin embargo, dejé de estar enfadado con ella cuando me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no la amaba. Me duele que se planteara el divorcio sin consultarlo conmigo, y me duele mucho más que tuviera una aventura, pero no puedo culparla. Si hubieras aparecido en mi vida antes de que muriera, creo que me habría enamorado de ti igualmente, y quién sabe si no habría sido yo el infiel. O no, no lo sé. Lo que sí sé es que no puedo guardarle rencor.

—¿Y a Gael?

Me reí con cansancio, y me pasé la mano por la cara para despejarme.

—Gael no tuvo la culpa de enamorarse de Diane, pero sí de involucrarte en la mentira y de intentar tapar algo que, antes o después, iba a ver la luz. No sé cuál habría sido mi reacción si me lo hubiera contado el primer día, puede que me hubiese ido del pueblo, pero nos hubiéramos evitado algunos dolores de cabeza, ¿no crees?

—Gael está arrepentido —lo defendió—. Le pedí que se pusiera en tu lugar, que se imaginara qué ocurriría si Emma lo engañara de esa forma y cómo se sentiría al descubrirlo por casualidad. Estuvo un par de semanas fuera del pueblo, Emma no sabía nada de él. Nos tuvo muy preocupados a todos. Pero por fin entendió lo que intentaba explicarle.

April se sentó a mi lado.

—¿Por qué no me has llamado en estos meses? —me reprochó—. Me gustaba hablar todos los días con Adrien, pero también quería hablar contigo. Si aún me amabas, ¿por qué no me lo dijiste? Te largaste sin despedirte, me hiciste daño, ¿sabes? No estuvo bien.

—Lo sé, pero estaba enfadado, April, y luego arrepentido, y luego avergonzado, y luego…

—Demasiado ocupado, ¿no? —Tenía lágrimas en los ojos cuando la observé—. Adrien me dijo que… que salías con chicas.

—¡No he salido con nadie desde que me fui! No he dormido bien ni una sola noche en estos meses, no he parado de trabajar para… para… ¿Te he dicho que he montado mi propia empresa? —dudé. Ella negó despacio—. Pues sí, por fin lo he hecho, y te lo debo a ti. Bueno, también un poco a mi padre, que me sermoneó cuando fui a verlo. Te contaré esa historia en otro momento —descarté con un gesto de la mano—. Tú me inspiraste.

—Es un gran paso, me alegro por ti. Eres un buen profesional y te irá bien, hagas lo que hagas, estoy segura.

Inspiré, orgulloso.

—He tenido ayuda, no creas. Shannon me presentó a unas amigas sensacionales que…

—Sí, Adrien ya me contó algo de esas amigas —me interrumpió—. No quiero saberlo.

—No es lo que imaginas, April —dije, paciente—. Margarite y Olga trabajan para mí. No tengo ni idea de contratos ni de declaraciones de impuestos, y ellas se dedican a eso, y lo hacen muy bien. Han estado por aquí unos días, puede que las hayas visto.

—Altas, guapas, delgadas y con zapatos de firma —recitó con desidia—. Hablaron con Emma. Dijo que eran simpáticas.

—Lo son. Y hacen una pareja perfecta.

—¿Pareja?

—Pareja.

—¿Son pareja? —insistió.

—Están esperando su primer hijo —le susurré al oído.

—¿He metido la pata otra vez?

Asentí, sonriente, y mis labios rozaron los suyos despacio, pidiendo permiso. April aceptó la caricia y su respuesta fue tímida, pero le quedaban cosas que decir, y la amé más por ello.

—Y esa empresa tuya, ¿a qué se dedica?

—A lo mismo que hacía aquí antes de irme. De hecho, espero recuperar algunos de los proyectos que no llegué a empezar. Creo que Margarite y Olga se han encargado de eso también.

—¿Aquí?

—¿Dónde sino? No pensarías que iba a volver a Boston, ¿no? —April no supo qué responder y aproveché su desconcierto para darle otro beso, un poco más consistente. Sus labios eran mi perdición—. No he venido de visita, ni por el cumpleaños de Percival ni por el festival, he venido por ti, y voy a quedarme.

—¿Has vuelto para quedarte? —preguntó con la voz tomada por la emoción.

—He vuelto para quererte. —La sujeté de las mejillas con delicadeza y le besé la frente, la punta de la nariz, los párpados, que volvían a estar húmedos, y los labios, antes de susurrar sobre ellos—: Te quiero, April Marie Williamson. No he dejado de quererte ni un solo segundo. Y espero que me perdones por haber tardado tanto en volver. Pensaba que mi plan surtiría efecto antes y…

—¿Tenías un plan?

—¡Tengo un plan! ¡Y una lista! —Cerré un ojo para hacer memoria. ¿Cómo la había llamado?—. «Cosas que hacer para que April me quiera de nuevo». —Dio un respingo y se tapó la boca. ¿La había sorprendido con el nombre? Extraña reacción—. El primer punto ya puedo tacharlo: decirte que te quiero. Pienso decírtelo cada día.

En esa ocasión fue ella la que me besó. Recibí su boca con deseo y la exploré muerto de sed y de hambre. Cuando nos separamos, los labios le brillaban tanto como los ojos.

—¿Y los demás? —curioseó. Su interés fue la prueba de que iba por buen camino.

—A ver, deja que piense… Trasladarme al pueblo, es uno de los más importantes.

—Desde luego —coincidió.

—Cambiar a Adrien de colegio. No le gustaba mucho lo de llevar uniforme.

—Nada de uniformes.

—Conseguir un espacio para el estudio de arquitectura. Cameron ha recopilado algunas opciones que me encantará estudiar contigo. A

lo mejor podríamos unificar nuestras oficinas.

—¿Stowe Dreams Events compartiendo espacio con un arquitecto? —Fingió pensarlo, me hizo esperar la respuesta más tiempo del debido, y cuando me di cuenta de que se demoraba a propósito, arremetí con un despiadado ataque de cosquillas—. ¡Vale, vale! ¡Lo estudiaremos!

Tiré de su mano hasta el montón de balas de heno que había debajo de la escalera. Hasta el último detalle de aquel granero llevaba su toque, y en aquel rincón había creado un escondite precioso con elementos restaurados: un par de cajas de madera, unos faroles, un marco de fotos, un viejo carro de labranza con flores secas…

Di unos golpecitos sobre la paja para que se sentara a mi lado, pero prefirió hacerlo sobre mis piernas y se rodeó con mis brazos. ¿Cómo no iba a amarla si podía oír los deseos más profundos de mi corazón?

—¿Os quedaréis con los McPherson? —preguntó con dulzura. Sus dedos juguetearon con el pelo de mi nuca y me provocaron una sacudida de placer—. Ginger estará muy feliz.

—Nos quedaremos con ellos hasta que se cumpla el siguiente punto de mi lista. —Me interrogó con la mirada y saqué mi último as de la manga—. Mi propio hogar.

—¿Vas a comprar una casa en el pueblo? —Abrió mucho los ojos y se llevó la mano al pecho. Mi sonrisa y mi negativa llegaron al mismo tiempo, y mi querida señorita Williamson, que era muy avispada, lo entendió a la primera—. ¡Oh, Dios mío! ¡Eres tú! ¡Has comprado la casa Castaneda! ¡Margarite y Olga estaban allí! Beth las vio. ¡Tú eres el propietario!

No pudo ocultar su entusiasmo. Me abrazó, y me miró fijamente para asegurarse de que era verdad, y volvió a abrazarme mientras reía. Me prometí que la sorprendería cada día si la recompensa era verla tan feliz.

—En realidad, la casa es… nuestra. Si tú quieres.

—Nuestra —repitió en un murmullo. Se quedó pensativa, y justo cuando abrí la boca para decirle que podía tomarse su tiempo para responder, me preguntó—: ¿Quieres que viva contigo y con Adrien?

—No, nada de eso. Nosotros queremos vivir contigo, pero tendremos que esperar a que terminen la reforma.

Otro silencio, otra caricia de sus dedos y esa timidez en los ojos… Haría cualquier cosa para que me mirara así siempre, pero me había propuesto ir poco a poco, dejarle su espacio, recuperar lo que perdimos sin prisa, sin pausa y sin dudas.

—Acaban de empezar, tardarán al menos…

—Seis meses, puede que siete —confirmé, y busqué con mi mejilla el calor de su mano que, distraída, se había trasladado hasta mi incipiente barba—. Te has quedado muy callada. ¿En qué piensas?

—En Adrien y en cuánto le gusta mi habitación del desván.

—Volveremos a los viernes de peli, si te apetece. Él no ha hablado de otra cosa estos meses.

Dijo que sí con un cabeceo y una mueca extraña muy parecida a una sonrisa, pero también negó y se le formó una arruguita en el entrecejo.

—¿Tú crees que a Ginger y a Percival les molestará si no os instaláis en su casa?

—¿Y dónde íbamos a quedarnos? —le pregunté con fingida ingenuidad.

April rodó los ojos y emitió un bufido de impaciencia.

—Como si no lo hubieras contemplado en tu plan. —«Culpable». La besé en el hombro y me reí contra la manga de su camisa roja—. ¿Qué opinas? ¿Se molestarán?

—No lo creo —respondí—. Ellos quieren que estemos juntos. Pero ¿y tus padres? ¿Qué dirán ellos?

—Mis padres te adoran, y adoran a Adrien. No entenderían que vivieras en casa de tus suegros pudiendo estar en la mía.

—¿Y qué dirá Gael? —Era importante para April y no quería dar nada por hecho hasta estar seguro de que ella se sentía tan convencida como yo.

—Le diste un puñetazo —me recordó—, puede que ahora esté más enfadado contigo que antes. Pero se lo merecía, así que, si ha sido capaz de llamar a Emma para averiguar dónde estaba y te lo ha dicho, me imagino que no se opondrá a que vivamos juntos.

—¿Y si se opone?

—Emma se encargará de él. Lo tiene esclavizado. De hecho —April miró el reloj de mi muñeca y chasqueó la lengua—, en estos momentos él debe de tener la rodilla hincada en el suelo, pidiéndole matrimonio. Nos lo estamos perdiendo.

—Me interesa más estar aquí contigo.

Escondió la cara en mi hombro, complacida con mi respuesta, y me emocioné al reconocer su perfume. Lo había echado tanto de menos…

—¿Qué más hay en tu lista? Me da la impresión de que vas a estar muy ocupado. ¿Ya tienes encargos? Seguro que la gente del pueblo se alegra de saber que has vuelto. No han dejado de quejarse por todo desde que te fuiste. ¿Por quién empezarás?

—Por ti, sin duda, por hacerte el amor por las mañanas antes del desayuno y después de la cena. Sin excepción. Y, tal vez, también a media mañana. Cuando estás en la oficina solo puedo pensar en tumbarte sobre la mesa y hacerte muchas muchas cosas. ¡Joder! No veo el momento de empezar.

—A lo mejor podrías ir calentando… esta noche.

—Cierto, será mejor que nos pongamos al día.

69. April

COSAS QUE HACER ANTES DE QUERERTE:
Odiarte mucho
Soñarte despierta
Descubrirte el pueblo
Odiarte menos
Reconciliarte con tu hijo
Convertirte en mi amigo
Desearte en sueños
Convertirte en mi no amigo
Besarte despacio
Desvelarte el secreto de mis galletas
Convertirte en más que un amigo

Escribí aquella lista una mañana de enero, pocos días después de conocer en persona a Nathan, sin saber que, realmente, estaba escribiendo mi propia historia de amor. Y sí, la llamé de esa forma tan extraña porque, lo quisiera o no, mi corazón nunca volvió a ser el mismo después de vernos por primera vez.

¿Qué esperabais? Yo era la chica de las comedias románticas, de los finales felices, de las tardes de helado junto a Kate Hudson y Julia Roberts, la organizadora de sueños, la princesa del baile que pierde el zapato al sonar las doce. Creía que, si lo deseaba muy fuerte, encontraría al hombre imperfecto, de trato imposible, con demonios a cuestas y el corazón machacado, y podría convertirlo en mi Matthew McConaughey, imperfecto, pero irremediablemente enamorado.

Los puntos de aquella lista se fueron cumpliendo como una profecía, hasta que mi corazón se instaló en las manos del hombre que me cambió la vida, el mismo que roncaba con suavidad en mi cama. Seguro que el señor McConaughey no se hubiera esforzado tanto en ayudarme a conseguir mis sueños, ni me habría hecho el amor sobre un fardo de heno durante toda la noche.

—¿Estás mirándome? —gruñó Nathan sin despegar los ojos.

—Ajá. —Le peiné algunos mechones con los dedos y acerqué mi boca a la suya para darle un beso caliente y mullido—. Me estaba preguntando qué pasaría si nos quedáramos en la cama todo el día.

Volví a besarlo y percibí su mano en mi muslo.

—¿No estás cansada? Anoche fue… —Noté un leve pinchacito en la nalga y Nathan extrajo una brizna de paja que se había quedado enganchada en mi ropa interior— increíble.

—Ya no podré mirar ese rincón del granero sin pensar en…

El timbre sonó varias veces con impaciencia y unos golpes en la puerta lo acompañaron. Nos miramos con los ojos muy abiertos, inmóviles, hasta que la voz chillona de Adrien se impuso al silencio.

—¿Qué hace aquí Adrien tan temprano? —le pregunté—. ¿Has quedado con Ginger para que lo traiga?

—Que yo sepa no. Pero lo sabremos en cuanto abras la puerta —respondió, perezoso y remolón.

—Es tu hijo —obvié, y lo empujé para que abriera él—. Y estoy casi desnuda.

—Es tu casa. —Me devolvió el empujoncito—. Y estoy tan desnudo como tú.

Me puse los primeros pantalones deportivos que encontré en el cajón y una camiseta a regañadientes. La cara de sueño y el pelo revuelto iban a tener que esperar. A Ginger no le sorprendería mi aspecto.

Solo que no era Ginger quien acompañaba al niño.

—¡April! —Adrien me golpeó con todo su cuerpo en un abrazo que por poco me tira al suelo—. ¡Mira quién ha venido, April! ¡Es mi abuelo! Y ella es Shannon. ¿A que es guay? ¿Tienes galletas de las que me gustan? ¿Y chocolate con nubes?

Me quedé petrificada. El padre de Nathan y su preciosa mujer esperaban delante de mi puerta, impecablemente vestidos con sendos abrigos de paño, amplias sonrisas y una cestita de magdalenas de la panadería de los Swanson. Tenían un aspecto formidable y, pese a la diferencia de edad, formaban una pareja perfecta.

—Buenos días, señorita Williamson —saludó Lewis August Farley con su voz grave—. Esperamos no llegar en mal momento.

Me froté la cara sin ninguna delicadeza y se me formó un repentino bostezo que ahogué de inmediato.

«¿Mal momento? No, nada de eso. Su hijo y yo solo hemos dormido un par de horas».

—¿Lo ves? Te he dicho que aún estarían durmiendo —le susurró Shannon con evidente incomodidad, como si me hubiera leído el pensamiento. A continuación, extendió la mano a modo de saludo—. Buenos días, señorita Williamson. Soy Shannon Farley y este es mi marido…

—April, llamadme April, por favor. —«Señorita Williamson» estaba reservado—. Ya sé quiénes sois. Pasad, por favor. Hace frío. Nathan saldrá enseguida.

Recogí algunas prendas de ropa que habían quedado desperdigadas la noche anterior y les ofrecí algo de beber mientras esperaban en el salón. Adrien los entretuvo con sus recuerdos de mi casa, les habló de las tardes de chimenea, de las noches de películas y palomitas y de lo

divertido que era hacer galletas conmigo, mientras yo iba a por Nathan al dormitorio.

Le había dado tiempo a adecentarse y a lavarse la cara. Ya no parecía tan recién levantado como yo.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunté, y le dediqué una lenta mirada apreciativa. Tenía un aspecto de lo más seductor, pero se merecía mi gruñido por haberme puesto en esa situación. Le estampé en el pecho la ropa que había recogido y le señalé la puerta—. Han traído magdalenas. Sal ahí y haz café. Y no uses las tazas del armario, son viejas. Hay otras más bonitas en la despensa.

—¿Les pongo la alfombra roja y les hago una reverencia?

—No, eso ya lo he hecho yo —ironicé.

—Pareces nerviosa, señorita Williamson. —Me abrazó por la espalda al tiempo que yo buscaba en el armario algo decente que ponerme, ni demasiado sofisticado ni demasiado casual—. Son personas normales, como tú y como yo.

—Son tu padre y su mujer, no son como tú y como yo. El bolso de tu madrastra cuesta seis meses de mis ganancias. ¡Y no me llames señorita Williamson! Tu padre acaba de llamarme así —me estremecí.

Nathan me apartó el pelo de la nuca y depositó un dulce beso, una placentera distracción a la que me hubiera rendido de no haber tenido invitados tan importantes.

—Deja de preocuparte. A ellos ya les caes bien, te lo aseguro.

Eso me pareció después de unos minutos en su compañía.

Me sorprendió la sencillez con la que se comportaron durante el improvisado desayuno. Adrien llevó la voz cantante en todo momento con su parloteo y consiguió que me relajara un poco. Lewis y Shannon, que también parecían tensos, contribuyeron al buen ambiente con sus risas y sus guiños cómplices al niño.

Había algo en ellos que me emocionaba cada vez que se miraban, cada vez que Shannon apretaba la mano de su marido o se recostaba contra él tras una carcajada. Y Lewis la adoraba, no me cabía la menor duda. No tenía reparos en demostrar cuánto la quería con besos en la sien y caricias descuidadas que pasarían desapercibidas para cualquiera, pero no para mí. Una romántica de manual no obviaría esas cosas.

—Nathan nos ha contado que tienes una empresa de organización de eventos —comentó Shannon, después de demostrar cuán elegante era, incluso para limpiarse la comisura de los labios con una simple servilleta de papel—. A lo mejor te parece un poco precipitado, pero sería maravilloso que pudieras organizar nuestra fiesta de Navidad en Boston. Yo podría olvidarme del tema y centrarme en preparar el programa del semestre en la universidad, y Lewis tendría a Adrien y a Nathan para entretenerse.

¿Una fiesta en la mansión de los Farley? ¿Pasar las navidades en Boston? Sonaba muy bien, y a la reputación de mi empresa le iría de perlas contar con una fiesta de lujo en una gran mansión de la alta sociedad bostoniana. Pero no iba a ser posible.

—Os agradezco el voto de confianza, pero mi hermano se casa el día antes de Navidad y voy a necesitar todo el tiempo disponible para organizar hasta el más mínimo detalle. —Miré a Nathan con una mueca y él me devolvió un cabeceo de entendimiento—. Pero estoy segura de que a Adrien le encantará pasar la Navidad en vuestra casa, ¿verdad?

Que yo no pudiera ir no significaba que ellos tuvieran que perdérselo. Ahora que Nathan y su padre habían recuperado la relación, nada les impedía celebrar las fiestas en familia.

«Con su familia», pensé, triste, sin motivo.

El niño me observó con los ojos muy abiertos y movió la cabeza en una negación casi imperceptible. Echó un vistazo de reojo a su abuelo y a Shannon, luego a su padre, y, finalmente, me cogió de la mano y se pegó a mí para decirme al oído:

—Yo quiero quedarme contigo.

Fue embarazoso, no solo porque lo dijo demasiado alto y todos lo oyeron; también porque provocó que los ojos se me llenaran de lágrimas. Cuando quise explicarle que ellos eran su familia y que sería divertido, no me salió la voz.

—No iremos a Boston, Shannon. Al menos, no este año —declaró Nathan, que, al igual que Adrien, deslizó su mano sobre la mía y se acercó para besarme en los labios—. Será nuestra primera Navidad juntos, la boda de Gael y Emma es importante para April, y lo que es importante para ella, también lo es para nosotros.

Me habría conmovido el suspiro de su madrastra de no haber estado pendiente de todo lo que me transmitían los ojos de Nathan sin necesidad de palabras. Me acarició la mejilla y su pulgar se llevó una lágrima solitaria. No sabía por qué estaba llorando, pero hacerlo de felicidad era un buen motivo. Ellos se habían convertido en el gran amor de mi vida, ellos habían transformado a la chica soñadora y me habían ayudado a construir un mundo a medida, con lo bueno y con lo malo.

Era el momento de dejar de soñar y vivir esa realidad que me abrazaba y me susurraba al oído que yo, April Marie Williamson, era lo mejor que les había pasado.

—¿Ya tienes tu final feliz? —me preguntó Nathan esa misma noche, a solas, mientras contemplábamos cómo ardía el primer fuego del otoño en la chimenea.

«Ni hablar».

Los finales felices solo existían en las comedias románticas. Nuestra

vida, como la más hermosa de las grandes historias, solo acababa de empezar.

Epílogo: ADRIEN

Diez años después. Días previos a Navidad.

La primera vez que vi a April al llegar al pueblo se me pusieron las mejillas coloradas y me escondí detrás de mi abuela para que no viera lo impresionado que estaba. Ella vino directa a abrazarme, se agachó y me envolvió con su olor a galletas recién hechas. Aún lo recuerdo. ¡Se me hizo la boca agua!

Le dije mi nombre, que tenía ocho años, y que mi madre había muerto en un accidente. Sin más, directo al grano.

Creo que, después de mis abuelos, fue la primera persona de Stowe con la que hablé.

Yo no lo sabía entonces, pero aquella chica con la sonrisa más bonita del mundo se metió en mi corazón al instante. Dio un par de palmaditas en un sillón, me regaló una enorme galleta con trocitos de chocolate y me dijo:

—Hagamos una lista de cosas alegres, ¿quieres?

Y yo asentí, como si hacer listas después de decirle que era huérfano de madre fuera lo más normal del mundo.

Encontré aquella lista en una caja de recuerdos de la infancia que había en el desván. ¡Habían pasado más de diez años desde aquello! El papel estaba amarillo, las letras apenas se veían, pero daba igual, yo recordaba cada palabra.

MOTIVOS PARA SONREÍR:
- El chocolate
- Los caramelos
- La nieve
- Los cachorros de perrito
- Los bebés con gorro
- Los abrazos de mamá

Ella me dijo que era una lista mágica, que me haría feliz cuando estuviera triste.

La creí entonces, y la seguía creyendo en la actualidad, aunque, con el paso del tiempo entendí que, en verdad, la magia era ella.

—¿Adrien? ¿Estás arriba? —me llamó desde el primer piso. Llevaba toda la mañana detrás de mí, como si me echara de menos antes de que me fuera a la universidad—. Puedo bajar la caja de los adornos yo. No soy tan vieja.

Tenía cuarenta y dos años, y no, no era ni un poquito vieja. Pero a mí me gustaba el desván de nuestra casa, me gustaba sentarme allí y descubrir de nuevo el pasado y la vida que mi padre y yo habíamos

construido con April. Se me formaba un nudo en la garganta al pensar que, en cuanto acabaran las vacaciones, pondría rumbo a mi propia vida fuera de aquellas cuatro paredes, fuera de Stowe, lejos de mi familia.

Me habían aceptado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, el MIT, al igual que hicieron con papá cuando decidió estudiar arquitectura, y mi traslado a Cambridge era inminente.

«De tal palo, tal astilla», repetía el abuelo Lewis, pero no lo decía porque quisiera ser arquitecto, sino porque era listo como mi padre y como mi madre, Diane. No llegué a dar el discurso de graduación, ese honor le correspondió a mi amigo Terry Lincoln, pero ser el segundo de la promoción no estaba nada mal.

—¡Jesús! Voy a tener que traer a una cuadrilla de limpieza entera para quitar el polvo que tienen todas estas cosas —se quejó April con la mano en la nariz para no estornudar—. ¡Por el amor de Dios! ¿Has visto esto? ¡Ni me acordaba de que estaba aquí!

Levantó un conjunto de figuritas de metal descolorido y sopló con fuerza. Eran los adornos de su tarta de bodas con papá: un novio, una novia y un pequeñajo en medio. Yo.

Mis recuerdos de ese día, después de tanto tiempo, se limitaban a lo que me habían contado, lo más anecdótico, pero para ella cada instante era como si hubiera ocurrido la semana anterior.

—Los hizo Walter con restos de chatarra del taller —murmuró con añoranza—. Le llevó meses hasta que Danielle se dio por satisfecha. Aún no sé cómo pudo elaborar algo tan delicado con esas manazas.

—¿El tío Walter fue el que se marcó un Full Monty en vuestra boda delante de la abuela Loreen? —le pregunté. Siempre me consideraron demasiado pequeño para conocer esa vergonzosa historia.

—No, ese fue el tío Dave. Y aquello pasó en la despedida de solteros. La hicimos conjunta y se nos fue un poco de las manos. —Rio con los ojos llenos de recuerdos y me sentí afortunado por quererla tanto—. El tío Walter fue el que vomitó en los zapatos de la abuela Ginger justo antes del baile nupcial.

—¿Iba borracho?

—¡No! Fue una gastroenteritis que le había pegado Drake. No pudo llegar al cuarto de baño.

—¡Vaya *crack*! Por cierto, ¿te has enterado de lo de Drake? Va a trabajar en el taller. No sé yo si padre e hijo codo con codo será una locura. A la tía Danielle le saldrán canas antes de los cuarenta y cinco.

—La tía Danielle ya tenía canas a los treinta, cielo. Ha criado a tres demonios imposibles. Menos mal que Marion y Samuel se han encarrilado. ¡Oh! ¡Mira lo que hay aquí! —exclamó de pronto. Sacudió una funda de plástico transparente, y mi cara de espanto le arrancó una carcajada cantarina. Ya sabía lo que era. Lo había visto hacía unos

días—. Fuiste el dinosaurio más bonito de sexto grado.

—Fui el niño de once años más ridículo de la fiesta de disfraces —le recordé—. ¡Tiré la mesa de los refrescos con la cola!

—Pero estabas tan precioso…

—Mamá, por favor…

«Mamá».

Deseé tanto que lo fuera cuando era un niño. Había olvidado muchos de los momentos que viví al llegar al pueblo, pero nunca olvidaría el día que le pregunté si quería ser mi madre. Me planté frente a ella la mañana de nuestra primera Navidad juntos y fui tan directo como un derechazo. Y ella, como era habitual, se puso a llorar. Me asusté tanto que yo también lloré, creí que había hecho algo muy malo, pero nada más lejos. April deseaba ser mi madre por encima de todo.

Pero ¿sabéis qué? Lo fue desde el primer día, desde aquel primer día en que escribió la lista de motivos para sonreír que me había guardado en el bolsillo al oír que subía al desván.

Me aclaré la garganta para que no me notara la emoción y le pasé el álbum de recortes de los primeros logros de la empresa de papá. El centro social de Stowe llevaba su firma y algunas de las nuevas casas del pueblo también. El alcalde Merryweather, que había fallecido un par de años atrás, llegó a decir en una ocasión que sería un gran alcalde para Stowe cuando él se jubilase.

Gracias a Dios, el tío Gareth estaba más motivado que papá para asumir ese cargo.

—Qué guapo estaba el día de su nombramiento en la Sociedad Histórica, ¿verdad? —susurró mamá mientras deslizaba los dedos por el artículo de prensa—. Quién iba a decir que ocuparía el sillón del señor Knightley. ¡Y aquí está la foto de la inauguración de nuestra casa!

—¡Dios! Estabas gordísima. —Me gané un coscorrón por el comentario.

—¡Estaba preñada, idiota!

Retiró un par de cajas con el pie para sentarse en la vieja mecedora del abuelo Percival sin apartar la mirada de aquella foto tan significativa para nuestra familia. Salimos en la prensa local, me hicieron ponerme una pajarita ridícula y no pude montar en bici con Charlie, por eso tenía el ceño fruncido. Y sí, mamá estaba embarazadísima de Cody. Cody Farley, el sinvergüenza de mi hermano. Quince meses después, llegó Ashlie, la dulce y sabelotodo Ashlie.

—Recuerdo que le pedí a Santa un perro y vosotros me trajisteis un hermano. ¡Qué alegría! —ironicé. Me encantaba bromear con ella sobre ese tema—. Estabas guapa. Enorme, pero guapa.

—¿Te he dicho alguna vez que eres igual de tonto que tu padre, cielo?

Me reí con una fuerte carcajada y me acerqué a la mecedora para darle un beso y sentarme sobre sus rodillas. Era muy cómico, yo la superaba en altura y en peso, pero no tenía muchas oportunidades de disfrutar de ella a solas. Entre el trabajo y mis hermanos…

—Te voy a echar de menos —dijo con la voz estrangulada por la emoción—. ¡Y ni se te ocurra reírte! No sé qué voy a hacer sin ti.

—En cuanto empiece la temporada de bodas no te acordarás ni de mi nombre. ¿Cuántas te han encargado para el año que viene? ¿Quince? ¿Veinte?

—Dieciocho —respondió con la boca pequeña. Su tono enfurruñado se parecía mucho al mío cuando era un niño—. Y sí me acordaré de tu nombre, y te llamaré cada día.

Estaba seguro de ello.

—Dieciocho aquí, en Stowe. ¿Y en el granero de Westford?

—Siete más, pero no son muy multitudinarias.

Estaba tan orgulloso de ella y de todos sus logros… Los primeros años de bodas en el granero del pueblo fueron caóticos. El éxito de la empresa superó todas sus expectativas; en parte porque April era una empresaria perseverante y muy convincente con la que daba gusto trabajar; pero también porque mi abuela Shannon había puesto de moda las grandes fiestas de la alta sociedad bostoniana en el campo y había difundido el nombre de Stowe Dreams Events entre todos sus contactos.

Unos años después de la boda del tío Gael con Emma, la primera en celebrarse en el granero, mamá tuvo la brillante idea de expandir el negocio, y así llegó el Triángulo de Westford, como lo bautizó Ashlie cuando lo vio por primera vez. Un granero rojo de aspecto triangular que, según papá, estaba en peor estado que el de Stowe cuando lo compraron. No era tan grande como el primero, pero había quedado igualmente perfecto.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —voceó mi padre, recién llegado. Los ladridos de Milady, nuestra Samoyedo blanca, sonaron fuertes por las escaleras—. ¿April? ¿Adrien?

—¡Arriba! —grité, y la mecedora, donde continuaba sentado entre los brazos de mi madre, crujió de una manera muy dramática—. Será mejor que me levante antes de que…

Demasiado tarde. Milady, con sus veinticinco kilos de pura energía, se abalanzó sobre nosotros. Mamá gritó, la perra ladró y la mecedora emitió unos cuantos chasquidos antes de romperse en decenas de trozos de madera.

—¡Ay! ¡Maldita sea! ¡Quitaos de encima! —voceó mamá sin dejar de reír.

Milady se volvió loca, me lamió la cara y buscó cobijo debajo de su brazo, como siempre que jugaba a esconderse o como cuando la notaba un poco desanimada.

—¿Se puede saber qué demonios estáis haciendo? —preguntó mi padre con las manos en las caderas—. ¿Esa es la mecedora de Percival? —La cara de culpabilidad de April me hizo reír más todavía—. Espero que no quiera recuperarla cuando terminemos la reforma de la casa. ¿Qué hacéis aquí?

—Revolcarnos por el suelo —contesté. Acepté la mano que me tendió mi padre y me puse en pie de un salto—. «Mamá desastre» contraataca. Hacía tiempo que no rompía nada.

—¡No he sido yo! —protestó ofendida, y Milady profirió un ronroneo encantador—. ¡Ha sido ella! —Señaló con un dedo a la perra, que volvió a esconderse bajo su brazo—. ¿Dónde está Ashlie? Creí que vendría contigo.

—Se ha quedado jugando con Eileen en la cafetería. La traerá tu hermano cuando termine de redactar no sé qué historia con Cameron. ¡Ah! Y tu madre llevará a Cody allí cuando terminen de cortarle el pelo, así vendrán todos juntos.

—Bien, eso nos da el tiempo suficiente para meter el árbol en casa, ponerlo en su sitio y recoger todos los juguetes. He hecho una lista: Adrien, baja los adornos. Nathan, el árbol —ordenó—. Milady, tú y yo recogeremos los restos de la mecedora rota.

Diez minutos después, al ver que mamá no bajaba del desván, subí en su busca.

—El tío Gael ha llamado. Viene de camino. —Ella asintió y se limpió una lágrima que le rodaba por la mejilla—. ¿Mamá? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Hizo un gesto con la mano y me dedicó una sonrisa triste. Contemplaba viejas fotos de su etapa adolescente. En una posaba junto al tío Gael, que se mantenía igual que treinta años después, con su ceño fruncido y su chupa de cuero. Al principio me imponía mucho respeto, era un hombre muy extraño, pero perdió su aura intimidante cuando tía Emma dio a luz a Eileen. Creo que fue en esa época cuando papá y él aparcaron sus diferencias —que nadie me había querido explicar a día de hoy—, y forjaron la amistad que tenían ahora. No existía entre ellos la complicidad que mi padre tenía con Walter, Dave, Anthony o Gareth, pero ya no se estrangulaban con la mirada cuando estaban en la misma habitación. Algo me decía que mamá y tía Emma habían tenido mucho que ver en su cambio de actitud.

—¡Ay, por Dios! No me puedo creer lo jóvenes que éramos en esta foto.

—Tú sigues siendo joven —la adulé con cierta ironía, y ella me recompensó con unas cariñosas palmaditas en la mejilla, cargadas de

la misma ironía que había utilizado yo.

En la imagen, las mujeres que se habían convertido en sus hermanas con el paso de los años la acompañaban con rostros felices y poses provocativas. Las reconocí sin problemas, aunque alguna me causó más impacto que otras.

—¡¿Esa es la tía Beth?! ¡Vaya! Menuda pinta. Me pregunto qué dirían sus alumnos si vieran una foto así de la señora directora. ¿Y esta es la tía Emma?

—Sí, y esta de aquí es Krista —señaló con un cariño especial.

Era la que más había cambiado con el paso de los años.

A tía Krista le detectaron un cáncer de pecho un tiempo atrás y no lo había pasado muy bien. Después de creer que lo habían extirpado todo, resultó que no, y tuvieron que operarla en dos ocasiones más. Fue una época muy dura para Charlie, que pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya. En realidad, fue una mala época para todo el grupo. Ya no había nada que temer, tía Krista se encontraba muy bien, pero mamá aún se ponía triste cuando alguien sacaba el tema.

Milady, que nunca se movía del lado de April, levantó la cabeza y ladró dos veces. Una tromba de pisadas y gruñidos se sucedieron escaleras arriba, y dos torbellinos, de ocho y nueve años, inundaron el desván.

—¡Mami! ¡Mami! ¿Sabes qué? —gritó Ashlie, que empujó a Cody para que no se le adelantara. A pesar de ser la pequeña, no había nada que pudiera con esa enana—. El tío Gael y la tía Emma dicen que podemos quedarnos a dormir con Eileen mañana porque ¡vamos a subir en la góndola de Mountain Resort!

—Me encanta la góndola de Mountain Resort —comenté con fingido entusiasmo, y di palmaditas y saltitos como mi hermana.

Me aparté a tiempo de que me diera una patada en la espinilla. Era lista, pero yo era más rápido.

—Y luego vamos a comer hamburguesas y batidos de chocolate con nubes —añadió Cody.

—¡Eso no es verdad! —profirió Ashlie.

—¡Sí lo es! Me lo ha dicho la tía Emma cuando estaba enfadado. ¡Ashlie no me ha dejado jugar con ella y con Eileen! —se chivó Cody con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Era igualito que mamá.

—¡Porque has dicho que ibas a cortarle el pelo a sus muñecas! Como a ti te han dejado tan feo.

Mi hermana le sacó la lengua para enfatizar la burla y Cody pateó el suelo, pero antes de soltar algún comentario fuera de tono sobre el vestido de Ashlie o sobre sus coletas, miró a Milady, que se había sentado sobre los trozos de madera y movía el rabo como si esperase una felicitación por su hazaña.

—¿Qué le ha pasado a la mecedora del abuelo?

—Que se ha roto —respondí.

—¿La ha roto mamá? —insistió Cody.

—¡¿Por qué iba a romperla yo?!

Porque tenía tendencia al desastre y hasta los niños lo sabían.

Se cubrieron la boca con las manitas para que no los viera reírse y les guiñé un ojo.

—¿Quién quiere un chocolate caliente con nubes antes de poner los adornos en el árbol? —gritó papá desde el piso de abajo.

Se formó una nueva algarabía de voces, pisadas y ladridos que terminó en la cocina, entre galletas y dulces, con villancicos de fondo y olor a Navidad. No había nada que me gustara más que sentarme alrededor de la mesa con mi familia y disfrutar de esos pequeños momentos de caos. Ashlie enumeró con los dedos todos los regalos que iba a pedir a Santa, Cody hizo lo mismo con todo lo que se iba a comer en la cena de Navidad de la abuela Ginger, y mientras los niños hacían sus listas a voz en grito —de alguien lo habían heredado—, mi madre y mi padre se hablaban en silencio, se sonreían con la mirada brillante y obraban su magia.

Habían construido una vida increíble.

AGRADECIMIENTOS

Escribí esta historia en un momento crucial de mi vida, cuando lo último que me apetecía era reír con los disparates de los personajes o pensar en historias de amor. Y, sin embargo, el universo de esta novela me brindó la oportunidad de escapar de mi realidad para concentrarme en la suya. No es ningún secreto: la escritura es mi puerta abierta para seguir adelante.

Cuando decidí que Nathan sería arquitecto, no tardé en darme cuenta de que los tecnicismos o las entrañas de la profesión no eran lo que necesitaba. Las manías, los hábitos, la cotidianidad de este trabajo lleno de matices era lo que quería en realidad. ¡Necesitaba un arquitecto! Y me encontré con dos: Amanda Murcia y Raúl de la Paz. Cada uno, a su manera, me dieron las pinceladas para darle vida a la parte profesional del personaje. Espero que ambos se vean reflejados en los detalles, pues es mi manera de agradecerles su tiempo.

Paulo Coelho dijo en una ocasión que las pequeñas cosas son las responsables de los grandes cambios, algo que mis lectoras cero deberían tener presente siempre. Cuando me leen, cuando opinan, cuando no están de acuerdo o me convencen de que hay más formas, están contribuyendo a que mi trabajo sea mejor. Puede que para ellas solo sean palabras, pero para mí es un paso más hacia el buen camino. Maribel, Patri, María, Tessa, gracias por esas pequeñas cosas que me impulsan a ser mejor. Os adoro.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Ut enim ad minim veniam, quis nostrud exercitation ullamco laboris.